

NOAH EVANS



BUSCANDO
AL LOBO DE LAS
HIGHLANDS

Índice

[Título](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota de la autora](#)

[Preámbulo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

OceanofPDF.com

OceanofPDF.com

Buscando al lobo de las Highlands

OceanofPDF.com

Noah Evans

OceanofPDF.com

A vosotras, que siempre le dais alas a mis letras.

OceanofPDF.com

Esta novela es completamente ficción.

La referencia a personajes históricos reales únicamente sitúan la historia.

Buscando al lobo de las Highlands es la primera novela de una trilogía llamada *Océanos del tiempo*.

OceanofPDF.com

Preámbulo

Año 1327, Escocia.

Maelys se alegraba de que el rey Robert hubiese demorado el viaje unos días. El parto había sido difícil, apenas podía levantarse de la cama y no eran formas de recibir a un monarca.

Gregor se había llevado la cesta de mimbre con el bebé. En el norte de Moray, en pleno invierno, hacía demasiado frío. Sin embargo, se lo había llevado tan solo con los paños que solía ponerle para que no manchase la cama. Maelys le echó el tartán de los Úlster antes de que su marido saliese de la habitación con el canasto. Primer nieto del guardián de Escocia, James de Lothian. Y, sin embargo, cuando Maelys supo que estaba embarazada tuvo que huir a su norte natal temiendo las continuas invasiones de Eduard de Balliol, que no dejaba de saquear las tierras al sur del río Forth.

Las tierras bajas no eran un lugar seguro ni siquiera tras la tregua con los ingleses.

Gregor estaba emocionado, su padre acompañaba al rey. A pesar de la lucha del sur no quería perder el tiempo en conocer a su nieto, aún menos cuando ese tiempo podía ser demasiado finito en continuas batallas

menores. Las más peligrosas o al menos a las que más temían en el clan Úlster, por ser en las que habían perdido la vida dos de sus hermanos.

Temía que la visita del rey llevase una decisión temida, ahora que había nacido el primogénito, y los tres tuviesen que regresar al sur, a las tierras de la familia de Gregor.

Solo dos hijos vivían de tantos como engendró el guardián de Escocia. Recordaba cómo, no mucho tiempo atrás, su padre le anunció que como recompensa por las victorias del clan Úlster apoyando a Robert de Bruce, casarían a un hijo del guardián con ella. Maelys conocía a ambos hijos. Rezó cada noche para que el elegido fuese el hijo menor, Gregor. Con más atractivo físico que su hermano mayor, fue el único que sonrió al verla la primera vez. Cuando ninguno de los dos sabía que tendrían que casarse y Gregor ni siquiera sabía que regresaría vivo de la batalla.

Había ruido en la planta baja. Había acudido un gran número de jefes de clanes del norte que siempre aprovechaban la visita del rey para reunirse. Se miró el paño de los genitales. Aquella sangre abundante que quedó tras el parto olía realmente mal. Recordaba muertes en el clan de parturientas que despedían aquel olor tras los partos, sin embargo, su madre solía decirle que aquella sangre nada tenía que ver con los otros sangrados habituales y que la de los partos tenía ese olor similar a la mierda. Y se fiaba de las palabras de su madre, había parido a ocho.

Su familia, los Úlster, era de las más antiguas del norte de Escocia. Salvajes y solitarios, estuvieron tiempo alejados del resto de clanes. Solían llamarlos *los lobos de Highlands*. No podía ser de otra manera cuando un lobo era el animal de su emblema. Eran conocidos y respetados en toda Escocia y no dudaban en acudir en ayuda del sur en numerosas batallas, cada vez que se les reclamaba.

Abrió la puerta de su dormitorio. Las voces producían un eco en la planta superior. Anduvo por el pasillo, era la primera vez que se separaba de su hijo en los escasos veinte días que llevaba en el mundo. Un niño que nació enorme como solían ser los Úlster, a pesar de que su sangre estuviese mezclada con los del sur.

Su energía no era la de antes. El niño comía con ansia hasta dejarle los dos pechos vacíos y pellejados, supuso que esa era la razón por la que crecía sin remedio. Y seguiría creciendo hasta tener la altura del *laird* de los Úlster, su padre, o de cualquiera de sus hermanos o primos. Decían que la razón de que fuesen algo diferentes al resto de escoceses en tamaño y en otras muchas particularidades era por el tiempo que estuvieron aislados entre las montañas, en las que el clan no se mezcló con ninguna otra sangre. Según su abuela, los Úlster seguían siendo completamente puros, descendientes directos de los grandes hombres de aquellas historias celtas. Fue ella la primera mujer Úlster, al menos de la que se tuviera noticia, en

tener un hijo fuera del clan. Ahora la sangre pura se mezclaba con la sangre noble y el resultado era un bebé enorme de espeso pelo castaño. Fue consciente de que la sangre Úlster solo podría mezclarse por la línea materna, una mujer común no podría parir semejante niño y sobrevivir. Eran las suyas y a veces los partos se complicaban y morían.

Bajó los escalones despacio hacia el salón del castillo. Allí las voces hacían eco en los altos techos y se mezclaban con golpes que sonaban tan fuerte que le hacía daño en los oídos, produciéndole una leve presión en la cabeza. Cuánto echaba de menos la tranquilidad de los bosques en los que había crecido.

El salón estaba lleno de hombres, algunos de ellos apenas la igualaban en estatura. Era muy difícil sentirse insignificante entre guerreros cuando ella misma era una loba de las Highlands. Desde que se concertó su matrimonio por orden del rey Robert, siempre pensó que la verdadera intención de los nobles no era honrar a su clan tanto como comprobar qué pasaba cuando la sangre del escocés común se mezclaba con la de un Úlster. Había mujeres mucho más hermosas en Escocia, menos salvajes y más femeninas. Ella era demasiado grande, con una espalda ciertamente ancha si la comparaba con el talle de las damas que había conocido al norte o sur del río Forth. Ni siquiera estaba segura de que al propio Gregor le gustara que su mujer tuviese menos distancia de la silla de montar que él. Y

eso que no era la más alta del clan, las había aún mayores, sin ir más lejos, su prima Seelie. Que, aunque su trenza fuera más larga que un *claymor*, apenas le llegaba por la cintura.

Muchos creían que las mujeres del clan, al ser tan enormes, llegaban a ser muy buenas guerreras. Nada más lejos de la realidad. Las mujeres del clan tenían las mismas tareas que las mujeres del resto de Escocia, que no eran muchas más que cuidar hijos, atender ancianos y engendrar tanto como pudiesen. Sí que era cierto, y nadie sabía la razón, los Úlster solían ser en su mayoría varones. Como varón era su propio primogénito que aún no tenía nombre.

En el salón los hombres se reunían por clanes. Hasta lo que alcanzaba a ver, estaban todos los que le debían lealtad al conde de Moray, Archivald, tío de Gregor, que tan bien los había acogido en su casa.

Podía reconocer emblemas de clanes más al norte y más cercanos a los suyos. Era extraño, ya que desde que se anunció la llegada del rey apenas hubo tiempo de bajar hasta Moray. Pero estaban allí, los MacLaren, los MacLeod...

Entornaba los ojos a medida que los emblemas le resultaron más familiares. Se abrió hueco, ningún hombre solía dejar paso a una mujer aunque esta fuese la nuera del guardián de Escocia. Se colocó junto a Dalys, hija de Archivald, prima de su esposo. Una joven delicada, demasiado

delicada para lo que ella estaba acostumbrada a ver en mujeres. Sin embargo, la muchacha ya había dado a luz a dos hijos y esperaba un tercero. Ya era conocedora de la fortaleza que había que tener para sobrevivir a un parto y merecía sus respetos.

Dalys solo le llegaba a la altura del pecho, pero era hermosa, la mujer más hermosa que hubiese visto. A pesar de estar casada, muchos señores de los alrededores que en el pasado intentaron concretar matrimonio con ella, aún giraban la cabeza para mirarla al pasar.

—¿Buscas a tu hijo? —le preguntó la joven.

Era evidente que se trataba de una madre a la que le acababan de separar de una extensión de su cuerpo. Pero no era exactamente eso lo que buscaba. Buscaba a hombres y mujeres que sacaran la cabeza sobre el resto, buscaba la tela de cuadros roja y buscaba el broche del lobo.

—Mi marido se lo llevó y no sé dónde lo tiene —se apresuró a decir.

Dalys sonrió.

—Nosotras engendramos y parimos, pero los niños son solo suyos. Ellos deciden su futuro, a qué se dedicarán, con quién contraerán matrimonio... —negó con la cabeza—. Y más aún con tu hijo.

Maelys alzó las cejas, su primogénito era hijo de noble y nieto de uno de los hombres más poderosos de Escocia. Pero también había otros, como los hijos de la joven que le hablaba.

—Tu hijo es la mezcla del sur con los guerreros del norte, ahora somos un reino completamente unido. ¿Entiendes?

No pudo responder, las sombras de los que estaban en el umbral se extendían hasta la mitad del pasillo central que se formaba en el salón. Le brillaron los ojos. Ningún escocés al norte o sur del río Forth tenía tal estatura.

Eran los suyos.

Entraron cuatro hombres seguidos de una anciana. Los Úlster eran inconfundibles para cualquiera, no solo por el tamaño. También era famosa la tela roja de su clan, que solían llevar liada en el cuerpo desde la cintura y que luego recogían atravesando el pecho hasta su hombro, donde la fijaban con un broche dorado con la cabeza del lobo. Los lobos de Highlands. Ningún clan de Escocia llevaba ese atuendo, según le había dicho Gregor. Y a ella le gustaba más que la malla de los del sur, aquella ropa que más parecía la vestimenta de los ingleses que tanto mal habían causado al país.

Era curioso que la vieja Fia, una de las más viejas del clan, acompañase a sus primos en tan tedioso viaje.

Empujó a la joven prima de Gregor al acudir a ellos, que dio un grito por tan brusca reacción de Maelys. Se abalanzó contra el más cercano de sus primos, pero este tuvo que girar su cuerpo y ponerse de lado a ella. Maelys frenó en seco, con la alegría de verlos y toda aquella felicidad que

estaba azotando su cuerpo por tener a los suyos cerca no había reparado en que, salvo Fia, sus primos llevaban liados grandes objetos en las telas rojas del clan. Puso la mano en el hombro de la anciana, el brillo de sus ojos aumentó al comprobar que portaban regalos para su hijo, regalos grandes y seguramente afilados, entonces fue consciente del futuro que todos esperaban para él, un futuro glorioso pero adherido a un peligro que lograba punzar en el corazón de una madre como las afiladas flechas de su clan.

Las primeras lágrimas cayeron por sus mejillas. Ver aquellas brillantes telas rojas en medio de la oscuridad de un castillo con demasiados caballeros de telas oscuras era como un sueño para ella. Los echaba de menos y, ahora que los tenía delante, comprobó que los había echado de menos todavía más de lo que pensaba.

—No esperaba que vinierais —les dijo, apretando el brazo ya delgado y huesudo de la vieja Fia.

La mujer sonrió, apenas le quedaban más de un par de dientes.

—Es nuestro deber traer los regalos de Tanarys —respondió.

Maelys frunció el ceño. Era la costumbre en su clan hacer regalos a los recién nacidos. En el caso de los varones, el *claymor*, la espada de los guerreros, para ellos algo más larga que para el resto de soldados de otros clanes. El arco y el carcaj con flechas, por si la destreza no estaba en la espada, sino en el ojo certero. Un cuerno para llamar a los suyos en los

frondosos bosques si estaba en peligro. La tela roja de cuadros, el manto que le acompañaría toda la vida. Y, por último, el broche con la cabeza del lobo. Un emblema que toda la sangre Úlster lucía con cierto orgullo. Y siendo sincera, ahora que había tenido que aprender los emblemas de cada clan, sabía que no había un emblema más hermoso en toda Escocia.

Pero no le sorprendía que le llevaran regalos a su hijo, sino que Fia se refiriera a él por un nombre; Tanarys. Un antiguo nombre celta, una cultura de la que los Úlster habían heredado costumbres y conocimiento, y por lo que había podido comprobar en su recorrido junto a Gregor lejos de Tierras Altas, no se consideraba bueno.

La anciana Fia entornó los ojos hacia ella, comprobando su reacción. Recordaba cómo de niña solía contarle cuentos de los Selkies, seres marinos que tenían la facultad de convertirse en humanos a orillas de la playa, y lo que ocurría cuando por capricho algún humano osaba en capturarlos y llevárselos lejos del mar. Exactamente así se sentía ella lejos del hogar.

Su clan había decidido ponerle nombre a su hijo, un nombre que Gregor no aceptaría de ningún modo.

Siguieron entrando más clanes, ahora podía reconocer los del sur, a ellos sí que no los esperaba. El clan MacLeod, los Black y los Lockhart, que aún no habían decidido si pertenecían al norte o sur, ya que su clan estaba

situado justo a la orilla del río Forth, a ambos lados. Y por último los Hunter. Entornó los ojos hacia ellos, siempre fue el clan que más le había llamado la atención, los cazadores del sur. Un clan muy parecido a lo que representaba el suyo propio en otras tierras de Escocia. Los Hunter eran elegantes, vestimenta demasiado inglesa para su gusto, solían usar mallas de hierro en las batallas, algo impensable para un lobo de Tierras Altas. La tela del manto de su clan era de un bonito azul claro, un color similar a los que tanto les gustaba usar a las damas en sus vestidos. Ellos solían llevarlo de manera elegante, como una capa acorde a su vestimenta, plegada a un lado de su hombro con un broche con el emblema de su clan, un halcón. Y con aquel animal debían compartir la puntería, puesto que tenían en sus filas a los mejores arqueros de Escocia.

El pasillo central se hizo más ancho, los representantes de los clanes se apartaban para dejar sitio a la comitiva. Tuvo que echarse a un lado, los Black y aquellas capas negras que hacían honor a su apellido, decoradas con un broche con el cuervo, su símbolo, la empujaron para dejar hueco en el pasillo central.

Maelys se colocó tras la anciana Fia, hacerlo tras sus primos era asegurarse de no ver absolutamente nada de lo que iba a ocurrir.

Entraba la comitiva. Los años no pasaban en vano para el rey Robert, le apenó verlo envejecido de aquella manera. La devoción y lealtad

hacia él eran solo una parte de lo que podría sentir todo habitante al norte o al sur de aquellas tierras. Robert era un símbolo para todos los escoceses y temía que a su muerte aquella unión que él había creado con sudor y sangre de demasiados compatriotas pudiera desmoronarse, quemarse y reducirse a cenizas.

Junto al rey iba Archivald, señor del castillo, seguido de Sir James guardián de Escocia y Gregor. Ambos llevaban, agarrando un asa cada uno, la cesta con el pequeño Tanarys.

Tanarys.

La fuerza que desprendía el nombre hacía que su pecho se acelerase. El niño había sacado un pie y lo apoyaba en el borde de la cesta, esta se le quedaba pequeña sin remedio. Vio a Fia sonreír, no había duda de que aquel niño era un Úlster.

Comenzó el discurso, los discursos le aburrían, las discusiones de hombres siempre giraban en torno a lo mismo. Guerras pasadas, posibles guerras futuras, lealtad, unión entre clanes, norte, sur y las complicadas fronteras con los ingleses.

Vio al niño patalear en el interior de la cesta, que ya estaba en el suelo. Demasiado se había demorado, era un niño nervioso y no solía estarse quieto si no dormía o estaba comiendo. Y en aquel salón era imposible dormir con ese vocerío.

—La verdadera unión del norte y del sur —dijo el rey Robert apartando la tela de cuadros del niño—. La sangre Douglas y Úlster es el ejemplo del futuro escocés.

Logró destaparlo al completo para que los asistentes pudieran verlo bien. Los hombres no entendían de niños, si hubiesen sido mujeres se habrían llevado las manos a la boca. Pero hasta un hombre podía reconocer que aquel niño era enorme, demasiado enorme para caber con comodidad en una cesta de recién nacidos.

—James Tanarys Douglas de Úlster. —Se sobresaltó cuando oyó el nombre. Miró a Fia y la mujer sonrió mostrándole sus dos únicos dientes. Supuso que el nombre de su hijo había sido elegido entre ambas familias, dos nombres, uno por cada sangre—. Señor de Lothian.

Ni un arquero de los Hunter hubiese sido más certero en clavarle la punta de una flecha en el pecho. Esas fueron las últimas palabras del rey Robert, entre vítores y golpes en el suelo.

Señor de Lothian.

Las tierras más conflictivas de toda Escocia por los continuos intentos de ataques por parte de los ingleses para invadir partes del sur. Proteger la nación por el sur, ese sería el legado que el rey Robert le dejaba a su hijo.

Le brillaron los ojos, tendría que estar orgullosa, pero le cosquilleaban las piernas y el estómago del miedo. Lothian, un lugar del que tuvo que huir por los continuos peligros. Ahora la tierra del pequeño Tanarys. Un lobo de las Highlands debía proteger el sur.

Los clanes habían llevado regalos para el nuevo señor de Lothian. Empezaron a acercarse ordenadamente y los dejaban a los pies de la cesta. Sus primos miraron a Fia y esta asintió. La mujer alargó su mano huesuda hasta una de las telas, la apartó para que Maelys lo viese. Sus primos destaparon el resto. No había errado, un arco, el cuerno, el *claymor*, el manto...

Fia se sacó un cofre de madera de entre sus ropas y lo entreabrió.

—Nos imaginábamos el destino de Tanarys —le dijo y Maelys abrió la boca. Aún sus piernas no se habían recuperado. Tenía que aguantar las ganas de llorar—. Luchas, deslealtades, traiciones y todo lo que bordea el sur.

Abrió del todo el cofre, allí estaba el emblema del lobo tallado en el broche.

—No son regalos cualquiera, Maelys —continuó Fia—, estos objetos protegerán a tu hijo. No elegimos su nombre al azar. La antigua magia lo protegerá.

Maelys se apresuró a poner los dedos en la boca de la anciana. Fuera del clan no se debía hablar de aquellas cosas. Pero eso Fia no lo entendía.

—Confía en la vieja Fia. —La mujer sonrió.

Le dio el cofre a uno de los enormes hombres del clan y estos se alejaron. Maelys dio unos pasos para ver cómo depositaban el cuerno, el arco, la espada y el manto en el suelo, con el cofre abierto para que se viese el broche.

Antigua magia celta.

Solo el clan sabía lo que significaba aquello. A Tanarys le esperaba un futuro incierto, pero no le quedaba otra que mantener la fe en sus propios orígenes.

Escocia, 2021.

—Te has equivocado otra vez —dijo Paula mirando el GPS con sonrisa maliciosa.

Inés resopló mirando la pantalla de reojo.

—Baja la música, me desconcentras —le respondió, aminorando la marcha—. Y no es tan fácil conducir al revés. ¿Quieres intentarlo?

Paula levantó ambas manos y negó con la cabeza. Leonor estaba en el asiento de atrás, se quitó el cinturón y se alzó entre los dos sillones delanteros para ver mejor la pantalla.

—¿Qué haces? —La empujó Inés—. ¡Ponte el cinturón! Como encima nos multen, Alba nos mata.

—Solo nos matará si llegamos a las ruinas. Pero contigo conduciendo vamos a estar dando vueltas los diez días. —Leonor alargó la mano para tocar la pantalla. Paula tuvo que inclinarse hacia la ventana, su amiga le echaba todo el peso encima.

—Al final nos multan —protestó Inés.

—Te has metido tres veces a contramano, claro que nos van a multar —reía Paula.

—No sé conducir al revés, joder. —Iban tan lentas que el coche de atrás les pitó para luego adelantarse en la carretera. El conductor murmuró algo al rebasarlas—. ¿Ves? Me paro aquí a un lado y lo cogéis vosotras.

Sonó el móvil de Paula.

—Es Alba —dijo ella descolgando en altavoz.

—Chicas, ¿por dónde venís? —preguntó al otro lado del teléfono y Paula rompió en carcajadas.

—Por dónde vamos, dice. —No podía ni hablar.

—Inés se empeña en tirar para Jaén —respondió Leonor—. Nos hemos perdido por enésima vez.

Inés se acercaba al borde de la carretera, dio gracias de que aquellas carreteras entre prados fueran solitarias. Era realmente tenso conducir hacia el otro lado, una sensación de no tener visión suficiente, sus ojos siempre se dirigían a la izquierda donde en vez de el retrovisor encontraba a Paula y aquella forma de partirse de risa cada vez que se equivocaba.

—¿En serio? Hace tres horas que llegó vuestro avión —resopló Alba—. Leo, conduce tú.

Leonor seguía alzada hacia delante buscando en el mapa de la pantalla.

—Normal que no lleguemos —refunfuñó Leo—. La ubicación está mal. La madre que os parió, ¿quién ha configurado esto?

Paula rompió a carcajadas otra vez.

—Tías, yo no sé por qué os invito a venir, qué desastre. —No podían ver a Alba, pero sabían que se habría llevado la mano a la cabeza.

—Porque nos viene muy bien para completar el trabajo de las prácticas —respondió Inés.

—¿Ese que íbamos a hacer en una excavación en Egipto? —Paula alzó las cejas—. Mira dónde estamos, en Escocia. Buscando espadas de la Edad Media.

Inés detuvo el coche y entornó los ojos. Leonor estaba en medio de ellas, seguía con el mapa del GPS, apenas podía ver la cara de Paula.

—Ni siquiera has empezado a buscar nada y da gracias de que tu amiga tenga un lío con un inglés con un proyecto en Tierras Bajas o estarías en Sevilla suplicando unas prácticas en donde sea —le dijo Inés.

—En Sevilla os tendríais que haber quedado —murmuró Alba.

—Venga ya. —Leonor había acabado con el mapa y se sentaba en el asiento de atrás—. No somos tan impresentables.

—Si no nos das *whisky* escocés, no habrá peligro. —Paula le guiñó un ojo a Leonor.

—Solo eso os haría falta —respondió Alba resoplando—. ¿Creéis que podéis llegar en menos de una hora?

Paula se inclinó hacia la pantalla del GPS.

—Aquí pone veinticinco minutos, pero no te lo prometo —volvió a reír—. Luego miramos el trayecto recorrido, te vas a reír un rato.

—Quiero que veáis a Neil antes de que se marche. Nos ha dejado la zona que le pedí. Al resto del equipo no le parece interesante, pero han aparecido algunas flechas y... cuando Leonor venga que me diga.

Leonor sonrió. Las flechas y los arcos eran su especialidad.

—Esos déjamelos a mí.

—Lo vais a flipar cuando veáis las espadas que se están encontrando. No eran habituales esas medidas en el sur —seguía Alba. Paula alzó las cejas, todas sabían que a ella no le gustaban las espadas y mucho menos la Edad Media. Pero, como había dicho Alba, no las aceptaron en ningún proyecto más—. Os dejo, que anda por aquí Neil y quiero decirle un par de cosas.

Alba colgó. Realmente se la veía animada con el proyecto, el resto estaba allí porque no había más remedio.

Paula se tapó la cara con las manos.

—Yo quería ir a Egipto —protestó.

Inés la miró de reojo antes de arrancar el coche de nuevo.

—No te aceptaron en ninguna parte, tienes unas notas de mierda, agradece que aquí al menos tenemos una tarjeta de visita en forma de verga.

Leonor rompió en carcajadas.

Inés dio la vuelta en la carretera para cambiar de sentido. Paula resopló y levantó las manos.

—La mejor de las tarjetas, *ok*. A ver si por lo menos encontramos algún espécimen interesante entre los arqueólogos.

Leonor le dio un manotazo a Inés en el hombro.

—Prohibido el *whisky* escocés para esta —rio.

Inés negó con la cabeza conteniendo la sonrisa.

—No te van a dar el máster en la vida —añadió.

Paula apoyó el codo en el cristal.

—Lo tengo asumido.

Leonor la miró de reojo.

—Además, yo solo me metí en esto con vosotras por las risas. Quiero ser profesora, no «buscapiedras».

—Buscapiedras... —Inés ladeó la cabeza.

Una pradera se abría con frondosa vegetación. Podía ver al fondo las ruinas de un castillo alargado que no parecía mal conservado, aunque una de las torres estaba derruida hasta la mitad. Inés tuvo que recolocarse en el asiento. Una especie de frío le recorrió el cuerpo. Miró la temperatura del coche, estaba a dieciocho grados.

Dirigió la vista a Paula, esta se cogía una mano con la otra. A través del retrovisor pudo ver a Leonor, esta estaba completamente recostada,

también había ladeado la cabeza mirando las ruinas. Tenía entornados los párpados, a ella no parecía afectarle aquel repentino cambio de temperatura. Y esta se enfriaba a medida que se acercaban al castillo, que en la distancia no era más grande que un plátano.

—¿Será ahí? —preguntó Paula inclinándose sobre el cristal.

El coche emitió un sonido extraño y dio un salto, como si hubiesen pasado por encima de un tronco.

—¡Mierda! —Leonor se desabrochó el cinturón para mirar a través del cristal de atrás—. ¿Se nos ha pinchado una rueda?

Inés detuvo el coche dando un frenazo considerable. Leo, sin cinturón, chocó con el asiento delantero.

Paula abrió la puerta del coche.

—Ya lo que nos faltaba. —Se bajó con rapidez.

Leonor no lograba ver nada en el suelo, pero el coche había pisado algo, estaba segura. Abrió la puerta también y bajó junto a Paula. Inés se asomaba por la ventanilla.

—Empezamos bien. —Paula se inclinó para mirar bajo el coche, tuvo que apoyarse en el suelo para meter medio cuerpo dentro y luego se alzó sacudiéndose las manos—. Nada de nada.

Leonor pateó una de las ruedas traseras.

—Y parecen estar todas bien. —Miró la carretera que habían dejado atrás.

Paula se apoyó en el maletero del coche.

—¿Ha podido ser un animal? —preguntó, pero Leonor comprobaba que no había ni una sola mancha en el suelo. No podía ser un atropello, ningún animal podría salir corriendo después de que un coche le pasase por encima. No fue un golpe, el coche se había alzado por completo, pero allí no había tronco ni obstáculo alguno.

Alzó las cejas.

—No tengo ni idea, pero vamos dentro que esto está solo y me da mal rollo. —Empujó a Paula hacia el coche.

—¡Leo! —Inés la llamaba desde la ventanilla—. ¿Puedes llevarlo tú? Paula ya me tiene nerviosa.

Leonor asintió con la cabeza. Su amiga abrió la puerta para colocarse detrás. Dio unos pasos hasta colocarse frente a la puerta del coche, aún miraba la carretera intentando encontrar qué había podido pasar. Apoyó las manos en la ventanilla que permanecía bajada. Un sonido la sobresaltó y enseguida se giró para mirar a su espalda.

—¡Leo! Entra ya —la llamaba Inés—. Alba tiene que estar desesperada.

Leonor les dio la espalda por completo, el sonido, un tintineo extraño seguido de un silbido, procedía desde más allá de las balizas de la carretera.

—Tía, no podemos quedarnos aquí paradas —le decía Paula inclinándose en el asiento hacia la ventana—. Estamos en medio de la carretera.

—¿No lo oís? —preguntó. El sonido se había detenido por un momento.

—¿Oír qué? —Inés también bajó la ventanilla.

—Ese silbido... —Levantó el dedo índice.

—Será el viento contra las balizas. —Paula sacó la cabeza por la ventanilla del piloto.

Leonor negó con la cabeza.

—Y eso que no ha bebido *whisky* escocés —rio—. Entra ya y vámonos.

—Lo que hace es un frío de narices. —Inés metió la cabeza dentro del coche.

Pero Leonor no se movía, seguía concentrada afinando su oído, el silbido regresaba.

—Tía...

—Shss —la calló.

—¿Qué leches te pasa?

—Es un cuerno —murmuró.

—Esas mierdas de relajantes que te tomas antes de subir a un avión

—Paula abrió la puerta del coche—, te durará el efecto todavía.

Rodeó el coche y agarró el brazo de Leonor para tirar de ella.

—Mejor lo llevo yo. Que hoy la cuerda sea yo tiene gracia. —La empujó hacia el coche, pero mover a Leonor era difícil. Un amplio historial deportivo, con medalla de plata incluida en unos Juegos Olímpicos ocho años atrás, avalaba un cuerpo fuerte y tan duro como las murallas de las ruinas que tenían no muy lejos.

Pero ella no solo tenía duro el cuerpo, también la cabeza. No pensaba irse hasta que no descubriese de dónde procedía aquel sonido que ninguna, salvo ella, percibía.

Sonaba lejano, el silbido de un cuerno se perdía por las praderas, un sonido que solo reconocía por las películas que emulaban las primeras bocinas, cuando no existían los teléfonos ni los avisos de WhatsApp que tan a menudo se utilizaban actualmente.

Y a aquel silbido se unía el viento de la pradera, el movimiento de los arbustos y las ramas de los árboles. Y, si agudizaba bien el oído, podía hasta volver a sentir el tintineo metálico.

Sacudió la cabeza, por un momento no parecía tener cuerpo, ni siquiera había sentido que Paula tiraba de ella.

—Vámonos de una vez de aquí. Alba tiene que estar desesperada.

—Paula subió al coche en la parte del volante.

Leonor rodeó el coche despacio, ahora más lejano, el silbido se difuminaba. Entró, cerró la puerta y se abrochó el cinturón.

Lothian, Escocia 1355.

OceanofPDF.com

Alastor

—¡Tanarys! —el grito de Alastor parecía mover los arbustos. Hacía rato que había oído el cuerno del señor de Lothian y se había dirigido en dirección a él, pero no había rastro de Tanarys ni de su caballo—. ¡Tanarys!

El resto de los Hunter lo seguían. Nunca se fio de los Black, desde que Tanarys le pidió que lo ayudase en la linde de Galloway desconfió de alguna traición por parte de aquellos cuervos negros.

A pesar de no compartir familia ni clan, ni siquiera procedencia en aquellas tierras, Tanarys y él habían sido amigos desde la juventud más temprana. Tendría que haberle advertido sobre los Black, Tanarys no conocía del todo bien a las familias del sur. Sus padres siempre se empeñaron en que el señor de Lothian estuviese a caballo al norte y sur del río. Como bien decía el fallecido rey Robert, él era el ejemplo de la unión de las tierras de Escocia.

—Tanarys —volvió a gritar. Los ingleses habían llegado hasta Galloway, aquel imbécil de Eduard de Balliol nunca parecía rendirse, aprovechando cada guerra civil entre escoceses, cada despiste en la frontera o cada ausencia de tropas en el sur. Desde niño, no había dejado de escuchar aquel nombre en las reuniones de clanes.

Pero esa vez el inglés se había valido de una familia escocesa para entrar. En aquellos tiempos el sur no podía fiarse ni de sus propios vecinos.

—¡Tanarys! —cada grito sonaba más desesperado. No era fácil acabar con la vida de Tanarys, su sangre Úlster hacía honor en él. No era la primera emboscada que vivía junto a él y ya le debía varias vidas.

El cuerno volvió a sonar. Tanarys no solía hacerlo más de una vez, temía que fuesen los cuervos de Black, que le hubiesen robado el cuerno Úlster y lo utilizasen para engañarlos.

Arreó el caballo y se puso unos metros a la cabeza de su clan. No encontraba a los hombres Douglas ni Úlster por ninguna parte y ellos siempre acompañaban a Tanarys.

—¡Alastor! —lo llamó uno de los suyos—. Por aquí he escuchado caballos.

Los Hunter se desviaron y algunos sacaron el arco. Sus hombres podían ser certeros incluso a galope.

—¡No disparéis! —No sabía si serían cuervos o lobos los que estaban al otro lado de los árboles.

MidLothian, Escocia, 2021.

Paula dejó el coche junto a varios que había cerca de las ruinas.

—Uaaaaa, qué bonito —dijo Inés bajando del coche.

Hasta Paula sonrió al ver la parte más entera del castillo. Vieron a Alba correr hacia ellas.

—Chicas. —Se abalanzó sobre Inés y se apretaron en un abrazo que duró varios segundos. Margen para que Paula y Leonor se acercasen y Alba pudiese dar similares apretones a cada una—. Tarde, como siempre —apretó a Leonor de nuevo—, pero ya estáis aquí.

Alba miró orgullosa el castillo.

—¿A que es mágico? —les dijo, sonriendo.

—Mágico ha sido el GPS, que nos ha hecho dar vueltas como imbéciles durante tres horas —respondió Paula.

—Tenemos todavía las maletas en el coche. —Leonor hizo una mueca.

Alba se apartó de ellas. Hasta en medio de ruinas y con la humedad de aquellas tierras, el pelo de Alba se veía bonito. Leonor se lo apartó del hombro.

—Neil acaba de irse, ha estado esperando, pero tardabais demasiado —les reprendió—. Tiene ganas de veros.

Conocían a Neil, lo hicieron al mismo tiempo que Alba, en un seminario en Valencia. Parecía que aquel inglés y Alba compartían cierta vocación por la Edad Media y tras el seminario comenzaron una amistad que se tornó en una relación ligera que la llevó hasta Escocia a un trabajo que para Alba era más que interesante. Y ella pudo conseguirles la aprobación de las prácticas. Alba tenía buen expediente, podría haber elegido cualquier otro lugar. Pero eligió aquel, no sabían hasta qué punto Neil tenía algo que ver.

Paula se mordió el labio mientras se acercaba al castillo.

—¿En qué estáis trabajando aquí? —preguntó, deteniéndose en un muro con algunas grietas. Pasó el dedo por ellas.

Leonor se sobresaltó. Era solo el sonido de los arqueólogos en el interior del castillo, pero aquel ruido metálico era similar al que había escuchado al borde de la carretera. Ya dudaba si era algún eco de las herramientas, pero estaban demasiado lejos como para que fuese solo eso.

—¿Nos enseñas? —Inés se colocó frente a Alba.

Esta sonrió.

—Empezaremos por el principio. —Las rebasó—. Os presentaré al señor de este castillo.

Siguieron a Alba y rodearon el muro. Luego bajaron por un pasillo con unos escalones estrechos. Su amiga les explicaba que estaban trabajando en unas nuevas salas subterráneas del castillo. De nuevo, salieron.

—Pero este es otro proyecto, nosotros trabajaremos en otra parte. —Hizo una mueca—. Neil dice que perderemos los diez días, he trabajado ahí las últimas dos semanas y no he encontrado nada de interés. Solo puntas de flecha —señaló a Leonor.

—¿Nos vas a tener escarbando paja? —protestó Paula—. Prefiero el sótano con el resto.

—Aquí no es. —Alba la empujó riendo. Avanzaron alejándose del castillo, había una pared circular de unos tres metros de altura, seguramente habría un techo que ya no existía. Era una pequeña construcción exterior y, al parecer, independiente del castillo.

Rodearon la pared, si era completamente circular, ni siquiera estaba completa. Alba comenzó a bajar unos escalones. Las tres amigas se quedaron arriba.

De unos dos metros de altura, había una escultura en piedra, pulida de una manera cuidadosa, muy similar a la perfección de las esculturas griegas.

—Vamos, bajad —las llamó Alba—. No muerde.

Inés alzó las cejas.

—Eso quisiéramos. —Bajó las escaleras riendo.

Paula la siguió.

—Menudo maromo, ¿esto es en escala real? —Se acercó despacio a la estatua.

Desde donde se encontraba Leonor, Paula parecía una muñeca junto al coloso.

Tenía el pelo largo, mechones ondulados y alborotados caían por su cuello. Leonor fue bajando escalones sin dejar de mirarlo. El joven de la escultura llevaba una especie de capa envuelta de una manera peculiar. No llegaba a ser un *kilt* escocés, pero no podía evitar recordarlos al mirarlo. Justo en la parte de la cintura un ancho cinturón plegaba la tela y justo entre sus pliegues pudo ver la forma de un cuerno. Aquello la hizo paralizarse, una pequeña corriente llegó hasta su pecho en forma de calambre, de esos cortos pero intensos, similar a cuando a veces se tocaban objetos o personas con algo de electricidad acumulada.

—Leo —la llamó Alba—, aquí te tengo las puntas de flecha.

Pero no reaccionó a las palabras de Alba, seguía con la mirada fija en el cuerno.

—No se usaban *kilt* en la Edad Media —decía Inés—. ¿Es de otra época?

—Es del 1350, por eso me pareció interesante. —Alba se acercó a la escultura—. No había *kilts* en aquellos años. —Entornó los ojos hacia el manto—. Quizás esto sea el origen y es mucho más antiguo de lo que creíamos. Neil dice que podría ser que en algunas partes de Escocia, más retiradas, fuese costumbre este tipo de vestimenta. Pero de momento solo tenemos esta escultura como prueba.

Leonor consiguió recuperar su cuerpo y continuó bajando escalones hasta llegar abajo. Tuvo que alzar la vista, su metro sesenta y poco sería completamente ridículo cerca de la estatua. De cerca pudo apreciar detalles que desde las escaleras no había visto. Los pliegues precisos de la tela, la fina línea que delimitaba dónde irían los cuadros. Fue poco a poco alzando la vista hasta su rostro. Una barbilla puntiaguda con un hoyuelo en medio, la nariz fina, una frente completamente proporcional a su cuerpo sobre la que caían ondas más pequeñas.

Volvió a bajar la mirada hacia el manto de la escultura, recogido en el hombro, en el que resaltaba un broche con una cabeza de lobo.

—Os presento a James Tanarys Douglas de Úlster, señor de Lothian. —Oyó la voz de Alba, pero en ese momento Leonor se fijaba en el *claymor* y su enorme largura. El joven tenía la punta apoyada en el suelo y agarraba con fuerza la empuñadura, que también estaba decorada con el mismo lobo del broche—. Conocido como el lobo de las Highlands.

—Con que James Tanarys Douglas de Úlster. —Paula alzó una mano para llegar hasta la hebilla del cinturón de la estatua—. Eso es demasiado largo, señor de Lothian. Habrá que ponerte otro nombre.

Miró a Leonor y le guiñó un ojo.

—Esto es un semental en toda regla —añadió, riendo—. Qué barbaridad.

Leonor tuvo que reír.

—¿De estos no hay por aquí? Que no sean de piedra, digo —preguntó Inés riendo también—, aunque esto es una escultura, lo mismo es como ahora el Photoshop. Estará en versión mejorada. No queda bien la escultura de un esperpento.

Paula movió la mano.

—No digas tonterías. Hay montones de retratos de esperpentos.

Inés negó con la cabeza.

—Mira que pagar para que alguien inmortalice tu cara si encima es fea... —respondió Inés.

Leonor había acercado su mano al *claymor*, pero tuvo que reír con la conversación de sus amigas.

Paula se inclinó hacia Leonor.

—Ya te ha dicho Alba que no muerde. —Se apartó de ella y la empujó contra la escultura para que se acercase más.

Leonor apoyó las dos manos en la piedra para no chocar con ella.

—Un poco más alto hubiese sido perfecto —Paula rompió en carcajadas.

Alba se tapó la cara con la mano.

—Valor tengo de traeros aquí. —Se alzó de puntillas para mirar por la pared derruida si alguien las observaba.

Leonor apartó las manos de aquel ser de piedra que estaba tan frío y húmedo como el clima que tenía alrededor.

Bajó los ojos hacia el cuerno, este tenía tallados unos extraños símbolos. Acercó sus manos hasta él y los tocó, estaban tallados tan profundos que podía notarlos en las yemas de sus dedos.

—¿Es gaélico? —le preguntó a Alba.

—No es gaélico, al menos no el que conocemos hasta ahora. Esta estatua no me ha parecido interesante tan solo por esa forma de llevar el manto.

—Ya te digo que no es solo el manto —dijo Inés con ironía cruzándose de brazos y mirándolo.

Leonor seguía pasando los dedos por aquellos símbolos.

—Algunas palabras coinciden con un gaélico más antiguo, pero tengo que trabajar en más profundidad.

Leonor se había inclinado para ver las letras más de cerca. Vio que Paula hacía el intento de empujarla de nuevo al verla tan cerca de la inglete del escocés, así que hizo fuerza con las manos para que no la moviese del sitio. Terminaría dando con la frente en la piedra y esta era dura, más que la estatua. Temía más por la estatua que por su cabeza, Alba las mataría si la desconchaban.

Paula rompió en carcajadas.

—¿Te quieres estar quieta ya? —Le dio un manotazo a su amiga.

Se apartó de la estatua para mirarla a media distancia.

—¿Se siguen usando esos cuernos por aquí? —preguntó.

—Que yo sepa, no.

Inés se puso a su lado.

—Leonor se ha tomado la pastilla de dormir en el avión y aún le dura el efecto. —Se mordió la lengua—. Oía cuernos en la carretera.

Se giró para ponerse frente a su amiga.

—¿Y el salto del coche? No había nada. ¿Eso también es de la pastilla? —Se apartó de ellas.

Paula le dio con el hombro a Alba.

—Y todo esto sin *whisky* escocés. No sabes lo que has hecho trayéndonos aquí.

Alba alzó las cejas.

—No lo medité lo suficiente —empezó a reír. Le pasó el brazo por encima a Paula—. O sí, me encanta que estéis aquí. ¡Leo! Ven, tengo algo para ti.

OceanofPDF.com

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Alastor

No había rastro de los hombres de Tanarys y ya estaban llegando a las tierras del clan Lockhart. Existía la posibilidad de que, si el lobo de las Highlands se hubiese visto acorralado, se hubiese refugiado allí.

Vio heces de caballo entre los árboles y estaban frescas. Frenó su caballo en seco, tenían que retroceder.

Oyó el crujir de unas ramas y giró enseguida el caballo.

—¡Ingleses! —Oyó gritar a uno de sus hombres.

Si los ingleses habían llegado hasta la tierra de los Lockhart, no había sido con el consentimiento del clan, ellos siempre estuvieron en contra de Balliol.

Su caballo comenzó a andar hacia atrás a medida que los caballos ingleses salían de entre los arbustos. Los apuntaban con arcos y, por muy rápidos que fuesen sus arqueros, perdería a demasiados hombres si daba la orden. Dejarse atrapar aumentaba las opciones de supervivencia de sus hombres.

No le dio tiempo a reaccionar, tampoco a los ingleses. No sabía dónde estarían ni cómo se habían escondido cuando él mismo no los había visto. Pero los enormes hombres de Tanarys rodearon enseguida a los ingleses. Los que tenían más margen huyeron para disparar en la distancia.

Los ingleses siempre preferían correr, aun con el riesgo de ser abatidos en la huida, que ser capturados. En el último año pudo comprobar un cambio en las tropas inglesas, Balliol se valía de los más jóvenes para la frontera, dejando al ejército más fuerte y con experiencia reservado para la batalla francesa. A pesar de ser torpes y la mayor parte de veces, como en ese momento, poco numerosos eran terriblemente molestos. Sobre todo, si lograban llegar a algún pueblo tranquilo sin nadie que lo defendiese.

Por esa razón, Tanarys había llevado a sus propios hombres del norte a defender aquellas complicadas tierras. Los Úlster de las Highlands, el clan de la cabeza de lobo, con espadas demasiado largas para su gusto, pero que ellos manejaban como si fueran cuchillos de cocinar.

Apretó los labios cuando Tanarys se colocó a su lado, lo miraba de reojo con ironía. Habían logrado atrapar a tres ingleses vivos. Suponía que se los llevarían a los Lockhart. Nadie quería quedarse nunca con prisioneros si tenían opción de rechazarlos. Los ingleses no tenían ningún hilo de lealtad ni patriotismo, no accedían a intercambios de ningún tipo, les daba lo mismo un tuerto muerto que cinco. Así que había que alimentarlos hasta que tuviesen un número considerable y, en ese caso, poder pactar algo con el superior de alguna tropa inglesa. Un soldado muerto no les interesaba, pero veinte o treinta hombres nunca estaban de más en las tropas.

—La próxima vez que quieras usarme como cebo vivo, es mejor que me lo cuentes antes —le dijo, azuzando el caballo.

Oyó la risa de Tanarys a su espalda. Se alegró de que todas sus suposiciones fueran erróneas y aún más se alegró de no haber verbalizado sus sospechas respecto a los Black. Ya su relación con el joven Blaine era bastante mala como para empeorarla acusándolos de una traición.

Resopló, también se alegraba de que Tanarys estuviese bien, tan solo acechaba al escueto enemigo, como solían hacer los lobos con las presas. Cuanto más tiempo pasaba junto a los Úlster, más entendía cuál era su emblema.

Los hombres ya habían atado a los ingleses a uno de los caballos.

—¿Se los llevamos al viejo Dewar? —Oyó decir a Tanarys.

Dewar Lockhart no tendría más remedio que aceptar si el señor de Lothian se lo ordenaba. Incluso él también.

—Yo no pienso llevarlos conmigo —le respondió a Tanarys.

Eran una ventaja los años junto al señor de las tierras. A pesar de no compartir sangre, de ni siquiera haber nacido en el mismo extremo del país y tener un origen más que contrapuesto, consideraba a Tanarys como uno más de sus hermanos. Y sabía que Tanarys a él también.

Alastor miró el cuerno que su señor siempre llevaba en el cinturón.

—La próxima vez que oiga el cuerno no acudiré —dijo y Tanarys sonrió.

Solo en su círculo más cercano, Tanarys mostraba aquella forma de ser diferente. Para todos los que habitaban Lothian, su señor era admirado, a veces temido y en algunos clanes hasta odiado. Era estricto, justo pero duro con las normas, no muy devoto del clero, serio, distante y solitario en las reuniones si estas eran meramente festivas. Sin embargo, había podido comprobar la sensación que todo su pueblo tenía con su presencia. Podía definirla con una sola palabra: protección. Eso era Tanarys para Lothian, un verdadero escudo contra todo lo que pudiese llegar del sur. Y la muestra estaba en la crispación y el miedo cada vez que Tanarys viajaba al norte, ni él ni ningún jefe de clan podían llenar el vacío. Cuando Tanarys estaba lejos el pueblo se sentía vulnerable.

—Y esa idea de subir hasta el castillo de Lockhart, ¿es por Evaleen?
—Hizo una mueca al decirlo.

Tanarys apretó la mandíbula. De repente, volvía a ser el señor de Lothian que todos veían en él.

—Sabes muy bien una de las razones por las que me enviaron al sur.
—Ya se veía el castillo Lockhart a lo lejos—. Traje a mis hombres del clan Úlster, los casé con vuestras hermanas, con vuestras hijas y en algunos casos hasta con vuestras madres. —El semblante de Tanarys y hasta su voz

habían cambiado por completo—. Ninguna mujer puede parir a un lobo de las Highlands, tú lo has visto tantas veces como yo. Mi madre insiste en que debería escoger esposa en el clan. Mi padre insiste en que ella debe ser del sur.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú?

—Sabes que si no fuese por esa razón me habría casado con tu hermana. —Alastor sonrió al oírlo. Ella hubiese aceptado sin dudarlo. Y por supuesto su difunto padre también—. Pero no quiero condenar a ninguna muchacha a morir en medio de un charco de sangre.

Pudo comprobar que ni Tanarys ni él habían podido olvidar la imagen de uno de los partos de un Úlster de una mujer del sur. Solo en las peores batallas habían visto algo similar a eso, que aumentaba el dolor si la que sufría y sangraba de aquella manera era una delicada joven que apenas comenzaba a vivir. Tanarys llevaba razón, él tampoco deseaba ese destino para su hermana a pesar de que a esta no le importasen las consecuencias.

—Si no te decides, Estuardo propondrá lo que le parezca. Y nadie podremos imponernos a su voluntad.

Era la verdad. Con el rey David preso en Inglaterra desde hacía años, Estuardo era el único por encima de los señores. Nadie podía negarse a su voluntad y él insistía en la absurda unión entre clanes del norte y del sur. En la mayoría de casos esa unión había salido bien, salvo en uno, los

Úlster. En su clan había muy pocas mujeres, apenas unas pocas para perpetuar el clan puro, como a ellos les gustaba, y hasta allí las muertes de parturientas eran frecuentes. No podía llevarlas al sur. La mayoría en el clan eran varones y Tanarys se llevó a un gran número con él. Pero casar a una joven con un Úlster era condenarla.

—¿Cómo está tu hermana? —Lo oyó preguntar y miró a Tanarys con el rabillo del ojo antes de responder.

Levantó los pies para azuzar al caballo hacia el castillo.

—Como siempre —Alastor sonrió—. Deseando verte.

Lo dejó atrás. Estuardo aún no había propuesto destino para el señor de Lothian, esperaba que no le tocara a su hermana Moira.

Escocia, 2021.

—Mira que es guapo, el hijo puta —dijo Inés, que llevaba una caja para apilarla a los pies de la estatua.

Alba estaba con la inscripción del cuerno. De vez en cuando soltaba algún taco.

Leonor no estaba muy lejos, sentada en el suelo, con una caja de madera entre las piernas llena de puntas de flecha y algunos trozos.

—¡Qué pasada! Siete siglos y todavía pinchan. —Pasaba el dedo por ellas. Levantó los ojos hacia Inés—. He encontrado tres enteras. —Hizo una mueca.

—¿Dónde está Paula? —preguntó Alba.

—Todavía con la vasija.

—¿En serio? Lleva tres días ya. ¡Paula!

A Paula le gustaba trabajar en la parte de fuera, allí no tenía a Alba todo el día vigilándola y podía escaquearse más. La habitación circular medio derruida se había convertido en su salón de trabajo. Allí tenían todo

el material apilado, los pequeños hallazgos, chorradas, según el estirado de Neil. Pero suficiente para sus prácticas.

Allí pasaban el día hasta que el sol se iba. Y el tiempo pasaba tremendamente rápido.

Tenían la bolsa de los bocadillos en las escaleras. Pronto sería la hora del almuerzo, de las mejores horas del día. En los escalones comían mientras decían barbaridades, lanzaban piropos a la estatua y lloraban de la risa. Las prácticas se acababan para la mayoría y no tenían dudas de que Alba las echaría de menos.

—Aquí todo el mundo es imbécil. —Paula entraba por la pared rota.

—¿Qué te ha pasado?

—El iluminado de las gafas, no me acuerdo ni del nombre.

—John.

—Como se llame, que es gilipollas.

—¿Qué te ha dicho?

—Que es una suerte que no cobre por horas.

Alba, Inés y Leonor rieron.

—Lleva razón —dijo Alba soltando los papeles de la traducción en el suelo.

—¿Que lleva razón? Eso es un puñetero puzle 3D de mil piezas, todas iguales. Que lo haga él si es tan fácil.

—John es de los mejores arqueólogos que tiene Neil. Es un prodigio —decía Alba.

—Un prodigio, algo tendrá que *tener* porque mira que es feo.

Alba negó con la cabeza. Inés y Leonor rieron.

—Vamos a comer —les dijo Paula—, con tan pocas horas de sol vivimos como los pollos. Amanece, a comer. Anochece, a dormir. En unos días volvemos a sol sin nubes.

Estiró las piernas. Leonor se levantó y se dirigió hacia las escaleras.

—No piséis el cuarto escalón —dijo Alba—. Ya Neil ha notado que se ha resquebrajado. Hasta que no lo fijen no lo podemos pisar.

—¿Y nos ha echado la culpa a nosotras? —preguntó Inés—. Le caemos como el culo, no lo puede evitar.

Pasó el pie por encima de Paula y saltó el escalón.

—Dice que la escalera no es un comedor —dijo Alba acercándose a ellas—. Aquí solo escarbaron la estatua y limpiaron un poco esto. Pero aquella parte les está llevando demasiado tiempo y han abandonado esto.

—O sea, nos echa la culpa.

—Sí, dice que las fisuras son por sentarnos ahí. Y que la terminaremos partiendo.

—¿Nos está llamando gordas?

—Es una escalera con siete siglos, no se puede usar de asiento —
respondió Alba y Paula le hizo una morisqueta.

—La escalera de mi bloque tiene menos años y está peor. —Inés se inclinó para mirarla por el lado—. Chicas, el inglés estirado lleva razón, esto no estaba así al principio.

—¿Por qué lo llamáis así? —Alba se cruzó de brazos.

—Porque tus amigas siempre dicen la verdad y ese tío no te pega ni con esparadrapo. Él y su grupo de intelectuales, los dioses iluminados. Los demás somos todos imbéciles a sus ojos.

—No somos dignos, no somos dignos —dijo Inés con ironía haciendo una reverencia con los brazos.

Se oyó un crujido.

—Ostras. —Leonor estaba en la parte más alta.

Inés se echó la espalda hacia atrás por si el crujido había sido por asomarse por el lateral de la escalera. Volvió a crujir.

—Si al final Neil va a tener razón —protestó Alba dándole la mano a Paula, que era la que estaba más abajo—. Id bajando despacio.

—Leonor es la que más pesa, que ni se mueva.

—Tías, esto sigue crujiendo. No os mov...

No les dio tiempo a reaccionar. Fueron tres crujidos, uno por cada enorme grieta en la escalera. Se desplomó por completo y las cuatro

cayeron.

Quedaron tumbadas y rodeadas de una nube de polvo, este se les metía por la nariz sin remedio, con un intenso olor a piedra. Al principio, ninguna se movía, permanecían inmóviles y calladas, quizás por el susto de la caída o por el miedo de comprobar si se habían roto algo.

—Vaya pedazo de hostia que nos hemos pegao. —Paula rompió el silencio y se oyó la risa de Inés.

Alba fue la primera en incorporarse.

—Leonor es la que estaba más alta. —Pero el polvo no la dejaba ver bien dónde estaba su amiga, que había pegado la caída más fuerte—. Leonor —la llamó, rezaba por que respondiese. Se oyó un crujido, pero no era el mismo de antes, en ese pudo reconocer el sonido de la madera cuando se presionaba.

—¿Leo? ¿Estás bien? —Paula se incorporó también.

Inés se había colocado de rodillas y gateaba hacia donde había caído Leonor.

—¿Leo?

Se oyó otro crujido.

—Los muertos de la caja, me la he clavado entera. —La oyeron decir y Paula rompió a carcajadas—. ¿Quién cojones ha dejado una caja en la escalera?

—¿Qué caja? —Paula también gateaba.

—¿Hay una caja? —Alba sí se puso de pie. Sabía que no era de las tuyas, esas estaban junto a la estatua.

—A ver si se va ya el polvo y puedo verla —respondía Leonor.

—Y no viene nadie a ayudarnos —protestó Paula.

—Ellos no comen aquí, vienen en un rato. Leo, ¿cómo es de grande? No veo nada.

—Me ha jodido la espalda entera, así que haz cuentas —dijo Leo y Paula volvió a reír.

Alba movió los brazos a ver si el polvo se disipaba. Lo tenía metido en la garganta y en los ojos, casi no podía abrirlos y le picaba horrores pecho adentro.

Inés tosía.

—Encima tiene algo metálico, yo creo que me he hecho sangre. Poneos las mascarillas —decía Leo. La tos de sus amigas aumentaba.

—Otra vez las mascarillas. Llevamos meses con las puñeteras mascarillas. Prefiero tragarme el polvo —dijo Inés y se oyó la risa de Paula.

Alba había perdido el equilibrio y decidió volver al suelo antes de otra caída.

—¿Te has roto algo? —le preguntó a su amiga.

—Creía que me había roto la espalda. —Se oyó otra vez crujir la madera. Leonor se estaría moviendo.

—A ver si te vas a caer otra vez, no te muevas hasta que se vaya el polvo y podamos verte. La escalera se ha hecho trizas, arena pura. Estaría completamente rota por dentro —decía Alba tocando el suelo.

—Eso, no te muevas —reía Paula—. Vete a saber lo que hay dentro de esa caja. No es nuestra.

Se oyeron varios crujidos continuos. Leonor se estaría moviendo como una lagartija.

—Estate quieta. —Alba logró tocarle el brazo. Leonor se sacudió para soltarse dando un grito—. Que soy yo, coño.

—A ver si va a haber un muerto aquí dentro. La hostia. —Se oyó otro crujido con un nuevo salto de Leonor. Alba la notó junto a ella.

La tos de Paula era tan continua que terminó con una arcada, enseguida la siguió una segunda. La tercera no pudo aguantarla y se oyó una especie de eructo y luego líquido caer.

—Paula «llamando a Juan» y sin beber *whisky* —dijo Inés mientras sonaba el vómito de su amiga—. Cuando llegue tu noviete y vea la que tenemos aquí lo va a flipar.

—Pero es que este polvo no se va. —Alba manoteó de nuevo, no era normal que tardase tanto en disiparse estando medio al aire libre. No podía

ver la dichosa caja.

—Paula, ¿ya? —preguntó Inés.

Se oyó otro eructo.

—Cuando empieza es un grifo —dijo Leonor tanteándose el costado.

—¿Estás bien? —Paula comenzaba a verla entre la polvareda.

—Es una herida, lo suponía. —Se levantó la camiseta.

—No te la toques, hay un botiquín en el coche del equipo.

Leonor se inclinó para ver la caja.

—¿Qué cojones me he clavado?

Inés había llegado hasta ellas con los ojos guiñados, le lloraban sin parar. Paula al menos había dejado de vomitar.

Apartó el polvo de encima de la caja con la mano.

—Un muerto no es, no cabría ahí si no está a trozos —dijo.

—Vamos a sacarla de aquí. —A Alba también le lloraban los ojos.

Parecía un baúl de madera, Paula no podía ver bien la parte superior, pero por la herida de Leonor debía tener alguna incrustación metálica o bien se había roto y la herida la habían hecho las astillas. Esperaba que no, Leonor pasaría un mal rato en urgencias.

—Pesa menos de lo que esperaba, agárrala por ahí —le pidió a Inés.

—Leonor tiene más fuerza. —Inés se retiró del baúl.

—Leonor se acaba de dar una hostia de narices. Agarra del otro lado y la sacamos.

—Que va, si es algo chungo, paso. A ver si va a ser esto como la maldición de Tutankamón.

Paula notó el baúl levantarse.

—Apartaos de ahí, anda. Vamos a salir ya de aquí, que no se puede ni respirar. —Leonor había levantado todo el peso sola y las rebasó.

La siguieron hasta fuera de la construcción. Paula ya se recuperaba, le lloraban los ojos y aún tosía, pero ya de manera menos agresiva.

—Ten cuidado, a ver si lo vas a romper —le decía Alba andando a prisa tras ella.

—Me he caído encima y no se ha roto. —No se detuvo a las afueras del castillo y siguió andando entre la hierba.

Y todas lo agradecieron, a medida que se alejaban de allí el aire resultaba más cómodo y limpio.

Inés miró tras de sí, la polvareda había formado una peculiar nube sobre la sala circular.

—Ahí no, ese suelo siempre está húmedo —gritaba Alba, pero Leonor iba más que deprisa bajando por la colina.

—Es lo que quiero, poder quitarme toda esta porquería de los ojos y de la nariz. —Aligeró el paso y sus zancadas eran difíciles de seguir, aún

más cuando ni siquiera podían respirar cómodamente sin toser.

Se aproximaba al arroyo, ya podían verlo claramente, era un baúl. En los brazos de Leonor tenía un tamaño considerable, mediría casi metro y medio. Paula sabía que con aquella dimensión y peso hacía un esfuerzo considerable en los brazos y, sobre todo, en el pecho. Precisamente donde estaba su particular fuerza, la que había trabajado desde niña. Ninguna de ellas lo hubiese podido mover más de un par de metros.

Lo puso en el suelo a un par de metros del arroyo.

—Esa tierra está mojada, no puede mojarse —protestaba Alba.

Pero Leonor ya estaba de rodillas con las manos metidas en el agua y enseguida hundió en ella su cara. Paula se lanzó a imitarla. Inés no fue tan efusiva, se enjuagó bien las manos y las restregó por la cara.

—Parecemos extras de *The Walking Dead*, qué horror —dijo Paula ya con la cara limpia y mirándolas.

Leonor contuvo la risa, hizo un sonido con la nariz al reír que acabó con una vela de mocos y polvo colgando de uno de sus orificios. Se apresuró a limpiarse con el agua.

Alba, después de intentar coger el baúl sin éxito para apartarlo de la humedad, optó también por lavarse, la única manera de ver qué era lo que habían encontrado.

Sus amigas miraron la sala circular con aquella nube de polvo que ya se difuminaba entre el paisaje.

—Pues sí que somos unas impresentables —dijo Inés riendo.

—Qué fría está el agua —decía Paula quitándose la sudadera de la que salía polvo sin parar—. Me duele hasta la cara.

Leonor miraba el baúl arrodillada junto al agua.

—Muévelo de ahí —le pidió Alba, sonaba a orden desesperada.

Leonor rio. Se limpiaba la herida, no era tan escandalosa como esperaba, aunque por el color supuso que le saldría un buen morado.

—Antes habrá que ver qué tiene dentro. —Paula le dio un golpe y Alba enseguida le apartó la mano.

—Ni hablar, no se va a tocar hasta que venga Neil.

Leonor alzó las cejas.

—Este baúl casi me parte la espalda, ¿y quieres que espere a ese inglés egocéntrico para abrirlo? —Se levantó del suelo—. Y una mierda.

Se inclinó. Lo que le había hecho la herida era una chapa circular pintada en blanco y rojo, con un lobo dorado en el centro con algo de relieve. Lo tocó, comprobando que los filos que emulaban el zigzag del pelo eran los causantes de aquel rasguño que aún seguía sangrando.

—A ver si lo vas a astillar. —Alba corrió para ponerse delante de Leonor. Aquel tipo de cajas, a veces, costaba demasiado abrirlas. El aire del

interior formaba una especie de vacío, no era abrirlo sin más. Y, conociendo a Leonor, si el baúl no se abría a la primera lo voltearía o patearía—. Tiene al menos setecientos años, no se puede abrir así sin más, sin herramientas y sin los especialistas delante.

Leonor se puso las manos en la cintura.

—Y sin *whisky* para celebrarlo —dijo Inés gateando hacia ellas. Se había quitado la sudadera y estaba en camiseta interior—. Con toda esta mierda que tenemos encima es mejor que lo abran ellos que entienden y no nosotras.

Paula se puso en pie sin dejar de mirar el baúl.

—¿Y si tiene joyas o algo de valor dentro? —preguntó.

—Sea lo que sea, no nos pertenece —replicó Alba enseguida. La miró, alzando las cejas—. Déjate de bromas, sería un delito.

Alba hizo un gesto con la mano imitando una boca con los dedos hacia Alba.

—No soy una ladrona, pero esto lo hemos descubierto nosotras. Y no quiero que otros se lleven la gloria de abrirlo sin contar con nosotras. Mira a la Leo, está llena de magulladuras, la sangre le ha pasado la ropa. ¿Y van a venir el iluminado de las gafas y el estirado de Neil a abrir esto? Me uno a Leonor, ¡y una mierda!

Leonor se inclinó hacia el baúl.

—Si supiera que es un muerto se lo dejaba a ellos —rio—. Pero no sonaba a un muerto cuando venía con ella andando para acá.

Paula se llevó las manos a la cabeza imitando el cuadro de *El grito*, de Munch.

—¿Sabes cómo suena un muerto dentro de una caja? No me asustes —dijo Paula e Inés rompió a carcajadas.

Alba se interpuso también entre ellas y el baúl.

—Lo intento yo y si no se abre, los esperamos, ¿vale? No me fío de vosotras.

—¿Y te fías más de ellos? —Inés se inclinó sobre ella. Aún desprendían polvo de sus ropas cada vez que se movían.

Alba negó con la cabeza y se acucilló en el baúl.

—Es el símbolo de los Úlster, Tierras Altas. Sin embargo, estamos en las Lowlands y esto es sumamente interesante. Sé por Neil que el rey Robert, en un intento de unión de escoceses del norte y del sur, le entregó tierras del sur a algunos Highlander.

Los cierres metálicos se partirían al accionarlos.

—Neil va a coger un cabreo de narices si lo abrimos por nuestra cuenta —les dijo a sus amigas.

Inés señaló la sala circular.

—Nos hemos cargado el chiringuito de la estatua, va a coger un cabreo de narices de todos modos. Al menos que sea por algo que merezca la pena. Eh, dime tú qué estudiante en prácticas hace un hallazgo de nada.

—Ha sido casualidad, no te cuelgues méritos —le dijo Leonor inclinándose junto a Alba—. Lo único que hemos hecho en esa escalera ha sido comer, decir barbaridades y reír.

Paula asintió con la cabeza mientras rodeaba el baúl.

—Qué poco valor le dais a las risas. ¿Mejor ese equipo de prodigios? ¿Que no se ríen una mierda? Y tampoco han encontrado una mierda.

También se inclinó junto al baúl.

—Ábrelo ya, joder.

Alba cogió aire de manera tan profunda que pudieron oírlo. Luego accionó los cierres y se oyó un clic chirriante. Las miró antes de tirar de la tapa del baúl.

—Al menos no se han roto —espiró, aliviada. Le temblaban las manos—. La abrimos y la cerramos, nada de toquetear. Advertidas quedáis.

Tiró de la tapa, pero esta no se movió un ápice.

—Tira más fuerte —le dijo Inés.

—Es normal que pase esto, mejor esperamos. —Hasta notaban que Alba se alegraba de que no se abriera, de algún modo se sentía responsable

del resto.

—Tira, joder.

Alba resopló y tiró de nuevo. La tapa sonó, pero no se abrió.

—Déjame a mí. —Leonor acercó las manos, pero Alba se las apartó enseguida.

—De eso nada, que eres una bruta. —Se fijó en la parte donde Leonor tenía la herida. La tela se había manchado con un poco de sangre.

Alzó los ojos hacia Leonor. El pelo dorado de su amiga tenía encima una capa de polvo, como el resto, que se le entremetía por los gruesos tirabuzones de las puntas. Seguía teniendo el mismo pelo infantil y romántico con el que la había conocido en primaria, cuando llevaban uniformes de cuadros similares a los tartanes escoceses. Pero Leonor era bruta, más que una mula. Astillaría el baúl hasta abrirlo si la dejaba y los gritos de Neil llegarían a Tierras Altas.

Leonor puso la mano sobre la tapa, justo en la incrustación metálica que le había hecho la sangre.

—Me dijiste que no mordía. —Ladeó la cabeza—. Y me ha dado un bocado en el lomo.

Alba se dejó caer sobre sus propias piernas. Inés y Paula las rodeaban sin dejar de mirar el baúl. Leonor seguía mirando al lobo.

—Y escuece...

Resbaló sus manos por la madera hasta los cierres metálicos. Sin embargo, decidió no moverse, no impedírselo, quedar en silencio. El mismo silencio que tenían Inés y Paula.

Sintió una punzada en el pecho, el corazón se le aceleró sobremanera mientras miraba las manos de Leonor en cada remache, los tocaba despacio, buscando la forma de moverlos sin ni siquiera mirarlos. Los ojos azules de Leonor seguían fijos en la parte superior del baúl, en su hiriente sello.

Se hizo el silencio mientras se oyó el clic chirriante de un metal que no se movía desde hacía demasiados años. Debería caerse a trozos, pero continuaba entero.

Vio a Leonor sonreír levemente. Visualmente no podía notarlo, pero ella seguramente pudo sentir la tapa moverse un poco. El corazón de Alba se aceleró aún más. Abrió la boca para advertirle de que tuviese cuidado, pero no salió absolutamente nada de su garganta.

Se oyó otro chirrido, la tapa se movía. Quizás el aire contenido se había escapado, ya no había tapón en su interior. Leonor no estaba haciendo ningún esfuerzo, hasta ella había tirado con más fuerza la segunda vez que lo intentó.

Oyó espirar a Leonor y se asomó enseguida. Una tela roja, sorprendentemente limpia, estaba doblada a un lado. Un *claymor* enorme

estaba atravesado aprovechando las esquinas opuestas del baúl. Un arco, un carcaj, flechas impecables, un cinturón enrollado alrededor de un cuerno...

Entornó los ojos hacia él, eran inscripciones similares a las de la estatua, esa vez más claras y completas, ya que podía leerla en círculo, parte de atrás incluida.

—¡Dios! —Se llevó la mano a la boca al ver un broche dorado en forma de lobo.

—¡Qué pasada! —Oyó la voz de Inés.

Leonor permanecía callada, no soltaba la tapa del baúl, quizás no se atrevía a que esta cayera y se cerrara de golpe, rompiéndose. La inclinó para comprobar si tenía margen. Lo hizo despacio.

—Ten cuidado que se pueden partir los remaches. —Alba la ayudó poniendo sus manos en la puerta—. Ni se os ocurra tocar nada.

Les vio las intenciones enseguida. Pero con las manos en el baúl no podía sujetarlas.

—Apóyalo en el suelo, no pasa nada —decía Paula.

Alba cerró los ojos, seguía con el corazón acelerado. Si Neil llegase en aquel preciso instante...

—No los toquéis —les advirtió por segunda vez.

Y sus amigas se quedaron inmóviles mirando los objetos del interior del baúl. A Leonor hasta le brillaban los ojos, supuso que sería por el arco.

—No me pidas eso. —La oyó decir. Negó levemente con la cabeza.

Leonor soltó la tapa y metió las manos dentro. Alba quedó sola sujetando la tapa.

—Vais a llenarlos de polvo, estáis sucias. —Dejó caer la tapa, prefería que se rompieran los remaches a que la liaran con piezas intactas de gran valor en todos los ámbitos.

Pero Leonor ya tenía las manos en el cuerno. Alba alzó las cejas, lo de los arcos y Leonor iba más allá, era una unión vital, una pasión a la que le había dedicado buena parte de su vida. Sin embargo, había cogido el cuerno.

Inés y Paula estaban inclinadas y la miraban.

—Ni se te ocurra. —Pero esa vez solo pudo pronunciar un murmullo.

Leonor puso los labios en el extremo del cuerno. Aspiró aire y lo soltó en una especie de suspiro.

Y el cuerno sonó con timidez. La piel se le erizó de inmediato al oírlo. Vio a Paula estremecerse, como si hubiese recibido un escalofrío. Inés hasta puso una mano en el suelo, su cuerpo había basculado a un lado.

Leonor se lo retiró de la boca, el brillo de sus ojos era apreciable hasta a media distancia. Miraba el cuerno.

—Esto es exactamente lo que oí —dijo, entornando los ojos.

Aspiró aire de nuevo y esa vez su forma de coger aire fue bien distinta. Se acercó el cuerno a los labios.

Sonó con fuerza, tanto que aquel sonido continuo rebotó en las colinas y pareció estremecer los árboles al otro lado del arroyo hasta meterse entre las montañas del fondo, formando un eco encadenado. La piel se le volvió a erizar.

Leonor las miró, una por una.

—Deja eso, ahora para que cojas un virus o algo chungo. —Inés se levantó.

Alba la miró sorprendida. Algo había sentido Inés para invitar a que dejaran aquellos objetos. No había sido solo ella, el silencio lo decía. Sus amigas nunca estaban en silencio.

Miró hacia el castillo, el polvo se disipaba. Por suerte, el equipo no había llegado.

Lothian, 1355.

OceanofPDF.com

James Tanarys

Detuvo el caballo, hasta las hojas de los árboles parecían haberse movido.

—¿Qué pasa? —Alastor aminoró la marcha mientras giraba el cuerpo hacia él.

Tanarys giró el caballo y dio unos pasos con él en sentido contrario que el resto.

—¿Lo has oído? —Se había oído muy lejos, el primero apenas lo sintió, pero el segundo lo sintió hasta rebotar entre las colinas.

—¿El qué? —Alastor abandonó la fila de hombres para seguir a Tanarys.

—Un cuerno Úlster. —Aunque no era el único clan que los usaba, era capaz de distinguir el sonido. Un sonido exactamente igual que el que emitía el que llevaba cogido del cinto.

Alastor alzó las cejas.

—Los únicos Úlster del sur están donde ves. —Movi6 el brazo hacia la fila de hombres—. Ser6 cualquier otra cosa.

Tanarys neg6 con la cabeza, las gruesas ondas de su cabeza se movieron.

—Sé lo que he oído. —Detuvo el caballo. En ese momento solo podía oír el sonido de sus hombres y el silencio del bosque. Se detuvo a agudizar el oído, intentando alejar el metal, los cascos y la charla.

—A veces cuando oyes varias veces un sonido cercano vuelve a repetirse dentro de la cabeza. —Alastor se detuvo junto a él—. Me pasaba con el sonido de las espadas cuando estaba aprendiendo. Estaba en la cama y las oía todo el tiempo. Y el cuerno ha sonado muy fuerte hoy.

Tanarys lo miró de reojo.

—¿Me estás diciendo que puedo estar loco?

Alastor levantó las manos sonriendo.

—Jamás, mi señor —rezumó ironía y Tanarys tuvo que sonreír—. Pero yo lo habría oído también.

—Eres un halcón, puedo fiarme de tu vista. —Dio unos pasos hacia delante—. Ya veo que no de tu oído. —Giró su cuerpo para mirar a Alastor—. Seguid delante, voy a comprobar que no era nada.

—Te acompañaré.

—No. Ve al castillo Lockhart. —Alzó la mano para detenerlo.

Alastor no insistió y fue algo que agradeció. Acudían al castillo con presos ingleses, sabía que era mejor que no los llevasen solo soldados. Sería una ofensa para el señor que, conociéndolo, les ofrecería sus mejores

manjares. El estómago le rugió al pensarlo, pero estaba seguro de que había oído un cuerno y no uno cualquiera.

Azuzó el caballo y este aceleró entre los árboles.

OceanofPDF.com

Lothian, 2021.

—Qué puta pasada. —Inés había sacado la espada del baúl. A Alba ya no le quedaban ganas de reprenderlas. Habían pasado de ella y estaban sacándolo todo.

Leonor tenía una flecha en una mano y el arco en la otra. Observaba la punta.

—Es ligera, con la punta más pequeña que las que he estado viendo estos días. —Bajó el arco y lo cargó con la fina flecha. Alzó los brazos y lo abrió.

—¡Leo! —Esa vez no tuvo más remedio que levantarse. Por un momento, pensó que lanzaría la flecha al otro lado del arroyo.

Pero Leonor estaba inmóvil, apuntaba con la flecha a algún punto al otro lado con la mirada fija.

Paula la observaba sonriendo. Con aquellos tirabuzones infantiles y rasgos dulces, siempre era llamativo verla con aquella arma que la había llevado al *pódium* mundial en los Juegos Olímpicos unos años atrás.

—Como a un santo dos pistolas, igual —rio Paula. No le pegaban las armas aunque esta fuera una joya con setecientos años que, al parecer, se conservaba muy bien.

Leonor observaba las partes del arco.

—Mi padre lo fliparía. —Ella notaba la diferencia con los de competición y entrenamiento, pero aquello era una obra de arte. Un verdadero arco de una época en la que la destreza con el arco conllevaba supervivencia.

—Suéltalo ya, a ver si lo vas a romper. —Alba la rodeó por detrás, no se fiaba de que se partiese y la flecha saliese disparada.

—No va a romperse, es fuerte... —Tiró más para tensarlo. Alba dio un grito y Leonor negó con la cabeza—. Confía en mí, sé cuándo un arco está en buen estado mucho mejor que los pusilánimes del equipo de Neil, que no tienen fuerza ni para levantar una espada sin ayuda.

Inés y Paula rompieron en carcajadas.

—Ténsalo bien —le dijo Inés—. Cuando lleguen lo vamos a necesitar para escapar.

Ni siquiera Alba pudo evitar sonreír. Se llevó la mano a la cara.

—La que nos espera. —Miró hacia la sala circular. Con el hallazgo, aquello era lo de menos, pero el abrirlo sin ellos sería motivo de disputa. Suspiró.

—Que les den. —Paula se sacudió poniéndose en pie—. Si gritan mucho, lanza esa flecha y la clavas en un árbol cercano a ellos, verás como se callan.

Alzó las cejas, mirando a Alba.

—Llevo aguantándolos demasiados días. Me tienen hasta los cojones. No somos imbéciles. Mira lo que hemos encontrado en una semana. Ellos llevan aquí meses y solo encuentran trozos rotos de cosas. Mira todo esto, intacto.

Alba tiró del manto para que cayera al completo dentro del baúl.

—Intacto hasta que metisteis las zarpas. —Entornó los ojos hacia el broche—. Es precioso.

Inés se inclinó a su lado.

—¿Todo esto es del guapo de la estatua? —preguntó, mirando al lobo.

—Es evidente que el cuerno es el mismo.

Inés cogió el manto y se lo llevó a la nariz.

—¿Qué haces? —El tono de Alba no sonó distinto a los del resto del equipo cuando se dirigían a ellas, como si fuese imbécil.

—Si es suyo tendría que oler a zorruno, ¿no? Quiero saber cómo huele un tío de la Edad Media.

Paula se puso enseguida a su lado.

—¿Y a qué huele? —preguntó.

Inés hizo una mueca.

—A nada. —Se lo dio a su amiga para que lo oliese. Alba tenía la mano en la frente, miraba al castillo esperando ver al equipo de Neil llegando. Suspiró de nuevo.

—Dame. —Leonor les quitó el manto—. Con una tela parecida os conocí a vosotras —dijo y ellas rieron recordando el uniforme del colegio.

Se lo llevó a la nariz. Olía a una mezcla de madera y algo más que no supo identificar. Igual que olía toda la caja.

—Ya vienen —se sobresaltó Alba—. Trae, trae. —Tiró del manto para meterlo en el baúl, encima de todo lo demás. Y se apresuró a cerrar el baúl.

Dos coches se acercaban al aparcamiento.

—El cuerno, el cuerno —dijo Inés sujetando la tapa para que no la cerrara.

—¿Está todo dentro? —preguntó Alba antes de cerrar.

Se oyó el crujido de la madera al encajarse de nuevo.

Escucharon la voz de Neil, aún podía apreciarse la nube de polvo. Palabrotas inglesas a voces. Paula hizo una mueca.

Leonor se enjuagó las manos en el arroyo y luego se puso en pie. Ya se veía llegar a Neil con paso apresurado sin dejar de decir sandeces,

seguido de John, «el iluminado de las gafas», que se llevó las manos a la cabeza cuando fue consciente de lo que tenían en el suelo.

Se puso en pie para colocarse junto a la caja.

—Tendrías que haber dejado el arco fuera —le dijo a Alba y Paula rompió en carcajadas.

Su risa hizo que la voz de Neil se alzase aún más.

—Ni una palabra —les pidió Alba.

—Palabras no, pero como te hable a gritos cuando te tenga cerca le hago un *piercing* con la flecha —respondió Leonor.

Paula volvió a romper a carcajadas. Leonor cogió la caja en peso. Vio a John dirigirse hacia ella aligerando mucho más el paso.

—Hemos encontrado un baúl —dijo Alba a gritos. Pero ellos ya lo habían visto, así que ambos dejaron de protestar.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba John—. Podrías romperlo. Eres una inexperta, cómo se te ocurre...

Leonor alzó las cejas.

—¿Sí? Entonces será mejor que lo lleves tú. —Le echó el baúl encima a John y se lo dejó completamente en peso.

Él dio varios pasos atrás intentando guardar el equilibrio. Leonor lo rebasó dirigiéndose hacia el castillo. Alba se había llevado a Neil a un lado.

Inés y Paula siguieron a Leonor, observando cómo John apenas podía cargar con la caja. Lo miraron divertidas.

—Pedazo de capullo está hecho. —Pasaron junto a Neil y Alba—. Y este también.

Paula hizo una mueca a la espalda de Neil.

—Menudos gilipollas engreídos. Les hemos dado el repaso en una semana —decía Inés.

Leonor se giró para mirar a John, que aún estaba junto al arroyo sin atreverse a mover un ápice para no dejar caer el baúl.

—Vamos al coche. Hoy nos merecemos una ducha y el dichoso *whisky* escocés al fin, ¿no? —dijo Inés y Leonor rio.

—Habrá que celebrarlo —respondió sin ser muy consciente de lo que estaba diciendo.

Entornó los ojos hacia el baúl. Por una escasa hora, había sido de ellas, únicamente de ellas. Fue consciente de que esos objetos quizás no los viese más. Alba llevaba razón, no les pertenecían. No le molestaba en absoluto que pasaran a ser parte de algún museo. Aunque antes tuviesen que pasar por las zarpas de aquellos imbéciles del grupo de Neil que en ese momento las miraban como si estuviesen locas aunque hubiesen encontrado algo de gran valor.

El resto del equipo, unas doce personas, miraba la sala circular y a ellas y el polvo que desprendían al andar. Alba seguía discutiendo con Neil, pero este no gritaba, no era que hablara muy calmado, pero al menos mantenía una distancia y un tono de voz aceptable.

John pidió ayuda desde el arroyo y Neil dejó a Alba para acudir a él. Leonor sonrió al ver que hacían falta cuatro brazos para transportarlo. Negó con la cabeza, en ese momento era ella la que los miraba como a unos inútiles.

OceanofPDF.com

Lothian, 1355.

OceanofPDF.com

Evaleen Lockhart

Cuando había invitados ardían las cocinas. Los sirvientes iban y venían al salón con enormes bandejas para los hombres de Tanarys, pero este aún no había llegado. Escuchó a Alastor decir que él había ido a cerciorarse de que no quedaba ningún inglés en los alrededores.

Ella se había asomado varias veces desde las ventanas de la planta superior por si lo veía por alguna parte. Pero el sol se perdía y el bosque parecía estar desierto.

Había escuchado decir a su padre, el viejo Logan como solían llamarle, decir que Tanarys pasaría aquella noche en el castillo. Desde niña, cuando aún vivían sus hermanos y hermanas en el castillo, había visto llegar a un jovencísimo Tanarys acompañado siempre de Alastor, el más apuesto de los Hunter. Recordaba que su hermana Lena solía observar al halcón con gran devoción. Pero el tiempo pasó y su padre decidió casarla con un hombre del norte. Hacía más de un año que no la veía.

Sin embargo, sus ojos infantiles siempre solían dirigirse hacia el enorme lobo de las Highlands. Pero él no parecía ver en ella más que una niña, a pesar de que los años pasaban y ya tenía edad casadera, Tanarys no

reparaba en ella más que en un caballo, una espada o cualquier objeto que pudiese encontrar en el castillo.

Su doncella le había dicho que en el pueblo se decía que Tanarys acabaría contrayendo matrimonio con Moira Hunter y hasta creyó que los rumores pudiesen ser ciertos. Moira era una de las mujeres más hermosas al sur del río Forth. No hacía más de un mes que la había visto, ella había conseguido que su cabello le llegase hasta las rodillas, que siempre lucía orgullosa en una gruesa trenza. Moira era algo mayor que ella, unos tres años, y seguía soltera. Siempre recordó a la pálida joven de cabello castaño visitando a su hermana Lena. Los Hunter y los Lockhart vivían cerca, los hermanos mayores de Moira siempre fueron cercanos a su familia.

Fue Moira la culpable de que ella midiese su trenza una y otra vez cada semana. No había conseguido que su pelo le pasase de la cadera aunque la doncella se lo cepillara durante toda la tarde. Quizás ya en la infancia había sido consciente de que Tanarys y su carácter distante y solitario, no resultaba tan distante ni tan solitario cuando Moira estaba cerca.

Ya no era una niña, había crecido, y en belleza podía competir con la hermosa Moira. Tenía una oportunidad, la misma que tuvieron sus hermanas y el resto de damas del sur que acabaron casadas con otros hombres, de que el señor de Lothian se fijase en ella.

Hacía tiempo que no la veía, pero estaba segura de que la fama de su belleza había llegado hasta él, puesto que, tal y como le decía la doncella, los señores no solo estaban al tanto de las batallas.

En el salón había varias mesas largas. Los Hunter se sentaron lo más separados que pudieron de los Black. Por la expresión de Alastor sabía que no los esperaban allí, hasta ella podía percibir que las rencillas pasadas entre los dos clanes no se habían subsanado al completo. Y aunque el antiguo *laird* de los Hunter ya no vivía, Alastor no terminaba de aceptar a Blaine Black ni a su hijo Bruce. No había que tener mucha experiencia social para darse cuenta de que al halcón no le gustaban los cuervos y era una pena. Ceara Black, la única mujer de la familia Black, la más pequeña de las hijas de Blaine, era realmente hermosa. Tenía el pelo negro como los caballos más oscuros, que tan bien les iba a las capas que solían usar en su clan, y los ojos tan claros como solían tenerlos los Hunter. Siempre pensó que Ceara podría ser la forma más sensata de unir al fin las desavenencias entre ambos clanes y esperaba que Tanarys pudiese verlo. Por orden del señor de Lothian, Alastor no tendría más remedio que aceptar.

Y en cuanto a ella, no quería ni pensar en que los ojos de Tanarys la mirasen como posible unión entre clanes, mucho menos con el clan Úlster. Una de sus hermanas no sobrevivió al hijo del norte, ni siquiera unas tijeras que abriesen sus partes en canal consiguieron sacar de sus entrañas tan

monstruoso niño. Su doncella siempre le advertía, la mujer que Tanarys tomase por esposa seguiría la misma suerte que Laoise. Sin embargo, algo en su interior le decía que su fortuna sería muy diferente. Laoise nunca tuvo su salud, era más fuerte, más alta y joven que su hermana. Ella podría engendrar a un niño Úlster y parirlo y sobrevivir, no podía ser de otra manera.

Oyó la puerta del castillo abrirse, el señor de Lothian había llegado. El corazón se le aceleró sobremanera. Y sabía que en cuanto los ojos verdes del lobo recorriesen el salón se aceleraría aún más.

Miró que su vestido estuviera impecable, que su trenza cayera por su espalda, recta, sin curvatura que afeara el peinado. No tenía espejos cerca, pero no había pasado nada por alto, pelo, vestido, aroma, joyas. Tenía una oportunidad, una sola, de que al fin Tanarys se fijase en ella más que en las mesas del salón y en los asados de la cocinera. Algo tremendamente difícil, aquellos hombres parecían no haber comido desde hacía días.

Lothian, Escocia, 2021.

OceanofPDF.com

Leonor

Esperaban fuera de la sala donde, supuestamente, inspeccionaban el baúl. Un centro de arqueología en toda regla donde solían exponer las muestras. Neil ya había avisado a su jefe del hallazgo, así que esperaban poder presentarlo a los patrocinadores de la investigación.

Apenas les habían pedido explicaciones de cómo o dónde lo habían encontrado, ni mucho menos preguntaron por ellas mismas. Leonor, después de una ducha, había podido curarse la herida y era evidente que ninguna tenía nada roto, pero no había que ser muy listo para ver que ellas pasaron al tercer plano, tras el baúl y el equipo arqueológico de Neil.

Este salió al pasillo y dijo unas palabras rápidas en inglés, si Alba no lo mandaba a la mierda lo haría ella. Si ya de por sí no soportaba a aquel imbécil autosuficiente, menos con aquellas formas alteradas.

Apoyó el hombro en la pared.

—¿Qué le pasa a ese? —dijo demasiado alto e hizo un gesto levantando la barbilla hacia Neil. Se había enterado perfectamente de lo que estaba diciendo, ella hablaba el idioma tan bien como Alba, pero quería que él se enterase de alguna forma de que se estaba pasando. Hasta Alba parecía estar dándose cuenta, cada vez sus formas con él eran menos cordiales.

Neil la miró sin decir nada, quizás no se esperaba que una de las estudiantes al fin le cortara al hablar. A él, con todos sus diplomas, sus títulos, su doctorado, su cátedra y toda una ristra de investigaciones.

Alba resopló.

—Dice que no pueden abrir la caja, que la habremos cerrado mal y ahora tendrán que romperla —les dijo y Leonor pudo ver la sonrisa satisfecha de Inés.

—Dile que si quiere lo intento yo, que la abrí a la primera —respondió Leonor con ironía. Sabía decirlo en inglés, pero pasaba de hablarle directamente a Neil.

Neil las miró una por una. Luego dijo en el mismo tono desagradable que ninguna se acercaría más a nada de lo que él fuese responsable.

—Vete a tomar por cul...

—¡Paula! —la calló Alba.

Neil se volvió a meter en la sala y cerró la puerta de un portazo. Paula miró a Alba, la señaló con el dedo.

—No vuelvas a follarte a ese tío —le dijo y Alba movió la mano.

Leonor la miró de reojo. Lo de Alba y Neil no iría mucho más lejos, ni ella lo soportaba y se alegraba de que se diese cuenta antes de perder más tiempo con él.

—Con que no pueden abrir la caja. —Inés se mordió la lengua acercándose a la puerta. Luego se giró hacia ellas riendo—. Que les den. Vámonos de aquí.

Empujó por el hombro a Alba.

—Vamos a celebrarlo nosotras.

OceanofPDF.com

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Edine

Hacía rato que su hermano Ian había salido con el carro a vender lo que habían recogido del huerto por la mañana. Edine ya se encargó de recoger las cabras y las gallinas, esperaba a Ian dentro de la escueta casa. Encendió el fuego para que cuando llegase el ambiente estuviese caldeado. Se había abierto un nuevo hueco en el techo y el frío de la noche se notaba demasiado si no dejaban el fuego encendido todo el tiempo. En cuanto tuviese un hueco libre, Ian lo arreglaría.

Los únicos supervivientes de la familia. Su padre murió en combate, en el propio pueblo, durante un asalto. Su madre enfermó de la peste un tiempo después, también uno de sus hermanos más mayores. El resto fue cayendo poco a poco hasta quedar tan solo Ian, el mayor, y la más pequeña, ella, de catorce años.

Ian se ocupó de ellos desde que quedaron huérfanos, primero de padre, encargado de proporcionar alimento a la familia. Luego, cuando falleció su madre, de cuidar a los más pequeños. Nunca vio a ningún hombre trabajar tanto como lo hizo su hermano, y lo seguía haciendo. Las continuas guerras, los impuestos para pagarlas y los años de la peste habían sumido al pueblo en la más absoluta miseria.

Los más jóvenes y fuertes se habían marchado con los Black, los Hunter o el propio señor de Lothian. Las jóvenes se habían casado y vivían en pueblos más grandes. Allí solo quedaron los que no pudieron marcharse, bien por la edad o porque no podían llevarse consigo a la familia, como ocurrió con Ian. Y él no solo se ocupó de ella y el resto de hermanos, sino de un pueblo entero, enfermo, empobrecido y envejecido.

A pesar de tener veintiséis años no había tomado esposa y eso la apenaba. Estaba sacrificando su vida sin esperar nada a cambio. De hecho, había tenido que enterrar uno por uno al resto de su familia, con el dolor que eso conllevaba, salvo a ella.

Ya era de noche, Ian no regresaba. Dudaba que se hubiese entretenido en alguna aldea vecina, él no solía dejarla sola tan tarde.

Salió de la casa, ya con el frío la mayoría de vecinos estaban dentro de sus casas junto al fuego.

Rodeó una de las casas para asomarse al camino por el que se había perdido Ian. Entornó los ojos. Una enorme luz roja iluminaba el cielo desde la copa de los árboles.

—No puede ser. —En un primer momento se quedó petrificada. El miedo le impedía moverse o gritar.

Un ataque en la aldea vecina. La razón por la que Ian no regresaba. Los ojos le brillaron y notó un pellizco en la garganta, fuerte, apretado, no

era capaz ni de gritar. Y apenas tendría tiempo de pensar, a caballo y a galope no había mucha distancia entre poblados.

Al fin, sus pies lograron moverse. Llamó a la puerta de la casa más cercana a la suya.

—Nos atacan —gritó y no se detuvo—. ¡Nos atacan!

Corrió hacia la suya, esconderse allí era para nada. Ian ya le había advertido, coger víveres, ropa para no morir de frío y huir al bosque tan rápido como le permitiesen sus pies. En los ataques se mataba, se quemaba y se violaba. Y ella tenía una edad realmente peligrosa en ese sentido.

Los gritos se sucedieron, la gente del pueblo gritaba avisándose los unos a los otros, comenzaron a oírse llantos de niños.

Ella no podía hacer nada, las piernas le temblaban. Además, no era un guerrero del norte como era su padre, era solo una niña que comenzaba a ser mujer. Ni siquiera sabía si Ian habría conseguido sobrevivir.

Cogió una petaca y la llenó con panecillos y algunas frutas. Se puso la capa y se dirigió debajo de la cama para sacar una caja que Ian solía guardar a buen recaudo. Eran las armas de su padre.

El cinturón le quedaba demasiado grande, lo ajustó como pudo. Allí colocó una daga y la espada de uno de sus hermanos, la menos pesada y con la que Ian le enseñó a dar algunos buenos golpes por si alguien iba a robarles cuando él no estaba.

Los gritos sonaron más fuertes y estos se mezclaron con cascos de caballos. No tenía tiempo.

Se dispuso a salir, pero se detuvo de inmediato. El bosque sería peligroso y más aún con bandidos o ingleses rondándolo. Ella no sería más que una ardilla ante tales bestias. Los ojos se le llenaron de lágrimas, no podía quedarse en la casa. Se lo había prometido a Ian, que si alguna vez pasaba algo como aquello, ella debía salir a esconderse bien.

Huir, siempre le sonó aquella palabra a cobarde. Su padre odiaba a los guerreros que huían cuando tenían las de perder. Decían que eso era muy habitual en los soldados ingleses, que estos solo acudían a aquellas batallas por temor a su rey. Y en ese momento ella iba a huir sin saber ni siquiera quiénes atacaban sus casas.

Abrió la boca para expulsar aire con fuerza. Tendría que correr hasta que su pecho explotase y cayera rendida en mitad de la oscuridad del bosque.

Se enrolló la trenza y se la metió bajo la capa. Abrió la puerta. Echó a correr sin mirar atrás.

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Evaleen

Se colocó cerca de la puerta. El enorme James Tanarys Douglas Úlster de Lothian atravesó el umbral y todos en el salón callaron. Por mucho que hubiese crecido en los últimos años, él seguía siendo enorme en la cercanía.

Le encantaban cómo se le agolpaban los rizos a James Tanarys, o simplemente Tanarys como lo llamaban sus más allegados. Caían cortos sobre su frente y más largos a los lados de su cara. Tanarys tenía la nariz recta y fina, y los labios más gruesos que hubiese visto en ningún hombre.

Llevaba aquella capa roja con unos cuadros que era común ver en las tierras del sur y que solían resaltar entre los *lairds* o entre las capas del pueblo. Un rojo tan llamativo como el color de los sangrados mensuales que con tanta alegría recibió la primera vez.

Abrió la boca al recordarlo, fue hacia él su primer pensamiento cuando vio las manchas en la cama. Demasiado tardía, según la doncella, hasta llegaban a pensar que pudiese ser estéril cuando con dieciséis años aún no había marcas de mujer en ella. Tres años habían pasado, ya estaba preparada por dentro y por fuera para recibir casamiento. Y mientras no recibiera orden de algún otro enlace su esperanza se mantenía viva.

Se oyeron algunas voces, saludos al señor de Lothian que tan bien era recibido en todos los castillos del sur.

Tanarys recorrió con su mirada el salón. Era consciente de que se había colocado en buen sitio, completamente a la vista. Llegaría su turno.

Y los ojos rasgados, del color de las hojas de los prados de Escocia, llegaron hasta ella. Esbozó una tímida sonrisa al señor mientras su pecho se abría como un arco. Pero Tanarys rara vez sonreía. Su doncella solía decirle que aquel muro de piedra que no podían atravesar las espadas, difícilmente se rompería con la sonrisa de una mujer.

Una vez que Tanarys siguió su camino, bajó la cabeza avergonzada de haber albergado la esperanza de que él se fijase en ella. Si no era el placer, tan solo le quedaba la obligación. Estuardo podría ordenarlo. Era una de las grandes familias del sur, cabía la posibilidad.

Lothian, Escocia, 2021.

OceanofPDF.com

Leonor

Volver a Sevilla no le resultaba tan placentero como debería de parecerle. Su escueta aventura por Tierras Bajas terminaba demasiado rápido. No esperaba más que dar unas pinceladas a un par de piedras y había terminado encontrando un cofre con un tesoro enorme dentro.

Se dio la vuelta despacio para no despertar a Paula. Le había costado la misma vida que su amiga al fin se callase y se durmiera la noche anterior. Y ahora que reinaba el silencio no estaba dispuesta a volver a escuchar a Paula.

Aquella tarde presentarían el hallazgo. Neil había organizado un pequeño evento para patrocinadores y más gente del gremio. Ellas ni siquiera estaban invitadas y, aunque era algo que esperaba, le hacía arder por dentro.

La casualidad había querido que fuese ella quien cayese encima de aquel baúl, cortándole el costado y golpeando con fuerza su espalda. Como también fue ella la que lo abrió. Y ni siquiera podría estar presente cuando lo enseñaran.

Cogió aire despacio y lo expulsó de golpe.

Se levantó de la cama, podría abrir el balcón sin hacer ruido. Le encantaba el hospedaje que le había buscado Alba. Un pequeño castillo antiguo entre prados escoceses. Se enrolló una manta y abrió la puerta de hierro y cristal, despacio para que no chirriase.

Solo la luna iluminaba tan hermoso y frío paisaje. Acostumbrada al clima sevillano, aunque no fuese invierno, no podía soportar aquella humedad. Esperaba que el frío pudiera bajarle la temperatura del pecho.

Pronto amanecería, su último día en Escocia, la siguiente mañana su avión partía y, a pesar de la satisfacción personal de haber encontrado algo maravilloso, tenía la sensación de que aún había mucho más allí.

Nunca tuvo interés alguno por la cultura escocesa en concreto. Sin embargo, se había propuesto seguir con su formación en Sevilla y algún día podría volver con otro proyecto a aquellas tierras.

El cielo tomó otro color y la llanura se llenó de tonalidades que la embelesaban a pesar de no sentir los pies del frío. Tendría tiempo de darse una ducha caliente antes de que salieran. Alba dormía con Inés, suponía que ya había decidido qué hacer con Neil y le parecía acertado.

—Pedazo de capullo, estúpido.

Esperaba que al menos las dejase ver por última vez el hallazgo antes de exponerlo e investigarlo más a fondo.

Agudizó el oído, no había vuelto a escuchar aquel sonido desde el primer día más que cuando ella misma tocó el cuerno. Era exactamente el mismo sonido, solo que el objeto que lo producía llevaba guardado setecientos años cuando lo oyó. Si hubiesen sido cabreros o cualquier otra cosa, habría vuelto a oírlo. Luego estaba aquello de que no lo oyesen las demás a pesar de que estaban allí.

Espiró aire de nuevo y este salió en forma de vaho. Por muy bonito que fuese el paisaje ahora que amanecía, tenía que meterse dentro o cogería un buen resfriado.

Cogió el móvil y se metió en el cuarto de baño, el frío había hecho intensas las ganas de orinar de la mañana.

Sentada en el WC, entró a mirar el clima y si llovería. Tenía ganas de pasar su último día recorriendo praderas, no sabía cuándo las volvería a ver. Y no sabía cuánto le gustaban hasta que las pisó la primera vez. Hasta Paula, que llegó a Escocia protestando, se atrevió a decir que algún día volvería aunque fuese de vacaciones.

Le saltaron las noticias locales.

«Nuevo hallazgo en Lothian». Abrió la noticia. Alzó las cejas mientras leía.

—Descubierto por el profesor Neil Olson, especialista... bla, bla, bla. ¡Tu puta madre! —Copió el enlace y se lo envió a sus amigas para que

Alba lo viese en cuanto despertase.

Por si le quedaba alguna duda de a dónde debía mandarlo.

El ardor de su pecho aumentó. Estaba deseando que se despertasen sus amigas.

OceanofPDF.com

Lothian, Escocia 1355.

Había sobrevivido a la primera noche en el bosque, caminó hasta que no pudo más y luego se refugió sin hacer fuego. Nadie la había visto escapar, no sabía ni cómo volver al poblado. Estaba completamente perdida.

Caminaría hasta encontrar un pueblo y allí pediría ayuda para volver y encontrar a Ian. Él también la estaría buscando.

Una daga y una espada, en manos de novata, no la salvarían de los peligros de deambular sola. Además, se las robarían si tenían ocasión. Las armas eran un bienpreciado.

Se acucilló en un árbol al sentir acercarse unos jinetes, agazapada completamente en la hierba para que no la viesen. Tenía que llegar a un pueblo y pedir ayuda, en el camino no podía fiarse de nadie, sobre todo si eran hombres.

Jadeaba del esfuerzo realizado durante toda la noche. Le dolían los pies, casi no podía sentirlos. Apretó los ojos rezando por no llamar la atención.

Los cascos de caballo se alejaron y resopló.

—Para un hombre sería mucho más fácil.

Una mujer partía con desventaja en todos los sentidos.

Bajó la cabeza hasta su daga y la sacó del cinturón.

—Una mujer —repitió, mirándola—. Es muy peligroso para una mujer.

Se agarró la trenza y acercó la daga a ella. Se mordió el labio.

—Entonces no seré una mujer. —Sintió dolor, no podía cortarlo de una vez, tendría que ser poco a poco.

OceanofPDF.com

Lothian, Escocia, 2021.

OceanofPDF.com

Leonor

John estaba en la puerta, de alguna manera las esperaban y lo habían colocado de centinela.

—Quiero hablar con Neil —le dijo Alba en cuanto llegaron.

Leonor se puso de puntillas para mirar dentro. Neil había contratado hasta un *catering* para la ocasión.

Estaba deseando acudir allí. No había podido disfrutar de su último día en las Lowlands. Todas contaban las horas para ver a aquellos caras duras.

—Neil está ocupado. Venid mañana —le respondió él.

Alba se cruzó de brazos. Paula la empujó para apartarla.

—O le dices a ese imbécil que nos atienda o nos quedamos aquí en la puerta a decirle a todos los invitados que es un puñetero estafador de estudiantes y que él no ha descubierto una mierda. Le van a llover los patrocinadores.

John levantó la cabeza, era más alto que ellas.

—Llamaré a la policía.

Leonor volvió a ponerse de puntillas. Tenían que entrar antes de que llegasen los invitados.

Resopló. Perderían demasiado tiempo si seguían discutiendo con un idiota.

—Dejadme a mí. —Inés apartó a Paula.

—Todo tuyo —respondió su amiga.

Inés se puso ante John.

—Nosotras encontramos el cofre —le dijo y él no respondió. Como si no la escuchase—. Pero vosotros necesitáis cargar con los méritos para que esos que vienen ahora sigan soltando pasta. Pienso recurrir a la prensa, a las redes sociales...

—Fuera de aquí —lo dijo sin levantar la voz, pero despacio y haciendo hincapié en cada letra.

Inés se apartó dejándole espacio. Era su turno, la última opción. De alguna manera, sabía que recurrirían a la última opción.

No le dio margen de reaccionar, pateó el lateral de su rodilla para que su cuerpo basculara y dejara el espacio justo para entrar.

—¡Alto! —Lo oyeron gritar, pero ellas no se detuvieron.

Pasaron a través del salón hasta la sala donde estaba Neil con algunos de su equipo, preparaban las piezas para exponerlas en un ventanal de cristal que daba al salón.

—¿Qué hacéis? Marchaos ahora mismo —les dijo en cuanto las vio.

Pero Alba y ella ni siquiera lo miraron, llegaron hasta la mesa de los objetos.

—Ni se os ocurra tocarlos —volvió a gritar, dirigiéndose hacia ella.

Leonor cogió el arco y una de las flechas. Neil paró en seco en cuanto tuvo la fina punta de una de las flechas dirigida a su cara.

—Tres a uno a que la Leo le hace un *piercing* al inglés estirado. — Oyó reír a Paula.

Alba se puso delante de él.

—Eres un capullo, ¿lo sabes? —le dijo.

Neil se cruzó de brazos.

—¿Es porque no os he invitado? Dile a tu amiga que baje el arco.

—Porque ni siquiera se nos nombra en la nota de prensa. Tú no has encontrado nada.

Leonor tensó más el arco y vio que Neil la miraba de reojo.

—Eso es un delito —le advirtió—. No lo harás.

Leonor alzó las cejas.

—Medalla de plata, Río de Janeiro, 2016, a pocos puntos del oro — respondió ella tensando aún más el arco—. Tengo la suficiente puntería como para rozarte la oreja de manera que me suelten al rato de detenerme, pero a la prensa le encantaría la noticia de que una alumna de la universidad hiere a un famoso profesor e investigador la tarde de su triunfo. Justo lo que

necesitamos para que todo el mundo se entere de que fuimos nosotras las que encontramos todo esto y tú solo quieres más dinero para que tus iluminados sigan picando piedras con un buen sueldo. Así que ni te muevas.

Alba alargó la mano hasta la mesa, Neil seguía con la mirada sus manos.

—No lo toques.

—Es justo —cogió el broche del lobo—, que solo te lleves una parte del mérito. —Alzó el broche—. Mañana te lo devolveré. Mi avión sale a las diez, si tardas tendrás que recogerlo en España.

Neil apretó los dientes. Inés se acercaba a la mesa y miraba los objetos decidiendo cuál llevarse.

Cogió el cuerno.

—La espada no me cabe en el bolso —dijo al cogerlo y guiñó un ojo a Neil.

Paula reía.

—¿Barra libre? —Alzó un dedo—. Entonces prefiero *whisky* escocés. —Cogió una de las botellas que tenía allí el equipo para los invitados—. Conociéndote, tiene que ser del bueno.

Fueron saliendo una por una. Leonor seguía apuntando con la flecha.

—¡Vamos, Leo! —la llamó Paula desde la puerta.

OceanofPDF.com

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Alastor

Tanarys había salido a las afueras del castillo a pasear, Alastor lo acompañaba. Demasiado ruido en el salón. Cuando los hombres bebían hablaban demasiado.

—¿Has podido ver algo? —preguntó Alastor.

Tanarys negó con la cabeza.

—Habrá sido tu imaginación.

—No era mi imaginación. Lo oí. Era un cuerno Úlster.

Alastor movió la mano. Odiaba cuando le daba la razón solo para que callase.

—Pues, como ves, no hay más ingleses, ni forasteros ni bandidos por los alrededores.

Tanarys resopló.

—Me dejaron a cargo de unas tierras demasiado extensas. Nunca podré estar seguro de eso que dices.

Su amigo se inclinó hacia él.

—Para eso tienes a los *lairds*, no estás solo.

—Los *lairds* están ahí dentro, borrachos. No me ayudan en absoluto.

Alastor rompió en carcajadas.

—Es bueno que se diviertan. No sabes lo que une esta clase de reuniones.

El señor de Lothian asintió con ironía.

—Y la de enemistades que crea, si les dan demasiado vino.

Alastor volvió a reír.

—¿Has visto qué hermosa está Evaleen? —Le empujó con el hombro.

—Es aún más hermosa que sus hermanas —negó con la cabeza—. Pero ya sabes que no es para mí.

Alastor no insistió en seguir hablando. A Tanarys no le gustaba conversar sobre mujeres aunque él mismo le hubiese llevado a alguna hasta su cama para otros menesteres menos formales. En lo responsable y su obligación como señor de Lothian, era un tema que le gustaba disuadir. Un tema que se venía repitiendo en cada reunión a la que acudían al norte o al sur, sobre todo cuando los anfitriones tenían hijas solteras o viudas.

Tanarys lo rebasó y aligeró el paso.

—¿Qué demonios? —murmuró Alastor tras él—. ¿Otra vez oyes cuernos?

Arrancó la flecha del tronco del árbol.

—Sí, qué demonios. Es una flecha de los Hunter. —Se la dio a Alastor. Podía reconocerlas, eran más pequeñas y ligeras que las que usaban

los ingleses u otro clan de Escocia—. Controla a tus hombres.

Volvió a rebasarlo y siguió caminando hacia el bosque. Alastor lo miró. Había veces que el lobo de las Highlands necesitaba soledad en medio de la noche. Y esa necesidad aumentaba cuando estaba en un salón abarrotado de gente hablando demasiado alto y tras beber demasiado vino.

Suspiró mientras veía la silueta de Tanarys perderse entre los arbustos.

Lothian, Escocia, 2021.

OceanofPDF.com

Leonor

—Tía, antes no pude ni quitarla del tronco —reía Inés buscando en el suelo ayudada con la luz del móvil—. No le has dado, admítelo.

—Claro que le he dado —respondió Leonor. Hasta pudo oír cómo se clavaba. Pero ahora no aparecía la dichosa flecha.

—Te dije que dejaras de disparar —le regañó Alba—. Le hemos dicho que mañana le devolveríamos esto. Y ya va a faltar la flecha.

—Tiene más allí en la mesa. —Paula movió la mano—. No pasa nada porque se pierda una.

—Son las únicas cuatro flechas enteras, completamente intactas que han aparecido. Y ya se ha perdido una.

—Pues que hubiese sido menos prepotente —respondió Paula.

Por mucho que mirasen, allí no parecía haber nada. Leonor resopló.

—Si queréis podemos volver a primera hora antes de coger el avión. Con la luz seguramente aparezca.

—O le damos la ubicación y que la busque Neil con los huevos.

Rompieron en carcajadas. Regresaron a la sala circular, ya no había escaleras donde sentarse, pero buscaron hueco. Al menos, el equipo de Neil había llevado a gente que apartase el polvo y volvía a estar similar a como lo encontraron el primer día.

—¿Y qué van a hacer con este? —preguntó Inés acercándose al coloso de piedra.

—En cuanto puedan arrancarlo de aquí sin peligro de romperlo, lo llevarán a un museo —respondió Alba.

—¿Y no les da miedo que vengan unos energúmenos a romperlo?

—Esto es Escocia, son correctos. Las energúmenas somos nosotras. Mira la que hemos liado —dijo Paula y todas rieron. Miró la botella de *whisky*—. Ha caído casi entera, ¿lo sabéis?

—Por eso le dije a Leonor que dejase de jugar con el arco. Sobria no hubiese fallado y tendríamos la flecha.

—No he fallado. —Se acercó al señor de Lothian.

—Todo esto es por tu culpa. —Inés señaló con el dedo y Paula rio—. Si no fueras tan guapo, no nos hubiésemos sentado ahí a mirarte y no hubiésemos roto la escalera. Esta tendría la espalda intacta y Alba seguiría tirándose al inglés.

—De eso nada. —Alba volvió a echarse *whisky*—. Ha sido una suerte que se rompiese la escalera y yo pudiera ver al completo el capullo que está hecho. Apuntaba maneras, tengo que reconocerlo. Pero me lo habéis desenmascarado completamente —bebió.

—Pues nada. —Leonor puso el arco en el suelo—. Nuestra aventura se acaba aquí.

Cogió el cuerno, que asomaba por el bolso de Inés.

—Mañana a casa —suspiró.

—¿Os estaban gustando las Lowlands? —Alba le dio con el hombro.

—Tengo que reconocer que no me ha disgustado —Leonor sonrió apretando el cuerno.

—Si estuviese llena de maromos de estos me hubiese gustado más. Pero con los iluminados entiende que... —Paula hizo una mueca.

Inés miraba la estatua.

—De estos no existen más que en nuestra imaginación —dijo y todas rieron.

Alzó las cejas y comenzó a palmeear las manos siguiendo algún ritmo.

—Sigues viviendo, aquí en mi mente. Te sigo viendo, entre la gente —cantaba.

Leonor entornó los ojos. Paula comenzó a tocar las palmas también, un ritmo que más se parecía a una rumba que a la canción que estaban cantando. Alba comenzó a bailar, esa coreografía la reconocía del zumba, la misma que hacían con la canción *Dos veces*.

—Que pase un año, que pasen veinte. A ti yo no te olvido de repente.

Alba se animó también con las palmas. Leonor rompió a carcajadas.

—Báilame, como hicimos en la playa, y cántame, mientras que todo el mundo calla. Y quíereme, yo te daré lo que mereces. Te enamoraré dos veces.

Inés, tan pequeña, haciéndole aquel baile a la estatua era para llorar de la risa. Paula era exactamente lo que hacía.

Inés acabó la coreografía antes de que las demás siguiesen con la canción.

—Ya he hecho el payaso un rato. Ahora otra. —Miró a Alba—. Te toca.

—Qué dices, no pienso bailar con una estatua.

Leonor se inclinó para apoyar la frente en la mano. Aún no se le había pasado del todo la risa.

—Para lo que hemos quedado —dijo.

—Eso digo yo. Para que me la juegue un estirado —Alba resopló.

Paula se encogió de hombros.

—Lo mío fue peor, me la pegaron en mi cara y fui la última en enterarme. Si te sirve de algo... —Hizo una mueca.

—A mí me dejaron para irse a estudiar algas al Pacífico —dijo Inés riendo—. Suena más ridículo que lo vuestro.

Miraron a Leonor.

—A ti nunca te han hecho ninguna putada. Qué suerte tienes, joder.

No podía añadir nada, era verdad. También era que tampoco tuvo ninguna experiencia de relación larga. Durante años, con su entrenamiento fue imposible. Luego hubo solo personas de paso que no aportaron nada que destacar.

Bajó los ojos hacia el cuerno, aún lo tenía en su mano izquierda.

—¿Qué dice aquí? —le preguntó a Alba.

Paula rompió a carcajadas.

—No lo pudo descifrar sobria y con los diccionarios. ¿Se lo preguntas ahora? —reía Inés.

Alba entornó los ojos.

—Dice algo de la llamada. Necesitar ayuda, llamar, otra persona escucha la llamada, acude en tu ayuda... —Iba dándole vueltas al cuerno—. O algo así.

—Llamar, claro. —Paula se sentó al otro lado, frente a ellas—. Esa gente no tenía móvil, ni WhatsApp. La de risas que se perdían. —Puso su móvil en el suelo.

Leonor se levantó y se dirigió hacia la pared rota de la sala circular. De noche, aquel lugar seguía pareciéndole hermoso. Demasiado solitario como para no estar cómoda cuando era consciente de lo alejadas que estaban. Solo alumbradas con la luz de los móviles.

—Lo peor va a ser cómo volver. Hemos bebido todas. No podemos conducir.

—Nos echamos un rato en el coche hasta que se nos pase. —Inés ladeó la cabeza—. Es temprano. Aquí anochece demasiado pronto.

Leonor salió. El silencio era tan intenso que producía pavor. Miró el cuerno agudizando su oído. Suspiró.

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Tanarys

Se sentó en un tronco caído. Ya estaba demasiado lejos del castillo, la distancia suficiente como para estar completamente en silencio y para que cuando regresase ya solo quedasen cuerpos inertes tirados en el salón, lo que también significaba silencio.

Se quitó el cuerno del cinto y lo miró. Era la primera vez que había escuchado la llamada de uno de los suyos cuando estos estaban a su lado.

Miró la inscripción. Recordaba un día en su infancia, en el castillo de Moray, cuando él solía mirar el baúl donde su padre guardaba las futuras armas destinadas para él. Recordaba ver la espada aún más grande de lo que era y que apenas podía sostener su peso. Nunca prestó atención a aquel cuerno que tantas veces había tenido que utilizar. De hecho, nunca reparó en él entre tantas cosas que le regalaron los Úlster a su nacimiento.

Fue su madre la que le hizo ver su utilidad, para ella quizás el más valioso de los objetos que aguardaban allí.

Recordaba sus palabras.

No es un cuerno cualquiera. Hazlo sonar, hazlo sonar tanto como lo necesites. No temas a que el enemigo pueda encontrarte.

Lo giró en su mano.

Hazlo sonar, porque un día, la persona destinada a protegerte acudirá en tu ayuda, no importa lo lejos que esté, podrá oírte. Y tú también podrás oír su llamada.

Quizás su madre no había tenido en cuenta que él era el protector del sur. Todos acudían a él buscando protección, nunca sería al revés. O quizás la gran Maelys se refería a eso, a que él nunca pediría ayuda por propia voluntad y a través del cuerno le sería más fácil.

Se irguió y se lo llevó a los labios. Desde que lo escuchó camino al castillo Lockhart tenía ganas de volver a oírlo. Aspiró con fuerza y lo expulsó en un largo sonido. Y el sonido recorrió el bosque, la llanura que lo lindaba y rebotó en los montes formando un leve eco. No tenía dudas, era el mismo sonido.

Se puso en pie agudizando el oído, el eco se había perdido.

Escocia, 2021.

OceanofPDF.com

Leonor

—¿Lo habéis oído? —Se alejaba.

—¡Leo! —la llamaba Inés—, ven aquí.

—No le des más *whisky* a esta —decía Alba a Paula.

Lo había oído más claro y fuerte que la otra vez.

—No se oye nada, joder. —Paula había pisado algo blando y se detuvo—. ¡Leo! Cogedla que esta es capaz de caerse al arroyo.

Se puso en el llano que había frente al arroyo donde abrieron el cofre. Estaba nerviosa, le temblaban las manos. Había podido escucharlo claramente, sin aquel tintineo metálico que no la dejaba reconocer bien el sonido. Era nítido y había rebotado en las bajas montañas formando el eco.

Se llevó el cuerno a los labios, le costó acertar con el temblor de muñecas. Sopló con fuerza y aquello rompió el silencio de la noche llegando hasta las montañas. Espiró tanto aire que tuvo que aspirar, ahogada.

—Tía, que nos vas a dejar sordas. —Inés trató de quitarle el cuerno, pero la esquivó. El *whisky* no le había mermado los reflejos por completo.

Dio unos pasos hasta que sus botas rozaron el agua del arroyo. Cerró los ojos, seguía nerviosa. Algo en el pecho y en el estómago le

cosquilleaba. Esperaba.

—¡Leo!

—Shhhhh. —Quería silencio. Necesitaba silencio. Sabía que lo volvería a oír.

Le brillaron los ojos. Esa vez sonó más cerca.

—¿De verdad no lo oís? —Si no lo estaban escuchando, verdaderamente pensarían que estaba loca. Volvió a soplar con fuerza y a vaciar sus pulmones por completo.

Jadeaba, cerrando los ojos. El sonido comenzó, aún más cerca que antes.

—¡Ostras! —La humedad de sus ojos aumentó al oír hablar a Paula.

Ahora pueden oírlo.

Sopló más fuerte aún.

—¡Qué haces! Déjalo ya, a ver si va a ser un loco y estamos aquí solas.

—¿Qué dices? ¿Por qué un loco? —Las oía decir a su espalda.

Volvió a sonar el cuerno como si estuviese tan solo al otro lado del arroyo.

—Porque quién cojones estaría a estas horas tocando un cuerno en medio de un campo.

—La Leo está tocando un cuerno en medio del campo, ¿la estás llamando loca?

El cuerno vibraba o eran sus manos que no atinaban a colocarlo en los labios. Cerró los ojos, ya sentía hasta un suave mareo al soplar.

—Hostias. —Oyó a Paula. Pudo comprobar que no fue la única en caerse al suelo.

Mareo, más mareo, todo daba vueltas. Cerró los párpados y los apretó con fuerza, pero hasta apretados podía notar que todo daba vueltas a su alrededor, demasiado rápido para soportarlo sin vomitar. No era capaz de abrir los ojos, ni tampoco de moverse. Recordaba que su madre decía sentirse así cada vez que le daba fuerte la tortícolis.

Al mareo se le unió la tensión, la misma que cuando se montaba en alguna atracción que sacudía demasiado rápido su cuerpo.

Aquello al fin se detuvo. No sabía cuánto había durado, se le había hecho demasiado largo. Aún no era capaz de abrir los ojos, aunque su cuerpo se relajaba y ya nada daba vueltas. Oyó un vómito, supuso que sería de Paula, la del estómago más sensible.

—El puto *whisky* escocés de los cojones. —La oyó protestar y le siguió la risa de Inés.

—Lo hemos tomado puro, hasta yo tengo fatiga —decía Inés.

Abrió los ojos. Alba estaba en pie a su lado, aún el cuerpo le basculaba y casi perdió el equilibrio.

—Tías —dijo—. No está el castillo, ni el arroyo ni la sala circular.

Paula manoteó, abrió la boca para decir algo, pero le sobrevino otra arcada. Inés le puso la mano en la frente.

—¿Dónde coño estamos?

A Leonor aún le duraba el mareo, si intentaba hablar acabaría como Paula. Las arcadas cesaron.

—No está el castillo —repetía Alba.

—¡Mierda! —protestó de nuevo Paula en cuanto pudo hablar. Resopló, aún inclinada hacia delante—. Siempre acabo igual. No me dejéis beber más nunca en la vida

Inés volvió a reír.

—Siempre dices lo mismo.

—Y vosotras nunca me cortáis a tiempo.

Alba se acuclilló en el suelo. Tampoco se le había ido el mareo.

—¿Me estáis echando cuenta? —dijo, apoyando las manos en el suelo y cerrando los ojos.

Era evidente que no.

Leonor encogió las piernas y apoyó la frente en ellas.

—Vaya mierda de *whisky* que nos ha metido el inglés. Y nosotras pensando que era bueno.

Hasta Leonor sonrió sin mover la cabeza. Jadeaba, quizás para disipar el mareo.

—Míralas, y no se enteran. —Paula intentó ponerse en pie de nuevo—. ¿Podéis mirar a vuestro alrededor?

—Yo no —respondió Leonor, ni siquiera era capaz de ponerse en pie como el resto.

Se oyó otra arcada, esa vez más profunda. Alba resopló con fuerza.

—Pues nada. —Se sentó de nuevo—. Cuando seáis conscientes de que estamos perdidas me avisáis.

Inés tuvo que soltar a Paula para sentarse junto a Alba, también apoyó la cabeza en las rodillas como había hecho Leonor.

—Alba —Paula podía hablar de nuevo—, a ver, analiza y fíjate bien.

—Es lo primero que he hecho.

—Pues no lo parece. —Paula se acercaba a ellas—. Hemos bebido, hemos hecho y dicho tonterías hasta que nos hemos mareado y yo he acabado vomitando. Es lo mismo de siempre.

Se sentó junto a Leonor.

—Estamos borrachas, no hay más —añadió—. Seguro que era *whisky* de garrafa.

Inés rompió en carcajadas. Leonor intentaba contenerlas.

—Al final voy a acabar vomitando también —dijo, intentando apretar los dientes. El estómago aún no se le había asentado. Si abría la boca demasiado, echaría todo lo que tenía dentro.

—¿Y dónde está el coche? —preguntó Alba con ironía.

—Ahí delante estará. Ahora lo buscamos. Es de noche, no se ve una mierda y en este estado vemos todavía menos. No seas pelmaza. Llama a Neil y que venga a por nosotras.

—¡Una mierda voy a llamar a ese!

—Llama a emergencias.

—Me dejé el móvil dentro de la sala.

—Yo tampoco tengo el mío.

—¡Joder! —Inés tanteaba en el suelo—. Yo juraría que lo llevaba en la mano, pero con el mareo se me habrá caído—. Leo, ¿lo tienes tú?

—Leo, trae el cuerno, el móvil de la Edad Media. Vamos a tocarlo, a ver si el colgado que te responde viene a por nosotras.

—¡No! Mejor no. —Alba se lo quitó de la mano a Inés—. Prefiero esperar aquí a que se nos pase esto antes de que un pirado venga a por nosotras.

—¿Por qué va a ser un pirado?

—Porque no es algo que haga nadie normal.

—Leo, te está diciendo que no eres normal.

Leonor levantó la cabeza.

—La verdad es que muy normal no es. —Ni siquiera sabía por qué lo había hecho ella.

—Esperamos a que se nos pase y busquemos el coche. Lo mismo nos hemos caído rodando, por eso las vueltas.

—Tendríamos heridas, ¿no?

—Yo qué sé. No puedo pensar ahora mismo.

—Pues si tú, que eres la más lista del grupo, no puedes pensar, mal vamos.

Leonor volvió a levantar la cabeza. Era cierto, no se veía castillo ni arroyo, ni siquiera los árboles a los que estuvo lanzando la flecha.

Este no es el mismo sitio.

Ni siquiera se podían ver las montañas, estaban en una colina y más adelante podía verse un bosque. Volvió a apoyar la frente en las rodillas. Perdidas en medio de aquel campo, sin absolutamente nada de luz más que la de las estrellas, que no eran muchas tapadas por las nubes. Y con aquel frío húmedo que calaría la ropa en un rato. Sin móviles, sin poder encontrar el coche...

Su estómago dio un vuelco y le sobrevino una arcada. Pudo contenerla.

Dónde coño estamos.

—Alba, llevas razón, no está el castillo —dijo Inés. De todas, parecía que era la que estaba mejor, había sido capaz de ayudar a Paula durante su crisis vomitera. Cuando Leonor no era capaz ni de ponerse en pie.

Paula movió la mano.

—Aparecerá mágicamente en cuanto se vaya la que llevamos encima con la mierda de *whisky* ese. —No parecía estar preocupada.

Leonor negó con la cabeza, no era culpa del *whisky*. No había arroyo, ni castillo ni el aparcamiento ni ninguna carretera cerca. Todo estaba demasiado oscuro, mucho más oscuro que antes de aquel mareo. Se puso en pie, ya recuperaba el equilibrio de su cuerpo.

Giró sobre sí misma, comprobó que la oscuridad era plena por todas partes.

Qué leches...

Cuando en un prado extenso había oscuridad, se miraba al cielo y se podía ver el resplandor a lo lejos de una ciudad o pueblo. Pero el cielo estaba completamente apagado, algo que no había visto en ninguna parte, jamás, ni en sierras andaluzas ni en viajes al extranjero.

Notaba el pecho palpitándole con incomodidad, se estaba aterrando. Era bien entrada la noche, hacía frío, estaban incomunicadas y completamente perdidas. No había absolutamente nada que las guiase a kilómetros de distancia. Ni pueblo, ni aldea ni las luces de unas carreteras intercomarcales, nada. Oscuridad, bosque, silencio y frío.

Miró el suelo. Ninguna de sus amigas llevaba el bolso consigo. No tenían ni un triste pañuelo para que Paula se limpiase de los vómitos. La cartera con el dinero, la tarjeta de débito, el pasaporte. Nada.

Dio unos pasos y se llevó las manos a la cabeza. Si aún le perduraba algo del *whisky*, del susto se le habría disipado de inmediato.

Jodeeeeeer.

Se arrodilló en el suelo. Ya no estaba mareada, pero un repentino e intenso miedo la azotaba.

—Sois unas agoreras todas. —Oyó decir a Paula.

Madre mía.

Solo quería que se hiciese pronto de día. Poder encontrar algún camino de vuelta al coche. Perderían el avión, era imposible esperar al amanecer, buscar el coche, llegar al hotel, recoger las maletas e ir al aeropuerto. Pero eso era lo de menos. Siempre había vuelos libres a España.

Cogió aire, pero este no entró todo lo profundo que debería. El miedo no se disipaba, al contrario, se hacía más y más intenso. No entendía

cómo habían acabado allí, lejos del castillo y el arroyo. Quizás habían caído rodando, no podía tener otra explicación. No la podía haber. Pero la intensa oscuridad del cielo, la total ausencia de luz por muy lejos que alcanzase a ver, le decía que estaban en un lugar completamente diferente.

Encogió su estómago, tuvo que apoyar las manos en la hierba. No pudo contener la arcada. Vomitó.

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Tanarys

Había perdido la noción del tiempo mirando aquel cuerno. Esperando la última llamada, pero quién quisiera que estuviese tocándolo no volvió a hacerlo. En un principio, era lejano, pero el sonido cada vez se acercaba más. El último sonó tan fuerte que no creyó que quien le respondía estuviese mucho más lejos de la colina.

No podía ser un lobo de las Highlands, ya había comprobado que quien lo usaba solo sabía hacer un sonido, el que haría cualquier niño si le invitaban a tocarlo. Soplar hasta vaciar los pulmones y ni siquiera el sonido era demasiado largo. Tendría que preguntar a sus hombres si alguno de ellos había perdido el cuerno.

Miró la oscuridad de la pradera, la mañana siguiente volverían a partir, la noche avanzaba y necesitaba descansar. No era verdad eso de que los lobos nunca dormían. Necesitaban el descanso como cualquier otro hombre. Siempre le hizo gracia la opinión que tenían los del sur respecto a la gente del norte. Los hombres de tratos y los de armas. Los listos y los tontos. Los civilizados y los animales.

Negó con la cabeza. Si el sur no hubiese necesitado la protección de guerreros del norte, nunca lo hubiesen aceptado como señor de Lothian. Al

fin y al cabo, él solo tenía una parte de sangre del sur. Por mucho que el rey Robert se empeñó en unirlos, en la práctica era tremendamente complicado. La distancia entre unos y otros no solo yacía en las tierras que habitaban.

Suspiró, estaba más cansado de lo que pensaba. Apenas había sido una corta lucha, sus piernas no le deberían de pesar tanto. Se sentía como si hubiese atravesado Escocia a pie.

Si no estuviese seguro de que Alastor lo esperaría para asegurarse de que regresaba al castillo, hubiese dormido allí mismo, bajo un árbol. Pero si no regresaba el halcón haría salir a todo el castillo a buscarlo.

Tomó el camino hacia el castillo de Lockhart.

Lothian, Escocia, 1355.

OceanofPDF.com

Leonor

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Inés.

Paula se puso en pie. El aullido había sido claro, las cuatro se habían sobresaltado.

Alba encogió las piernas. Se habían adentrado en el bosque, al menos los árboles las cubrirían de alguna manera. Pero allí parecía hacer el mismo frío en todas partes. Leonor sentía el chaquetón mojado en la mejilla.

Levantó la cabeza.

—¿Lobos en Escocia? —preguntó Paula.

—No hay lobos en Escocia desde el siglo XVIII —respondió Alba poniéndose de lado.

Paula, que tenía las cejas alzadas, se relajó de inmediato.

—Entonces es un perro perdido —dijo, sentándose de nuevo.

—Como nosotras. —Leonor se colocó mejor el gorro y cerró los ojos de nuevo.

—Verás como mañana encontramos el camino de vuelta. Me estaba durmiendo y qué susto me ha dado el perro, coño. —Volvió a colocarse de lado.

Estaban apoyadas en el tronco del árbol más grueso que encontraron.

—Me da mal rollo estar aquí, esto tiene que estar lleno de bichos —dijo Inés recogiendo las piernas—. ¿Y si hay serpientes, o ratas?

—Es un campo, habrá de todo. —Leonor se inclinó para mirar las ramas del árbol. Hacía rato que había visto una lechuza gris.

—Lo que no nos pase a nosotras —Paula negó con la cabeza, luego empezó a reír—. Sois unas gafes.

Alba le dio una palmada en el hombro.

—Pero tú estás presente siempre que se lía. ¿Y si la gafe eres tú?

Paula se colocó bien el abrigo.

—Y encima vamos a perder el avión —Leonor suspiró—. Lo cara que nos va a salir la gracia a Neil.

—Ese nos habrá echado una maldición celta —dijo Paula y todas rieron—. Encima hace un frío de la leche —resopló—. Toda la noche a la intemperie en el bosque. —Se tapó la cara—. A cualquiera que se lo contemos, no se lo cree.

—¿Qué hora será? —Inés apoyó la cabeza en el tronco—. Yo ya no sé ni cómo ponerme.

—En cuanto se pueda ver algo nos vamos.

Se oyó de nuevo el aullido.

—El perro se mete bien en el papel, el condenado. Da un mal rollo de la leche. —Paula se asomó tras el árbol.

—Shhh, callaos, se escucha algo ahí en los setos —susurró Leonor mirando unos setos que desprendían un olor similar a la lavanda. Había algo tras ellos.

—Alba, dime que los jabalíes también se extinguieron. —Empujó a Alba.

—Se extinguieron hace cinco o seis siglos, pero yo qué sé, meten especies continuamente en todas partes.

Volvió a oírse el aullido, esa vez más cercano. Los arbustos se movieron, no debía ser un animal muy alto. Se desplazaba con rapidez bajo los matorrales. Quedaron inmóviles mirándolo moverse, pero lo que estuviese bajo ellos se alejaba y con bastante rapidez.

—Sea lo que sea, se ha acojonado con el perro —dijo Inés.

—Una ardilla, una liebre, un zorrillo, vete a saber. —Alba se puso en pie—. Es una putada que no fuméis ninguna —añadió.

—Es maravilloso que no fumemos ninguna —la corrigió Leonor.

—Lleva razón. Un puñetero mechero nos habría venido de lujo. — Inés también se puso en pie—. No habríamos pasado tanto frío.

—No se pueden hacer fuegos alegremente donde te parezca.

—Prefiero estar presa, o pagar una multa, que muerta de frío. —Inés metió las manos dentro de las mangas del abrigo. No puedo ni andar, tengo las piernas... —Levantó una y la sacudió—. Está siendo la noche más larga de mi vida.

Leonor reconoció el cambio en la tonalidad del cielo, lo había presenciado la mañana anterior. Si le dio frío unos instantes en la terraza, no sabía cómo habían sido capaces de soportar una noche a la intemperie.

—Iros espabilando —les dijo a sus amigas—. Amanece.

—Por fin. —Alba se ponía en pie. También habría quedado entumecida—. Qué noche más larga.

—Me estoy meando —dijo Inés cruzando las piernas—. Llevo meándome desde hace un rato. Pero quién saca el culo aquí, con el frío que hace.

—O eso o te meas encima. —Paula se levantó el chaquetón y se desabrochó los *jeans*—. Aparta.

Inés la miraba inclinarse.

—¿Ahí en medio? Ponte en los arbustos.

—Qué más da. —Ya se oía el orín caer. Inés se encorvó.

Leonor pudo deducir qué le ocurría. A ella también le habían aumentado las ganas. Se levantó decidida, las piernas le dolían de haber estado paradas con el frío demasiadas horas. Se bajó los *leggings* de lana y se

inclinó en el suelo. Tendría que ser rápida, el culo cogería pronto la misma temperatura de su cara.

—Y sin clínex. Qué asco —decía Paula aún inclinada en el suelo.

Inés pareció decidirse y las imitó. Alba meaba más cerca del árbol. Paula ya se abrochaba de nuevo.

—¡Eh! —gritó Paula y todas se sobresaltaron—. ¡Espera!

Leonor levantó la cabeza, se habría manchado el *leggin* de orina con el sobresalto. Paula andaba rápido adentrándose en el bosque. Se subió rápido los *leggings* y la siguió.

—¿Lo has visto? —le preguntó Paula cuando la alcanzó. Leonor negó con la cabeza—. Era un niño o algo así.

—¿Cómo que algo así? —Un niño con el cielo aún oscuro por aquella zona no era algo muy creíble—. Iba vestido raro.

Leonor frenó en seco.

—Cómo que vestido raro. A ver si va a ser un loco, vámonos con las otras.

Pero las otras llegaron jadeando. Paula señaló con el dedo.

—¡Espera! —Salió corriendo de nuevo.

Ya podía verlo. Era de corta estatura, no tanto como un niño, pero tampoco tenía corpulencia de adulto. Llevaba una especie de túnica con capucha.

Qué demonios.

El individuo se detuvo y se giró para mirarlas.

Qué puta locura es esta.

Paula tenía razón, era un niño, doce, trece años quizás. Con una capa demasiado sucia y con algún parche.

—Nos hemos perdido —gritó Paula.

Alba la empujó.

—Calla, imbécil —le susurró—. Vámonos de aquí, pero ya.

Sin embargo, ninguna podía moverse. El niño parecía haber salido del cuento de *Hansel y Gretel*.

—A lo mejor puede ayudarnos —le respondió Paula.

Leonor no dejaba de mirar al muchacho, aunque por sus rasgos finos también podría ser una niña. También estaba inmóvil mirándolas a ellas. Las observó una por una, de pies a cabeza, como si fuesen monstruos, fieras, cualquiera de los tantos peligros que pudiese encontrar en el bosque. No se atrevía a correr, vio que una de sus piernas se movió un ápice, pero no continuó el movimiento.

—¿No ves cómo va vestido y cómo nos mira? —decía Alba en susurros—. A ver si va a ser de un algún grupo de gente de esas que viven al margen de la sociedad, en una época primitiva. Está asustado. No podrá ayudarnos.

—Como los de la película *El bosque* —puntualizó Inés.

La recordaba. Aislados, completamente al margen, reclusos en algún lugar apartado, sin tecnología, con medios de hace siglos. Ni siquiera sabían que no muy lejos había un mundo avanzado. En Brasil había grupos de indígenas aislados e incluso protegidos del resto del mundo. Podrían existir más grupos en otras partes, encapsulados en otras épocas.

—Pero es un chiquillo, es inofensivo.

—Piensa, Paula, joder. Alejados de la sociedad y llegamos nosotras, con todas nuestras bacterias y virus.

Paula se inclinó para mirar a Inés.

—Esta ya pasó el COVID antes de venir. No vamos a matarlos. Si viven aquí en medio, con ese escaso aseo, estará más inmunizado que nosotras. —Se alzó de puntillas—. ¿Hablas inglés?

El muchacho se sobresaltó.

—No huyas, solo queremos preguntarte. —Paula dio unos pasos hacia él.

Leonor la siguió.

—¿Veis? Es solo un chiquillo, es inofensivo. —Se giró para mirarlas—. Sois unas...

—¡Paula! —gritó Leonor tirando con fuerza del chaquetón de Paula y dejándola caer al suelo de espaldas.

Dio gracias a Dios de que fue rápida en cuanto oyó el sonido metálico, sin ni siquiera esperar a ver lo que era. La hoja de la espada hubiese estado cerca del cuello de Paula.

Alba dio un grito.

—Tenéis acento inglés, ¿quiénes sois? —preguntó y la voz no sonó muy masculina a pesar de ser un joven adolescente.

Es una niña.

—Somos estudiantes españolas y nos hemos perdido —dijo Alba levantando las manos—. Baja eso, por favor. No vamos a hacerte nada.

Inés tenía los ojos entornados hacia la espada.

—¿De dónde has sacado eso? —Pero quién quisiera que fuese aún meditaba la frase de Alba.

Leonor aprovechó para levantar a Paula del suelo.

—¿Sois qué? —repitió.

Si era una loca, no lo parecía. Estaba tan o más asustada que ellas. La capucha resbaló por su cabeza y Leonor alzó las cejas. Era como si le hubiesen comido el pelo las cabras. Un corte a bocados, literal, por toda la cabeza.

Las observó de nuevo de pies a cabeza y alzó aún más la cabeza.

—¿Sois inglesas? —Era extraño que alguien que dominase el inglés tan bien les preguntase si eran inglesas. Aunque tuviesen acento inglés, su

pronunciación no era precisamente nativa.

—No, somos de Hispania, del reino de Granada —esa vez Alba dijo más lento el nombre del país—. ¿Sabes dónde está?

La joven meditó antes de responder.

—Al otro lado del mar —y no lo dijo muy convencida.

Esto cada vez es más raro.

—¿Puedes bajar eso? —le pidió Inés.

La niña dio un paso atrás sin bajar la espada.

—Soltad las vuestras, en el suelo, despacio —dijo con voz firme.

¿En serio?

—¿Nuestras armas? —Las cejas de Paula se iban a salir de su frente—. No llevamos armas. Está prohibido llevar armas. ¿Lo sabes?

La chica frunció el ceño.

—No, no lo sabes —Inés suspiró alejándose de ellas.

—¡Inés! —la llamó Leonor, pero Inés no se detenía—. ¿Dónde vas ahora?

Se giró para mirarla.

—Está amaneciendo y vamos a perder el tiempo, y posiblemente la cabeza, si seguimos hablando con ella. Desvaría. Vámonos. Avisaremos a la policía cuando lleguemos al hotel —hablaba en español. Leonor

comprendió que la niña extraña no entendía una palabra, el idioma extranjero la ponía aún más nerviosa de lo que estaba.

—¡Alto! —gritó firme e Inés se detuvo—. Ni os mováis.

Movió la mano para apuntar con la espada a Leonor, no tenía la hoja muy cerca, pero podía apreciar que estaba tan afilada como para herirla con cualquier movimiento rápido por torpe que este fuese.

—¿Quiénes os acompañan? —preguntó, mirando a Inés sin dejar de vigilar a las otras.

—Venimos solas —respondió. Deberían temblarle las piernas, era la primera vez que tenía un arma tan cerca y asido por alguien dispuesto a herirla. Pero sus piernas parecían clavadas firmes en el suelo. Hasta el frío había desaparecido. Aquello era tan sumamente extraño que necesitaba buscarle una explicación.

—Las cuatro solas y vestís extraño, ¿sois brujas?

—¿Cómo vamos a ser brujas? —Paula encogió la nariz—. Nos hemos perdido, solo queremos regresar a Stirling, ¿sabes cómo se llega?

—¿Stirling? —lo pronunció algo diferente, pero fue un alivio que al menos lo reconociese—. ¿A pie?

—¿Cómo vamos a ir a pie? —Paula lo tendría que estar flipando—. En coche, lo tenemos en el aparcamiento del castillo.

La chica volvía a contrariarse.

—¿Puedes decirnos dónde estamos? —preguntó Leonor. Supuso que era mejor así, hacerlo al revés. Comprobar dónde estaban y así poder encontrar el camino de vuelta.

—En la tierra de los Black. —Dio un paso acercando la hoja a Leonor, que tuvo que arquear la espalda para alejarse más de la espada.

Miró de reojo a Alba, estaba muy callada y, siendo la que más entendía de aquella zona, no era normal que callase todo el tiempo. Su expresión no la tranquilizó. Al fijarse más podía verla blanquecina, casi azulada. Tenía los ojos brillantes, demasiado brillantes. Se estaba descomponiendo.

Alba dio unos pasos atrás y puso una mano en el árbol. Por un momento, creyó que su amiga vomitaría, pero tan cerca de la espada no podía atenderla. Alba logró contenerlo y solo tosió varias veces.

—¿Conoces a los Black? —le preguntó Paula, que sí pudo acudir a ella. También se había percatado de que Alba había reaccionado a ese nombre.

Alba se agarraba al árbol, respiraba acelerada, hasta con el grueso chaquetón podía ver su cuerpo moverse con cada aspiración. No podía ni respirar.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí sola? —le preguntó Leonor.

—Soy un chico. —Dio un paso hacia ella. Ya no tenía margen para arquearse más, así que la punta de la hoja llegó bajo su barbilla. Podía notar el olor a la espada, un olor intenso que penetró en su nariz, una mezcla extraña entre acero, mierda de caballo y algo más que no sabía lo que era.

Era chica, no había dudas. Las facciones, la voz. Una chica en puro desarrollo. Su atención estaba en Alba, aún no podía hablar. El flequillo de cortina de su amiga se había abierto en la mitad de su frente. Con la humedad de la noche, el perfecto planchado peinado de Alba se había perdido. En ese momento, más electrizado, le llegaba en corte recto a la altura de los hombros. Nunca le gustó teñirse, ni las mechas, castaño natural sin más, con todo el brillo que conllevaba no degradarse el pelo, pero que ahora no lucía en su mejor momento.

La vio tragar saliva y mirar a la chica extraña. Los ojos de Alba estaban completamente rojos, hasta la punta de su nariz se había enrojecido. Estaba aterrada, como si el acero estuviese en su cuello y no en el de Leonor.

—¿Puedo atender a mi amiga? —Necesitaba saber qué le pasaba.

—Huiréis —respondió la chica.

Y tanto que huiremos, ni lo dudes.

Una pirada con una espada no daba muchas otras opciones.

—Mi amiga se encuentra mal, ¿no lo ves? —Inclinó la cabeza hacia donde estaba Alba. Paula la sujetaba, si no caería el suelo.

—Tu amiga solo tiene miedo —respondió, convencida—. No es nada.

¿Me está vacilando?

—Extranjeras en Lothian... —murmuraba. Se hizo el silencio un instante. Inés también había acudido a atender a Alba—. Vendréis conmigo y os llevaré ante los Black —dijo, al fin bajando la espada.

Se echó la capa hacia atrás. Llevaba bajo ella un tabardo y unos pantalones tan viejos y remendados como el resto de su ropa. Leonor retrocedía sin darle la espalda, aún no se fiaba de ella, que no estaba cuerda era evidente.

Y llegó hasta Alba. Paula la sujetaba de un antebrazo e Inés del otro. Pero Paula miraba al frente, hasta le moqueaba la nariz.

—Los Black están vivos —murmuraba Alba una y otra vez. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Se ha quedado pillada, a ver si le ha dado algo, no reacciona —decía Inés.

Leonor le cogió la barbilla.

—Alba —la llamó tranquila para que la mirase.

—Otra vez con los Black están vivos —repitió Paula—. Qué más da que estén vivos. ¿Los atropellaste con el coche o algo? A ver si no están tan locos como esta y nos ayudan.

Y sus palabras parecieron hacer reaccionar a Alba.

—Los Black están vivos —repitió.

Inés resopló.

—Sigue ahí, no avanza. Habrá que echarle agua. —Inés miró a la chica—. ¿Tienes agua?

—No pienso desperdiciar mi agua con vosotras.

Inés levantó las cejas.

—Vale. —Arrugó la nariz—. Multarán por alto consumo por aquí.

Y de nuevo Alba reaccionó y la miró.

—Espabílate, tía. —Paula la zarandeó.

—¿Dónde cojones hemos ido a parar? —murmuró.

Inés ladeó la cabeza.

—Al menos ha cambiado la frase —aguantó la risa.

Alba la seguía mirando y se inclinó muy cerca de su cara.

—No necesito agua, no me ha dado ningún chungo y dejad de decir estupideces y bromas. Esa chica no está loca. Las extrañas y locas somos nosotras. —Se detuvo para respirar. Agarró fuerte el brazo de Paula para que no interviniese con ningún absurdo más—. Los Black, señores de estas

tierras... —continuó Alba en voz baja, aún temblaba y algunas pequeñas lágrimas cayeron por los rabillos de sus ojos. Se asfixiaba al hablar—. Dios.

Soltó a sus amigas y se inclinó arrodillada en el suelo. Inés se arrodilló a su lado. En ese momento era Leonor la que había quedado inmóvil. El miedo que tuvo después de aquellos mareos se hizo intenso.

—Caímos por una colina —dijo y Alba levantó la cabeza para mirarla.

Los ojos castaños de Alba le indicaban que la había entendido. A Leonor se le llenaron los ojos de lágrimas. Dentro de las más remotas posibilidades surrealistas, aquella era la más disparatada y loca idea.

Tenía que respirar por la boca. No podía estar pasando aquello.

—Ooootra. —Paula le sujetó el brazo.

Miró a Paula con los ojos llenos de lágrimas. La chica extraña las iba rodeando, como si fuesen sus presas, sin dejar de observarlas. Ella no entendía una palabra, podían hablar con libertad. Pero verbalizarlo era hacerlo real de alguna manera. Y aquello no podía ser real y debía hacerse real.

—Nos podríais explicar al menos —dijo Inés levantando el pelo de Alba en la parte de la nuca para que le diera el aire.

Alba y Leonor se miraron.

—Que estamos jodidas está claro, pero queremos saber hasta cuánto —dijo Paula.

Alba inspiró aire fuerte. Miró a sus amigas.

—Claro que caímos. —Se llevó las manos a la sien—. Todo daba vueltas, pero no había suelo ni pared, no chocamos con absolutamente nada.

Cobraba sentido aquella sensación de moverse en el aire, de la tensión del cuerpo, como si una atracción de las de los parques de atracciones las estuviese moviendo y rompiendo toda regla de la gravedad.

—Caímos por una colina del tiempo —añadió Alba—. Los Black perdieron las tierras a finales del siglo XIV. Se unieron a Balliol en una revuelta y fueron condenados al exilio. Estamos en la Edad Media como poco.

Leonor se inclinó en el suelo, no quería ni mirar la reacción de Inés y Paula. La de Paula no tardó en llegar. Rompió en carcajadas.

—A ti te dura el *whisky*, prima —reía sin parar, poniéndose de rodillas frente a Alba—. Esa es una pirada o es parte de algún grupo de frikis que juegan a recrear el pasado, vete a saber. Veréis. —Paula se apoyó en el hombro de Leonor para estirarse hacia la chica—. ¡Eh! ¿Conoces al tío ese guapo que lleva un broche con cabeza de lobo? —Se giró hacia ellas y les guiñó un ojo—. El semental enorme —abrió los brazos—, señooooor de Lothian.

La chica dio unos pasos hacia ellas, por un momento pareció volver a sacar la espada. Dudó un instante.

—¿Cómo osáis hablar así del guardián del sur? —Y finalmente la sacó y la puso en el cuello de Paula.

Leonor vio caer un par de finos mechones del pelo negro de Paula. Aquella hoja era tremenda.

—Os cortarían la lengua por ello —añadió y Paula alzó las manos.

—No lo hice con mala intención. Lo siento.

No vamos a durar vivas dos días.

La chica alejó el acero de Paula despacio y volvió a retirarse guardando el arma.

—Me he cagado encima —les dijo, inclinándose hacia delante y poniéndose la mano en la frente.

Supuso que ahora eran Inés y ella las que necesitaban asimilarlo. Aunque era imposible de asimilar.

—¿Recordáis la exposición de aparatos de tortura que vimos en tercero de carrera? —preguntó Paula—. Pues vamos a intentar no probar ninguno, ¿vale?

Inés estaba hecha un ovillo.

—¿Por qué hemos acabado aquí? —Tenía las manos metidas entre su pelo para sujetarse la cabeza.

—Romper las escaleras.

—Mancillar el baúl.

—El puto cuerno de esta.

—El *whisky*.

Las cuatro se miraron. El terror que inició con Alba se extendió por las cuatro sin remedio.

—Estamos jodidas, pero no nos queda otra que intentar seguir vivas hasta que sepamos cómo volver.

—¿Y si no podemos volver?

—Estamos jodidas.

Se volvió a hacer el silencio. Aquello era tan inmenso de digerir que dolía en el estómago.

Vieron a la chica sentarse en el tronco de un árbol. Aunque les hablase decidida era extraño que no les metiese prisa si era cierto que quería llevarlas ante uno de los *lairds*. No tenía pinta de ser cercana a nadie de la nobleza, estaba harapienta y sola en mitad del bosque, y haciéndose pasar por un chico. Con poco éxito, había que reconocerlo.

—Es el cuerno —dijo Alba convencida—. Fue justo cuando lo oímos todas cuando pasó aquello.

Leonor recibió una colleja de Inés.

—Fuiste tú, capulla.

Le dio un manotazo a Inés, le había dolido. Tenía el cuerpo entero demasiado dolorido.

—¿Lo tienes? —le preguntó Alba.

Lo único que traigo.

Se bajó la cremallera del chaquetón, lo tenía en el bolsillo interior. Lo guardó pensando que encontrarían el camino a casa y se lo devolverían a Neil. Pero Neil ni siquiera había nacido. Quedaban setecientos años para que naciese.

—Tócalo otra vez —le dijo Inés—. Y nos vamos a nuestra puta casa.

Si no podía respirar, no sabía cómo leches iba a soplar aquello. Se puso en pie y se alejó del resto hacia donde acababan los árboles y empezaba la pradera. La luz del amanecer iluminaba aquella hierba por la que no parecía pasar el tiempo. Espesa, como una alfombra sin una sola mancha.

Madre mía en la que nos hemos metido.

Las sintió a su espalda.

—Vamos —la animó Paula. Alba seguía en el mismo estado semiconsciente o realmente consciente de lo que estaba pasando.

Cogió aire, se puso el cuerno en la boca y sopló con todas las fuerzas que tenía, hasta el sonido sonó desesperado.

Se miraron las cuatro esperando la reacción de sus cuerpos. Alba apoyó el codo en su rodilla y se llevó la mano a la boca. Estaba a punto de romper a llorar.

—Otra vez —le pidió Paula.

La chica se acercó a ellas.

—¿Qué hacéis? —Intentó quitarle el cuerno a Leonor, pero esta lo retiró. Lo miraba sorprendida.

Leonor se lo llevó a la boca, la muchacha se lo impidió.

—¿A quién llamáis? —preguntó, llevándose la mano al cinto.

Paula se había puesto en pie. La agarró.

—Ayúdame, Inés —gritó, forcejeando.

Alba reaccionó antes que Inés y se abalanzó con desesperación sobre la niña para sujetarla.

—¡Toca ya! —gritó—. Tenemos que volver.

Y Leonor sopló con fuerza, tanta fuerza que hasta se mareó al quedarse sin aliento. Pero no era el mareo de la noche pasada.

Volvió a mirar a sus amigas. Seguían allí, forcejeando con la chica. Inés había aprovechado para quitarle el cinto con las armas.

—No va. —Leonor miró el cuerno y suspiró.

Paula llevó a la muchacha hasta el árbol.

—Y quieta hasta que acabemos de hablar.

—¿Sois espías? —preguntó la chica—. Estás llamando a los ingleses, ¿verdad?

Paula la miró sorprendida.

—¿Quieres dejar de hacer preguntas? —y no se lo dijo de buenas maneras. Leonor notó que la frustración de Paula la hacía actuar así. Y es que lo que les estaba pasando era para cagarse vivas—. No somos espías, ni brujas y me importan una mierda los ingleses. Solo queremos volver a casa. —Levantó una mano hacia ella.

Paula apretó los puños y espiró aire con una desesperación exagerada, fue casi un rugido.

Leonor se acercó a Alba, no tardaría mucho en explotar a llorar.

—Tranquilizaos. —Oyó decir a Inés—. Podemos salir de esta. Solo hay que analizar qué hicimos exactamente antes de llegar aquí.

Leonor tomó aire despacio. Era imposible tranquilizarse. Estaban en la Edad Media, una época en la que era difícil subsistir ya de por sí, máxime si se procedía de un siglo en el que la comodidad y el bienestar eran cotidianos.

—Llegamos allí, bebimos, cantamos y bailamos zumba, reímos, lanzaste flechas y tocaste ese maldito cuerno —decía Inés.

—Pero no era el único cuerno, había otro, ¿no? —decía Paula—. Ese que escuchaste desde el primer día que llegamos, lo escuchamos todas

justo antes de caer. ¿Y si el cuerno no es este?, ¿y si es el otro?

Quedaron en silencio un instante.

—Entonces estamos jodidas —dijo Alba—. Si es otro, estamos jodidas. ¿Cuántos cuernos habrá? ¿Cuántos kilómetros tiene Escocia?

Alba se acucilló en el suelo.

—Os dije que no era buena idea abrir el baúl. —Se llevó la mano a la frente.

—Cierto, tendríamos que haber esperado a Neil y al iluminado. Que se hubiesen caído ellos. —Paula miró a la muchacha.

Leonor entornó los ojos hacia ella.

—No ha huido. Creo que está tan perdida como nosotras —dijo.

Si ella se encontrara a cuatro extrañas en medio del bosque, y con esas pintas, huiría sin remedio. Pero la chica permanecía allí, en una compañía seguramente incómoda, pero mejor que la soledad. Era fácil crear un hilo cuando se compartía miedo y desesperación. Hasta ella lo estaba sintiendo. Aquella niña harapienta y sucia podría ayudarlas y quizás ella también necesitaba ayuda.

—Alba —la llamó sin dejar de mirar a la muchacha—. Yo tengo la culpa de haber acabado aquí, así que si alguien tiene que cargar con lo que sea que nos espere, seré yo.

Alba abrió la boca para replicar, seguramente para decir que no era la culpable. Pero lo era, ella tocó el cuerno una y otra vez, desde que lo vio la primera vez. Aquel sonido que escuchó en la carretera la atraía sin remedio. Y cuando la noche anterior recibió respuesta la atracción aumentó a límites inimaginables. Ella era culpable, solo ella. Y si tuviese que pagarlo, lo haría en aquella vida o en la otra.

—Con todas las consecuencias —añadió—. Ahora tienes que ayudarnos. ¿Dónde estamos?

—En Lothian —respondió—. Los Black son un clan de Lothian.

Leonor bajó los ojos hacia el cuerno.

No puede ser de otra manera.

—Si esto pertenecía a él...

Él, se sintió estúpida al evitar pronunciar su nombre. Estaba vivo, el lobo existía. La muchacha apuntó al cuello de Paula solo por hablar de él sin demasiado respeto. Otra cultura, una sociedad primitiva, lo iban a tener realmente difícil. Era complicado no meter la pata sin querer y allí meter la pata era perder la lengua, una mano o la vida.

—Chicas —Alba se puso frente a ellas—, quiero que seáis conscientes de algo. —Se fijó en Paula, estaba seria y ella no solía estar seria nunca. Alba le dio en la barbilla—. Aunque creo que ya sois conscientes de todo.

Cogió aire antes de continuar.

—Esto es la realidad, aunque parezca un disparate es la realidad. Olvidad las películas y la versión más romántica de un viaje en el tiempo. Viajar en el tiempo nunca podría ser bueno. Enfermedades, hambre, miseria, peligros. No hay medicina avanzada, ni tecnología ni transporte a motor ni luz ni calefacción. Quiero que seáis conscientes de que somos los privilegiados de la historia y eso se ha acabado.

Todas asintieron. Alba alargó las manos. Inés le cogió una y le dio la otra a Paula, Leonor se enlazó también con ellas. Alba tragó saliva antes de continuar.

—Quizás ni siquiera podamos regresar todas. —Se inclinó e hizo un extraño sonido al aguantar el llanto.

Estaban aterradas, aquello era terrorífico. Cualquiera de ellas podría herirse, enfermar, morir, ser apresada, golpeada, raptada, violada...

Mejor ni pensarlo.

Apretó las manos de sus amigas. Tragó saliva aguantando el llanto. Cerró los ojos.

—Sobrevivir hasta que encontremos la manera de volver —dijo y se dejó caer en ellas.

Moira

En cuanto le dijeron que uno de los hombres de su hermano había llegado al castillo de los Hunter bajó corriendo las escaleras.

—Moira —la llamó Dana—. No puedes bajar así.

Estaba peinándola cuando entró una sirvienta a avisarla. Ya no era una niña, no podía recorrer el castillo sin el arreglo que, según Dana, debía tener una mujer de su estatus y más aún en edad casadera.

Salió al patio, algunos carros entraban a través de los grandes portones, los trabajadores la miraban atónitos a causa de las trenzas a medio hacer que se deshacían con cada movimiento.

Conocía al recién llegado, era uno de los principales de Alastor.

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó. Lo esperaba el día anterior, temió que alguna rencilla lo hubiese retrasado, herido o algo peor.

—Está en el camino, mi señora —le respondió él—. Quería pasar por el pueblo antes de venir a veros. Hay noticias de un asalto a las aldeas en tierra de los cuervos. El señor de Lothian quería cerciorarse de que no habían llegado hasta aquí.

Moira alzó las cejas, no sabía nada de los asaltos. Si alguno de sus pueblos hubiese sido asaltado, se habría enterado a primeras horas de la

mañana.

Jadeaba, intentando recuperarse de la carrera.

Tanarys está aquí.

Se giró hacia el castillo. El pueblo no estaba lejos, pero si organizaba una comitiva, llegaría después de que el señor de Lothian se marchara y eso sin contar con que Dana querría terminar de arreglarla. Para ese entonces, Tanarys estaría demasiado lejos. Hacía meses que el señor de Lothian no pasaba por la tierra Hunter, demasiado tiempo.

Le brillaron los ojos mientras pensaba.

No hay nada que pensar.

Corrió hacia las caballerizas, a aquellas horas siempre había algún caballo ensillado. Los caballos de trabajo no eran muy rápidos, pero sí lo suficiente para llegar a tiempo.

Aquel vestido azul no era de sus preferidos, el día anterior había estrenado uno verde esmeralda con la esperanza de que por fin llegasen los guerreros y de que Tanarys no pasase de largo como acostumbraba a hacer los últimos tiempos.

Montó con rapidez, a pesar de que aquellas ropas de mujer ya no eran tan cómodas para cabalgar, y se alegró de que Dana no hubiese acabado aún de abrochar el vestido.

Azuzó al caballo.

—¡Moira! —la mujer la llamó desde la puerta del castillo—.
¡Moira!

Pero ni Dana, ni el arquero de su hermano ni nadie más fue capaz de detenerla por mucho que gritasen. La seguirían, al menos algún soldado la seguiría, pero ya no sería para devolverla a casa, sino para asegurarse de que no le ocurriese nada por el camino.

Podía ver el pueblo de lejos y en un cruce de caminos a varios guerreros, entre ellos las capas azul claro Hunter y las rojas de los Úlster. Guerreros del norte y del sur acompañando al señor de Lothian, como venía siendo desde que tomara cargo de las tierras.

Notaba cómo el pelo iba deshaciendo las trenzas que con tanto esmero solía hacerle Dana, el pelo se le enredaría y habría que peinarlo toda la tarde para volverlo a enlazar, pero le daba igual. El lobo de las Highlands nunca daba demasiado margen de tiempo.

Volvió a azuzar el caballo, ya podía llegar hasta ella el olor al pueblo, muy diferente al del castillo; la mezcla del heno, con el fuego de los hornos de las herrerías, el olor a madera cortada y aquel aroma característico de harina tostada que tanto le gustaba de niña.

Ya estaba cerca, algunos soldados ya la habían visto. No dejaba de observar las capas rojas, esperando encontrar los gruesos rizos de Tanarys en los hombros de alguno de ellos.

A unos metros del grupo, dos caballos se aproximaban al camino desde donde acababan las casas del pueblo. Volvió a azuzar el caballo. Reconoció a su hermano Alastor y tras él la enorme silueta del señor de Lothian. A pesar de ser un Douglas, su sangre se había inclinado más al linaje Úlster. Su padre siempre decía que esa era la intención del difunto rey Robert, engendrar guerreros para el sur tan fuertes como los Úlster. Pero aquella mezcla no solía salir bien. Las mujeres Úlster eran las únicas que parecían sobrevivir al nacimiento de bebés enormes. Y, sin embargo, Maelys, la madre de Tanarys, tras su nacimiento, encadenó aborto tras aborto como si de una maldición se tratase. No había forma de mezclar a los Úlster con nadie más que no fueran ellos mismos.

Alastor se adelantó a Tanarys para encontrarse en su camino.

—Moira —dijo y ella frenó el caballo tan brusco que este alzó sus patas levemente.

Vio algo en la expresión de su hermano. Que ella se presentara delante de cincuenta soldados, con aquel atuendo, era algo que tendría que reprender el que había tomado las riendas de los Hunter. Sin embargo, vio en la expresión seria de su hermano un gran esfuerzo por ocultar la sonrisa. Él podría deducir mejor que nadie que su ímpetu al acudir a ellos no era solo por amor de hermana.

—Vuelve a casa —le ordenó, quitándose la capa y echándosela sobre los hombros.

Moirá fue consciente de que al no llevar abrochado completamente el vestido, parte de la ropa interior sobresalía por el pecho y la espalda.

Se cruzó parte de la capa en su hombro, como solían hacerlo su padre, su hermano y el resto de hombres del clan. Sin el broche del halcón era muy difícil que quedase en su sitio.

—Me tenías preocupada —le dijo ella bajando los ojos, aunque estaba deseando alzarlos hacia Tanarys.

—Ya. —Pero Alastor no sonó muy convencido—. Los ingleses llegaron hasta las tierras de los Lockhart y ha habido saqueos de aldeas en tierras de los Black. Y tú —Alastor volvió a acercar el caballo al suyo y alargó las manos hacia su hombro, donde el manto se resbalaba—, no deberías salir del castillo y aún menos a medio vestir y sin peinar.

Alastor le colocaba el broche del halcón, la única forma de que los pliegues del manto se mantuviesen en su sitio y le cubriesen el pecho.

Mientras su hermano lo abrochaba alzó la vista levemente hacia el señor de Lothian. El vaivén de su pecho por la carrera, que la hacía respirar por la boca sin cesar, se detuvo por un instante mientras ramilletes de flores subían desde la silla de montar hasta su cuello, por dentro del vestido, piel y cuerpo.

Bajó la vista de nuevo despacio mientras los ojos le brillaban.

—Mi señora —dijo Tanarys.

Le encantaba su voz tranquila y todo aquello que desprendía el señor de Lothian, su señor. Los Hunter y todos los clanes que habitaban Lothian le debían lealtad. La que brindó su padre hasta los últimos días de su vida, la que ahora le debía su hermano aunque esa iba más allá del deber. Ellos siempre fueron amigos. Quizás esa fue la razón por la que James Tanarys pasó demasiado tiempo en el castillo de su familia y ella desde edad temprana siempre lo miró con otros ojos. Aunque las voces chismosas le decían que no era la única dama de Escocia que bebía los vientos por aquel lobo solitario, sabía que el capricho del resto de hijas de nobles nada tenía que ver con lo que ella sentía por Tanarys. Ninguna otra mujer había pasado el tiempo suficiente con él como para conocer parte de la personalidad que guardaba el enorme protector del sur. Pero, a medida que el tiempo pasaba, Tanarys se fue alejando del castillo Hunter y de ella. Y en ese momento, las pocas veces que lograba verlo, apenas le dirigía la palabra.

Tenía que levantar la vista, quería verlo bien, memorizar cada parte de su cara como solía hacer siempre que se cruzaba con él, para imaginársela una y otra vez cada noche.

Pestañeó y aguantó la respiración, ya sabía demasiado bien todo lo que le provocaba la imagen de Tanarys; velocidad, una caída del caballo, asomarse al borde de un alto precipicio, todo ello a la vez con tan solo alzar los ojos y mirarlo.

Le dolía su semblante distante, una herida que no sangraba como las heridas de flechas y espadas, pero que nunca curaba completamente en su cuerpo. No entendía aquel cambio de actitud con ella. A veces pensaba que Tanarys ya conocía su destino, quizás Estuardo ya le había comunicado sus intenciones de matrimonio respecto a él y alguna mujer del norte o del sur. Evaleen Lockhart ya tenía edad casadera, pasó noches sin dormir pensando en la posibilidad. Un día u otro llegaría al castillo la noticia y temía el momento.

Le brillaban demasiado los ojos, si los alzaba en ese momento, Tanarys lo notaría. Pero supuso que él ya lo sabía todo. Ella no era mujer que supiese ocultar. No conocía la sutilidad femenina, quizás por haberse criado sin madre ni hermanas.

Con la barbilla baja, lo miró y apretó el estómago para recibir todo aquello que la azotaba con la máxima dignidad posible.

Tanarys.

El agua fresca después de todo un día sin beber, comida tras un ayuno de semanas, una cama cómoda al llegar de un largo viaje. Todos los

placeres de la vida juntos nunca alcanzarían a satisfacerle el cuerpo y el alma tanto como lograba hacerlo la sola imagen de Tanarys.

Abrió la boca para espirar aire, le ardía la garganta, le escocía pecho adentro. Mirar a Tanarys conllevaba el riesgo de perder la vista para todo lo demás.

Jamás se casaría con otro hombre. Se negaría aunque le costase la muerte.

Pero el lobo giró su caballo para alejarse. Volvía a marcharse sin cruzar palabra con ella. Los ojos de Moira se humedecieron de inmediato.

Los Úlster se marchaban con él.

—Alastor —apenas pudo pronunciar el nombre de su hermano.

—Moira. —Su hermano le agarró del brazo—. Vuelve a casa.

Moira bajó la cabeza.

—¿Qué es lo que le pasa conmigo? —Apretaba las riendas de su caballo.

—Vuelve a casa —repitió Alastor y la humedad de sus ojos aumentó. Apretó los labios con fuerza para no iniciar el llanto.

Pero con solo apretar los labios no era suficiente.

—Tanarys tiene ahora otros asuntos —añadió Alastor.

Moira negó con la cabeza.

—¿Ya ha elegido a otra? —Si había sucedido ya, prefería saberlo lo antes posible.

—No. —Le apretó el brazo de nuevo—. No hay mujeres en los pensamientos de Tana...

—¡Claro que sí! —lo cortó, sacudiendo el brazo para que la soltara. Se avergonzó de pagar la frustración con su hermano, pero comenzaba a enfurecerse—. Hay mujeres en su pensamiento, hasta pasa noches con ellas. —Tuvo que apretar los labios un instante antes de continuar—. Es solo conmigo.

Movió las riendas del caballo para girarlo, le dio la espalda a su hermano y a los Úlster con Tanarys a la cabeza. Lo arreó con fuerza.

Al galope pudo soltar su garganta y su pecho. Las lágrimas resbalaron y volaron tras ella, al igual que lo hizo su pelo, completamente suelto, caía por sus piernas, por la silla y hasta por las cachas del caballo.

Giró la cabeza para mirarlos una vez más. Volvió a aguantar la respiración, no sabía la próxima vez que lo vería, quizás ella misma acabara en un convento y no lo volviese a ver.

Antes de girar su cabeza para mirar al frente vio los rizos de Tanarys moverse girando su cabeza hacia ella, lanzándole una última mirada antes de que Alastor lo alcanzase. Fue breve, solo unos instantes que Moira no quiso acabar. Fue Tanarys el que volvió a atender a su camino.

Moira cerró los ojos y más lágrimas cayeron por sus mejillas.
Apretó los dientes y gritó.

OceanofPDF.com

Leonor

El miedo aún no se había ido, pero no tenían más remedio que reaccionar o alguien más que aquella muchacha las encontraría y entonces lo tendrían aún peor.

Se había quitado un par de pulseras que llevaba en la mano izquierda. Paula sus pendientes. Inés una cadena con una medalla de la virgen del Rocío. Alba un anillo de plata que solía llevar siempre en el dedo índice.

—Esto es lo que tenemos y urge cambiarlo por ropa. Hay que quitarse esto o llamaremos demasiado la atención —decía Alba suspirando.

Miraron a la muchacha que seguía sentada junto al tronco.

—Primer problema —añadió—. Enfermedades. Somos como murciélagos.

El resto asintió.

—Como los colonos con los indígenas americanos —respondió Paula.

—Bacterias y virus que no nos afectan, pero que a ellos pueden matarlos —seguía Alba—. Al revés no sabemos cómo resultará. Tenemos

vacunas, más inmunidad ante todo y de momento nos durarán los efectos de una mejor nutrición. Pero esa ventaja es finita.

Si Leonor ya tenía hambre, no quería ni imaginar lo que les esperaba.

—¿Qué idioma habla esta gente? —preguntó Inés—. No me digas que el gaélico porque me muero.

—Esta entiende el inglés —dijo Paula haciendo un gesto con la barbilla.

—Inglés, francés y flamenco. El gaélico se usa, pero no es lo habitual. En eso no tendréis problemas, pero ya has oído que nos pueden confundir con inglesas.

Leonor miraba hacia el camino.

—Aquí en medio no podemos quedarnos. No sobreviviríamos muchos días. Ya sabemos que lo de anoche era un lobo —dijo.

—Joder. —Paula se abrazó a sí misma.

—Y si nos acercamos a un pueblo, tenemos que inventar una historia de cómo hemos llegado aquí —siguió Leonor—. Y no es una época en la que cuatro mujeres puedan viajar solas.

Inés resopló.

—La peste —dijo Alba.

—Sí, va a ser fatal hasta que nos acostumbremos al olor a zorruno de esta gente. Apenas se duchan —respondió Paula y Leonor se tapó la cara. No sabía cómo podía tener ganas de reír con la que tenían encima.

Se llevó un cate de Alba.

—La pandemia de la peste.

Inés se llevó la mano a la boca.

—¿Pandemia? Me estás diciendo que hemos ido a parar a tomar por culo en el tiempo, ¿a otra pandemia?

—Sí, pero nos sirve como excusa. Veníamos en un grupo, viajábamos a... estamos en una puta isla.

—¿A Londres?

—Odian a los ingleses.

—¿Salíamos de Londres?

—Mejor.

Leonor se levantó, las oía de fondo. No dejaba de mirar el camino. Solas, sin dinero, sin posibilidad de defenderse y sin conocer aquella sociedad más que a través de libros. Una asignatura lejana en tercero de carrera que en ese momento se venía de golpe aplastándolas contra el suelo.

Saqueadores, guerreros, soldados ingleses, lobos y otros animales del bosque.

Un arco.

No sería suficiente. Por muy buena que fuese en competencias, aquello era el mundo real. No era Robin Hood, no estaba en una puta novela.

Se llevó las manos a las sienes y se las apretó. Aquello debía de ser un mal sueño, una broma, cualquier otra cosa menos la realidad. Miró a un lado y a otro del bosque. Un experimento, una cámara oculta entre los setos. Alzó los ojos hacia el cielo, ansiaba ver un avión, alguna señal de mundo avanzado que le indicase que nada de aquello era cierto.

Respiró por la boca.

—El puerto de Berwick. —Oyó decir a Inés.

Miró a sus amigas. No se había enterado de nada de lo que estaban diciendo.

—¿Has oído bien? —le preguntó Alba.

Leonor dio un paso atrás alejándose de ellas.

Vamos a morir todas.

El corazón le palpitaba acelerado, una velocidad que dolía, como si estuviese a punto de darle un infarto.

Y yo las he metido en esto.

El cuerno, no podía ser otra cosa. Ella tocó aquel cuerno sin parar.

Sacudió la cabeza.

Y el arco.

Clavó aquella flecha en el árbol una y otra vez.

También pudo ser la flecha.

El cuerno no había activado el retorno, lo mismo fue el arco. Y el arco se había quedado en las ruinas del castillo.

Se acucilló en el suelo. Se había prometido cargar con la culpa y todo lo que eso conllevaba. Pero bien sabía que aquello quedaba en unas palabras bonitas que dudaba que fuese capaz de cumplir. No era el mundo que conocía.

Miró a sus amigas, ellas parecían haberse recuperado mejor o quizás en el fondo eran más valientes que ella cuando a simple vista ella solía ser la del impulso, el nervio y el genio.

El genio.

Supuso que el genio en una mujer setecientos años atrás no iba más allá de una sacudida, una mirada o alguna palabra sutil.

No podían engañarse, ellas nunca podrían comportarse como una mujer de otra época que estaba a siglos de distancia. Lo notarían, no solo eran extranjeras, eran completamente diferentes.

Paula y su pelo castaño con mechas californianas, no habría una mujer con aquel pelo en toda Escocia. Inés y su pecho de silicona, era una suerte que al menos el frío la obligase a ir tapada. Todas con una dentadura perfecta, completamente limpia y alineada. Eso sin contar con los fijadores

metálicos que Alba y Paula llevaban por la cara interior de la dentadura y que a simple vista no se veían. Pero que en algún momento o ángulo visual alguien podría hacer preguntas.

Serían extrañas, tan extrañas como para ser consideradas brujas o cualquier otra cosa que las llevase al interior de aquellos aparatos que una vez vieron expuestos y que, hasta vacíos y en desuso, lograban helarle la sangre.

Y luego estaba la otra parte, la que quedó en 2021. La desaparición de cuatro jóvenes sin dejar rastro. Pensó en su madre, no hacía ni un año que su padre murió de un ictus. Y ahora ella desaparecía. Solo había una cosa peor que la muerte de un ser querido, su desaparición. Pensar en el sufrimiento de su madre y de su hermano hacía que aquel dolor del pecho se hiciera insoportable.

Tenemos que volver.

Apretó la mano con fuerza contra aquel cuerno.

—Alba —la llamó sin dejar de mirar las inscripciones talladas en él—. ¿Esto pertenecía al señor de Lothian?

—Neil no tenía dudas. Los Úlster son de las Highlands, sin embargo, las tierras de Lothian le fueron concedidas a uno de ellos. Sería la prueba de que hubo movimientos entre el norte y el sur. La teoría de John

siempre ha sido que se buscaba la unión de clanes para evitar guerras civiles y traiciones de los que preferían a Balliol. —Se inclinó junto a ella.

—Entonces él debe de tener otro y el arco, la espada, el broche y todo lo que encontramos, ¿no? —No dejaba de respirar por la boca. Para ella el señor de Lothian era tan solo una estatua de piedra enorme, era como hablar de un muñeco, un dibujo, un personaje de cómic o cualquier otro ser procedente del mundo imaginario.

—En teoría, sí.

—No sabemos exactamente qué nos trajo. —Alzó los ojos hacia Alba—. Pero era algo que estaba en ese cofre. Y su dueño está vivo. —Ladeó la cabeza hacia la chica harapienta. El señor de Lothian existía, ella se lo había confirmado cuando reaccionó de aquella manera con Paula.

Cogió aire una vez más.

—Hay que encontrar al lobo de las Highlands.

Tanarys

El pelo de Moira volaba suelto, cayéndole por los muslos. No esperaba verla, ni siquiera habían avisado de su presencia, pero aun así ella había corrido hasta ellos.

Moira era hermosa, tanto como para enloquecer a cualquier hombre por solitario y rudo que este fuera. Pero mejor que nadie sabía que, precisamente él, debía alejarse de aquella joven. Desde que descubriera cómo reaccionaba la pequeña de los Hunter con su compañía supo que lo correcto era alejarse tanto como pudiese. Con la posición de los Hunter y la belleza de aquella mujer, no tardaría en recibir alguna oferta de matrimonio que Alastor sabría gestionar bien. Cualquier fin era mejor que el que él pudiera darle.

—Los saqueos solo han sido en tierras de los Black —dijo Alastor galopando hasta él.

Tanarys bajó la cabeza. La reyerta y el saqueo casi al mismo tiempo y en zonas cercanas. Los ingleses tuvieron que atravesar tierra de cuervos para llegar hasta ellos. Quizás algunos se quedaron atrás para arrasar los pueblos. Suspiró. El sur nunca daba margen.

—Entonces tendremos que ir a tierras de los Black. —Arreó el caballo.

—Si eran ingleses, ya estarán de regreso. —Lo oía lejano, se quedaba atrás—. Además, aun partiendo ahora, se nos haría de noche en el camino.

Giró la cabeza para mirarlo.

—Entonces tendremos que ir más rápido. —Volvió a arrear el caballo.

A veces no sabía cómo Alastor lo seguía a todas partes aunque no le correspondiese velar por el sur más allá de sus tierras. No tendría años de vida para agradecerle su incondicional ayuda.

Oyó el caballo de Alastor correr tras él.

—No pienso pasar la noche en bosque de cuervos. —Lo oyó decir mientras lo rebasaba.

Tanarys sonrió al oírlo y azuzó su caballo para alcanzarlo.

—Es el mismísimo infierno. Ingleses, saqueadores, lobos. —Hizo una mueca.

Bien sabía que a todo eso se le añadía la extraña rivalidad entre los Black y los Hunter, era consciente de que para Alastor era más que un esfuerzo acompañarlo.

—Estás en casa —le dijo—. Descansa unos días. De regreso seguiremos.

Alastor negó con la cabeza.

—No pienso dejar al señor de Lothian solo en lo peor del sur —sonrió—. Imagina que mueres, me echarían la culpa a mí. No quiero más enemigos.

Tanarys tuvo que reír.

Era un largo camino hasta el castillo de los Black, esperaba al menos alcanzar un pueblo antes del anochecer.

Leonor

Se acercó a aquella chica que se empeñaba en decir que era un muchacho.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

Ella la miró aún desconfiada. Y era normal que desconfiase mientras no se quitasen aquella ropa.

—Marc —respondió ella.

Inés se inclinó frente a la muchacha y le devolvió la espada y todo lo que le había quitado.

—Eres una chica, no sé por qué te empeñas en ocultarlo. Hasta un imbécil se daría cuenta. ¿Qué haces aquí sola?

Vio a Inés dudar en retirarse ahora que ya le había devuelto las armas.

Leonor se puso tras Inés, no quería acercarse demasiado a la muchacha, intimidarla o asustarla y que saliese huyendo.

—Mi nombre es Leonor, ella es Alba. —Tocó luego el hombro de Inés—. Inés y Paula —señaló con el pulgar tras de sí—. Nos hemos perdido y hemos pasado la noche en el bosque. Y no tenemos ni idea de dónde estamos.

Literal.

—Estáis en el sur de Escocia, en tierras de los Black —dijo la muchacha—. Anoche saquearon varios pueblos y aldeas. —Apoyó una mano en el suelo para levantarse—. Pasar la noche en mitad del bosque era lo mejor que os podría pasar.

Alzó las cejas al oírla.

—Mi nombre es Edine. —Se bajó la capucha—. Anoche saquearon mi aldea.

Edine apoyó la espalda en el tronco del árbol.

—Los pueblos y aldeas de los alrededores han sido saqueados y quemados. —Fue consciente de que aquella joven estaba aún más asustada que ellas—. Voy camino al castillo de los Black. No se ve humo al oeste, quienes nos asaltaron no se acercaron mucho al castillo.

—¿Y tu familia? —preguntó Inés.

Edine la miró de reojo.

—Mi hermano había salido de la aldea. —La vio respirar por la boca—. No sé dónde está.

Supuso que perder a alguien sin móvil era reducir considerablemente las opciones de encontrarlo y en la misma proporción se aumentaba la ansiedad por no saber nada de él.

Edine levantó la barbilla hacia Leonor.

—Ese cuerno que habéis usado antes. —Bajó la vista hacia él—. Suelen usarlo los soldados del norte que acompañan al señor de Lothian. Si hay enemigos a kilómetros, os confundirían con ellos, vendrían y os cortarían la cabeza.

Tragó saliva al oírlo.

—No volváis a usarlo si apreciáis vuestra vida. —Edine se inclinó para recoger su petate del suelo.

—Necesitamos ropa, ¿sabes dónde podemos encontrarla? —preguntó Paula.

Edine se inclinó hacia el lateral del árbol.

—¿Veis el humo? Las casas están vacías, podéis coger lo que queráis.

Paula se sobresaltó.

—¿Una aldea saqueada? ¿Con gente muerta por el suelo? Paso. —Rodeó el árbol alejándose de ellas. Se sacudió el chaquetón con la mano.

Leonor negó con la cabeza.

—Bienvenida a la Edad Media. —Alba rebasó a Paula camino a la nube de humo que se veía sobre las copas de los árboles.

—¿Piensas ir allí? —le reprochaba Paula.

—¿Quieres que nos encuentren con esta ropa? —Se tiró de su chaquetón—. No sobrevivirías ni dos días.

—Ni con otra ropa tampoco —Paula gritó. Alba estaba lejos.

Inés pasó por delante de Leonor.

—Yo voy con ella —dijo, alejándose.

Leonor miró de reojo a Edine.

—Sé que podemos parecer extrañas y... que no damos mucha confianza —apretó los dientes alargando los labios—, pero puedes quedarte con nosotras hasta que encuentres a alguien que te ayude.

Miró a Paula, observaba por donde se habían perdido Inés y Alba con los brazos cruzados.

—¿Está muy lejos el próximo pueblo? —preguntó a la muchacha.

—Siempre he hecho este camino a caballo. A pie no sé si llegaríamos por la tarde —suspiró—. Si no dejamos de caminar todo el tiempo.

No cuentes con ello.

Coches, patinetes eléctricos, bus, motos, bicicletas, demasiadas alternativas a las piernas durante toda la vida. No podrían caminar tantas horas y menos por un camino que ni siquiera era recto.

Entornó los ojos hacia la nube de humo.

—¿Qué podemos encontrar en la aldea? ¿Comida? ¿Agua?

Edine abrió su petate.

—No encontré mucho. Casi todo se ha perdido con el fuego. Tampoco armas, había una herrería, pero los saqueadores suelen robar las herramientas. Tampoco animales. —Se lo acercó para que mirase dentro—. Pero puedo compartir esto con vosotras.

Su cuerpo reaccionó a sus palabras en forma de piedra en el interior del estómago y escozor en la garganta. Levantó enseguida los ojos hacia la chica sucia y harapienta, seguramente estaba en el último escalafón de aquella sociedad, exactamente el mismo al que pertenecían ellas. Y estaba dispuesta a compartir lo único que poseía, un petate con unas cuantas frutas. El escozor de la garganta aumentó.

Le puso la mano en el hombro.

—Seguro que encontraremos algo. —La empujó levemente para que caminase.

—Solo quedan en pie tres casas y ya las registré. No hay nada.

La miró de reojo.

—No hay comida, pero seguro que habrá algo que nos ayude a encontrar comida.

Algo para pescar, trampas de animales, lo que sea.

Anduvieron entre los árboles hacia donde procedía el humo. Notó que Paula las seguía aún con los brazos cruzados.

—¿Sueles oír cuernos como este por aquí? —Se mordió el labio tras preguntarlo. Existía la posibilidad de que uno de ellos fuese la puerta a casa.

—Solo cuando viene el señor de Lothian —respondió la chica esquivando una piedra enorme.

—¿Se oyeron anoche? —Necesitaba saberlo.

—Si se hubiesen oído, hoy no estarían los pueblos ardiendo y los saqueadores colgarían de un árbol.

Qué heavy.

La aldea, como le había dicho Edine, tenía solo tres casas en pie. Tres casas medio derruidas de por sí que ni siquiera se habían detenido a quemar. Temió que al rodearlas pudiese encontrar algún muerto. Para aquella gente ver cadáveres podría ser normal, pero no dejaba de ser traumático para sus mentes del siglo XXI.

—¡Leo! —Oyó gritar a Alba desde el otro lado.

Sorteó trozos de madera podrida que aún ardía.

—Un arco —le dijo, alzándolo en el aire como si fuese un trofeo—.

Pero no hay flechas.

Inés salía de la única casa en pie con varias telas en los brazos.

Yo no sé si esto que estamos haciendo será muy legal por aquí.

Pero tampoco tenían muchas opciones.

—¡Paula! No hay muertos, ven aquí —la llamaba Inés.

—Les dio tiempo a huir —dijo Edine—. Sería el último saqueo, no se atrevieron a acercarse más.

Leonor miró las telas que portaba su amiga.

—Pues me alegro de no tener que ponerme ropa de gente muerta —dijo Inés.

Paula ya estaba tras ellas.

—Y de que la dueña no nos vea con ellas y nos acuse de chorizas —replicó Paula.

Era otra opción, pero mucho mejor que el hecho de que las vieran con aquellas pintas extrañas para una sociedad primitiva. Bruja sería la lindeza menor que escucharían.

No había mucho donde elegir. Capas llenas de agujeros y parches. Pantalones de hombres con más agujeros y parches. Vestidos llenos de parches. Y más camisas largas llenas de parches.

—Poneos lo que sea —decía Alba cogiendo uno de los vestidos de un color azul grisáceo muy descolorido, o quizás en aquella época tampoco conseguían colores muy llamativos. Luego recordó el rojo de la capa que encontraron en el cofre. Supuso que había gran diferencia entre la vestimenta de los nobles y poderosos, con la miseria del pueblo.

Marrón café o color mierda, según se mirara, era el color de la capa y el vestido que se puso Leonor. La capa le arrastraba, tenía los bordes

completamente deshilachados, acabaría aún peor después de una caminata.

—No me digas que tendré que estar con las mismas putas bragas todo el tiempo —protestaba Paula.

—O sin ellas —le respondió Inés riendo.

Alba alzó la cabeza hacia ellas.

—Sería una delicadeza por vuestra parte hablar en inglés. La chica no os entiende —les reprendió.

Leonor tampoco creía que Edine entendiese aquellas ironías y formas aunque fuesen en inglés. Tendrían que ser una compañía realmente extraña. Pero Edine parecía estar en un estado de *shock* que no le permitía reaccionar con claridad, algo así a cómo se encontraban ellas. Fuera como fuese, y aunque ellas no fuesen de gran ayuda o compañía, al menos se alegraba de que la joven no estuviese sola.

—¿Queréis flechas? —La oyó preguntar—. Hay flechas en el granero. Aunque la mayoría están quemadas.

¿Flechas medio quemadas? Dios nos ha enviado a esta niña.

Leonor asintió y Edine echó a correr a por ellas. Paula la miró alejarse.

—Ya te cae bien —rio su amiga.

—Está perdida y asustada.

—Ya somos cinco perdidas y asustadas. —Inés terminó de vestirse y las miró. Rompió a carcajadas—. Parece que vamos a hacer un *Scape Room*.

Leonor dio unos pasos para colocarse en el centro de las casas. Era una pequeñísima aldea.

—Algo así, solo que aquí lo vamos a tener difícil para escapar —respondió.

Inés miró las casas.

—Ahora es cuando tendría que salir de alguna casa un tío con micro seguido de cámaras y decirnos: ¡Es una broma! ¡Es todo una puta broma!

Alba miró una de las casas.

—Ya quisiéramos. Pero ya la has escuchado. Nos habla de los Black, aunque ellos sí aparecen en algunos libros. Pero lo del señor de Lothian solo lo sabíamos nosotras, Neil y su grupo de iluminados. A estas horas también los patrocinadores. En el periódico solo dieron la noticia del hallazgo, no de a quién pertenecían. Y nuestra nueva amiga sabe muy bien quien es, así que... estamos jodidas. Este *Scape Room* es nivel dios.

Alba suspiró. Inés levantó una pierna y la sacudió, supuso que era para calcular el margen de movimiento que el vestido le daba a su pierna.

—Somos unas parias de la Edad Media —Inés negó con la cabeza.

—¿Qué esperabas? —Alba la rebasó para rodear las casas.

—Un castillo, un carruaje con caballos, ropas lujosas y sirvientas. Como en las pelis y las novelas de viajes en el tiempo.

Alba rio al oír a Inés.

—Y que te casen con el señor más rico y guapo del reino, ¿verdad?
—respondió, riendo—. Procura no acabar con la cabeza en una pica.

Edine regresaba con algunas flechas. No eran muchas y algunas estaban a medio quemar, se romperían en cuanto tensara el arco. Leonor resopló al verlas.

—Tú apunta al ojo directamente —le dijo Alba al pasar por su lado.

Edine las miraba una por una, ya vestidas de forma similar a ella. Inés tiró las ropas en un madero que ardía.

Leonor no quiso mirar la quema. Ver su ropa quemarse era como despedirse del mundo del que procedía, siendo consciente de que lo más probable era que no lo volviese a ver.

—¿Qué edad tenéis? —preguntó Edine.

—Veinti...

—¡Veinte! —la cortó Alba.

—Yo diecinueve —dijo Paula sonriendo.

—¿Qué dices?

—Aquí no hay DNI ni pasaporte. Puedo tener la edad que me dé la gana. —Fue la primera en salir de la aldea—. Si quieres que te traten como

a una vieja, di tu verdadera edad.

Suspiró al oírla. Llevaba razón, el envejecimiento no era el mismo con setecientos siglos de diferencia.

—¿Sois solteras?

—Claro, y puras. —Paula ni siquiera se detuvo para responder, seguía camino a aquella zona que antes les señaló Edine, donde no había chimeneas de humo.

—De vírgenes ni el nombre. —Oyó murmurar a Inés.

—Shh. —Alba la empujó.

Edine entornó los ojos hacia ellas.

—Sois muy mayores para ser solteras —dijo antes de retomar el camino.

Paula levantó una mano.

—Alba, te quedaste corta, nos tendrías que haber quitado más años —dijo en español e Inés rio—. Ahora seremos cuatro solteronas.

Leonor miró de reojo a Edine.

—¿Qué edad tienes tú?

—Catorce.

—¿Y tu hermano?

—Veintiséis.

Paula la miraba con ironía.

—¿Ya le vas a echar el ojo al hermano? —Hizo una mueca y le guiñó un ojo.

Leonor entornó los ojos y resopló. Acabarían con la cabeza en una pica, cada vez tenía menos dudas.

Durante el camino Alba le contó a Edine que iban de la frontera inglesa para tomar un barco en Berwick con más familiares, pero que todos murieron de la peste, salvo ellas. Que los caballos también murieron y caminaron solas y perdidas hasta que la encontraron a ella. No sabía si era muy buen argumento, pero aunque llegasen al puerto no solucionaría su vuelta a casa. Así que a ver qué excusas ponían para dar vueltas por las Lowlands durante semanas, meses, años...

Caminaron durante horas, tanto que las plantas de los pies le quemaban. Y eso que se había dejado las botas. No quería ni imaginar lo que sería andar con el calzado que llevaba Edine, tan roto como el resto de ropas que llevaban. Era cierto que las botas desentonaban allí, pero no era una prenda a la vista y siempre podrían decir que era la moda al otro lado del charco.

—Tengo hambre, Leo, caza algo —le dijo Inés.

—Claro, un jabalí —respondió.

—Con eso puedes, ¿no?

Detuvo la marcha para mirar a su amiga.

—Primero tengo que encontrar a un jabalí. Luego tendría que dispararle, si fallo me matará. Si no soy capaz de meterle tres flechas seguidas antes de que me alcance, me matará. Y estas flechas no son muy de fiar. —Alargó el arco hacia ella—. ¿Quieres intentarlo tú?

Inés ni siquiera le respondió. Había sido brusca, pero a ratos a sus amigas se les olvidaba que aquello no era una idílica novela. Harapos apestosos y peligro, eso era realmente viajar en el tiempo.

El estómago le sonaba completamente vacío. Hacía rato se habían sentado y Edine les había dado algo de fruta. Pero era muy poco para repartir entre cinco. Y, como ella bien sabía, la fruta era agua, le llenaba poco.

No volveré a hacer dieta en mi vida.

Como si le fuera a hacer falta donde se encontraba. Tenía los labios secos. Edine llevaba agua, pero tan mala fama tenía el agua en la Edad Media que le costaba atreverse a beberla. Demasiado riesgo de bacterias a las que no estaba acostumbrada. Solo esperaba que ellas no le pegasen nada a aquella chica sin querer.

—Yo no puedo más. —Paula alargó la mano al zurrón de Edine, donde esta tenía aquel cacharro de piel donde solían llevar el agua en edades antiguas.

A todas les daba recelo beber nada, todas sabían las consecuencias y la habían rechazado cada vez que Edine la había ofrecido. Ellas iban de un lugar de aguas depuradas, filtradas, limpias. Y a saber de dónde procedía aquella.

Paula abrió la boca y dejó caer unas gotas. Luego la abrió y cerró varias veces, todas observaban su gesto.

—¿Dulce? —Hizo una mueca.

—La señora que me lo dio solía mezclar el agua con la miel —dijo Edine volviéndolo a guardar.

Paula giró la cabeza para dar una arcada.

Madre de Dios.

Tendrían que acostumbrarse a aquel tipo de higiene y escrúpulos. Ya al menos su nariz se estaba haciendo al olor de la tela de la ropa, que si no la acercaba mucho a los orificios apenas lo apreciaba. Por donde la cogiera el olor era nauseabundo, como si hubiese estado guardada en una pocilga.

Se oyeron cascos de caballo y Edine se sobresaltó. Enseguida corrió para quitarse del camino.

Qué coño ahora.

Leonor se echó el hombro de la capa hacia atrás, necesitaba margen por si tenía que disparar. Su corazón se aceleró de inmediato y las piernas le empezaron a temblar. Se había comprometido consigo misma a que ella

sería quién las protegiera, la primera en morir. No sería capaz de cargar con la culpa si fuese de otra manera.

Sus amigas se echaron al lado del camino donde estaba Edine. Y Leonor se puso delante de ellas con una flecha en una mano y el arco en la otra. No era un arco de precisión, ni demasiado fuerte, nada que ver con el que encontraron en el cofre y mucho más lejos de lo que ella guardaba en casa. Y aquellas flechas le daban poca seguridad. No sabía si su puntería sería certera con aquellas condiciones y nunca, en toda su vida, había disparado a un ser vivo.

Abrió la boca encogiendo el estómago. Estaba aterrada, de las decenas de posibilidades de lo que pudiesen encontrar en el camino, la mayoría de ellas eran malas. Y el sonido era abundante, serían varios caballos.

Cuello, ojos...

No era tan rápida. Aunque su postura y su actitud en el camino pudiesen ser la de cualquier heroína de cuento, ella solo era una mujer con demasiado miedo sabiendo que en el mundo real los héroes solían morir los primeros.

Se veían los caballos y varios hombres sobre ellos. El corazón se le aceleró aún más. Parecían haber salido de cualquier película de guerra primitiva. Misma imagen, capas oscuras y pieles al hombro.

Tragó saliva en una garganta seca y rasposa, casi ni sentía las piernas. Podía notar vibrar el arco, temblaba, así no acertaría ni a rozarlos. Si tan solo aquellos vídeos de Twitter en los que se veía algo de agresividad ya le daban la vuelta en el estómago, le ponían la piel de gallina y mal cuerpo. No quería ni imaginar verlo en la realidad. No estaba preparada para la agresividad y la sangre, para ver morir, ni mucho menos para matar.

—Son cuervos de los Black —escuchó decir a Edine.

No sabía si eso era bueno. Si estaban en las tierras del clan de los cuervos, supuso que serían los buenos.

O más bien ella estaba deseando que fueran los buenos. Aflojó la tensión del arco aunque en aquel estado no le hubiese dado ni a una diana del tamaño de un coche.

Entornó los ojos hacia ellos. Los Black realmente parecían haber salido de una película, de la historia de un novelista que mezclaba la fantasía. Recordó a Tolkien, él basó su historia en la guerra real que le tocó vivir, recreando los verdaderos monstruos que se podrían ver en un campo de batalla. Eso era lo que veía ella. Varios caballeros oscuros, con guantes de metal plateados y pieles al hombro. Unas ropas que, ahora que sabía que no eran saqueadores ni los ingleses que podrían matarlas, podía apreciar hasta elegantes.

Aun así, las piernas no se le recuperaban.

Los caballos aminoraban la marcha a medida que llegaban hasta ellas. Su corazón no se tranquilizaba, ni sus manos apartaban la flecha del arco.

El primero de ellos, un hombre joven, de grueso y abundante pelo oscuro y rizado, frenó su caballo alzándolo y este emitió un sonido que Leonor conocía bien. Parecía que los caballos no cambiaban mucho con los años, de las pocas cosas que podía reconocer de su propio mundo. Ella siempre vivió rodeada de caballos, como el resto de su familia, aficionada a pasear en ellos por el campo, por la feria de abril o camino del Rocío.

—¡Ryan! ¡Sinclair! Llevadlas al pueblo —dijo, girando su caballo—. Los demás seguid conmigo. Tenemos que encontrar al resto antes del anochecer.

Y no se detuvo en ellas ni un fragmento de segundo. Azuzó su caballo y emprendió la marcha veloz camino a la hilera de aldeas quemadas.

Leonor miró de reojo a los dos hombres que quedaron con ellas, ambos se bajaban del caballo.

Sintió un leve empujón de Paula.

—Yo con desconocidos no voy a ninguna parte. —La oyó murmurar.

Edine la rebasó. Ella, sin embargo, sí que estaba decidida a acompañar a aquellos soldados a donde fuese. Miró a Inés, esta estaba girada hacia los que se habían marchado.

—No está muy clara la historia de los Black —susurró Alba—. Algo pasó con ellos para que les quitasen estas tierras. Neil nunca tuvo clara la razón exacta, pero ninguna de las opciones era buena.

Inés apretó los labios, Leonor la vio contener la sonrisa. Su amiga miró a Alba.

—Los malos nunca son guapos —le dijo, dando unos pasos hacia los caballos—. Además, me duelen los pies.

Alba señaló uno de los caballos.

—Somos cinco y solo dos caballos. Si hay que subirse con esos tíos a los caballos, yo voy delante del todo, paso de que me vayan dando puntazos por la espalda. ¡Qué asco!

Edine hablaba con ellos, Leonor puso atención. La chica les explicaba lo ocurrido en las aldeas. Y hasta le dio algunos nombres que eran complicados de repetir.

—Estamos recogiendo a los que habéis sobrevivido. Tenéis suerte, algunos no superaron la noche. —El soldado miró a su alrededor—. Vamos, montad al caballo.

Paula entornó los ojos.

—¿Ves? Hay que montarse con ellos.

—¿Y qué más da? —Inés puso un pie en el estribo para subirse.

Leonor vio que el soldado enseguida atendió a sus botas.

—Que se van a rozar y me da asco. No importa el siglo, los tíos son siempre iguales. Y estos huelen a zorruno.

Inés ya estaba sobre el caballo. Volvió a mirar atrás, ya apenas se veía a los que se habían marchado.

A esta le ha molado el cuervo.

Apretó los labios para que no se le notase la sonrisa. Puso un pie en el estribo para subirse.

En una pica vamos a acabar.

Ya era la tercera o cuarta vez que lo había repetido en su cabeza desde que llegaron. Cada vez sonaba más normal. Suspiró al llegar arriba. Rodeó la cintura de Inés y agarró las riendas para observarlas cogidas.

Esto es lo mismo prácticamente.

Tiró levemente de ellas para ver la reacción del caballo.

—¡Tú! La del arco, ¡suelta las riendas!

La pica ya está aquí.

Soltó las riendas de inmediato.

Qué difícil va a ser esto.

Se agarró a Inés con fuerza. Vio a Paula montarse la primera, como había dicho antes. Tuvo que aguantar la sonrisa. Tras ella iba Alba. Edine iría tras el soldado, esperaba que no se cayera.

Apoyó la barbilla en el hombro de su amiga.

—¿Lleva razón Paula? —preguntó Inés con ironía.

—Si se acerca mucho, lo único que notará será el cuerno del lobo —susurró Leonor, lo que provocó la risa de Inés.

El soldado apartó el arco con un gesto brusco.

—Sois extranjeras. —Y sonó despectivo—. ¿Cómo habéis acabado aquí?

—Somos del reino de Granada, Hispania —respondió Leonor—. Íbamos camino del puerto de Berwick.

—¿Solas?

—Ahora sí. —Como no comenzaban la marcha, ella misma arreó al caballo con el pie.

Tantas preguntas, joder.

Le ponían nerviosa las preguntas y aún más que aquellos tíos con espadas enormes fuesen los que preguntaban.

El soldado frenó un poco el caballo. Con tantos auestas tenían que ir despacio. Lo oyó murmurar algo.

OceanofPDF.com

Tanarys

Blaine Black había enviado a su hijo Bruce a recibirlos. Miró de reojo a Alastor para ver su reacción. Hasta a él lograban transmitirle la tensión cuando el *laird* Blaine o Bruce estaban cerca de un halcón. Y había varios acompañándolo.

—No se han acercado al castillo —dijo Bruce en cuanto los alcanzó—. Mi hermano Robbie ha ido a recoger a los que han sobrevivido. Los traerá al pueblo.

—¿Ingleses?

—Mis hombres han recorrido varias veces los bosques esta mañana hasta la tierra de los MacLeod y no han encontrado nada.

Alastor guardaba silencio. Se mantenía unos pasos detrás de ellos. El resto de cuervos de Bruce se mezclaron con los Hunter y los Úlster que Tanarys llevaba consigo.

—¿Y en sus tierras no ha habido saqueo?

—No, se enteraron por el humo.

Los MacLeod eran un clan del norte que Estuardo envió a la vez que los Úlster al sur. Un trozo del clan al borde de la frontera. Sabía que el sur

tampoco era del agrado de aquel clan tranquilo, y mucho menos vivir tan lejos de los suyos. Pero en el sur siempre faltaban hombres que protegieran la frontera. Lamentaba que les hubiese tocado a ellos. El *chieff* de los MacLeod no estaba muy conforme con aquella decisión, aunque no le quedaba más remedio que acatarla. El clan era de su confianza, al menos la parte que conocía. El *chieff* Duncan MacLeod era muy amigo de su padre. Uno de sus hijos era el *laird* de los MacLeod del sur de Lothian, William.

La relación de los MacLeod con el resto de clanes del sur ya se la imaginaba. Hasta los parias de la sociedad consideraban a los habitantes de las Highlands unos salvajes. Si alguna vez era posible una verdadera unión entre los clanes, esta costaría años de alianzas. Aún las trifulcas entre ellos estaban muy arraigadas y tenía delante el ejemplo en Bruce y Alastor. Quizás esa era una de las razones por las que el difunto rey Robert decidió entregarle a él el señorío de su abuelo, en vez de a alguien completamente del sur. Un Úlster era mejor para un Black que un Hunter. Y entregárselo a una de las dos familias más poderosas del sur era enemistarse con la otra. Una jugada inteligente introduciendo un intermediador entre ellos. Pero no dejaba de ser tenso e incómodo. Ni Bruce ni Alastor eran ya unos niños para tener que estar poniendo orden entre ellos.

—¿William vendrá?

—Hemos enviado a unos hombres a buscarlo. Mi padre está preparando el castillo para acogerlos a todos por esta noche, mi señor. Y enviará comida abundante al pueblo para saciar a los que han venido buscando refugio en los Black. Muchas familias lo han perdido todo. Es deseo de mi padre agruparlos aquí, llevará un tiempo reconstruir las aldeas. Y algunas familias ni siquiera han sobrevivido enteras. Esperamos que lleguen aún más.

Tanarys asintió.

—Rob ha encontrado más muertos en el bosque, no todos los que huyeron han logrado sobrevivir.

Contaba con ello. Las desgracias siempre iban encadenadas.

—Mientras no encontremos a los culpables, y no sean seguras las tierras, ninguna familia regresará a ninguna aldea que esté lejos del castillo —dijo Tanarys y Bruce asintió.

Quien quisiera que fueran los saqueadores, sabían que parte de los Black no estaba por allí, sino junto a ellos en el castillo Lockhart.

Se apartaron del camino para dejar pasar un carro con una manta por encima. Se recogían los cuerpos de algunas aldeas.

—En cuanto aparezcan, mi señor, tendréis sus cabezas en una pica.

—No es a mí a quien le debéis su cabeza, Bruce Black. Sino a vuestro pueblo.

Volvieron a ocupar el camino en cuanto el carro pasó de largo. Ya se veía el castillo de los Black arriba en la colina.

OceanofPDF.com

Leonor

Se bajó del caballo. El pueblo estaba cerca y tenían las piernas entumecidas. Daba gracias de que al menos las hubiesen recogido en el camino, habrían sido horas a pie.

Ayudó a Inés a bajar. Sintió más cascos de caballo lejanos, los soldados regresaban a toda velocidad.

No sabía hasta qué punto era bueno llegar a un pueblo. No tenían a dónde ir, eran extrañas y extranjeras. Cualquier malentendido podría ponerlas en una situación delicada.

Cogió aire por la boca y lo expulsó.

Los soldados negros llegaron hasta ellos.

—No parece haber nadie más. —El chico del pelo oscuro las rebasó.

Se detuvo delante de ellos. Ella miró a Inés de reojo para ver su reacción.

Más me vale que me busque un arco mejor que este.

Se mordió el labio mientras se apartaba para que pasasen el resto de caballos. Daba gracias de que nadie se hubiese fijado en ellas. Eran unas harapientas más de la muchedumbre.

Anda, que si nos llegan a pillar con la ropa que traíamos...

La hoguera habría quemado ya sus ropas al completo, solo quedarían los remaches y cremalleras.

Y sin nosotras dentro.

Un primer logro. Habían conseguido sobrevivir casi un día entero aunque tuviesen los pies doloridos y más hambre que una piraña en un desierto.

Se detuvo al ver la entrada al pueblo. Parecían casitas de chocolate desde aquella distancia. Casitas con las que se decoraba en Navidad, las de las ilustraciones de los cuentos, las del decorado de alguna atracción. Hasta el olor que desprendía aquel lugar parecía pertenecer a algún momento o lugar que reconocía.

Quizás su infancia, Navidad en su infancia, eso era. Su infancia recorriendo las calles concurridas del centro de Sevilla, aquel olor a quemado... el de las castañas asadas. Alguien estaría asando algo similar a las castañas o quizás era el proceso a la hora de hacerlo lo que producía aquel olor agradable y que no le era del todo desconocido.

Miró atrás, Paula había chocado con ella.

—Ya estamos en un pueblo, ¿ahora qué? —preguntó, rodeándola y siguiendo el camino.

Ahora a rezar.

No tenían ningún plan. En aquella situación era imposible pensar. Al menos podrían resguardarse en un lugar lejos del peligro del bosque. Y había fuego para calentarse.

El chico del pelo negro se había bajado del caballo y caminaba a prisa tras ellas, las rebasó girando su cabeza hacia Inés.

—¿Habéis pasado la noche en el bosque? —Leonor alzó las cejas al oírlo hablarle a su amiga. Por un momento pensó que él las vería como un cardo del camino. Había montones.

—Sí, señor —Inés respondió dudosa, bajando la cabeza. Realmente no sabían, ninguna de ellas, cómo tenían que dirigirse a aquella gente. Leonor contuvo la sonrisa.

En la vida pensé yo que iba a oírla hablarle así a un tío.

Y seguramente la propia Inés tampoco.

Pero estamos en el siglo XIV, según Alba, y este un mendigo no es, desde luego.

El joven frunció el ceño al oírla.

Todos se dan cuenta, joder.

Al menos era una suerte no hablar del todo bien el inglés. Paula apretó la manga del vestido de Alba.

—Échale una mano —le susurró—, porque entre que está asustada, nerviosa y encima es guapo, la va a cagar.

Alba puso la expresión que pondría la madre de tres adolescentes cada vez que una de sus hijas hacía una tontería.

—Nos dirigíamos al puerto de... —La voz de Alba se alejaba a medida que esta avanzaba hacia el pueblo. Alba se sabía la historia mejor que ninguna y además era la que más podría conocer a aquella gente.

Suspiró antes de seguir las. Un pueblo de la Edad Media nada tenía que ver con lo que conocía en el otro mundo. El desorden y el caos arquitectónico contrastaban demasiado con las obras maestras medio derruidas de aquellas que habían sobrevivido a los años. La grandeza de los castillos estaba muy lejos del cuidado y la prisa con la que debían de construir las casas de los pobres. El mismo contraste de los harapos que ellas o Edine llevaban y, como ya podía comprobar, el resto de ciudadanos con las capas destrozadas, las pieles y el metal de los soldados, en concreto de aquel joven de rizos negros.

—¡Rob! —Era una suerte que aquel tipo que las acompañó en el caballo, llamado Sinclair, lo hubiese llamado. Puesto que él abandonó su conversación con Inés y Alba.

Paula le tenía la mano en el hombro a Edine.

—Espero que encuentres a tu hermano. —Apretó el hombro de la chica.

En el centro de una calle ancha había un cúmulo de personas, algunas con heridas en la cabeza o un brazo vendado. Supuso que tendrían que ser los supervivientes. Entre ellos personas más mayores o niños.

Leonor bajó la vista con rapidez, su estómago era frágil, su cuerpo era frágil y su mente mucho más. Ella había sido una de tantas privilegiadas de la historia, el haber nacido en un lugar y una época fácil en la que nada costaba demasiado esfuerzo.

Los soldados organizaban a la gente, Edine preguntó por su aldea.

—No ha venido nadie de tan lejos —respondió él.

Leonor se apartó para dejarlos pasar. El chico de los rizos negros al que llamaban Rob volvió a rebasarlas. Vio a Inés mirarlo de reojo.

Tiró de la capa de Alba.

—Dame algo para comprar un arco mejor —le dijo—. Nos va a hacer falta.

—Eso tenemos que debatirlo.

Se inclinó hacia Alba.

—Qué vas a debatir con estas dos. Dame los pendientes.

Alba miró el arco que Leonor llevaba al hombro.

—Casi te prefiero sin eso. —Abrió la boca para respirar—. Y aquí la gente mira mal a las mujeres armadas. ¿Dónde llevas el cuerno?

Leonor hizo una mueca.

—En el culo casi. —Se movió, aquello le había rozado durante todo el camino—. Cogido con el elástico del *leggin*.

—Ni se te ocurra perderlo, Leonor. —No había funcionado, no entendía cómo Alba le pedía que lo cuidase con tanta desesperación. Ninguna había querido guardarlo, como si fuera un objeto maldito.

De todos modos, tal y como había dicho y prometido, cargaría con cada represalia y el cuerno era una de ellas. Apoyó la punta del arco en el suelo. Necesitaba uno más fuerte, flechas fiables y un carcaj.

La gente se agolpaba. Había perdido de vista a Edine entre tanta gente, la pobre chica habría corrido desesperada a buscar a su hermano. Se oían voces demasiado fuertes, no era el simple hablar de la muchedumbre, jaleaban, jaleaban tan fuerte que hasta dolían los oídos.

Paula se tapó la nariz, en vez de los oídos.

—Qué mal huelen, por Dios. —La vio encogerse.

Ya solo hace falta que vomite.

Y no era para menos. Aquella mezcla de ropa vieja, extremadamente sucia, con sudor, quizás sangre y todo aquello que las rodeaba producía un hedor capaz de anestesiarlas. Estaban pegadas unas a otras, un contacto físico que necesitaban entre tanta gente extraña. Estar juntas o separadas era como estar vestidas o desnudas. En el momento que se retiraba algo de ellas las piernas le temblaban.

Las miró de reojo. Dudaba que fuese ella misma la que estuviese llevando peor aquella situación tan extremadamente surrealista. Cuando siempre todas la consideraron fuerte, más fuerte que ninguna. Recordaba las noches de fiesta en las que ella siempre solía intervenir cuando indeseables la increpaban. Hasta antes de aquella caída en el tiempo ella fue la que pateó a John y apuntó a Neil con una finísima flecha en la oreja. Pero Neil y John eran inofensivos, unos mamarrachos comparados con los que ahora las rodeaban. No quería ni mirar las espadas de los soldados.

Alzó la cabeza por reflejo en cuanto las voces se unieron en una extraña ovación. Se apoyó en Paula para alzarse de puntillas.

—¡Ostras! —La oyó decir.

Sintió el codo de Inés y hasta Alba giró la cabeza para mirarlas.

Leonor abrió la boca despacio, la garganta seca de tanto camino sin beber comenzó a picarle sobremanera.

Él.

Era como si la estatua que las acompañó en tantas risas en aquella sala circular hubiese tomado color y vida. Los ojos le brillaron mientras apretaba el hombro de Paula para apartarla. Volvió a alzarse de puntillas.

El lobo.

Y el lobo llevaba aquella capa roja de cuadros recogida en el hombro.

Es él.

El pecho comenzó a hervirle de tal manera que llegó hasta su estómago. Entornó los ojos y pudo reconocer el broche del lobo. Espiró aire por la boca con fuerza.

—Es él. —Oyó susurrar a Paula.

Los gruesos rizos del lobo caían sobre su frente y a los lados de la cara. Era tan enorme como la estatua y tan exacto en su forma que, si se hubiese quedado quieto un instante, ella misma lo habría confundido con aquel coloso que ya le resultaba familiar.

Bajó los ojos hacia su cintura. Estos le brillaron en cuanto lo vio. Allí, junto a la enorme espada, llevaba un cuerno igual al que ella tenía tras la espalda. Y el escozor de la garganta aumentó impidiéndole respirar.

Leonor quedó inmóvil, su vista se emborronó con la humedad de sus ojos y hasta su oído logró alejarse de la muchedumbre y del susurro de sus amigas. Logró sumirse en un silencio similar al del amanecer en la terraza de la pensión, al de la noche de la caída. Cerró los ojos.

Y escuchar su llamada.

Sintió un latigazo entre las costillas acompañado de un leve mareo placentero. Era como volver a caer por aquel océano del tiempo, solo que esa vez sentía los pies en el suelo. Claro que ella era la culpable de que acabasen allí. Lo fue desde que bajó del coche y escuchó aquel tintineo, el

mismo que producía la espada de Tanarys cuando se movía y que aún ahora podía sentir a pesar de que toda aquella gente estaba gritando. Recordó el cimbronazo del coche a pesar de que no había nada en la carretera.

Fue allí, en mitad de la carretera, la primera vez que sonó el cuerno y sonaba lejano.

Claro que ella fue la culpable de que acabasen cayendo. Ella se sintió atraída por aquel sonido sin saber de dónde procedía. Y luego llegó la escultura, la escalera, aquella rotura, la caída, el cofre...

Y yo lo hice sonar también.

Podía sentir los látigos de fuego tras su ombligo, dentro, recorriendo entrañas y costillas, haciendo su cuerpo ligero como si fuese capaz de levitar.

Y llegó aquella tristeza extraña cuando se llevaron el cofre, como si le hubiesen quitado algo que por derecho le pertenecía. La ira, el enfado, el genio desmesurado que descargó contra aquellos imbéciles. El arco, aquella flecha perdida que ella misma vio clavarse en el tronco del árbol, fuerte, firme.

Y volví a hacerlo sonar.

Y la respuesta se oyó más cercana. Tanto que ya no solo ella podía oírla. Cerró los puños y los apretó.

Yo las arrastré conmigo.

Abrió los ojos y los dirigió hacia él. En color, en carne y hueso, y pudiéndose mover, no le resultaba tan familiar. Pero aquella sensación ligera, como si fuese a caer de nuevo en el agujero del tiempo, no se disipaba del todo. Un extraño limbo de semiinconsciencia, dormitar de pie, hipnotismo, algo que era capaz de apartarla del resto y meterla en una cápsula donde no se oía ni se veía nada más que él.

Y los látigos de su interior aumentaron al pensar que pudo ser él quién le contestaba al otro lado. Tenía sentido en aquella fantasía extraña que para atravesar el límite entre dos épocas hubiese que abrir la puerta por ambos lados.

Dobló el brazo en su espalda y tocó el cuerno por encima del vestido. Eran completamente iguales, el mismo que estaba tallado en la escultura.

Oír la llamada. Acudir a la llamada.

La vaga traducción de Alba comenzaba a tener sentido.

—Habría que repetir lo que hicimos. —Oía tras su espalda, comenzaba a salir de aquella cápsula, el gentío volvía a molestarle en los oídos.

—Yo paso de cantarle y bailarle zumba, va a pensar que somos unas piradas.

Negó con la cabeza a los susurros. La realidad era tremendamente difícil de creer, pero sus amigas dentro de ella rozaban el límite. Giró la cabeza y se inclinó.

—Deja de decir estupideces —les dijo—. Son los cuernos. —Alzó dos dedos—. Los usamos los dos. Vosotras los oísteis. Uno solo no funciona porque necesitamos los dos.

Las tres callaron mirándola.

—El coche se levantó del suelo, ¿pisó algo? No. —Miró a Paula—. Fue la primera señal, luego lo escuché.

Paula se alzó de puntillas para mirar la comitiva del señor de Lothian.

—Y ¿para qué le respondes? —dijo aún de puntillas—. Todos los tíos se quejan de que nunca respondes o devuelves llamadas. ¿Y le respondes a este que nos ha traído a tomar por culo tiempo atrás?

Se oyó la risa de Inés, que había apoyado la frente en el hombro de Alba. Su pecho no estaba para ironías, le presionaba aún. Sin embargo, Paula logró arrancarle algo parecido a una sonrisa.

—Tengo que reconocer que lo vale. —Le guiñó un ojo. Luego miró a Alba—. ¿Aquí no hay ese rollo de *la Prima Noche*? Eso de que en cada casamiento la novia tiene que pasar la primera noche con el señor. Lo digo

porque merecería la pena hasta casarse con el tonto del pueblo si te trincas a este.

Alba le dio un codazo a Paula. Esa vez no importaba la presión del pecho, ni la sequedad de la garganta. Leonor rompió en carcajadas.

—¿Dónde coño te dieron el título de la carrera? ¿En un mercadillo?

—La respuesta de Alba hizo que sus carcajadas se alargasen—. Eso es otro rollo, no está demostrado.

Paula se cruzó de brazos.

—Pues es una pena. Sería más fácil quitarle el cuerno. —Las miró de reojo—. Aun así, podríamos intentarlo. ¿Voluntaria para trincárselo y robarle el cuerno?

—¿Qué?

—Mide dos metros, ¿cómo piensas quitárselo?

Cuando Alba y Paula discutían era como si retrocediesen veinte años en edad mental.

La comitiva se alejaba y el gentío se disipó.

—Su espada es más larga que su verga, es lo menos peligroso, créeme.

Se llevó la mano a la frente al escucharla.

La pica ya me parece hasta poco. Terminaremos en algo peor.

Los soldados encendieron dos fogatas enormes. Tuvieron que apartarse, una de ellas casi le rozó la capa a Inés.

—A ver si esto también va a ser una señal —dijo Inés mirando el filo de su capa.

—Hay que quitárselo como sea. —Paula se inclinó hacia ella—. Y tocar los putos cuernos hasta que nos hagan volver. Tengo la regla y una copa menstrual dentro que no sé cómo coño voy a limpiar. —Se estremeció—. Quiero volver.

—Con tus ideas no vamos a volver, vamos a acabar colgadas. —Alba le dio en la sien—. Es el señor de Lothian, no un granjero.

Entraron unos carros en la calle, se oyeron más vítores, más fuertes que antes si eso era posible. Bajaron hombres y mujeres de los carros.

—Comida. —A Inés le brillaron los ojos.

Ahora entendía los vítores de aquella gente famélica. Era ella, que solo llevaba un día de ayuno y ya le temblaban las costillas.

Se apartaron, llegaban más carros. Vio pasar al chico del pelo negro y dirigirse hacia un carruaje más alto que el resto y abrir la puerta.

Bajó de él un señor mayor vestido exactamente igual que el joven.

—Tiene que ser el *laird* —dijo Alba y Leonor ladeó la cabeza.

Tras él asomó la cabeza una joven, tenía el pelo recogido en una trenza, o más bien un enredo de pelo y tiras de tela donde podía apreciarse

que, aunque apretado, era tremendamente rizado y tan negro como el del joven y como seguramente aquel hombre mayor lo habría tenido antes de peinar canas.

La joven bajó del carruaje. No podían decir que era fea, tampoco hermosa. Pero aquel peinado, la diadema color plata, un vestido de una especie de terciopelo negro de manga larga y su capa voluminosa y a juego con la vestimenta del *laird*, del joven de pelo negro y del uniforme de los soldados hacían que su imagen fuese tan sobriamente hermosa que las cuatro quedaron inmóviles mirándola como imbéciles.

—Esta debe de ser como una *influencer* de la época, ¿no?

La joven pasó con andares elegantes mientras su capa volteaba con el aire de la noche.

—Pues sí que somos unas parias —rio Inés.

—Llevas razón, Alba —dijo Paula mirándola de reojo—. Mi idea no vale. —Cogió su capa llena de agujeros—. Así no se puede hacer competencia. Mira su capa, parece el manto de la virgen de la Estrella.

Llegaron más carros con comida y sirvientes, supuso que del *laird*. Un regalo a un pueblo que había sufrido. Comenzó a oírse música, alguien afinaba instrumentos.

—Y encima concierto en directo —rio Inés.

Alba miró el cielo. Ya era noche cerrada.

—Pues hemos sobrevivido el primer día.

—Y eso que sois unas gafes —dijo Paula pasando por delante de ellas—. Pero hemos llegado a un lugar seguro y tenemos comida gratis. —Miró tras de sí—. Y algo así como una juerga escocesa.

Leonor tiró de Alba.

—Coged algo de comida y no os mováis de aquí. —Volvió a tirar de Alba hasta que esta la siguió—. Necesitamos un arco que funcione, flechas y algunos cuchillos.

Alba alzó las cejas.

—¿Para quitarle el cuerno? —Había emblanquecido.

—¿Cómo va a ser para quitarle el cuerno? Para eso tengo otra idea.

—Le guiñó un ojo.

Tanarys

Blaine Black, el *laird* de los cuervos, les había hecho una invitación al castillo. Pero Tanarys había decidido que era mejor cenar junto a los asustados ciudadanos.

Podía ver, a pesar del sufrimiento vivido, la tranquilidad de sus rostros al mirarlo. No importaba que fuesen jóvenes hombres preparados para combatir, ancianos o niños, todos sentían la esperanza de que todo iba a ir bien cuando lo veían. Ni los saqueadores eran peligrosos ni los ingleses ninguna amenaza si él estaba cerca. Y aquella pobre gente necesitaba, en aquel momento, tenerlo cerca.

Su *laird* había tenido la bondad de alimentarlos, cobijar a los supervivientes, enviar a galenos del castillo a curar a los heridos y abastecerlos en todo lo necesario.

A Blaine Black lo acompañaba su hija Ceara. Había cambiado tanto como Evaleen Lockhart. Era curioso cómo el tiempo pasaba demasiado rápido en las niñas, cuando en los hombres era más lento. O quizás en el ansia de aumentar los soldados la madurez masculina se hacía demasiado lenta.

Lo cierto era que ellas un día eran niñas y la siguiente vez que las veía ya estaban convertidas en mujeres hermosas. Ceara era sobria, la

elegancia que caracterizaba a los cuervos y que siempre solían mantener cierto equilibrio en su vestimenta, fuesen señores, damas o soldados. El negro y el plata contrastaban con la oscuridad de sus cabellos, sus ojos o su clara piel. Ceara se parecía a su hermano Bruce, de rostro más redondeado. También vio el cambio en Rob, que más pequeño que Bruce comenzaba a dejar de estar bajo la sombra de su hermano mayor.

No podía negar que, aunque tenían algo oscuro en todos los sentidos, podrían ser la familia más elegante de toda Escocia. El clan Hunter se colocó tras Alastor. Otras de las razones por las que prefirió estar en el pueblo y no en un reducido salón era para no mezclar cuervos y halcones sin mucho límite de movimiento. Los pájaros, si se enjaulaban, solían acabar atacándose unos a otros. Y no quería tentar a la suerte. En casa de los Lockhart salió bien, pero en cualquier momento el tono podría tornarse peor.

—Mi señora. —Ceara inclinó la cabeza.

Sus hermanos eran más altos, sin embargo, Ceara apenas le llegaba al pecho. Una mujer menuda, de delgada cintura y supuso que también de cadera. Tan mala opción como el resto de mujeres del sur. De hecho, la única buena opción se reducía a las mujeres de su sangre por parte de madre. Los Úlster no solían ceder a sus mujeres, si eso fuese fácil ya habría ordenado a Alastor tomar alguna en matrimonio. Pero cabría la posibilidad

de que con él hiciesen una excepción, al fin y al cabo, era tan lobo como ellos. Y era su emblema el que lucía, y sus ropas, y no el de su padre aunque este fuese más numeroso.

La música sonaba. Una mujer acudió con una bandeja de comida. Siempre le sorprendía cómo aquella gente humilde, a pesar de tener poco que ofrecer, estaba dispuesta a compartir lo que tuviesen con él. El agradecimiento de tantos compensaba de más todos los quebraderos de cabeza que le daban aquellas tierras en las que ni el día ni la noche lograban ser tranquilas.

La música comenzó a sonar. Esa vez no podría desaparecer como solía hacer en otro tipo de reuniones.

Leonor

Alba observaba a un lado y a otro algo temerosa.

Las fiestas y la bebida habían inundado la calle de risas. Parecía sumamente fácil para aquella gente olvidar las desgracias. Supuso que las desgracias con el estómago lleno eran menos, aquel viejo dicho de las penas con pan.

Pero la bebida solía hacer estragos en la gente y estaba convencida de que eso era lo que Alba temía.

—Y ¿por qué no nos hemos quedado con el resto? —le preguntó su amiga.

—Porque son muy descaradas. —Vio emblanquecer el rostro de Alba al escucharla.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

Leonor miró a uno de los soldados, tenía la capa azul, un azul claro bastante bonito, con los cuadros grises. Todos los que llevaban aquel uniforme tenían un carcaj pequeño lleno de flechas ligeras de punta fina.

—Quiero uno de esos arcos. —Trató de no mirarlos al decirlo.

—Estás tan loca como Paula.

Leonor negó con la cabeza.

—Dentro de un rato no sabrán ni dónde están y nosotras sí lo sabremos. Me llevaré un arco y un carcaj repleto de flechas. Y tú cogerás lo que puedas.

Leonor se apartó para que un enorme hombre no cayera sobre ellas.

—Menudos salvajes. —Alba se mordió el labio.

Leonor aprovechó el movimiento para acercarse más a una pared donde había varios arcos apoyados.

—Te has venido al peor de los sitios, donde más borrachos hay.

—Exacto. —Era el lugar donde estaban los barriles de aquel líquido acuoso que bebían.

—Y estoy preocupada por estas dos —resopló—. A ver si no la están liando mucho.

—Si han probado lo que beben estos, seguro que sí. —Leonor no dejaba de observar la forma de los arcos. Eran altos, de color negro, robustos, similares a los de precisión que ella solía usar en los campeonatos.

Son perfectos.

No sabía cómo funcionarían con las flechas pequeñas y ligeras que veía en los carcaj.

—No esperaba encontrar mujeres hermosas en tierra de cuervos. —
Tuvo que girarse al oírlo.

Madre mía.

Uno de los soldados de capa azul se acercaba a ellas. Estaba ebrio, otro de sus compañeros dio unos pasos junto a él, pero tuvo que pararse a causa del mareo.

A alguno de estos dos capullos vamos a quitarle el arco.

—Leo, ni se te ocurra hacerles nada que están borrachos. A ver si nos van a dar un mal golpe —le susurró Alba.

—Borrachos no son tan peligrosos. —Dio otro paso hacia los arcos.

—Leo... —le reprendió.

Leonor pasó la mano por uno de ellos.

—Los mejores arcos de Escocia —dijo el primero que logró llegar hasta ellas—. Solo los halcones de las Lowlands sabemos meter flechas de verdad —rompió en carcajadas.

Leonor y Alba alzaron las cejas con aquellas palabras. No las esperaban. Alba dio un paso atrás.

—Esto demuestra que los hombres son fantasmas desde tiempos inmemoriales —susurró a Alba y apretó los labios.

—Tía, vámonos de aquí.

Leo se inclinó hacia ella.

—Yo no pienso irme sin un arco —dijo, convencida.

Se giró hacia los hombres y volvió a fijar la vista en los arcos. Apoyó un dedo en uno de los carcaj y movió con él las flechas.

—Los arcos son enormes —dijo, cogiendo uno. Al cogerlo se fijó en que el que estaba justo detrás era algo diferente, también oscuro, pero con un agarre más pequeño, con tan poca luz no podía verlo bien. Era diferente. No pensaba perderlo de vista.

—Por supuesto que son enormes, ¿es la primera vez que ves un arco de los Hunter? —dijo el otro soldado quitándoselo de las manos—. Qué sabrán las campesinas de arcos.

Leonor dio un paso hacia el hueco libre que había dejado el arco que tenía el soldado, no se fiaba de darle la espalda a aquellos dos borrachos que tan poco respeto demostraban por ninguna mujer, suponía que aquello sería lo normal por aquellas tierras. Y a ratos lograba olvidarse de que estaba en el siglo XIV.

Alargó la mano tras ella y tanteó el arco, un tacto más suave y pulido que el primero que había cogido.

El soldado dio un paso hacia Leonor, Alba se pegó a ella y tiró de su vestido para retirarla.

—Vámonos —le dijo.

Pero uno de ellos le puso una enorme mano a Alba en el hombro y la giró hacia él.

—No estaría mal probar una ramera de los cuervos antes de marcharnos —le dijo, riendo.

—¡Leo! —El grito de Alba activó su cuerpo de inmediato. Agarró una de las flechas y la colocó aún con el arco en el suelo.

Fue a levantarlo, pero alguien empujó al soldado borracho retirándolo de Alba de una manera tan brusca que el hombre se desplazó varios metros.

Leonor soltó el arco y dejó caer la flecha en el suelo enseguida. Esperaba que no la hubiese visto. Quedó inmóvil, tapando con su capa la flecha que había colocado para disparar a uno de los Hunter, con la misma capa que llevaba el hombre que había liberado a Alba de aquel indeseable.

—Disculpad. —Lo oyó decir.

Tenía el pelo ondulado, de tono castaño muy claro. Llevaba una fina barba, no muy basta ni espesa, del mismo color del pelo. Y sus ojos eran de un azul turquesa que hacía que el color de la capa pareciese gris.

Miraba a Alba con detenimiento. Leonor alzó las cejas.

—¿Estáis bien? Vuelvo a pedir os disculpas. A veces mis hombres no se comportan como debieran.

Los miró a ambos y estos, aunque borrachos, se enderezaron. Luego les hizo un gesto con la cabeza y los dos se apresuraron a marcharse, fue casi una huida.

Ostras, este manda y, por lo que se ve, manda mucho.

El joven le hizo un gesto rápido con la cabeza a Alba y se alejó por el mismo camino que los soldados. Supuso que iría a reprenderles.

Alba se giró y dio unos pasos hacia ella, que seguía sin separarse del arco.

—¿Estás bien? —Se inclinó para mirarle la cara a su amiga.

—No.

—Lo suponía. —Contuvo la sonrisa girándose de nuevo hacia el arco. No podía estar bien después de que un hombre tuviese esos modales con ella en aquel lugar inseguro, a pesar de no ser más que una paria. A eso tenía que sumarle que el joven era apuesto, no tan rudo y ancho como los otros que solía ver por allí. De aspecto más pulcro y elegante, justo del estilo de Alba. Y ni siquiera desprendía mal olor.

Alba no decía absolutamente nada. Leonor volvió a contener la sonrisa. Se guardó el carcaj bajo la capa. Pero el arco era tan grande que no tenía donde guardarlo.

Mierda.

Después de las atenciones que aquel hombre había tenido con Alba se sentía mal al robar. Era más fácil cuando tan solo eran borrachos. Pero, con suerte, aquella misma noche estarían de vuelta.

Alba no reaccionaba ni para reprenderle. Entre el susto y el gusto, ni siquiera se movía.

—Ahora sí, vámonos.

Alba levantó un dedo.

—Ni una palabra a estas dos.

Leonor rompió en carcajadas.

OceanofPDF.com

Tanarys

Alastor se había empeñado en no hospedarse en el castillo de los Black. Así que parte de los Hunter se alojaron en la única posada del pueblo. Pequeña, no demasiado limpia ni tampoco preparada para alojar a un gran grupo de personas.

Pero él, como señor y a pesar de preferir dormir a la intemperie, no tenía más remedio que aceptar la invitación de uno de sus *laird* más importantes.

Los soldados Hunter estaban hacinados en las pocas habitaciones que había libres, ya que el dueño de la posada había ofrecido habitaciones a los refugiados de las aldeas.

Alastor había desaparecido de repente, en plena reunión, supuso que su comentario sobre Ceara Black y una posible unión entre dos clanes eternamente distantes habría tenido algo que ver. Al menos tuvo la delicadeza de no decirlo delante de Blaine ni de su hija, que hubiesen sentido la reacción de Alastor como una ofensa. Y realmente lo era. Pero era la mejor opción que se le ocurría para acabar al fin con aquella tensión entre dos clanes del mismo bando.

Cabalgó con los suyos hacia el castillo y se alojó en una de las habitaciones del torreón donde, según Blaine, podría disfrutar de las mejores vistas del sur de Escocia. Y quizás no era solo la presunción de un hombre demasiado pagado de sí mismo. El castillo negro de los Black estaba construido sobre una colina, tan al filo de un barranco que parecía poder caer por él con cualquier fuerte viento.

Despidió a los Black y se detuvo a mirar a Ceara mientras subía las escaleras, tras su padre y hermanos, con aquella vaporosa capa negra que producía una sombra en la pared de la escalera. Si la miraba bien, podría parecer un auténtico cuervo. Cuanto más la miraba mejor idea le parecía unirla a los Hunter. Alastor no sería el único disgustado, tampoco creyó que para Blaine un Hunter fuese el indicado para su única hija. Sin embargo, muy al otro lado estaba Ceara. Alastor siempre tuvo éxito con las mujeres del sur, tanto o más como con las mujeres francas.

Pero estuvo más pendiente aquella noche del paradero de su arco que de la elegante joven. Esperaba que a aquellas horas hubiese podido encontrarlo, de otro modo y conociéndolo como lo conocía, no pegaría ojo en toda la noche. Sonrió al pensarlo. Era solo un arco, pero para los Hunter era como perder parte de su brazo. Un arco demasiado grande e incómodo para ir a caballo y manejarlo sobre él bajo su punto de vista. Pero era un

clan muy arraigado a aquella arma que poco a poco se iba quedando austera y primitiva.

El sonido del cerrojo de la habitación retumbó en el pasillo de las escaleras al cerrarse. Se quitó el broche con el que formaba los pliegues de la capa y el cinturón, y los puso sobre la única mesa de la habitación.

El cuerno chocó con la madera y bajó los ojos hacia él. Ninguno de sus hombres había perdido su cuerno, sin embargo, pudo oírlo la noche anterior con más claridad y cercanía que en el bosque la tarde de la trifulca con los ingleses. Mismo cuerno, pero lo tocaron desde distinto lugar. Quien quisiera que fuese seguía sus pasos. Lo cogió y se dirigió hacia la ventana.

Se asomó y miró a través de ella. De noche tan solo se podían ver las antorchas de los soldados en las lindes del pueblo. Todo lo demás permanecía oscuro. Esperaba que ningún huído hubiese quedado en el bosque entre alimañas y criminales que aún no habían podido prender, se tornaba terriblemente peligroso no permanecer en un poblado.

Se llevó el cuerno a los labios y cerró los ojos. Tocarlos sería poner a todo un castillo y pueblo en alerta y este ya estaba bastante asustado. Sin embargo, desde que aquel sonido débil le respondió, la simple curiosidad o quizás preocupación de la primera vez que lo oyó se tornó en algo más que lograba introducirse por su garganta y llegar hasta su pecho.

Aquel objeto se utilizaba para hablar en la distancia, hacer señales a sus aliados o pedir ayuda. Pero nunca lo había tocado sin ningún fin. Y en ese momento sentía la necesidad de volver a hacerlo. Quizás porque lo había sentido demasiado cerca y la curiosidad por saber si volvían a responderle lo empujaba.

Cogió aire y cerró los labios. Se detuvo un momento. Expulsó todo el aire por la nariz. Sería egoísta romper la paz y el descanso tan merecido de su gente.

OceanofPDF.com

Leonor

Bostezó por enésima vez. No quería dormirse, aunque Inés ya hasta roncaba.

—Estaban dando alojamiento gratis en una posada y estamos aquí en una pocilga y encima alejadas del pueblo. Mañana oleremos aún peor. Y este sitio da un mal rollo de la leche.

No le respondió a Paula. En cuanto cogieron el arco buscaron a sus amigas y salieron del pueblo. Unas pocilgas abandonadas y medio derruidas a las afueras eran suficiente como para resguardarse hasta la madrugada.

Paula se resistía a dormirse. Sus amigas podían descansar un rato, ella estaría en vela esperando el momento. Cruzó las piernas y miró el arco que estaba en el suelo junto a ella.

Lo había probado, sentía gran curiosidad por cómo se podría manejar un arco tan grande con flechas tan pequeñas, pero el resultado era una mayor rapidez y una precisión más que aceptable. Aunque lo que se buscaba con aquella descompensación era la rapidez y la conseguía con creces. La flecha salía como una bala y se clavaba en cualquier parte. Podía imaginar que en un cuerpo blando sería aún más efectiva. Estaba tenso, era

duro de abrir, pero llevaba demasiados años entrenando como para que uno de esos se le resistiera.

—Las historias de viajes en el tiempo son una puñetera estafa. — Oyó decir a Paula y tuvo que sonreír hasta dar una pequeña carcajada—. Las tías aparecen de la nada y las llevan a castillos, tienen sirvientas, los mejores vestidos y los señores más guapos y poderosos se enamoran de ellas —negó con la cabeza y la risa de Leonor aumentó. Hasta escuchó a Alba dar una carcajada—. Y nosotras somos unas parias durmiendo en una pocilga.

Se sobresaltaron con un crujido. Leonor encogió las piernas.

—¿Eso era una rata? —Paula se abrazó las piernas—. Ya solo nos falta coger la peste —suspiró.

Leonor giró la cabeza hacia Paula.

—Si se contara la verdad, nadie querría verlas o leerlas. —Se encogió de hombros.

Paula la señaló con el dedo.

—En cuanto regrese escribiré una y contaré la mierda que es viajar en el tiempo. —Volvió a apoyar la espalda en la pared—. Si regresamos, claro.

Leonor se inclinó para mirar a sus amigas, que dormitaban, y se puso en pie. Era un auténtico desconcierto no tener reloj. No sabía si ya

estaba suficiente entrada la madrugada, allí los horarios eran poco intuitivos. Acostumbrada al sur de España, donde la mayor parte del día había luz, que anoheciese tan temprano le distorsionaba toda posible deducción de la hora. Estaba segura de que no sería tan tarde como parecía, pero corría el riesgo de que le amaneciese y no quería arriesgarse.

Se levantó y se asomó a la puerta de la pocilga. Se alegró de que, aunque hubiese más habitáculos derruidos lindando con ella, a nadie se le hubiera ocurrido refugiarse. Quizás porque estaba algo alejado de la guardia de soldados que ahora vigilaba el pueblo. Justo lo que ella buscaba.

Desde allí y a pesar de la penumbra podía divisarse el alto castillo oscuro que parecía haber salido de un verdadero cuento de terror. Podría ser el castillo de un vampiro milenario, el de la propia Elizabeth Báthory, nada que le diese la más mínima confianza. Sobriedad al extremo unida a la frialdad que desprendía todo lo que se relacionaba con la Edad Media.

Hasta en los ojos estaba notando el cambio de época. No le extrañaba en absoluto que en el pasado la ceguera fuera un mal extendido. Le dolía la vista de tener que fijarla con tan poca luz. Solo había una pequeña antorcha que intentaban mantener con ramas a un lado de aquella construcción apestosa y sucia. Dio gracias de que tan solo un año atrás un láser le quitase la miopía, no quería ni imaginarse lo que tendría que significar ser miope en la Edad Media. Hizo una mueca al pensarlo.

Suspiró, mirando al castillo. Supuso que allí dormiría el señor de Lothian, aunque cuando se marchó él se encontraba en el pueblo. Apenas pudo verlo más que al principio. Entre el gentío que quería acercarse a él, los soldados, los Black y todo aquello que se formó a su alrededor, por muy enorme que fuese, había quedado reducido a un bulto entre la muchedumbre.

No creyó que las construcciones primitivas estuviesen muy insonorizadas. Si tocaba el cuerno con la suficiente fuerza desde el bosque, existía la posibilidad de que él la oyese. Lo tocaría hasta que se le acabase el aliento. Si ya le respondió una vez, podría volver a hacerlo y así abrir la puerta o lo que fuese que las llevaba de un lugar a otro.

Inés le dijo que otros soldados enormes con capa roja tenían cuernos similares. Pero tenía más sentido que en aquella realidad loca el que había abierto el portal fuese el dueño del cuerno que ella llevaba tras la espalda.

Era algo que no dejaba de meditar. No estaba segura de si era el mismo cuerno, exactamente el mismo, setecientos años más viejo. O bien eran dos distintos. La realidad era que los dos eran exactos y podían hacer crear un agujero en el que caer en el tiempo. Solo rezaba por que la caída esa vez fuese hacia delante y justo a la época de donde venían. El colmo sería que acabasen en otra época, anterior o posterior a la que estaban, pero no en la suya.

Se llevó la mano a la frente.

Esto no puede estar pasando.

Pero el malestar en todo su cuerpo era real. No era un sueño, los sueños eran vagos y apenas se podían decidir las acciones, eso sin contar con que en los sueños la comida no sabe a nada y el dolor no se siente. Ella podía moverse libremente a su antojo, beber aquel vino acuoso que sabía a rayos y le dolían los pies a morir.

Sacó el cuerno, apoyó la espalda en la pared y suspiró de nuevo. Soplarlo, un gesto simple y con unas consecuencias tan complejas.

Oyó un gemido y se asomó dentro. Inés estaba hecha un ovillo en el suelo y se encogía llevándose los brazos a la barriga. Ya sabía que beber agua de aquella época traería consecuencias. Consecuencias en forma de diarrea, cuyo olor no resaltaba en absoluto con la peste que había en la pocilga a pesar de que Inés lo había hecho afuera.

Dio unos pasos por la hierba, aquellas telas no abrigan ni de lejos como lo hacían los chaquetones de plumas. Si tuvieran que pasar una noche con aquellos ropajes a la intemperie y sin fuego otra vez, lo pasarían realmente mal.

Rodeó la pocilga y se acercó a un pequeño claro donde se podía ver mejor el castillo. Era realmente sorprendente cómo con la total oscuridad las estrellas en el cielo resaltaban tanto, constelaciones que nunca sería

capaz de apreciar en una ciudad moderna. En la completa oscuridad la luna y las estrellas conseguían iluminar y eso que en la luz de la luna podía apreciar algunas nubes. Una luna grande y redonda rodeada de nubes, una imagen que bien podía corresponder a una película de hombres lobo, pero el hombre lobo que ella necesitaba era algo distinto a un animal enloquecido.

Algo se removió en su pecho. Solo lo había visto un instante y aún su cuerpo podía revivir la sensación. Alzó la vista hacia el castillo, tras alguna de aquellas ventanas estaba el dueño del cuerno que podía llevarlas de vuelta.

Besaría su móvil, el suelo asfaltado, las farolas y cualquier vehículo de motor que encontrara en su camino. Su mundo, un mundo fácil donde vivir era sencillo. Donde no hacía falta tener la estatura del señor de Lothian, ni una espada ni un arco y donde con solo abrir un frigorífico tenían leche fresca y cualquier cosa que desearas comer.

Le daba pánico aquel mundo primitivo donde nada parecía ser fácil ni seguro. Hasta encontrarse donde ellas se encontraban podría ser una temeridad. Ya sabía que había jabalíes y lobos en el bosque, pero si con el tiempo esos animales no habían cambiado su comportamiento, los lobos no solían atacar a humanos por muchas historias que rondasen los pueblos antiguos. Lo de los jabalíes sí era algo peor. Estos embestían de una manera algo más imprevisible.

Se colocó en el borde de un pequeño precipicio por el que podía descender a pie hasta un bosque algo más frondoso. Era desde allí desde donde lo haría sonar. Con los frondosos árboles no podrían verlas. Pero eso no era todo, él tendría que poner la mitad.

Apretó el cuerno en su mano.

—Chicas —las llamó—. Creo que es suficiente. Ya no hay ruido.

—Inés no puede levantarse.

Mierda.

Los dolores de estómago de Inés eran considerables. Creyó que al soltarle la barriga estos se detendrían, pero al parecer aún había más que echar. Se asomó y vio a Paula y Alba levantarla. Inés dio unos pasos encorvada.

No creyó que el dolor tuviese mayor importancia. Si era frecuente al cambiar de agua en cualquier viaje, imaginaba que los efectos serían mayores cuando, además, el viaje se hacía en el tiempo.

Oyó el gemido de su amiga, que se detuvo un instante. El pueblo entero dormía, era el momento. Y no dudaría en despertarlos a todos a golpe de bocina si eso las llevaba de vuelta. Irían a una farmacia a comprar algo con lo que detener la diarrea de Inés. Podrían correr a ver a Neil y a su selecto grupo y decirles que podían meterse el cuerno por el culo, que

quizás allí no funcionaba tan bien. Y podrían ir al aeropuerto y coger el primer avión hacia España y llegar hasta Sevilla.

Se llevó una mano a la frente. Ya se habrían percatado de su ausencia, si sus familias se hubiesen enterado estarían viviendo un infierno. Entonces recordó a Edine, la niña del hermano perdido. Las pérdidas serían frecuentes en la época, no sería nada extraordinario perder a un ser querido y no volver a saber de él. Algo impensable en la sociedad de la que ella provenía.

Inés pudo ponerse derecha.

—Tengo la copa menstrual rebosando —decía Paula. Miró a Leonor—. Quiero irme a casa.

Como si ella supiese la manera certera. Pero no tendrían muchas más posibilidades. El señor de Lothian partiría y no sabía cómo podrían llegar hasta él de nuevo sin dinero ni caballos y sin tener ni idea de a dónde dirigirse.

Cogió el arco y el carcaj, se lo echó al hombro. Esperaba no encontrarse bichos en el camino y ni siquiera tener que utilizarlo. Esperaba no tener que lanzar ni una sola flecha más que los intentos contra un árbol que hizo horas antes.

—Vamos. —Se adelantó al resto.

Alba llevaba la antorcha, daba la luz justa, demasiado justa, esperaba que la humedad de la noche no la apagase del todo.

Anduvieron entre maleza, setos y árboles. A veces oía crujir ramas a sus pies. Era ciertamente incómodo no saber bien dónde ponía los pies, esperaba que no hubiese ningún agujero en el bosque. Las caídas cotidianas daban realmente terror si no había traumatólogos, radiólogos ni nadie especializado cerca.

—Aquí. —Se detuvo—. Estaban lo suficientemente cerca del castillo. Más cerca podrían confundirlas con malhechores o ingleses y disparar desde las torres del castillo.

Miró a sus amigas, estas se colocaban en círculo frente a ella. No hacía falta, cuando cayeron no estaban colocadas de ninguna manera determinada.

Leonor cogió aire, estaba nerviosa, notaba la ligereza en las piernas. Se llevó el cuerno a los labios. Le cosquilleaban hasta las muñecas que lo sujetaban.

—Tranquila. —Paula notaba su tembleque—. Va a ir todo bien.

Alzó los ojos hacia el castillo. Cogió aire con fuerza antes de pegar sus labios a la punta del cuerno.

Tanarys

Abrió los ojos sobresaltado, como si le hubiesen tocado en el hombro. Se incorporó en la cama con tanta rapidez que notó un leve mareo.

Recorrió la habitación con la mirada, estaba completamente solo. Sin embargo, había notado un roce en su hombro, como si alguien estuviese cerca de él. La llama de la chimenea aún perduraba. Se levantó de la cama y abrió la ventana. Aún era de noche, reinaba el silencio en el valle de los Black. El pueblo y el castillo dormían. Ni siquiera se escuchaba el murmullo de los soldados que hacían las guardias en las murallas.

El sobresalto le había acelerado el pecho, una especie de ardor similar al que solía tener antes de las batallas, sobre todo de las primeras. Todo estaba en el más absoluto silencio.

Giró la cabeza para mirar la mesa, sobre ella estaban su espada, la capa, el broche y el cinturón con el cuerno.

El cuerno.

Quizás había sido eso. En sueños, una especie de duermevela que lo hacía oír o sentir cosas que no existían. Si se hubiese escuchado el cuerno, todo el valle se estaría levantando. Y allí nadie se había movido, el pueblo y el castillo seguían durmiendo.

Desconocía la hora que era, pero, aun jadeando, lo último que deseaba era regresar a la cama.

Cogió sus cosas y salió a despertar a los suyos.

OceanofPDF.com

Leonor

Espiró dos veces antes de soplar. Sabía que tendría que ser como la otra vez, soplar una vez y otra hasta vaciar sus pulmones. Y entonces llegaría el suave mareo y la sensación de caer sin parar.

Se oyó un sonido. Ramas. Un zorro, un jabalí... Todas se sobresaltaron y Paula dio un grito.

—¡Corred! —gritó Alba.

La vio lanzar la antorcha antes de salir corriendo.

—Son mujeres. —La voz de un hombre—. Avisarán al resto.
¡Cogedlas!

Ya se nos ha formado gorda.

—Corred —volvió a gritar Alba, pero Inés con aquellos retortijones de barriga no avanzaba muy rápido.

La agarró del brazo y tiró de ella por si su inercia podía aumentarle la velocidad.

—Por aquí. —Oía a su espalda.

Nos van a coger.

Alba y Paula se separaron de ellas dos. El suelo comenzaba a descender y era más fácil correr cuesta abajo, aunque para lo que las perseguía también.

—¡Leo! —gritó Paula.

Leo empujó a Inés, pero esta tropezó y cayó al suelo.

—¡Joder! —Intentó levantarla.

—Leo, corre —le susurró su amiga—. Pide ayuda. Corre.

—No pienso dejarte. —La ayudó a ponerse en pie y echaron a correr de nuevo.

Las alcanzarían. Oyó el grito de Paula y todo el vello se le erizó. Sentía los latidos del corazón hasta en la garganta.

Las han cogido.

Alargó la mano hacia Inés y la empujó hacia unos setos con fuerza. Oyó varios crujidos, su amiga caería rodando por el otro lado.

Al menos que no nos cojan a todas.

Oyó gritar de nuevo a Paula. Y a este le siguió el grito de Alba. Los ojos le brillaron.

Esto no puede estar pasando.

Sabía que era una posibilidad. Pero se había materializado demasiado pronto. Quienes fueran aquellos indeseables no tramaban nada bueno.

Se llevó el cuerno a la boca, aspiró con fuerza hasta que sintió un pellizco en las costillas.

Acude a la llamada.

Espiró y lo hizo con tanta desesperación que el sonido salió con fuerza, recorriendo todo el valle.

Aunque en un principio vio más hombres, solo dos habían logrado llegar hasta ella. Se detuvieron con el sonido, moviéndose despacio, inspeccionando su alrededor. Pudo apreciar la incertidumbre en sus ojos.

Se inclinó tras los setos, se metió el cuerno en el *legging* y cargó el arco.

Reconocen el sonido del cuerno.

Y eso les causó temor. Intentó no hacer ruido al girarse aún en cuclillas. Más hombres llegaron hasta ellos. Estaban tan solo a unos metros del seto.

—Hay Úlster haciendo guardia. —Oyó decir a uno.

—Todos los Úlster se fueron al castillo.

Apoyó una rodilla en el suelo. Todo su cuerpo temblaba.

—¿Cuántas eran? Han cogido a dos. —Alba y Paula.

Esto es una pesadilla.

Sus peores temores desde que pusieron un pie en el mundo antiguo. Hombres y Paula y Alba. Podrían hacer cualquier cosa con ellas.

Desplazó la flecha por el arco.

Es mi culpa, yo cargaré con las consecuencias.

El brillo de sus ojos aumentó. Ella no era ninguna heroína. No podría salvarlas, acabarían todas muertas.

Si entraba en pánico no tendrían oportunidad, acabarían todas muertas.

Pero cómo no voy a entrar en pánico.

Había dos razones para hacerlo, aunque fuese con miedo; Paula y Alba. Por ellas.

Tomó aire despacio, no podía hacer el más mínimo ruido.

Si no se quitaba la humedad de los ojos no podría apuntar. Se restregó la cara en el hombro, apretando los ojos, en una forma de exprimir las cuencas para que rebosaran y limpiar la visión lo mejor posible.

Recordaba el temple que solía tener en las competiciones. No tembló ni en las Olimpiadas, el mal de todo arquero eran los nervios. Pero aquello era bien distinto. Dependía de ello su vida y las de las demás.

Se agazapó, buscando hueco entre las hojas. Soltó la cuerda y la flecha aún más rápido de lo que esperaba. Se clavó en el talón y por la velocidad que llevaba lo había hecho con fuerza. Lo oyó gritar.

—Los Hunter.

Eso es.

Era la primera vez que disparaba contra un ser vivo. No podía detenerse a meditarlo. Cargó el arco de nuevo. Otra flecha, otro grito.

Los hombres se dispersaron escondiéndose entre los árboles.

—Esos malditos ven hasta en la oscuridad.

—¡Vienen! —Y era cierto, podía oírse el jaleo que formaban los caballos, el crujir de las espadas al roce. Los ojos volvieron a brillarle.

Seguía inmóvil, aún no estaban lo suficientemente cerca. Si la encontraban la matarían sin piedad y muerta no podría hacer nada por sus amigas. Esperaba que Inés estuviese bien.

—¿Dónde está el resto?

—Más abajo.

—Hay que reunirse con ellos.

—Estarán huyendo.

Oyó el grito de Alba.

Mierda.

Algunos más llegaron. Oyó la tos de Paula, eso de que ellas podrían hacerlos enfermar pareció ser la única defensa que se le había ocurrido, quizás no contaba con que la enfermedad podría tardar días en desarrollarse.

—Vámonos.

—¿Y estas dos?

Se oyó el chirrido de una espada al salir de su funda.

Leonor se llevó la mano a la espalda con rapidez. Aspiró y sopló. Ya no le importaba que la oyesen. Oyó el grito de Alba y Paula a la vez. Estaban demasiado cerca, les estaba revelando su escondite, pero no tenía otra opción. Tuvo que cortarlo a mitad del sonido. Una espada abrió paso en los setos, que revolotearon rotos a su alrededor.

Leonor tuvo que tumbarse de espaldas para esquivarla. Gritó. Poner las manos para que no la atravesara con ella era para nada, pero los reflejos humanos eran irracionales y tremendamente rápidos. Cerró los ojos. Otro reflejo inútil, con los ojos cerrados era más difícil defenderse.

Oyó un crujir metálico demasiado cerca de su oído, luego un chirrido que le puso la piel de gallina y hasta le dio calambre en la dentadura. Sintió el aire de la velocidad de algo que pasaba cerca de su piel. Otro chirrido.

Madre mía, que tengo las espadas en la cara.

Pero los sonidos se alejaron de su oído. Abrió los ojos. Su cuerpo había quedado inmóvil, completamente petrificado, ni siquiera era capaz de respirar. Aún no estaba segura de si la habían herido en el cuello, no sentía dolor. Solo la ligereza de cuando el pánico se disipa y se aleja mientras la tranquilidad la invadía haciéndola sentir que a pesar de los peligros que la rodeaban, todo acabaría bien.

Sus ojos se dirigieron enseguida hacia los cruces de espada y a aquel sonido desagradable que hacían al resbalar una sobre la otra. Pero hasta en la penumbra pudo ver el broche dorado con forma de cabeza de lobo. El lobo había ido a salvar al cordero.

Espiró aire, sus pulmones volvían a funcionar. Se incorporó, apoyándose con los codos. Los soldados a caballo comenzaron a rodear a los que no les había dado tiempo a huir.

Buscó con la mirada a sus amigas, estaban junto a un árbol. Alba abrazaba a Paula, que había entrado en pánico, mordía el hombro de Alba con los ojos cerrados.

Todo va a acabar bien.

Y desde que puso un pie en aquellas tierras no había tenido una sensación ni siquiera similar a la que estaba sintiendo, algo ilógico cuando todo era lucha a su alrededor. Oscuridad, peligros y un mal fin. Era lo único que se le pasaba por la cabeza desde que cayese al agujero. Pero ahora todo aquello desapareció, como también desapareció su temblor, sus miedos y esas dudas sobre ella misma de que no sería capaz de proteger a sus amigas.

Se incorporó y clavó una rodilla en el suelo mientras el tintineo de las espadas se hacía intenso a su alrededor. Soldados de capas rojas, otros negros de guantes plata y algunas capas azules. Todo aquello lo había

conseguido con una llamada. No tenía dudas de que aquel cuerno tenía también su parte buena de magia. De otro modo, estarían muertas.

Alzó los ojos hacia el señor de Lothian. No sabía de dónde habían salido tantos hombres para combatirlo, no vio tantos cuando ella estaba escondida, o quizás ellos también estaban escondidos. Pero todos parecían saber bien quién era y se empeñaban en ir a por él en manada.

Cargó el arco y se puso en pie. Escuchaba el sonido de las flechas veloces, pero ninguna se atrevía a acercarse al lobo de las Highlands y, por ende, a ninguno de los que luchaban contra él. En mitad de la noche ninguna flecha podría ser certera a media distancia.

Pero yo no estoy a media distancia.

Cargó el arco y lo alzó. Aguantó la respiración. Sangre, gemidos, espadas que atravesaban piel y carne. La brutalidad de la sociedad primitiva delante de sus ojos, y habían ido a parar justo en medio de aquel desastre.

Sobrevivir.

Para protegerlas, para llevarlas de vuelta. Y nadie iba a matar al único ser que las podría hacer regresar mientras ella estuviese delante.

Soltó la flecha y esta se clavó en el hombro de uno de los hombres que atacaban a James Tanarys en décimas de segundo. Solo esperaba no equivocarse de bando. No conocía bien a los clanes, se veía mal, y las ropas

grisáceas de los atacantes podrían confundirla. Cargó de nuevo. Le encantaba cómo sonaba la flecha cuando salía disparada del arco.

Solo le quedaban cuatro, con la carrera de antes habría perdido la mitad.

Otro silbido, esa vez acertó en una corva de rodilla, justo un punto de equilibrio del ser humano. Notaba su pecho crecer con cada flecha y, aunque no tenía valor para apuntar a un cuello, podía facilitarle la lucha al señor de Lothian.

Y el sonido de las espadas fue apagándose poco a poco a su alrededor hasta terminar. Leonor jadeaba, aún sujetando su arco con una flecha colocada para disparar. Estaba sumida en un estado que no conocía, de total exaltación, pero a su vez con un temple y determinación que nunca había experimentado con tal intensidad.

Soltó la última flecha, sentía las pupilas dilatadas, aquella molestia de fijar la vista tanto que llegaba a marear. Casi no podía ver nada que estuviese cerca, sin embargo, lo pudo ver claro en la distancia. Todos parecían estar inmóviles a su alrededor, como si el tiempo, el que tanto parecía jugar con ella últimamente, se hubiese detenido un instante.

La flecha pasó casi rozando el pecho del señor de Lothian, pero lo rebasó sin desviarse un ápice y se metió entre los árboles. En larga distancia

la velocidad era aún mayor y también el poder de aquella fina punta. Se oyó un grito. Le habría atravesado el brazo al completo.

Y cayó al suelo el arco y la flecha que apuntaba al cuello de Tanarys de Lothian.

—Leo. —La voz de Inés se oyó como un susurro, contrariada, sorprendida. Quizás en ese momento, al fin, era todo lo que sus amigas siempre vieron en ella, pero setecientos años atrás.

No podía fijar la vista en ninguna parte sin que le llorasen los ojos. El esfuerzo de disparar con aquella luz había superado los límites de su pupila.

Bajó levemente los ojos, sabía que él la estaba mirando, aún inmóvil. Sus hombres recogían al arquero que gritaba de dolor.

Y Tanarys dio unos pasos hacia ella. Leonor seguía sin alzar la mirada, desconocía el protocolo que debía tener con un señor, un señor al que apenas llegaba al pecho. Después de liberar la tensión, la adrenalina y hasta aquella repentina seguridad su cuerpo había perdido la gravedad por completo. Era como volver a caer por el agujero, solo que esa vez nada daba vueltas a su alrededor.

—¡Alastor! —Hasta con la mirada baja podía ver el cinturón, el cuerno gemelo del que ahora yacía en el suelo. La tela roja de cuadros. La espada que ella misma inspeccionó. Subió los párpados levemente.

Y el broche del lobo.

No era que fueran parecidos ni exactos a los objetos que casi le rompieron la espalda. Es que eran los mismos.

Nunca pensó que lo más inimaginable podía causar aquella ligereza en el cuerpo. Que las corrientes en las entrañas podían introducirla en un limbo entre el placer y el leve mareo, cosquilleo interminable entre las costillas, y algo en la garganta que la hacía incapaz de hablar.

Y el ser al que llamaba se acercó a Tanarys.

—Creo que ha aparecido tu arco. —Su voz era grave, segura, dominante, poderosa, tremendamente tranquilizadora.

Ahora sí que no se atrevía a moverse. No sabía qué castigo podría tener una ladrona que estaba en el último escalafón de la sociedad.

Subió la mirada un instante, pero el señor de Lothian miraba sus pies, justo al derecho que estaba pegado al cuerno. Enseguida la miró a ella de nuevo.

Ladrona de arcos y ahora ladrona de cuernos. De mal en peor.

—Robar armas a soldados escoceses.

No fue un robo, fue un hurto. Pero ponte tú a explicarle a este la diferencia. Además, acojona de narices. No pienso abrir la boca.

Apretó labios y dientes. Era mejor que no dijera una palabra.

—Tu nombre.

—Leonor. —Pero con aquella voz y su forma de hablar tuvo que abrirla sin remedio y de inmediato, apresurándose a responder con demasiada rapidez.

—Devuelve el arco al *laird* de los Hunter.

Hostias. Que es el arco del guapote amable de esta noche. Y encima es un laird. Me van a dar palos hasta que amanezca.

Bajó los ojos enseguida. Estuvo a punto de pedir disculpas, pero luego recordó el buen uso que le dio a lo robado. Y si no midiese dos metros, tuviese una espada enorme y aquella voz, seguramente se lo hubiese recordado al señor de Lothian.

Cogió aire y lo echó en un leve suspiro. Sus amigas seguían abrazadas junto al árbol. Inés estaba más cerca suya, tenía una mano en la boca, casi mordiéndose el puño. Tenía hasta más miedo que ella misma.

—Llévalas al pueblo —ordenó él y Alastor alargó una mano hacia ella—. Salvo a Leonor.

Alastor se retiró de inmediato.

Me va a clavar la cabeza en una pica y la va a poner en la entrada del pueblo.

Vio el rostro de pánico de Alba al oírlo. El resto de soldados se llevaban a los hombres que lograron atrapar con vida, supuso que los bultos que había en el suelo eran los que no habían sobrevivido.

Todas se resistían a dejarla allí, Paula lloraba. Ella las miró una por una intentando aparentar la mayor tranquilidad que pudo, que tampoco fue mucha. Luego les hizo un gesto con la cabeza para que se marcharan con los soldados.

Giró la cabeza para verlos marchar. Inés miró atrás varias veces, Alba tuvo que empujarla para que siguiera el camino. Quizás confiaban en ella, en que podría salir de aquella. Pero salir de aquella frente a tremendo coloso era bien difícil. Casi que lo prefería de piedra, sin color y sin poder hablar y moverse.

El silencio era incómodo. James Tanarys no hablaba, esperó a que los soldados se alejasen lo suficiente. Luego miró a Leonor.

—Tú lo hiciste sonar. —Y su voz grave no preguntaba.

Mirarlo a la cara era incómodo y tampoco sabía si resultaba una ofensa. Así que se limitó a mirar a sus pies. Entendió que la sumisión estaba casi completamente erradicada en su tiempo, tanto que ni siquiera sabía cómo funcionaba.

—Recógelo del suelo. —Y su voz era como un mecanismo directo a su cuerpo. Se activó de inmediato, apresurándose a recoger el cuerno del suelo.

Y bien mandón que es. Pero cualquiera no le hace caso. Su mano creo que es hasta más grande que mi cara. De una no me levanto en siete

siglos.

Él abrió la mano, una mano enorme y ancha, supuso que parte del tamaño sería el desarrollo al empuñar una espada pesada varias horas al día. Y despejó todas sus dudas, claro que era del tamaño de su cara. Puso el cuerno sobre su palma, donde no parecía tan grande como cuando ella lo cogía.

En la penumbra no podía verse con claridad, aunque quizás él estuviera más acostumbrado a estar a oscuras al no conocer la luz artificial. Giró el cuerno despacio y pasó el dedo pulgar por las inscripciones.

—¿Sabes gaélico?

—No, mi señor.

Se dice mi señor, ¿no? No tengo ni idea, si ya no sé ni dónde estoy.

Literalmente.

—Aquí dice que cuando escuches la llamada, acudirás a la llamada.

Y que cuando hagas la llamada, alguien acudirá a ti.

El que escribió eso lo ha clavao.

—No eres de por aquí, Leonor. ¿De dónde vienes?

—Hispania, ss...

Ya dudaba si debía decir «señor» tras cada frase. Tampoco quería parecer imbécil.

—Y ¿qué hace una hispana con un cuerno de los Úlster de las Highlands?

—Lo encontré.

—¿En tierras bajas? —Y su forma de preguntar la hizo alzar las cejas. Por alguna razón no la creía—. Los únicos cuernos Úlster de tierras bajas son los de mis hombres. Y no son exactamente como este. Este es como el mío.

Eso lo sé yo, que es como el tuyo. También es surrealista para mí, no te frustres. La diferencia es que aquí todo lo que no entendéis lo condenáis como brujería. Y entonces cambiaremos la pica por una hoguera. Prefiero la pica.

—No lo robé —se apresuró a replicar—. Lo encontré.

Realmente sí lo robé. Se lo quitamos a esos doctores estirados, pero no viene a cuento.

—¿Como el arco de Alastor Hunter?

—No. —Había respondido demasiado rápido para escurrir el bulto del cuerno.

Joder.

—Quiero decir...

—Admites que lo robaste.

Suspiró.

—Sí, señor.

Y menos mal que hay poca luz porque con esos ojos, como siga preguntando, me saca hasta la ficha dental.

—Robar el arma de un soldado de Escocia conlleva un castigo.

Lo estaba viendo venir.

—Sin embargo, has hecho buen uso de ella y luego la has devuelto.

El arma de un soldado escocés está al servicio de Escocia y durante el tiempo que ha estado lejos de su dueño ha seguido cumpliendo su cometido.

Él volvió a mirar el cuerno mientras volvía a pasar el dedo por la inscripción.

—¿Quién te enseñó a manejar el arco?

—Mi padre. —Qué bien sentaba responder la absoluta verdad. Sin inventar, sin tener que transformar la realidad para no levantar sospechas. Lejos del surrealismo en el que estaba sumida podía hablarle a alguien de otra época, de una persona importante para ella que ya no se encontraba ni en este mundo ni en el otro del que procedía. Tragó saliva, pequeñas agujas rozaron su garganta.

—¿Era arquero?

—Y de los buenos. —Contuvo la sonrisa levemente al decirlo. Por un momento, el limbo en el que se mantenía tomaba realidad. Alzó los ojos

y vio que Tanarys la miraba, la sonrisa desapareció, su cuerpo volvía a tensarse—. Era muy hábil, mi señor.

Él guardó silencio un instante, le notó cierta curiosidad en sus labios y en aquel gesto que no pudo disimular del todo y que hizo desaparecer de inmediato ante la mirada del lobo. Bajó la cabeza. Era más sencillo cuando no lo miraba.

—¿Vive? —Lo oyó decir. No pudo responder, era como tener avispas apretadas en su garganta que daban picotazos sin cesar. Negó con la cabeza.

—Debió ser buen arquero si consiguió que una mujer tuviera buena destreza con un arco.

Leonor levantó la cabeza en un acto reflejo.

Qué pretende decir el tío prenda este.

Sin embargo, dio un paso atrás para apartarse de él, debía controlar sus impulsos, estaba en el siglo XIV. Apretó los labios para no moverlos un ápice en ninguna réplica.

Tanarys alzó levemente las cejas esperando a lo que fuera que ella iba a decirle. Le había notado la decisión instintiva y luego el arrepentimiento.

Si sigo hablando con este voy a acabar colgada de un árbol. Joder, es tremendamente difícil.

Leonor alzó los ojos ante el silencio de Tanarys. Aun en la penumbra de la leve luz de las estrellas podía vislumbrar la forma angulosa de la mandíbula de James Tanarys, siguió con los ojos bordeando aquella forma hasta su barbilla. Ya dudaba que los labios del señor de Lothian fuesen de otra época o de otro mundo.

Mejor ni le miro los ojos.

Setecientos años después, ante un hombre así ella hubiese podido acercarse, pegar su cuerpo al de él, rodearle el cuello con los brazos y alzarse de puntillas para besarlo, sin dar muchas más explicaciones, sin tener más motivo que el de recibir un par de calambres en sus partes al mirarlo y querer que esos calambres cesaran. El proceso para hacer desaparecer esos calambres era sencillo en un siglo XXI, pero tremendamente comprometido en una sociedad como aquella, a no ser que fuese una fulana.

Tanarys le tendió el cuerno.

—Que sea igual al mío no significa que me pertenezca —dijo y Leonor sintió cómo se activaba una turbina en medio de sus pulmones.

Temía que se lo quitase y entonces perdería uno de los picaportes de la puerta de escape. La turbina fue tomando un movimiento inconstante, como por oleadas. Acercó la mano al cuerno y lo cogió, sus dedos rozaron levemente con la mano del señor de Lothian. Las oleadas comenzaban a

gustarle a su cuerpo. Y a ella recibir las consecuencias. Volvió a mirar a Tanarys, esa vez contempló su rostro al completo. Se hicieron intensas.

—Esta noche posiblemente me hayas salvado la vida. ¿Hay algo que el señor de Lothian pueda hacer por vosotras?

Joder, si puedes hacer.

—Ayudarnos a regresar a casa. —Y sonó tan rotundo que hasta lo vio sorprenderse.

—¿A Hispania? —Leonor negó sacudiendo la cabeza. Tendría que controlar sus respuestas impulsivas.

—Solo a llegar hasta el puerto. —La respuesta más acertada que se le ocurrió.

—¿Berwick?

—Berwick.

Y pudo notar cómo el perfil de su rostro se movía levemente perdiendo la forma por un momento, quizás en un pequeño movimiento de mandíbula.

—Al este de Lothian. —Lo oyó decir.

Asintió con la cabeza. No sabía cómo habían ido a parar al sur cuando ellas estaban cerca del río Forth.

—Os llevaría algo más de tiempo. Nuestro camino no es directo hacia Berwick. Eso sin contar lo que conlleva viajar con soldados.

Como sea, yo lo que quiero es que tú y yo toquemos La Traviata a golpe de bocina hasta que se abra otra vez lo que nos trajo aquí.

—Estamos acostumbradas a los viajes. No seremos una carga.

Él asintió con la cabeza. Luego levantó la barbilla, haciéndole un gesto para que se marchase.

Leonor se contrarió. Estaban alejados del pueblo y completamente a oscuras.

¿Pretende que me vaya sola?

Alzó las cejas, mirándolo.

Sí, es lo que pretende.

En parte lo entendía. Él era el señor de Lothian, no un guardia. El resto se había marchado, así que solo quedaban ellos dos.

Y yo una paria. Si me muero por el camino tampoco pasa nada.

Se giró, dándole la espalda para marcharse.

Pero no tengo antorcha, ni arco. Joder.

Apretó los puños dando unos pasos y alejándose de él. Oyó unas ramas crujir atrás y se detuvo para mirarlo. Él había dado unos pasos hacia el otro lado.

Joder, que de verdad piensa dejarme sola.

Ya no creyó que con tanto revuelo hubiese nadie más por allí, aunque existía la posibilidad de que alguno estuviese aún escondido. A eso

se le sumaban los peligros naturales de un bosque, serpientes y otros animales que pudiesen atacarla. Y luego estaba la inestabilidad del terreno. Y ya para rematar, la nula orientación de una persona que acostumbraba a moverse con Google Maps.

Dio unos pasos dudosos hacia delante y volvió a girarse. Miró si él ya se había ido. Lo encontró a unos metros de ella, la observaba.

Yo no sé si me está vacilando.

Pero él estaba serio, a través de su rostro no podía deducir absolutamente nada. Apartó la mirada de Tanarys e hizo una mueca cuando lo tuvo a la espalda. No podía esperar modales caballerosos de un ser primitivo. Cogió aire y se dispuso a emprender el camino hacia el pueblo.

—Si tienes problemas —lo oyó decir—, ya sabes cómo llamarme.

Se giró al oírlo. Pero Tanarys ya no estaba.

Claro que me está vacilando.

Apretó los puños con más fuerza.

Setecientos años después, te cagarías.

Dio unos pasos, decidida.

Me vacilarías por los cojones.

Su pie resbaló con algo de barro, pero logró mantener el equilibrio.

No pienso tocar el cuerno, ya me puede perseguir un dragón. No pienso llamarte.

No importaba la época, los hombres debían de ser imbéciles desde el principio de los tiempos.

No se les puede llamar ni con un puto cuerno. Se crecen.

Sintió una leve brisa fría y sacudió todo su cuerpo. Se rio con sus propios pensamientos.

La imbecil soy yo. No puedo juzgarlo desde el siglo XXI.

Su sonrisa aumentó. Era un señor feudal, no un chulo de discoteca. Negó con la cabeza. Un señor al que todos los vasallos le debían obediencia, acostumbrado a la sumisión y al agradecimiento. Un semidios.

Alzó su mano y bajó la cabeza para mirar el cuerno.

Pero tengo su número de teléfono.

Y tuvo que encogerse con aquella risa que conseguía remover su estómago. Se apoyó en un árbol y cogió aire. Apretó el cuerno y miró tras de sí. Todo era oscuridad a su alrededor.

La noche, un bosque y un lobo.

Sonrió.

La próxima capa también me la buscaré roja.

Tanarys

Esperaba que Alastor hubiese podido averiguar quiénes eran aquellos energúmenos y sus intenciones. Aunque por la cercanía al pueblo y al castillo podía deducirlo.

No creyó que con un número tan reducido pensasen atacar el castillo. Y tampoco su organización tendría que ser muy compleja si pretendían causar daños en un pueblo en el que se albergaban numerosos soldados. Quizás no lo sabían o tal vez sí y por eso mismo prepararon el ataque.

Aquella mujer llamada Leonor y sus acompañantes truncaron sus planes. Quizás ella no era consciente, pero su hazaña fue mucho más que unas flechas acertadas, que no mortales, para facilitarles la lucha. Si hubiesen llegado hasta el pueblo, aún estarían en la lucha con los ciudadanos huyendo a los bosques, casas ardiendo y más pérdidas.

Luego estaba lo del cuerno que, aunque junto a sus otras preocupaciones, no debería tener importancia, sí la tenía para él. No sabía cómo había podido ir a parar un cuerno hermano del suyo a las manos de una hispana que seguramente venía de tierras inglesas.

Siempre supo, cada vez que lo escuchó, que su sonido no era como el del resto de soldados Úlster. Y luego estaba la inscripción. Quien quisiera que tallara el suyo, también talló el que ahora poseía Leonor.

Entornó los ojos para afinar la vista y se detuvo. Leonor se había parado junto a uno de los árboles. Se escondió por si a la joven le daba por darse la vuelta.

Extranjeras y en medio de ataques repentinos que aún no sabían bien de dónde procedían. Hubiese sospechado de ellas de inmediato, máxime cuando una de ellas sabía manejar un arma. Solían decir que las mujeres podían ser más útiles como espías que los hombres.

Pero ningún espía, hombre o mujer, hubiese podido hacerse con aquel cuerno. Leonor decía que lo había encontrado. Mentía o quizás no decía del todo la verdad. No se podía encontrar algo que no debería existir. Puesto que, como le dijo su abuelo, el *laird* de los Úlster, solo había uno y él lo llevaba colgado del cinto.

Fue ella todo el tiempo la que le respondía la otra noche. Fue ella la que oyó la tarde camino del castillo Lockhart. Y eso no tenía sentido si era verdad que se dirigían al puerto de Berwick porque se encontraban aún más lejos.

Recordó la frase que su madre solía decirle sobre la llamada. Negó con la cabeza. Leonor era una mujer y no muy alta, él mismo había tenido

que acudir a ayudarla, si no estaría muerta. Aunque también tenía que reconocer que, de no ser por ella, él estaría postrado en una cama mientras un galeno le sacaba una flecha del cuello. La joven seguía sin avanzar, agarrada al árbol.

Era una de las cosas que le llamó la atención de Leonor y su destreza con el arco Hunter. No disparaba con la decisión de un arquero. Al principio, podría pensar que era por inexperiencia o por torpeza. Pero vio la fuerza y firmeza en las flechas que pasaban por su lado sin ni siquiera rozarlo un ápice. No conocía a nadie que lanzara una flecha sin más ambición que la de herir aun cuando está siendo atacado. Disparaba lejos de todo lo que pudiese causar un mal mayor. El arquero que la entrenó no pareció hacerlo con la intención de enseñarle a defenderse. Y eso era tremendamente curioso.

Curiosidad solo era parte de lo que le provocaba aquella mujer misteriosa, aun antes de conocerla, desde la primera vez que oyó su llamada.

Ella había hecho una petición y él no había podido encontrar mejor excusa. Nunca toleró que nadie que no fuesen soldados marcharan con ellos. Los ciudadanos, y aún más si eran mujeres, solían ser una tremenda carga en los viajes. Como solía decir su padre, los peligros en los caminos y los bosques siempre eran más peligrosos con mujeres cerca.

Y tener a cuatro jóvenes entre soldados supuso que tampoco sería algo fácil, cuando aún les quedaba llegar hasta la tierra de los MacLeod antes de dar la vuelta camino a Berwick.

Leonor emprendió de nuevo el camino, no parecía tener prisa. Esperaba que saliera corriendo aterrada hasta el pueblo. Sin embargo, ella parecía estar dando un paseo, como solía hacer él por las noches. Fue consciente de que aquella mujer desconocía por completo lo que eso significaba o bien apreciaba poco su vida.

No tenía razones, al menos no unas que pudiera decir en voz alta y no parecer loco. Pero sabía que debía tener a la dueña del sonido cerca.

Leonor

En el pueblo uno de los soldados le dijo dónde estaban sus amigas. Cuando Leonor llegó al granero encontró a las tres encogidas en un rincón. Sonrió al verlas. Estaban tan sucias y despeinadas que cada vez se confundían más con la plebe de aquel lugar.

Se pusieron en pie en cuanto la vieron y corrieron a abrazarla. Paula le cogió la cara para comprobar que todo estaba en su lugar.

—No he perdido la cabeza, que ya es algo —respondió a su gesto riendo.

—Casi me muero. —Inés le dio en el brazo—. Pensaba que te mataría esa gentuza.

Alba se inclinó para cogerle la mano en la que llevaba el cuerno.

—Línea directa con dios —resopló—. Estábamos más que jodidas. Se sacudió.

—Pensaba que era el fin, poco más de un día vivas era lo que íbamos a durar.

Leonor sonrió.

—Pues aquí seguimos. —Le dio en el hombro a Alba.

Paula le cogió la cara de nuevo.

—Tía, eres una puta crac. —Pegó su frente a la de ella—. Bendito el día que te pasaron a mi clase. Mira que antes de eso no me caías ni bien.

La risa de Leonor aumentó. Dejó caer su peso en Paula.

—El lobo lo habrá flipado. —Sintió el cuerpo de Inés en el lado derecho. Fue consciente del cansancio de su cuerpo, de las dos noches de escaso sueño y escasa comida. No importaba que no hubiese una cama, quería tirarse en el heno y dormir.

—Lo vi en primera fila, lanzabas sin parar, como el rubio de *El señor de los anillos*. Impresionante. —Alba le puso la barbilla en el hombro.

—Ahí me acojoné —rio Inés sin despegar la frente de su hombro—. Pensaba: como falle y le dé al gigante nos cuelgan.

Se retiró de sus amigas.

—Cómo iba a dejar que matasen a nuestra única oportunidad de regresar a casa —volvió a sonreír.

Y al decirlo regresó la turbina a su estómago y las chispas llegaron hasta su cuello.

—Moriría yo antes.

Sus amigas la miraron en silencio. Inés había alzado las cejas ante la rotundidad de sus palabras. No sabía si era por la responsabilidad que se había echado a las espaldas al ser la culpable de su situación, pero a pesar

de no haberlo visto en la vida era la sensación que tenía con el otro dueño del cuerno.

Bajó la cabeza para mirarlo y pasó el pulgar por la inscripción.

—Cuando escuches la llamada, acudirás a la llamada. Cuando hagas la llamada, alguien acudirá a ti. —Apartó los dedos de la inscripción para que pudiesen verla—. No nos equivocábamos. Son los cuernos los que nos han traído aquí.

Alba le cogió la mano, sin tocar el cuerno, para mirar la inscripción que no estaba completa en la escultura.

—Pero tú lo escuchaste antes de encontrar el cofre —dijo Paula—. No te culpes más. —Agradeció sus palabras. No consiguieron aliviar el peso que sentía—. Además, está tremendo, no te culpo por responderle.

Rio al escucharla.

—Gracias —respondió Leonor.

Tanarys

Bruce y Robbie Black lo acompañarían mientras bordeasen los pueblos del sur hasta las tierras de los MacLeod. Habían logrado prender a varios atacantes vivos, eran miembros de un clan menor que pidieron protección en tierras de los MacLeod. Algunos de ellos habían huido, temían que de nuevo reuniesen fuerzas y volvieran a arremeter. Uno de los peligros de la frontera inglesa era que los escoceses se dejaran seducir por tierras y títulos a cambio de ayudar a la invasión inglesa traicionando a su propio pueblo. Y no importaba que fuesen clanes pequeños o poderosos, siempre se podría querer más.

Alastor no tuvo más remedio que aceptar la compañía de los Black, sabía que en un asedio toda ayuda era bienvenida y ellos no eran suficientes. Apenas una centena de hombres sin saber qué podría esperarles cerca de Galloway. Sabía de antemano que Galloway era uno de los objetivos de Balliol. Y que si este atacaba con todas sus fuerzas los del sur lo tendrían realmente difícil para impedirlo. Lo único que los protegía de un ataque de esa envergadura era que los ingleses estaban demasiado ocupados peleando con los franceses.

Con una Escocia que no acababa de unirse, los peligros de la traición por parte de cualquiera, con una invasión inminente, y un rey preso que provocaba cierta incertidumbre y poco ánimo de lucha entre los escoceses, estaba convencido de que les sería complicado retener un ataque. Pero Estuardo le había encomendado proteger el sur y eso haría el resto de sus días.

Sabía que quizás no eran suficientes, los Black y los Hunter no tendrían más remedio que olvidar sus temas pasados y luchar juntos. Lockhart también era un buen aliado. Los MacLeod irían de todo el país a apoyarlos. Los Ballantine de las Highlands ya le habían ofrecido su apoyo y, por supuesto, su propia familia, los Douglas y los Úlster. Aun así, no sabía con qué fuerzas atacaría de nuevo Balliol. Y eso sin contar con la liberación del rey David. Entre su infancia en Francia, lejos de Escocia, y su batalla perdida en Neville's Cross, donde cayó preso diez años atrás, no era un rey que diese mucha seguridad, como sí lo hizo su padre. Y luego estaban los rumores de las negociaciones que el rey hacía con los ingleses. Estos pedían un alto precio por liberarlo, precio que difícilmente podría pagar un país arruinado y arrasado por guerras continuas por dentro y por fuera. Y si era sincero, tampoco veía mucha intención por parte de los nobles en liberarlo. No necesitaban un rey, ya tenían a Estuardo liderando Escocia.

Los caballos estaban preparados. No había podido descansar lo suficiente para emprender un viaje. Y aún quedaban dos noches de viaje hasta llegar al castillo de los MacLeod. Y no era por dormir en mitad del bosque, eso nunca le molestó. Pero las continuas guardias debilitaban a los soldados y eso se sumaba a que viajaban con un número limitado de soldados en zonas inseguras.

Había pedido más caballos a Blaine Black. Y no solo por la fortuita compañía que había agregado a ellos. Aquellos animales nobles solían salvar muchas vidas, pero a menudo perdían las suyas.

En cuanto a su compañía, no dudaba que le daría problemas aunque la dueña del otro cuerno le hubiese asegurado que no. Recorrió con la mirada la hilera de caballos, los lacayos de los Black los preparaban. No había ni rastro de ninguna de ellas cuatro.

Nadie había puesto objeción, por extraño que le pareciese. Al fin y al cabo, él era el señor de Lothian. Ni siquiera Alastor había pronunciado una palabra cuando se quedaron solos y eso sí le llamó la atención. Quizás Alastor sí tenía motivos para sospechar de ellas, él no sabía nada de la rareza de aquel cuerno que no debería tener una mujer hispana ni aunque fuese encontrado. Porque no se puede encontrar lo que no existe.

Y pensar en ello le había perturbado el sueño lo que quedaba de noche. Leonor, por muchos motivos, lograba llamar su atención. No era una

mujer común, hasta dejando fuera su habilidad extraordinaria, por sí misma no era común. Vestía como una indigente, pero en su hablar extranjero podía notar que no era ninguna ignorante. Sabía bien quién era él, pero dudaba de cómo debía comportarse con el señor de Lothian, cuando en Hispania, el reino franco o el de los ingleses tenían igualmente señores a los que los siervos debían mostrar respeto. Y su respeto parecía más propuesto que otra cosa.

Su aspecto, pulcritud de cualquier dama, y a sus ojos más hermosa que ninguna mujer del norte o del sur aunque estuviese envuelta en harapos. Certera con el arco, como el más diestro de los Hunter, al nivel de Alastor, el mejor arquero del sur. Y lo que más le desconcertaba. Leonor no se había sorprendido ni un ápice de que su cuerno fuese exactamente igual al suyo. Ni que fuese él mismo el que estaba al otro lado cada vez que ella lo hizo sonar.

Rob pasó por su lado, amarraba equipaje en su caballo.

—¿Dónde están las mujeres? —preguntó.

Acabó y tiró de una correa.

—Soldados de los Hunter las llevaron anoche a uno de los graneros al final del pueblo.

—Eso lo sé. Quiero saber por qué no están ahora aquí.

Rob contuvo la sonrisa a pesar del tono recto con el que le hablaba.

—Las mujeres duermen demasiado.

—Partimos de inmediato. Envía a alguien a buscarlas. —Supuso que tendría que soportar ironías de ese tipo todo el camino. Una de las consecuencias de viajar con mujeres.

Los Black ya comenzaban a subirse a los caballos. Los Hunter se organizaban en grupos. No quería demorar la salida, las horas de luz tenían que aprovecharlas desde bien temprano y ya comenzaba a salir el sol.

OceanofPDF.com

Leonor

Oyó unos fuertes golpes que parecieron poder echar abajo el granero. Se incorporó de un salto.

—Joder, ¿qué es eso? —Alba había dado tal salto que se había puesto casi de pie, perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a un madero.

La puerta se abrió y chocó con la pared de madera.

—¿Qué coño? —Paula tenía entornados los ojos.

Unos soldados entraron en el granero. Oyó resoplar a Paula. A pesar del susto era una alegría que fuesen los Black y no unos nuevos asaltantes.

Reconocía a uno de ellos. El joven de pelo negro rizado. Él las miró desconcertado. Quizás no las esperaba esparcidas por el suelo, con las posturas de cualquiera a la hora de dormir, y aún menos con los vestidos más levantados de lo que debiera en presencia de un hombre en el siglo XIV.

Inés se apresuró a taparse las piernas. Pero tuvo que darle una patada a Paula para que reaccionara y se tapara las suyas.

Que le van a ver hasta la copa menstrual.

—Partimos de inmediato —fue lo único que se atrevió a decir, algo que contrastaba con la determinación con la que había entrado en el

granero.

Se apresuró a salir del granero y cerró la puerta. Quedaron calladas un instante.

—*Pa'* mí que este no ha visto un coño en su vida —dijo Paula y rompieron en carcajadas—. Se ha puesto colorado con cuatro jamones.

Paula se levantó negando con la cabeza.

—Se ve jovencito. —Alba se colocaba la capa.

—No tanto como para eso.

—Pues con la obsesión de entrenar la espada se ha olvidado de entrenar el espadín.

Rompieron en carcajadas de nuevo.

—Aquí las mujeres tan cohibidas tienen que estar... A base de alpargata viva.

Inés se quitaba la paja del vestido.

—Ten en cuenta que es un pueblo cristiano. El sexo fuera del matrimonio es libertinaje. La fornicación no está bien vista. Salvo las ramera y las mujeres más... —Siguió con la paja de las mangas.

—Más putas —acabó la frase Paula. Sacudió la cabeza—. Vamos, que ellos pueden follarse a la que quieran, pero ellas no hasta que se casen.

—Exacto.

—Las mujeres siempre nos llevamos lo mejor de cada época, ¿no lo sabes ya? —dijo Leonor colocándose también la capa.

Paula la rodeó quitándole paja de la parte de atrás.

—Entonces ¿para esta gente somos ramera? —Algunas ramas de paja se habían metido entre la tela, le picaban en las piernas—. Mujeres de tercer, quinto o décimo uso.

Rieron.

—No van a saberlo —respondió Alba—. A no ser que...

Paula hizo una mueca.

—¡Qué dices, tía! Aquí no existen los preservativos. —Sacudió la mano—. Mira que algunos tienen lo suyo... —Volvió a hacer una mueca—. No vaya a ser que nos peguen una gonorrea o algo.

Leonor se llevó la mano a la cara riendo.

—¿Existía la gonorrea aquí? —le preguntó Paula a Alba. Esta le puso la capucha de la capa tapándole hasta la nariz.

—No quieras saberlo por si acaso.

Volvieron a reír.

—Vámonos ya, que vamos a empezar llegando tarde el primer día.

—Leonor se dirigía hacia la puerta.

—Como en la carrera y en el máster.

Se alegraba de que al menos empezaran con buen humor.

La verdad era que todo iba mejor de lo que esperaba. Mientras su cuerno no se alejase del cuerno de Tanarys había esperanza. Paula se puso tras ella.

—Pero en la carrera y en el máster no nos estaba esperando el señor de Lothian. Lo menos que quiero es cabrearlo. Así que intentad no dar la nota mientras estemos con ellos.

Paula alzó las cejas mirándola.

—Si la cosa se pone fea, recuerda que por muy larga que la tenga siempre será más corta que su espada.

—¡Quieres callarte ya!

Resopló. No sabía hasta qué punto era buena idea viajar con ellos, pero no había más opciones.

—Dime que no te mola y me callo.

—No me mola. Solo quiero irme a casa lo antes posible, como todas.

Se giró, dándole la espalda, y abrió la puerta. Había dos soldados Black fuera, se alegraba de que no entendieran una palabra de español y menos aún de un español avanzado.

Salieron y los siguieron por una de las calles. Se oían cascos de caballo, ya emprendían la marcha, así que aligeró el paso o las dejarían atrás. Atravesaron otra calle y salieron a un camino que bordeaba el bosque.

Allí estaba la comitiva emprendiendo el viaje.

—¡Leonor! —la llamaron. Casi nadie conocía su nombre en aquellas tierras. Se giró. Era la joven Edine.

Alargó la mano hacia ella. Mal momento para despedidas o lo que fuese que quería aquella pobre muchacha. Leonor empujó a sus amigas.

—Id con ellos. —Volvió a empujarlas hacia los soldados.

Se giró hacia Edine. La muchacha parecía desesperada.

—No he encontrado a mi hermano. —Agarró las manos de Leonor.

—Lo siento. —No sabía por qué, pero era algo que esperaba. Se apenó por la chica, demasiado joven y completamente sola.

—He oído que vais a la tierra de los MacLeod. —Edine habría estado corriendo entre los caballos buscándolas—. Quizás mi hermano esté con ellos.

Leonor frunció el ceño.

—Es nuestro clan, el clan de mi padre. Él viajó al sur antes de que hubiese MacLeod por aquí, por eso estábamos en tierra de los Black. —Apretó las manos de Leonor—. Se llama Ian. Si lo encuentras...

Leonor se inclinó hacia ella.

—Le diré que estás viva y que estás aquí —le sonrió, intentando tranquilizarla a sabiendas de que quizás ellas, si todo iba bien, ni siquiera llegarían a la tierra de los MacLeod.

—Por favor. —Edine volvió a apretarle la mano.

—Lo haré. —Le soltó una mano para apretarle el hombro.

—Gracias. —Tuvo que soltar las manos de la chica. La comitiva se iba y ella se quedaría atrás—. Gracias —volvió a repetirle y su voz fue como recibir un puñetazo en el pecho. Estaba prometiendo algo que no sabía si iba a poder cumplir. Y su compromiso significaba la única esperanza de aquella pobre chica.

Enseguida las avispas atacaron su garganta sin piedad. Se apartó de Edine y se acercó a los caballos.

No veía a las suyas por ningún lado. Los soldados marchaban al frente sin detenerse, ni siquiera había suficiente hueco para cruzar al otro lado sin ser arrollada.

Joder.

Caminó a prisa, intentando adelantarlos para comprobar si las chicas iban en la parte de delante. Pero aquellos tíos eran tan grandes que no podía ver nada desde el suelo. Dio una leve carrera, adelantó unas quince filas. Se detuvo jadeando, correr con botas de suela gruesa y aquel vestido no era fácil.

—Llegas tarde. —Se enderezó en cuanto escuchó su voz.

Si al final me llevaba la bronca. Yo lo sabía.

Tanarys no se detuvo, siguió al frente, así que se apresuró a seguirle el paso.

—No encuentro a mis amigas.

—Han llegado antes que tú.

—Ya lo sé. —Y su respuesta lo hizo girar la cabeza hacia ella.

Leonor, Leonor, que estás en el siglo XIV y a veces se te olvida.

La marcha era rápida, no aguantaría mucho camino a ese ritmo sin quedarse atrás.

—¿Y el castigo es ir a pie, mi señor? —hablar a aquel ritmo era arduo y más intentando ser correcta. Así que su tono sonó con traicionera ironía.

—No puedes subir a un caballo en marcha y no puedo detener a cien hombres, así que, si nadie decide recogerte, sí.

Porque tengo muchas ganas de volver a casa, pero es para decirle que se meta el cuerno por el culo y quedarme aquí.

Él miraba al frente de nuevo sin prestarle mucha atención.

Y claro que puedo subirme a un caballo en marcha.

Miró a los soldados buscando algún caballo vacío. Unas filas atrás los había visto al salir, pero iban justo en medio y no podría atravesar la primera fila de caballos, la pisarían.

Y más me vale no tropezar.

Aun así, ya le costaba mantenerse junto a Tanarys, iría retrocediendo hasta quedar atrás. Lo miró de reojo.

Y le importa un pepino. Es para mandarlo a tomar por culo, ¿qué no?

Espiró con fuerza, echando demasiado aire. Si no controlaba la respiración, su resistencia mermaría y se quedaría atrás en poco tiempo.

Miró atrás para comprobar dónde estaban sus amigas. No le dio tiempo a reaccionar, ni siquiera a girarse. El señor de Lothian le había hecho un cepo con el brazo y la alzó en el aire, dejándola caer sobre el caballo justo delante de él. Su cuerpo basculó hacia atrás, tuvo que agarrarse a la silla para no caerse.

La madre que lo parió. Qué cosa más bruta.

Pero tampoco le dio tiempo ni a réplica, Tanarys se salió de la fila y azuzó al caballo para adelantarse. Leonor perdió el equilibrio de nuevo y su cuerpo basculó hacia atrás, Tanarys puso el brazo tras su espalda para que no cayera. Ella se irguió de inmediato retirando su cuerpo de él tanto como pudo.

Estar sentada de lado era tremendamente incómodo en tan escueto espacio. Se acabaría cayendo al suelo si encima él seguía metiendo aquellos arreones de buenas a primeras.

—¿Con qué llevas sujeto el cuerno? —Sabía que él lo había sentido bajo el vestido al sujetarla.

Con la goma de los leggings y de las bragas. Pero estas están sucias de la leche y las tendré que tirar en el primer seto que paremos. Entonces no sé muy bien cómo voy a sujetarlo. ¿Cómo se le explica a un salvaje de estos?

No se atrevía ni a mirarlo. Solo pudo ver de reojo aquella mandíbula triangular que acababa en una barbilla marcada con una onda en medio. Miró al frente enseguida.

Y ya lo he mirado bastante.

Tanarys se metió entre los soldados, donde estaban los caballos sin jinete que cargaban bultos a los lados de la silla. Cogió las riendas de uno y lo apartó del resto, saliendo de nuevo de la fila de soldados.

Lo puso al lado del suyo y aminoró la marcha hasta que ambos caballos se detuvieron. Se alegraba de no tener que seguir el camino en aquella postura tensa, ni de bulto de Tanarys de Lothian. Se había propuesto no ser un estorbo y ya había comenzado mal.

Puso un pie en el estribo del otro caballo y se inclinó, levantando la otra pierna para echarla al otro lado. Cogió las riendas que aún sujetaba Tanarys y las pasó por la cabeza del caballo para colocarlas en su sitio.

Lo miró de reojo. Los ojos de Tanarys a la luz del sol hacían juego con los campos de Escocia. Bajó la cabeza enseguida.

—Gracias.

Pero él no respondió, tampoco retomaba la marcha. Sentía un tintineo, él buscaba algo en uno de los bolsos de piel que llevaba atados su caballo. Y aquel sonido la hizo girar la cabeza.

Lanzó algo hacia ella y lo tuvo que coger en el aire para que no le diese en la cara.

Un Neandertal, completamente.

Era un cinturón, similar al que él llevaba, tenía cosido un trozo de piel formando un embudo. Quiso apresurarse para darle las gracias, pero la turbina de su pecho giraba tan rápido que no era capaz de reaccionar.

Aquel cinturón era tan grande que tendría que darle dos vueltas para que le quedase bien. Como tenía los *leggings* debajo no tuvo pudor en levantarse el vestido y sacarse el cuerno de la zona de atrás de la espalda. Sin embargo, los ojos de Tanarys no se dirigieron al inusual algodón grueso de aquella prenda, sino a sus botas. Unas botas al más puro estilo militar moderno con una suela gruesa y dentelleada, de goma, para aislar los pies del frío.

—Es el calzado tradicional en el reino de Castilla —le dijo al verlo tan interesado en sus pies.

Lo vio fruncir el ceño y le agradó ver en él un gesto corriente.

—¿En una mujer?

Míralo, ahora va a opinar de moda el salvaje este.

—Sí, en una mujer. —Le dio dos vueltas al cinturón, la primera más ajustada, la segunda algo más caída. Lo abrochó y colocó el cuerno en el hueco. Para ser medieval no distaba mucho de los cinturones modernos. Y hasta le quedaría bien con aquel vestido si no estuviese en tan mal estado.

Miró la comitiva, se quedaban atrás.

¿Ahora le da igual quedarse atrás?

—Según me dicen los soldados de los Black que os recogieron en el camino, veníais de Inglaterra hacia el puerto de Berwick.

Mala cosa, esa lección me la sé regular.

—Éramos damas de compañía de la esposa de un noble hispano. —Agarró las riendas—. Ella era inglesa y la acompañamos a visitar a su familia.

Esperaba estar contándolo tal y como lo había dictado Alba una y otra vez.

—Ella enfermó y murió en Inglaterra y nosotros partimos hacia casa con el resto de sirvientes. Pero la peste los fue matando uno por uno, a los caballos también. Y quedamos solas.

Mirar a los ojos de Tanarys, aunque fuese a dos metros de distancia, era terriblemente incómodo cuando lo que estaba diciendo era un invento sin mucho sustento que no había por dónde cogerlo.

—¿Y por qué un puerto en tierras bajas y no inglés? —y lo preguntó convencido. Él, a diferencia de Edine y de los soldados, sabía perfectamente dónde estaba Hispania y el reino de Castilla. Lo que quería decir que su apariencia y modales salvajes no era todo lo que guardaba el lobo de las Highlands.

Así que toca hacerse la ignorante, amiga.

—Es la primera vez que viajamos tan lejos, mi señor. —Bajó la cabeza, no sabía si iba a colar. Salvaje y Neandertal, no tenía ni un pelo de tonto.

—¿Una noble tiene así vestidas a sus damas de compañía? —Miraba su capa agujereada.

—Cuando supimos que todos habían muerto de la peste temimos contagiarnos. Quemamos la ropa en cuanto encontramos estas en uno de los pueblos arrasados de las Lowlands.

Y lo único que era medio verdad tampoco parecía creérselo del todo.

—¿Y el cuerno?

—Lo encontré hace tres días. —No levantó la cabeza al responder. Tampoco se lo creería. Desconfiaba y ella misma le daba la razón por hacerlo. Eran extranjeras y tremendamente raras.

Alzó los ojos hacia él y comprobó que quizás de todo lo que le había contado era lo único que no ponía en duda. La comitiva se alejaba, pero él ni siquiera les dirigió una mirada para ver por dónde iban. Todo su interés estaba puesto en ella y eso tensó todo el cuerpo de Leonor.

—Lo hiciste sonar, ¿por qué?

—Porque nos estaban atacando.

—No anoche.

La turbina se ponía en marcha y lo hizo a una velocidad que le haría perder el equilibrio. Bajó los ojos. Le estaba confirmando que siempre la oyó. Apretó las riendas con fuerza para evitar el cosquilleo de las manos. Las aspas que daban vueltas en su estómago se alargaron. Caería al suelo, de la misma manera que cayó por el agujero del tiempo atraída por Tanarys. Acudió a su llamada, como decía la inscripción del cuerno, fue hacia él sin remedio aun sin saber lo que eso significaba.

—Porque ya lo había oído antes, varios días atrás —lo dijo casi en un susurro, rememorando aquella primera vez—. El primer día que llegué a Escocia.

Me van a quemar por bruja.

Pero necesitaba saber si Tanarys podía ser consciente, o al menos conocer a través de leyendas, de lo que eso significaba. Alzó los ojos para ver su reacción.

No estaba contrariado, no se había sorprendido en absoluto, era como si precisamente fueran esas palabras lo que él buscaba escuchar. Cruzó su mirada con la de Tanarys un instante antes de bajar los ojos de nuevo.

Sabe que hay algo que conecta este cuerno con el suyo.

Sintió una leve brisa, la capa le revoloteó a un lado y se estremeció con un escalofrío. Tanarys la seguía observando de aquella manera y su cuerpo no lograba relajarse.

—¿Qué edad tienes, Leonor?

—Veinti... veinte —recordó que la edad en su época nada tenía que ver con la medieval. Aun así, le pareció un atrevimiento quitarse más. Recordó a su abuela, que no le decía su edad real ni al médico de cabecera.

Tanarys entornó los ojos.

—Tu tierra está en guerra. Ese rey vuestro, al que llaman el cruel, parece no tener de su parte a sus propios nobles. ¿Huáis?

Empieza el examen medieval.

—El rey es solo llamado el cruel por los nobles. Tiene el apoyo del pueblo, mi señor.

Y con lo que sabe este de Pedro I es una mala pata llamarse Leonor.

Leonor de Guzmán, la amante poderosa del rey, que apoyó a uno de los dos bandos de la guerra.

Lo oyó espirar pensativo, supuso que aquellas trifulcas no eran solo conflicto en los reinos de España. La situación en Escocia nunca era estable. En ningún lugar del medievo. Batallas tras batallas que solo llevaban pérdidas y miseria a un país.

—Sea como sea, no has venido a un lugar mejor. —Tanarys giró a su caballo.

Leonor vio la fila de soldados. El sol había salido por completo, pero su luz en todo su esplendor solo permanecía segundos hasta que una nueva nube volvía a cubrirlo. Aun con un cielo que mezclaba el azul con el grisáceo, junto al verde de las tierras que la rodeaban, el juego de colores transmitía cierta tranquilidad. Su oído comenzaba a acostumbrarse a aquel silencio absoluto al que se le unían los pájaros, el crujir de las ramas en los árboles, algunos insectos a su alrededor y los cascos de caballo, todo formaba parte de lo que para ella era un «silencio» apacible y agradable que empezaba a gustarle más de lo que esperaba. Lejos de motores de coches, del jaleo que conllevaba una ciudad y de demasiados olores mezclados a lo que ya su nariz no reaccionaba, estaba aquel lugar escondido y hermoso.

Donde el hombre aún no había construido demasiado ni arrasado con su presencia numerosa. El medieval tenía su parte hermosa y atrayente.

Tanarys estaba atento a la marcha de sus hombres, pero no se movía y ella no se atrevía a avanzar si no lo hacía antes él. Cuando Tanarys no la observaba podía permitirse observarlo sin tener que guardar su curiosidad.

Sus botas estaban muy cerca de las de él, desconocía a qué número de pie correspondería aquel tamaño. Su caballo era algo más alto que el suyo, supuso que tenía algo que ver la largura de piernas del señor de Lothian. Todo en él era enorme.

Ya se me está yendo la pinza.

Succionó sus propios labios y los apretó.

Esas cosas mejor no se piensan.

Se preguntó si las mujeres de la época solían pensar en esos temas. Supuso que sí, eso iba inherente en el ser humano por muy limitada que la sociedad tuviese la sexualidad de las mujeres.

Nacen escoceses, esta gente folla igual que todo el mundo.

O más, allí no había mucho más entretenimiento. Tuvo que contener la sonrisa. Lo miró de reojo. Sabía que no había señora de Lothian. Supuso que no le faltarían candidatas como aquella joven Black de tremenda elegancia.

Su pensamiento divagó enseguida. Sabía que lo habitual eran matrimonios concertados y supuso que eso era como jugar a la lotería. Y que la incertidumbre de esa lotería podría ser la pesadilla de una joven que, no importa la época de la que procediese, soñaría con el amor y todo lo que eso conllevaba. Que le tocara un Tanarys sería como un premio de los Euromillones. Contuvo la sonrisa de nuevo.

Así, por las buenas. Sin currárselo, sin vérselas con la competencia. Da igual ser fea, sin gracia o desagradable. Aquí la suerte puede hacer que se trinquen a un tío de estos cada día, cuando en mi época se cotizan como el bitcoin.

Hombres como Tanarys se limitaban a las *pseudoinfluencers* de Instagram. Eso sin contar con que era el señor de Lothian, lo que conllevaba una posición social más que cómoda. Aunque sus modales fuesen algo toscos, no dejaba de ser un noble del medievo.

Señor de Lothian.

Le sonaba al valle de los Elfos, cierta musicalidad en cada sílaba acompañada a lo que le producía la presencia de Tanarys, y ya dudaba si aquel rollo sobrenatural del cuerno tendría algo que ver.

Como siga con estos pensamientos mal voy. Este no sabe lo que es una tía del siglo XXI.

Vio que el caballo de Tanarys dio unos pasos y lo imitó, pero él no se dirigía al camino. Seguía la misma dirección que el resto, pero por fuera. Leonor miró hacia atrás, desde aquella perspectiva más elevada que el camino podía ver si alguien se acercaba a la comitiva. Esas eran las intenciones de Tanarys, vigilar a su manada.

Lo que no sé es qué pinto yo aquí. Alba sola no sé si podrá controlar a estas dos.

Miedo le daba regresar con ellas y que Alba comenzase a darle las quejas como si fuera la maestra de escuela de sus hijas. Con cien hombres alrededor de sus amigas, alguno de ellos algo peculiar, mejor quedarse en el monte. Sin ninguna duda.

—¿Tienes esposo, Leonor?

Eso no se lleva en mi época hasta los treinta y tantos.

—No, mi señor.

Y eso que solo le había dicho que tenía veinte.

—Tuve esposo. —Lo vio mirarla de reojo y ella se removió en la silla.

Hala, a inventar otra vez. Si es que me las busco. No sé pa' qué digo nada. Con lo fácil que era haber dicho que no y punto.

—Me casaron con un soldado antes de marchar a batalla. No regresó.

—Lo siento.

—No, apenas lo conocía. —La reacción de Tanarys hizo que cerrase las manos en las riendas—. Quiero decir... que no lo había visto en mi vida.

Esto ya no hay quien lo arregle.

—Que lo sentí mucho, sí. Gracias. —Notó el bochorno hasta en las orejas.

Espiró aire. Seguir hablando era parecer más imbécil.

Y todo lo que he liado solo para decirle que mi arco no es de estreno. Qué me importará a mí que se entere de que estoy estrenada o no. Si yo lo que quiero es que me abra la puta puerta para volver a casa.

Lo miró de reojo, Tanarys a veces se giraba para comprobar que no había nadie tras ellos. Ella seguía perdida en sus pensamientos.

Trasladado a su cultura, he estado casada varias veces, tantas como vergas. Y eso que yo no llevo tantas, la Paula tendría que ser algo así como la viuda negra.

—Y familia, ¿tienes?

—Una madre y un hermano.

—¿Por eso quieres regresar?

Entre otras cosas.

—Hace mucho que no saben de mí. Y si creyeran que he muerto...

—Bajó la cabeza. No era tanto tiempo, tres días. En aquella sociedad

primitiva supuso que se empezarían a preocupar a partir del año sin noticias. Pero en un mundo inmediato en el que todos estaban conectados un día ya era motivo suficiente para temer lo peor.

—Si quieres escribirles, mis mensajeros pueden ayudarte.

Leonor bajó los ojos. En ese momento sus bucles de pensamientos se tornaron en otro sentido. Unos dolorosos y que le aumentaban irremediablemente las ganas de volver. Para todos, ellas cuatro habrían desaparecido. Las desapariciones en una sociedad con demasiada información diaria eran sinónimo de temer lo peor.

—Es de agradecer la ayuda, mi señor. Pero no le llegaría ninguna carta. Es demasiada distancia.

Tanarys no respondió. En aquellos años las cartas a veces tardaban años en llegar a destino, si no desaparecían por el camino. No era una respuesta que pudiese sorprenderle aunque ella se la dijera en un sentido que él no pudiese entender.

—¿Cómo murió tu padre?

—De un ictus.

Se sobresaltó al decirlo.

Ya se me olvidó otra vez que estoy en el siglo XIV. Qué difícil es esto, joder.

Exactamente en el 1355, había podido averiguar Paula.

—¿De un golpe?

Leonor alzó las cejas.

—Mi maestro en Moray me enseñó latín —añadió él y Leonor volvió a apretar las riendas. De una de esas acabaría cayendo.

Ictus es golpe en latín, ok. Me ha salido bien de milagro.

Pero tenía que pensar cada frase que decía. Asintió con la cabeza y no le notó a Tanarys desconfianza. Supuso que allí no había causas extrañas de muerte. La gente moría y punto. De un infarto, de un espadazo, de un palo en la cabeza o de una infección o enfermedad. El sentido de morir lo acaparaba todo. No se comían mucho la cabeza al respecto.

Que él estuviese tan pendiente del valle le permitía relajarse y, para qué negarlo, poder observarlo mejor a él.

Mejora en persona y mira que era difícil mejorar la estatua.

Se enderezó, mirando al frente en cuanto Tanarys volvió a dirigirse a ella. O disimulaba mejor o acabaría pillándola mientras lo miraba, seguramente con cara de imbécil y un hilo de baba a un lado.

Lo del pecho no acababa de quitarse y mientras él estuviese cerca no se le quitaría nunca. Él solo hacía que aumentase con aquel semblante altivo, aquella voz que más que preguntar ordenaba respuesta, aquel cuerpo enorme y ese rostro perfecto en medio que aquel paisaje virginal y sin corromper, como ya se conocían pocos en su época, hacía que le pareciese

que había ido a parar al mejor lugar de la tierra justo en el mejor momento de la historia.

Ya se me está yendo la cabeza. Completamente.

Le hubiese encantado poder haberle hecho preguntas. Pero él era un señor y ella estaba en el último escalafón de aquella sociedad escalonada. Se rascó la rodilla, justo en esa parte del vestido tenía un remiendo tipo parche, pero tosco y rasposo.

Es que también manda cojones las pintas que tengo.

Arrugó la nariz aguantando la risa. Ya por la noche antes de dormir lo habían estado hablando. Alba echaba de menos su plancha, Paula el *eyeliner*, Inés el maquillaje y ella, simplemente un cepillo. Gracias a Dios no tenían un espejo.

Bajó la cabeza para mirarse el pelo que le caía en el pecho, por suerte para ella los rizos gruesos se le enroscaban con la humedad de la mañana, pero todas necesitaban un baño con urgencia. Comenzaban a apestar de manera considerable.

Ladeó la cabeza acercándola a Tanarys y movió las aletas de la nariz para intentar comprobar a qué olía él, pero este se giró y tuvo que enderezarse, disimulando otra vez con el parche de la rodilla. Por muy rápido que fue su gesto no pasó desapercibido para él. Lo vio contrariado un instante, gesto que le hizo tener que apretar los labios para no sonreír.

Ver expresiones corrientes en Tanarys que pudieran pertenecer a cualquier época, aunque fuese en un fragmento de segundo, con esa rectitud y autoridad que desprendía, resultaba tremendamente interesante.

Tanarys detuvo su caballo y Leonor tiró de las riendas del suyo enseguida.

—Vuelve con el resto.

No tengo prisa, eh.

Pero con aquella voz no tenía que repetirlo dos veces. Ella inclinó la cabeza y azuzó el caballo dirección a la fila de soldados.

Tanarys

Sabía que en cuanto Alastor viese a Leonor volver con el resto iría con él para vigilar que nadie los emboscara en el valle. Tenía a varios Úlster repartidos en los distintos puntos alrededor de la comitiva.

Los Hunter solían llevar el arco atado a un lado de la silla cuando viajaban, completamente a mano por si tenían que utilizarlo con rapidez, pero tremendamente incómodo para cabalgar bajo su punto de vista.

—El valle parece estar tranquilo —le dijo al llegar hasta él.

—Demasiado tranquilo. Ni siquiera nos hemos cruzado con carros de mercaderes y eso significa que hay miedo. No es buena señal.

Alastor negó con la cabeza.

—Espero que este viaje haga que mejore la relación entre los Black y los Hunter. Empezando por ti. Los tuyos te seguirán.

Alastor hizo una mueca.

—Me pides algo tremendamente difícil.

Tanarys entornó los ojos hacia él.

—Si no pones de tu parte, te casarás con Ceara Black en cuanto regresemos. Tú decides.

Alastor levantó las manos.

—Haré lo que pueda —resopló.

—No son tiempos para discutir entre nosotros. Blaine Black me dijo que ponía a los suyos al servicio del sur, no lo estropees. Los necesitamos a todos. Escocia os necesita a todos juntos, no rebeliones ni disputas absurdas.

—Blaine Black quiere más terrenos y precisamente esos terrenos que quiere pertenecen a mi clan. No hay más Escocia al sur.

—Por eso la solución sería tu matrimonio con Ceara.

—Me niego.

Tanarys alzó las cejas. Si Blaine Black escuchase tal desprecio a su hija, no tenía dudas de que las tensiones parecerían un juego comparado con lo que vendría.

—¿Casarías a Moira con Bruce o Rob?

—Moira solo se casaría contigo.

—Eso no es posible. Y tú eres el que debe elegir.

—La prefiero en un convento que con un Black. Mi padre no me lo perdonaría.

—Tu padre ya no está. Y tú tienes que decidir lo que es mejor para todos.

Alastor negó con la cabeza.

—No con una Black.

No quiso insistir. A pesar de sus buenos modales del sur Alastor era testarudo, más que una bestia de arar.

—Y tú, ¿qué interés tienes en esa mujer de la capa roja? —Lo vio girar la cabeza para reír.

Alzó las cejas, su amigo había tardado en arremeter contra él con toda su ironía.

—Me salvó la vida y yo las llevaré a Berwick. —Sonaba realmente convincente.

—Podrías haberlas enviado directamente a Lockhart, donde pasaremos a la vuelta. Ellas se ahorrarían recorrer todo el sur con una centena de soldados, dormirían en una cama, comerían caliente cada día y seguramente estarían mucho mejor que en un lugar donde pueden asaltarnos en cualquier momento. Pero tú has decidido traerlas. —Hizo una mueca.

Alastor miró la comitiva a lo lejos.

—Anoche pensaba que eras tú el que llamaba —añadió—. ¿Por qué ella tiene un cuerno Úlster que suena de la misma manera que el tuyo?

De alguna manera esperaba que dijese algo así. Solo los suyos y algunos Hunter podían notar la diferencia en el sonido, los que llevaban más tiempo junto a él.

—No tengo ni idea. —Y era cierto. Ni la más remota idea de por qué había ido a parar a manos de una mujer que ni siquiera pertenecía a

aquel lugar.

Pero ahora ya sabía que ella lo había escuchado varios días atrás. Y de alguna manera había acudido a él. Lamentaba tener a su madre, Maelys Úlster, lejos, seguramente ella sabría darle una explicación. Los ancianos de su clan sabrían la razón o al menos esas razones que ellos solían darle a todo desde un punto de vista casi prohibido en el resto de la sociedad, pero en lo que ellos creían firmemente. La tierra, el cielo, el aire, el mar, todo estaba conectado y todo podía cambiar según el deseo y el destino de las personas.

Cogió aire y lo expulsó de golpe.

OceanofPDF.com

Leonor

Habían cabalgado durante todo el día, solo hicieron una parada para comer. Le temblaba la cara anterior de las piernas y le dolía hasta el culo.

Paula se dejó caer en el suelo y Leonor se sobresaltó. Por un momento pensó que se había desvanecido. Pero no, su amiga estaba igual o peor que ella.

Inés se tiró de rodillas junto a Paula.

—Más paliza que el camino del Rocío —dijo y Leonor sonrió.

—Y sin jamón —puntualizó Paula. Inés rompió en carcajadas.

Leonor se giró para mirar a su alrededor. El cielo se apagaba. Los soldados estaban montando unas estructuras simples, con telas, en el suelo.

Tiendas de campaña primitivas.

—Si estos vieran esas tiendas de Decathlon que las sacas y se montan solas —dijo Inés riendo.

—Y que luego no hay quien las meta en el saco para guardarlas —respondió Paula, Inés volvió a reír a carcajadas—. ¿Te acuerdas? ¿Que no teníamos coño de guardarla?

Se alegraba de verlas reír de aquella manera a pesar de las circunstancias. El fracaso total en su intento de volver a abrir lo que las llevara de vuelta, aquellos indeseables que las prendieron... todo ello fue

hacía menos de un día. Y aún les quedaban ganas de reír, ya rieron la noche anterior antes de dormir y rieron en cuanto abrieron los ojos por la mañana. Quizás el recibir ayuda por parte de aquella gente, la protección de los soldados que acompañaban al señor de Lothian, no temer a la falta de alimento...Volvían a reír y su risa sonaba exactamente igual que solía sonar setecientos años después.

—Acabó hecha un gurrño en el maletero del coche —le contaban a Alba, que negaba con la cabeza.

Ella se había perdido aquella aventura, supuso que sería en tiempos de competiciones unos años atrás. Eso explicaba también la ausencia de Alba, que pasaba la mayor parte del tiempo estudiando, limitando sus salidas a un día al mes. Algo que creía imposible que fueran capaces de hacer Inés y Paula. No quería acordarse de la que le dieron con las videollamadas cuando estuvieron encerradas por la pandemia.

—Chicas, a lo importante. Estos se están preparando un hueco para dormir. Hay que pedirles palos y telas para nosotras.

—¿Yo? Que se lo pida esa, que tiene línea directa con el jefe. —
Volvió a oír las risas.

Apenas había podido ver a Tanarys desde que le dijo que regresara con el resto. Alguna vez los rebasó a galope a un lado y a otro. Pendiente de acudir a todos los puntos posibles para que el grupo estuviese a salvo.

—Como tengamos que montar una nosotras, conmigo no contéis. No puedo levantarme del suelo —decía Paula—. No me responden las piernas. —Les hizo una mueca—. Y el toto ni os digo. Escocida para unos pocos días. Ahora tiene sentido el nombre de este país.

Alba se rio. Se alejaba del árbol donde estaban sus amigas y se acercaba a ella.

—Yo estoy igual y lo peor es que mañana otra vez —decía Inés—. Cuando lleguemos al sitio ese no vamos a poder ni andar con las piernas cerradas.

—Pues llegar con cien tíos y sin poder cerrar las piernas da muy mala impresión para quien nos vea.

Alba dio una carcajada al oírlas.

—Ya hubiésemos acabado en la época Neanderthal, ellas seguirían igual —le dijo su amiga y Leonor sonrió.

Las miró de reojo.

—Aunque me queje, aunque les suela regañar continuamente, me gusta que sean así —añadió Alba y se llevó el dedo índice a los labios—. Ya que no sabemos cómo vamos a salir de esta, que no nos falten las risas. Además, no lo estamos haciendo mal del todo, ¿no?

Sonrió con la ironía de Alba.

Pasó un grupo a caballo cerca de ellas. Iban a galope camino del bosque, eran todos Hunter, vio a Alba fijar la vista en uno de ellos. Leonor lo había visto junto a Tanarys varias veces en las vigilancias al norte o sur del grupo. El *laird* de los Hunter, lo llamaban Alastor.

—Estos no se escuecen los huevos. Allá que van otra vez.

Leonor tuvo que reír, pero Alba ni siquiera las había escuchado. Se inclinó hacia ella.

—Es guapo, ¿verdad? —le dijo con ironía.

Alba la miró de reojo apartando su cara de ella.

—Pero el lobo más, ¿no? —su amiga respondió con la misma ironía.

Leonor alzó levemente las cejas intentando no sonreír. Alba volvió a mirar por donde se habían marchado los Hunter. Ladeó la cabeza. El pelo se le había ondulado de la humedad, nunca imaginó que le sentaría tan bien el pelo alborotado.

—En nuestro mundo real nunca nos hubiésemos cruzado con ellos —dijo Alba entornando los ojos—. Y aun aquí era tan fácil habernos cruzado con ellos. —Se volvió hacia Leonor—. Pero el tiempo ha girado y se ha plegado para que acabemos aquí, justo aquí. —Alargó la mano hasta el cuerno en el cinturón de Leonor—. Y no me refiero a un año, o a una época, ni siquiera a una porción de Escocia. Sino justo aquí, exactamente donde están ellos. Y nos seguimos desplazando con ellos.

Leonor ladeó la cabeza. Alba llevaba razón, aun habiendo caído en el tiempo, y llegado al sur de Escocia, no era tan fácil encontrar al señor de Lothian y su séquito. Podrían no haberlo visto durante años. Y mucho más lejano podría ser eso de estar cerca de él todo el tiempo cuando este no dejaba de moverse.

—¡Eh, mujeres! —Oyeron a uno de los soldados y su voz la sacó de sus pensamientos—. Vosotras dormiréis ahí.

Se giraron, otro de los soldados les señaló una de las pequeñas tiendas. Agazapadas cabrían sin problemas y se resguardarían del frío.

Paula se arrastró en el suelo para acercarse a ellas. Verdaderamente le dolerían las piernas, ya que ni para decir una de sus barbaridades se atrevía a levantarse. Cuando se la conocía era muy fácil deducir cuándo iba a decir alguna de las suyas. Su rostro se tornaba en la expresión de una pequeña niña maliciosa antes de hacer una travesura. Era guapa, quizás la más guapa de las cuatro. Con un pelo castaño lleno de mechas playeras y los ojos de un azul oscuro que le encantaba aun sin maquillaje. Pero con aquella expresión se disipaba aquella belleza tornándose en la imagen pura de la ironía.

Bajó la cabeza para mirarla.

—A mí me da mal rollo dormir ahí en medio de tantos tíos —les susurró, como si alguno de ellos pudiese entenderla en su idioma—.

Míralos, estos llevarán la leche de tiempo de un lado a otro, pelándosela en medio del campo. Tienen que estar más salidos que el cuerno de la Leo.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —respondió Alba.

Leonor se sobresaltó cuando vio a Inés ponerse en pie tan rápido. El joven de los Black se acercaba a ellas, Inés era la primera en su camino.

—Para vosotras. —Eran unas pieles.

Inés las recogió y le dio las gracias. Él se marchó enseguida. Rob nunca reparaba mucho en ellas, de hecho, en todo el camino ni siquiera las miró cuando las rebasaba. Así que era de agradecer el gesto con las pieles.

—A ese le falta un hervor. —Tuvo que bajar la vista para mirar a Paula—. Está poco hecho.

—¿Quieres dejar de meterte con todo el mundo? Encima que el chaval nos ha traído esto para que nos tapemos —Inés negaba con la cabeza.

Paula la miró con las cejas alzadas.

—Ese te mola. —La señaló con el dedo—. Y el hecho de que esté crudo te mola más.

—¡Quieres callarte ya! —Inés se llevaba las pieles a la tienda.

Paula se intentó poner en cuclillas, pudo verle el gesto de dolor al incorporarse.

—Decías que nunca usarías piel natural, ¿ya has olvidado el rollo animalista?

Leonor le dio una colleja a Paula.

Inés abrió la boca para responderle, pero luego la cerró de golpe.

Le puso una mano en el hombro. Su amiga tenía la cabeza baja, miraba las pieles que llevaba en los brazos, desprendían un fuerte olor que Leonor no supo identificar bien.

—Aquí no son modas, ni antojos humanos —comenzó a decirle a Inés—. Solo es supervivencia. Cazan animales para alimentarse y usan sus pieles para cubrirse de un frío que puede matar.

—Pero es tan... raro para mí.

—No estás faltando a tus ideales. No le echas cuenta a Paula. —La zarandeó—. Son ideales y valores de una época moderna en la que hay alternativas. Ahora solo te estás adaptando a una involución humana para sobrevivir.

—¡Paparruchas! —No había visto a Paula llegar hasta la tienda—. El cuervo guapo le ha dado pieles y a ella se le han caído las bragas. ¡La conoceré yo!

Se oyeron de nuevo los caballos regresar. El primer grupo ya llevaba una presa, no tenía reloj, pero el tiempo en encontrar algo para dar de comer a tanta gente fue verdaderamente escueto.

Qué pasada.

Si ella con entrenamiento estricto había alcanzado un nivel considerable, ellos, que estaban acostumbrados a una subsistencia ligada a su habilidad, supuso que el nivel sería digno de ver.

Se agachó para asomarse al habitáculo que habían construido, era solo una tela gruesa atada a palos, sin suelo, claro estaba. Un refugio bajo y pequeño que solo protegería algo más que un árbol. También esa vez tendrían fuego, además de las pieles del joven Black. Aquello era mejor que nada.

Se puso en pie y sintió más cascos de caballos. Miró de reojo, en ese momento los mantos de tela roja captaban su atención más que ningún otro cada vez que veía a un grupo pasar, buscando a Tanarys entre ellos, algo que casi nunca encontraba. La ausencia continua de él la contrariaba.

Pero esa vez él sí iba con ellos.

Cuando miraba a Tanarys hasta podía sentir cómo se le dilataban las pupilas. Lo vio bajar del caballo, dar una voz a sus hombres y cruzar al otro lado sorteando las fogatas que encendían los soldados.

No había chozas para todos, supuso que la mayoría dormirían al aire libre, ya estaban acostumbrados.

Siguió a Tanarys con la mirada hasta que se perdió entre numerosos hombres. Espiró aire despacio. Era realmente extraña la sensación que iba

creciendo en ella, había tenido para pensar todo el camino en ello. Sabía que tenía que poner todas sus intenciones, energía, fuerza, cerebro y cuerpo en alejarse de allí, en volver a casa.

Pero no querría que fuese hoy.

Tal y como decía Alba, el tiempo se había plegado para que ellas acabasen allí, exactamente allí. Y de la misma manera que aquel agujero invisible atraía su cuerpo hacia abajo mientras no dejaba de caer, esa inercia la empujaba hacia Tanarys.

Alba era prudente, se refirió con un «ellos» a esa fuerza que las llevó setecientos años atrás. Quizás no la quería asustar o preocupar, pero Alba intuía tanto como ella que esa fuerza era el propio Tanarys.

Espiró aire.

—¿Teniendo esa voz eres capaz de hablar con él sin cagarte encima?

—le preguntó Paula riendo.

Leonor negó con la cabeza.

—La verdad es que tiene su punto —añadió Paula mientras se inclinaba para mirar el interior del habitáculo y la risa de Leonor aumentó.

En medio de todo aquel surrealismo, de la razón sobrenatural de todo lo que producía Tanarys, no sabía cómo podía reír con las bromas de Paula, que eran las mismas que le hubiese gastado con cualquier otro chico en su mundo real. Aunque quizás eran esas mismas bromas las que le daban

realismo a esa otra parte que la desconcertaba, pero que comenzaba a introducirla en un bucle extraño de sensaciones que empezaba a gustarle.

—Después decimos que las mujeres en época antigua eran dependientes del hombre y sumisas. —Inés tocaba las mantas de piel y pelo—. Pero, joder, es que en esta época es tremendamente difícil ser independiente. Solo habría que vernos las cuatro aquí si ellos no estuviesen.

Tanarys volvió a cruzar al otro lado. La sensación aumentaba al volver a verlo tan cerca. El tiempo de camino y sus pensamientos en bucle no habían hecho más que aumentar cómo reaccionaba su cuerpo. De nuevo se alejaba y se metió entre los árboles.

Oyó más caballos, el resto de cazadores llegaban cuando ya olía a carne asada de la primera pieza. El olor le removió las tripas, tenía que reconocer que con el hambre atroz que arrastraba de esos días se comería un ciervo entero.

Vio acercarse a Inés con algo parecido a un cazo, lo alzó para que lo vieran.

—Una posible solución a nuestro problema. —Hizo una mueca. Miró el cazo y suspiró—. Hervir el agua antes de beberla. No va a eliminar todos los riesgos, pero al menos la mayoría.

La barriga de Inés había superado lo que fuese que le produjo la diarrea. Y el resto habían optado por beber una mínima parte de agua, tan

solo la vital, por si corrían el mismo camino. Hervir el agua era una forma de matar posibles bichos a los que no eran inmunes.

—La herviremos y nos arriesgamos a beberla en condiciones. Ya no tengo ni saliva —añadió Inés. Era la que más se había deshidratado con la diarrea.

Leonor miraba a los Black alrededor del señor de Lothian. Era fácil apreciar la diferencia de los escoceses del sur y del norte, y no solo porque estos últimos fuesen más grandes. La diferencia de sus vestimentas o hasta en las formas más refinadas de los de tierras bajas. Entornó los ojos.

—¿Te fías de los Black? —preguntó a Alba.

—Shhhh —la calló su amiga—. ¿Quieres que nos maten ya?

—No nos entienden. —Paula pasó entre ellas.

—Hay cien tíos, con que uno nos entienda se acabó.

Leonor sacudió la cabeza.

—No se sabe por qué perdieron las tierras —dijo Alba susurrando—. Hay riesgo de que fuesen los malos, o simplemente fue alguna traición para quedarse sus tierras. Así funciona la historia, no importa la cultura.

—Tiene razón. —Inés puso el cazo junto a las pieles—. En el imperio romano, cuando el estado necesitaba dinero, cortaban la cabeza a cualquier ricachón para quedarse con lo que tuviera —negó con la cabeza—. Vete a saber.

Paula miró al cielo.

—Tías, va a anochecer y necesito ir a lavarme el mondongo. Paso de ir sola al riachuelo por el que hemos pasado antes.

—Voy contigo —dijo Alba—. Tengo que lavarme la cara y lo que pueda.

—El agua tiene que estar fría de cojones. Si queréis calentamos un poco y la mezclamos. —Inés sacaba el cazo de nuevo.

—Y nos lavamos en el cazo, ¿no? —respondió Paula—. El que luego vamos a usar para el agua de beber. —Tiró de Inés—. Anda, vamos.

Leonor suspiró y las siguió. Tenía que reconocer que meterse en el bosque y alejarse del resto no era algo que le hiciese mucha gracia, aún más sin armas. Inés tenía razón con eso de que la independencia en aquella época era bien difícil. Un sentimiento de vulnerabilidad absoluta crecía a cada paso que daban.

Por suerte el riachuelo no estaba muy lejos, ya podía oír el agua y hasta notó la humedad aumentar en el ambiente.

Paula frenó en seco, lo hizo Inés a su lado, Alba hasta se inclinó para asomarse y luego quedó clavada en el suelo. Leonor alzó las cejas al verlas, se puso junto a Alba y siguió sus miradas.

La madre que nos parió.

Pero ninguna se movía.

Es que no dan ganas de moverse.

Y eso que Tanarys estaba de espaldas. Una espalda enorme, que desnuda dejaba ver toda la morfología humana en su máxima perfección, que se iba menguando hasta hundirse en el preámbulo de un glúteo tallado en el mismo relieve que aquellos montes que las rodeaban.

Contuvo la respiración y tragó saliva. El pecho le apretaba como si un enorme saco de arena prensada se hubiese metido dentro de ella a la fuerza.

Oyó un golpe, Paula le había dado a Inés en el pecho con el dorso de la mano y esta repitió el gesto con Alba. El dorso de Alba, en aquella cadena bochornosa para que reaccionasen, llegó hasta ella y notó aquel saco apretado romperse y desparramarse costillas abajo, pasando por su ombligo y todo lo que había después.

Tanarys se giró al sentir el ruido.

Mierda.

Pero de frente la visión la inmovilizó aún más. Desde su pecho hasta la oscuridad que dejaba ver el agua aquello era un espectáculo divino de los que tendría que haber en el cielo de los dioses celtas, que ya hasta pensaba que tenían que existir de verdad teniendo a Tanarys delante.

Bajó la vista y se giró para darle la espalda.

Qué vergüenza, por Dios.

Y es que se merecían pasar el bochorno de que las pillara mirando. Tendrían que haberse marchado de inmediato y no quedarse allí como imbéciles.

Oyó un goteo, Tanarys salía del agua.

—No tardéis en volver. —Lo oyó decirles—. Anochece, podríais perderos.

No respondió ninguna, estaban inmóviles y mudas sin dejar de darle la espalda. Oyeron el crujir de las hojas secas en el suelo. Tanarys se alejaba.

Leonor alzó los ojos para mirar a sus amigas. Pudo ver a Inés apretando los labios para no reír, gesto que hizo que Paula apretase también los suyos.

—Ni una palabra, ¿vale? —les advirtió.

Inés negó con la cabeza sin dejar de apretar los labios.

No, que va.

Oyó a Paula coger aire con fuerza y las miró. Formó una o con los labios.

—Horroroso —dijo e Inés y Alba rompieron en carcajadas.

Paula señaló a Leonor.

—Si llegamos a saber esto —dijo, riendo—, hubiésemos sorteado el cuerno.

Esa vez Leonor no pudo aguantar la sonrisa. Negó con la cabeza y miró a Paula. Su amiga en una escueta broma acababa de decirle algo parecido a lo que hizo Alba momentos antes, todas eran conscientes.

Bajó la cabeza y espiró.

Necesito agua, joder.

Le ardía la cara a pesar de la humedad. Se acercó al riachuelo y metió la mano, no sabía cómo aquel ser de los cielos había metido todo el cuerpo allí, estaba tan fría que le dolían los dedos. Como aquella agua junto al castillo con el que se enjuagaron el polvo cuando cayeron de la escalera.

Se lavaron como pudieron y se apresuraron a regresar con el resto. Leonor se frotó las manos, necesitaba acercarse a algún fuego para volverlas a sentir.

Se había hecho de noche casi sin darse cuenta. Los fuegos daban la suficiente luz en la cercanía, pero hacían que el bosque fuese aún más oscuro.

—Vamos a descongelarnos las almejas —dijo Inés rebasándolas.

Rio al escucharla. El olor a asado era intenso, las tripas sonaron con aquel aroma que resultaba tan placentero cuando se tenía tanta hambre.

—Aquí no hay bollería, ni grasas saturadas ni consolas ni todas esas cosas que deforman a los tíos —decía Paula—. Así que posiblemente lo que hemos visto en el arroyo sea una muestra de lo que hay debajo de todas esas

capas y pieles. —Se giró para ponerse frente a ellas y negó con su dedo índice—. Pero no os vengáis arriba.

Alba la empujó riendo. Se acercaron a una de las fogatas, Inés ya había llenado el cazo de agua y preguntaba a unos soldados cómo podía calentarlo. Leonor los miró de reojo, no creyó que fuese casualidad que su amiga se acercase a una fogata de los Black.

—Esta ya se ha venido arriba —añadió Paula riendo.

Comer con las manos y llenarse las comisuras de la boca, sin tener donde limpiarse, dejaba de ser un problema cuando el estómago rugía hasta doler. Comió hasta que su barriga dijo que no cabía ni un sorbo de agua.

Inés había logrado hervir el agua y se enfriaba en el suelo. Les haría falta, las cuatro se habían hinchado a comer y la digestión les pediría agua en cantidad.

—¡Tanarys! —Oyó a uno de los Black llamarlo.

Leonor se giró enseguida. Lo vio acercarse a ellos.

—¿De dónde has sacado a estas mujeres? Comen como bestias de arar.

Será maleducado el tío.

Los soldados rieron a coro, pero Tanarys no movió un ápice sus labios.

—Mañana le dices a los Hunter que cacen una pieza más —dijo otro.

Ya le había quedado claro que la sociedad moderna acostumbraba a comer más de lo que necesitaba su cuerpo, de ahí la obesidad y el sobrepeso extendido. Además, ellas habían comido muy en exceso por la escasa alimentación de los anteriores días y el cansancio del viaje. Le sorprendía que eso fuera tan llamativo para ellos, supuso que los estómagos allí no estaban tan holgados.

Tanarys miró los restos de huesos y desperdicios, las miró un fragmento de segundo, y siguió su camino sin hacer ningún comentario. Leonor lo siguió con la mirada hasta verlo perderse entre la oscuridad de los árboles.

—Chicas, a dormir que estos nos darán otra paliza de camino mañana —les dijo Alba metiéndose en aquel pequeño refugio.

Se puso en pie, mirando el lugar por donde Tanarys había desaparecido, y las siguió. Dormirían cerca del fuego, no pasarían frío. Y a pesar de que numerosos soldados se habían tumbado a dormir por doquier sabía que el señor de Lothian no los dejaría sin vigilancia.

Paula e Inés se habían sentado sobre las pieles, pero ella no se detuvo y dio unos pasos más hacia delante, dirección al bosque, sin dejar de mirar la oscuridad entre ellos.

—¿Dónde vas, Caperucita?

Sonrió al escuchar a Paula. Giró la cabeza hacia sus amigas y se colocó la capucha de la capa. Ellas le sonrieron.

—A ver si vas a perderte —le dijo Inés.

Leonor negó con la cabeza, no pensaba alejarse mucho. Además, como decía Paula, tenía línea directa con el jefe. Era curioso cómo ninguna de ellas, ni tan solo una vez, había propuesto intentar regresar aquella misma noche. Algo estaba cambiando al parecer de todas y no eran las ganas de quedarse.

Curiosidad.

Avanzó unos pasos más. Dejar pasar el tiempo, descubrir el por qué estaban allí. Apoyó la mano en un árbol intentando que la penumbra tomase forma en sus ojos acostumbrados ahora a la luz del fuego. Todo era más oscuro allí dentro, pero no se detuvo.

A medida que se alejaba del campamento el frío aumentaba, también el silencio y se dejó envolver por completo en aquellos olores y pequeños ruidos repentinos que deberían estar sobresaltándola. El miedo, la vulnerabilidad de un bosque entrada la noche, nada de eso importaba en ese momento.

Quiero probar.

Cerró los ojos.

Podía oír el agua de nuevo, se concentró en aquel sonido relajante, de manantial, de fuente tranquila.

Abrió los ojos despacio, intentando no fijar la vista en ninguna parte, ni seto ni sendero ni en nada que pudiese distraerla. Siguió avanzando entre árboles sin rumbo alguno, alejando su miedo a perderse, a encontrarse con animales nocturnos, con indeseables como los de la otra noche. Solo caminar.

Al fin oyó el crujir de las hojas del suelo bajo las suelas y no procedían de sus pies. Se detuvo. El pecho le palpitaba deprisa, respiraba por la boca. Aquel saco de arena prensada volvía a romperse y comenzaba a esparcirse por su interior.

Justo aquí, precisamente aquí.

Alzó los ojos, Tanarys salía de entre los árboles de su izquierda, a unos metros de ella.

—Podrías haberte perdido. —Y su voz autoritaria y dominante, en una reprimenda, no hizo efecto en su cuerpo, quizás porque estaba convencida de que la casualidad no era suficiente.

—No me he perdido, mi señor. —Y ya no tenía que temer o aparentar.

Tú eres la razón por la que estoy aquí. No el sonido, no el cuerno.
Tú.

Le vio la expresión de desconcierto en su respuesta.

—Podría haberte confundido con un animal y matarte. —La rodeaba de lejos, como hacían los lobos con su presa.

—Ya has comprobado que no soy un animal. —Tanarys no había empuñado la espada, sabía que no era ningún animal ni ninguna otra amenaza.

Y me está encantando que la razón seas tú.

—Podrías haberte cruzado con un lobo.

Ya me he cruzado con un lobo. Es lo que vine a buscar.

Y Tanarys se detuvo frente a ella. Leonor dio unos pasos hacia él.

—¿Los lobos no duermen? —preguntó y lo vio mover los labios.

¿Has aguantado la sonrisa, señor de Lothian?

Lo de su pecho volvía a vaciarse a oleadas. Ya no era un saco, era un reloj, uno de arena fina que giraba para llenarse y volverse a vaciar, produciéndole aquella cascada continua en su interior.

Se detuvo y fue él el que dio unos pasos hacia ella.

—Solo un loco se adentra en un bosque de noche y sin armas. — Pero su voz no sonó con la autoridad de siempre.

Alzó los ojos hacia él, no había luz, pero tampoco la necesitaba a aquella distancia, ya conocía bien su rostro para dar forma a la parte que la sombra no le permitía ver.

Me has arrastrado en el tiempo y quiero saber el porqué.

Tanarys observaba su cara y Leonor decidió no moverse, quería dejarlo saciar su curiosidad y lo que fuera que estaba viendo en ella. Mientras ella también podía saciar la suya en la cercanía. Tuvo que bajar los ojos, la imagen del señor de Lothian la sumía en un estado en el que la consciencia se disipaba y la fuerza de ese estado iba directamente relacionada con la distancia que la separase de él. Tanarys atraía su cuerpo hacia él como si la gravedad también se plegase y se colocase en vertical.

No te acerques más, que en donde yo vengo las costumbres son muy diferentes y no respondo.

—Solo un loco se adentra en el bosque de noche y con una única arma —dijo ella y él se retiró levemente.

Espiró al notar el aire entre los dos. En ese momento sí podía mirarlo. Tanarys volvió a retirarse, esa vez tanto que ya comenzaba a arrepentirse de habérselo dicho. Pero era cierto, podrían asaltarlo y matarlo. Era el señor de Lothian, el mayor botín de los invasores del sur.

—¿Pretendes decirle al señor de Lothian lo que debe hacer?

Oh, su ego, se me olvidaba que es un señor supremo. Y yo una mendiga.

—Solo pretendo decirle al señor de Lothian que, después de los ataques de las últimas noches, debería tenerle más aprecio a su vida y no

ponerla en riesgo —y lo dijo sin detenerse en una palabra. Sonó tan brusca que hasta ella misma se sobresaltó.

Y yo me estoy confiando mucho y lo mismo este rollo del cuerno no me libra de la pica.

Miró los ojos de Tanarys.

Sí, sí me libra de la pica.

El reloj de arena volvió a girar y se derramó entero entre sus costillas. Cogió aire por la boca.

Las sombras no le habían permitido verlo con claridad, pero juraba que de nuevo había hecho ese gesto leve con los labios que podría haber acabado en sonrisa. Se giró, dándole la espalda.

—Y tú —dijo él—, ¿has venido a protegerme?

Intentó no tomarse a mal aquel tono irónico, teniendo en cuenta que era un hombre primitivo y que consideraba a las mujeres torpes, lentas y todas esas lindezas de la cultura patriarcal.

—Ya lo hice anoche. —Dio unos pasos hasta colocarse al lado de él—. Y lo volvería a hacer.

Lo miró de reojo, cada vez la sonrisa del lobo podía disimularse con menos fuerza. Ella tuvo que apretar los dientes para no devolvérsela como una tonta.

—¿Sin arco?

—Ya conozco las consecuencias de robar un arco. Yo sí aprecio mi cabeza —respondió y esa vez sí vio la sonrisa de Tanarys al completo.

Las bragas que dejé en el arroyo acaban de salir volando.

Y decidió mirarlo hasta que regresase aquel talante recto que le había mostrado todas las veces anteriores, pero cuando cesó aquella risa interna entornó los ojos hacia ella sin cerrar por completo sus labios.

Y yo tengo un calor que me muero.

—Sígueme, Leonor. —Volvió a darle la espalda y se metió entre los árboles.

Lo que tú digas.

Y se introdujo en un nuevo mosaico de setos, árboles y sombras a los pies del arroyo. Tuvo que apresurar el paso tras Tanarys. Este subió por unas rocas, se detuvo y se giró hacia ella alargando la mano.

Leonor miró el arroyo, aquellas piedras mojadas, resbaladizas y demasiado separadas unas de otras para un cuerpo como el suyo, sumado a llevar un vestido. Luego sus ojos se dirigieron a la mano de Tanarys y no se demoró en acercar la suya a él.

Al fin del mundo.

La mano de Tanarys era tan ancha que ni siquiera era fácil de agarrar. Pero vio que para él sí que era fácil agarrarla a ella y formarle un

cepo nivel mosquetón de escalada. Estaba segura de que, si caía, para que el agua la arrastrase tendría que arrancarle el brazo.

Aquello resbalaba más de lo que esperaba, así que centraba su equilibrio en la mano de él, que controlaba aquel paraje mucho mejor que Leonor.

Tanarys se detenía cada vez que había una roca más separada que la otra para ayudarla.

Apenas podía ver dónde ponía los pies, ni qué había debajo ni qué vendría después. Sin embargo, saltaba segura porque mientras él la recibiese al otro lado sabía que no le pasaría absolutamente nada.

Esa vez el salto parecía que tendría que ser más largo, se puso en el filo de verdina resbaladiza de la roca, apretó la mano de Tanarys y saltó lo más alto que pudo. Él tiró con fuerza de ella, la fuerza del salto no sería suficiente para llegar al otro lado. Su cuerpo chocó con algo duro, como un muro en el que rebotó. Se agarró a su ropa, por reflejo, con la única mano que le quedaba libre, cogiendo un pellizco desesperado en el que pilló ropa y algo más. Y sus pies pisaron suelo firme de nuevo.

Soltó la ropa de Tanarys enseguida, si le había hecho daño él no dijo una palabra.

Se estará haciendo el duro, pero le he tenido que dejar el pezón para colgar albornoces.

Bajó la cabeza abochornada, aún estaba en el mismo lugar en el que rebotó y no era contra una roca ni contra un muro, sino contra el pecho del señor de Lothian. Y no sabía por qué aquel pecho su imaginación lo recordaba con demasiada facilidad. Estaba segura de que tenía hasta las mejillas encendidas.

Miró hacia el arroyo, se habían alejado del campamento y no le importaba en absoluto. Sintió la mano de Tanarys resbalar por la espalda hasta el brazo y luego hasta su codo. Cerró los ojos.

Y si me lleva a la cueva del lobo tampoco me importaría.

Abrió los ojos alzando las cejas.

Para ya de pensar en cosas cochinas, que verás en el lío en que te vas a meter.

Giró la cabeza hacia Tanarys. Hasta mirándolo en la penumbra le era difícil no disparar pensamientos encadenados que siempre la llevaban al mismo punto, pegar su cuerpo al de él.

Él se apartó de ella y dio unos pasos tirando de su mano. Comenzaron a subir una colina de roca y arbustos que no era muy vertical, pero lo suficiente empinada para que siguiese necesitando la ayuda de Tanarys. Se alegraba de haber tomado una cena copiosa, después del día cabalgando las piernas no podrían con aquello.

El pie de Leonor resbaló un par de veces, sonido que sobresaltaba a Tanarys y enseguida apretaba su mano y se giraba para sujetarla.

Le estoy confirmando la torpeza de las mujeres. Aquí es que es muy difícil ser feminista.

Tuvo que apretar los labios para no reír. Una vez rebasada la copa de los árboles en altura, la luz de las estrellas dejaba ver mejor, estaban a más altura de la que esperaba. Se detuvo un momento y miró hacia atrás. Desde allí podía ver el arroyo al completo, el bosque y hasta la luz de los fuegos del campamento.

Eso es lo que quiere, verlo todo y desde abajo es imposible.

Sintió un leve vértigo en el estómago, sus pies estaban al borde de la piedra, un paso en falso en la oscuridad y no lo contaría. Tanarys esperaba en silencio a que ella contemplara aquella imagen. La capa de Leonor revoloteó a un lado, pero el frío de la noche no conseguía enfriarla del todo.

Miró a Tanarys y apretó su mano para que siguiese el ascenso. Quedaba la parte más vertical, tuvieron que inclinarse en el suelo para escalar el último trozo y llegar a la cima. Leonor tragó saliva cuando Tanarys la soltó para escalar una pared que sobrepasaba su cabeza. Pero él dio un salto y la subió sin problemas. Ella miró de reojo tras su espalda, aquella altura de mirador sin baranda, sin escalones, sin cristal, sin

absolutamente nada hecho por el hombre para facilitarle las cosas conseguía aflojarle las piernas, empujándola a sentarse en el suelo.

—Leonor. —Oyó su voz y se giró para mirarlo.

No le dio tiempo de ver nada más, volvió a hacerle un cepo con el brazo, como lo hizo desde el caballo, y alzándola en el aire la sentó en la cima.

Pero mira que es bestia.

Encogió las piernas y arrastró el culo para retirarse del borde. Aunque tampoco tenía mucho espacio donde sentirse completamente resguardada, la cima era estrecha y alargada, y por donde quisiera que mirase era un precipicio que acababa en la copa de los árboles y luego en la oscuridad. Era incapaz de ponerse en pie allí arriba, donde el aire era más intenso.

Pero a Tanarys no parecía importarle en absoluto la altura, ni el aire ni mucho menos perder el equilibrio y caer rodando. Repasaba cada esquina del paisaje buscando sonidos, luces de fuego, cualquier cosa que le indicase que su campamento estaba en peligro.

Había dejado a soldados haciendo guardia abajo, pero ellos estaban en el suelo y desde el suelo solo podía verse lo que estaba en la cercanía, quizás algunos daban vueltas por los alrededores revisando el peligro a media distancia. Pero para él no era suficiente.

Lobo de las Highlands.

Ahora quizás entendía ese nombre. Alzó los ojos hacia él, podía observarlo con detenimiento ahora que estaba pendiente de otra cosa. Puso una rodilla en el suelo, muy cerca del pie de Tanarys, y se alzó con la otra pierna.

Se apoyó en él para no perder el equilibrio si la altura volvía a aflojarle las piernas y lo hacía, lo hacía con tanta intensidad que tenía la sensación de bascular en cualquier momento y caer al vacío, como la caída que la llevó hasta allí.

Se agarró con un pellizco a la ropa de Tanarys, cuidando que esa vez solo fuese ropa lo que agarraba. Él pareció entender lo que le pasaba y le pasó un brazo por la espalda.

—No puedo ser el guardián del sur si solo veo lo mismo que ven los demás —le dijo y aquel vértigo en su estómago aumentó y no era solo por la altura.

Aflojó el pellizco en la ropa de Tanarys y se apartó levemente de él. Se giró para ponerse de frente al precipicio. Resbaló la mano por él buscando de nuevo aquella mano que le daba seguridad infinita, la apretó y dio un paso al frente colocando la bota cerca del borde. Fijó la vista en la punta de sus pies.

Cogió aire dos veces antes de levantar la cabeza. La tierra era extensa, interminable y más colinas se abrían sobre las copas de los árboles. Pudo ver el recorrido del arroyo, al completo, hasta perderse en un muro de piedra lejano.

La luz de la luna y la de las numerosas estrellas no era suficiente para apreciar la belleza de aquel paisaje que hasta en escala de grises estaba lleno de matices, pero que aun así era bonito, quizás la imagen más bonita que hubiese visto aunque estuviese mezclada con la inseguridad de su cuerpo, el vértigo en el estómago y la ligereza de las piernas.

Respiraba y espiraba por la boca un aire tan frío que podía ver el vaho perderse en el vacío que había delante de su cuerpo.

—Si te daba miedo, ¿por qué no me has pedido que paráramos? — preguntó él sin soltarla.

—Porque quería verlo. —Y merecía la pena verlo aunque fuese con miedo. Luego miró a Tanarys—. Si sabías que me daba miedo, ¿por qué seguiste?

Y esa vez sí había luz suficiente para verlo sonreír.

—Porque quería comprobar si eras capaz de hacerlo.

Leonor alzó las cejas.

¿Quería comprobar si me cagaba encima y salía corriendo? Será...

Aflojó la mano y la sacudió para soltarlo.

—¿Para reírte de mí?

Te vas a reír de tu...

Tanarys no se dejó soltar y la apretó aún más. Lo vio sobresaltarse con su gesto, dando un paso al frente, y Leonor se quedó inmóvil. Por un momento no sabía si lo que le había sobresaltado fue su forma de responderle, que demasiadas veces ya se le olvidaba quién era él y en el año en el que se encontraba. Pero no había sido eso, sino el hecho de que lo quisiese soltar de aquella manera brusca.

Leonor lo miró desconcertada, por un momento el rostro de Tanarys había cambiado por completo. Tiró de ella para que se acercase a él y se alejase del borde del precipicio. Pasó el brazo por su espalda y tiró de su ropa hacia abajo a la vez que se inclinaba en el suelo para que se sentase ella también.

Leonor se arrodilló y luego se dejó caer de lado, no sabía bien cómo ponerse. Tanarys había formado una escuadra con las piernas y una de ellas la había estirado por completo delante de ella, interponiéndola entre Leonor y el precipicio. La otra la mantenía encogida tras su espalda.

Se ha asustado.

Lo miró de reojo.

Se ha asustado mucho.

—Las personas con miedo suelen ser las que más me sorprenden — dijo él aflojando la mano—. Pero no suelen hacer estupideces como esa.

Leonor frunció el ceño. Tendría que estar abochornada por un arrebató infantil encima de un precipicio. Pero no estaba abochornada en absoluto, el calor repentino del pecho volvía a subirle por la garganta como lo había hecho antes. Tragó saliva, tendría que bajarlo de alguna manera. Cogió aire despacio.

—Pensaba que... —Lo miró, Tanarys había alzado las cejas al escucharla.

Pero yo esto no lo aguanto, ni en este siglo ni en esta vida ni en la que venga después de la pica o el barranco.

—Sí, donde yo vengo las mujeres piensan, ¿sabes? Piensan igual o mejor que los hombres. —Y verlo sonreír levemente hirvió más su pecho y el picor de la garganta—. Es más, allí las mujeres hacen exactamente lo mismo que los hombres.

Tanarys asintió sin mucho convencimiento.

—En Hispania.

—Sí, en Hispania.

Y no se lo traga.

—Ya me has visto con el arco. ¿Tienes arqueros mejores que yo?

Qué pedante ha sonado eso, pero qué a gusto me he quedao.

Él entornó los ojos.

—Posiblemente no, así que estoy deseoso de verte con la espada.

Será...

Apretó los labios, o aplacaba aquel picor o acabaría diciendo una burrada.

—¿Por eso llevas zapatos de hombre?

—No son de hombre.

Encogió el pie enseguida bajo el muslo y se lo tapó con la capa.

—¿De qué está hecha la suela?

—No tengo ni idea, no entiendo de zapatos. —No se podía creer que estuviese dando respuestas tan escuetas, secas y estúpidas al señor de Lothian. Pero hablar de sus botas no era cómodo.

—Aquí hay muchas mujeres que saben hacer zapatos. ¿Qué sabes hacer tú?

Ahí me ha pillado.

Leonor alzó las cejas levemente mientras lo miraba de reojo.

—¿Sabes coser?

—No.

—¿Arar?

—No.

—¿Forjar hierro?

—No.

Tanarys había fruncido el ceño.

En este siglo, en teoría... no sé hacer nada.

—Sé cocinar. —Algo tenía que decir.

Teniendo en cuenta que calentar túperes en microondas cuenta como cocinar.

El bochorno le llegó hasta las orejas. Acababa de decirle que de donde ella venía las mujeres y hombres hacían lo mismo y le estaba demostrando que ella no sabía hacer absolutamente nada útil allí.

Estoy quedando como el culo, mejor me hubiese callado.

Lo vio contener la sonrisa.

¿Ya no vigila? Deja ya de mirarme así. Hala, a mirar al campo.

Intentó moverse para girarse un poco, pero no le quedaba mucho espacio entre las piernas de Tanarys.

Y el corralito que me ha hecho.

No sabía cómo ponerse, allí no había forma de quitarse de su vista ni un ápice y realmente quería desaparecer.

—¿Y tú? —Alzó las cejas al escucharla—. ¿Qué sabes hacer tú?

El ataque siempre funciona como defensa.

Encogió las piernas y se las rodeó con los brazos, hacerse un ovillo y no moverse era la única manera de entrar en aquel hueco sin tocarlo. No

sabía ni a dónde mirar ante aquella leve sonrisa de Tanarys.

—Yo sí sé coser. —Levantó la capa de Leonor y esta lo apartó para que la tela volviese a cubrir las botas—. Hasta he cosido zapatos. —Se inclinó hacia ella—. Cocinar es relativamente sencillo, aunque se complica si quieres que la comida le guste a tus invitados. Sé trabajar la madera, forjar hierro, arar y hasta podría dirigir la construcción de un castillo. —Estaba tan cerca que Leonor decidió fijar la vista al frente—. Sé usar el arco, no tan bien como tú. —Le notó cierta ironía en la voz que aumentó su bochorno—. Así que lo suplo con la espada. Hablo inglés, gaélico, flamenco, franco y latín, pero mi maestro supongo que no sabía nada de tu idioma.

Ladeó la cabeza para poder verla de frente.

Vaya repaso que me está dando y eso que supuestamente el salvaje era él.

Se hizo un silencio bochornoso. Leonor metió la barbilla entre las rodillas, ya no sabía cómo hacerse más pequeña. Vio a Tanarys quitarse el broche del hombro, quizás había confundido su postura con frío, en vez de bochorno, incomodidad y tensión.

Sintió el manto sobre la espalda y aunque el frío aún no la hubiese calado se agradecía el peso. La tela de cuadros cayó por sus hombros hacia delante, cubriéndole sus rodillas. Bajó la cabeza para mirarla, recordaba el

momento en el que abrió el cofre y la primera vez que la tocó. Ladeó la cabeza, cerca de sus pies estaba el broche dorado de la cabeza de lobo. Entornó los ojos hacia él. Acercó un dedo para pasarlo por los picos que emulaban el pelo, los mismos que le hicieron el corte en el costado que ahora le picaba.

—¿Por qué un lobo en las Lowlands? —preguntó, recordando que al grupo de Neil le sorprendía que un Úlster fuese un señor del sur.

Tanarys sacó la espada de su funda, ya Leonor se había fijado en que con tal inflexible objeto era bien complicado estar sentado en el suelo con libertad.

—El antiguo rey dispuso un matrimonio que uniera las bajas y altas tierras. Mi padre, un Douglas del sur, y mi madre, una Úlster del norte. Cuando nací el rey decidió dejar las tierras de Lothian a mi cargo.

Leonor no dejaba de mirar al lobo.

—¿Y por qué solo llevas los símbolos de los Úlster? —Se puso el broche en la palma de la mano. Volver a tocar aquellos objetos en su verdadera época no dejaba de ser extraño.

Tanarys no dejaba de mirarla a ella.

—¿Qué sabes tú de los Úlster si nunca has estado en Escocia?

Se sobresaltó con la pregunta de Tanarys.

—De oídas, quiero decir... también tuve un maestro.

La madre que me parió.

No quería ni mirarlo.

—¿Y qué sabía tu maestre de los Úlster?

Albaaaa, la estoy cagando por segundos.

—Poco.

—Reconoces los símbolos, no es poco.

—El símbolo del lobo. —Movi6 la mano quitándole importancia—.

Vuestro lema es... «Acude a la llamada».

Lo miró de reojo, 6l tenía las cejas alzadas, expresión que ya reconocía de 6l, se estaba creyendo la mitad.

—También me habló de los cuervos.

Tenía que desviar la conversación como fuera.

—¿Qué te dijo de los cuervos? —Y lo estaba consiguiendo.

—Que tenían tierras en el sur hasta el siiig... —Se había apresurado demasiado a responder, tanto que estuvo a punto de decir algo que no debía. Entornó los ojos y movió el dedo índice en el aire.

—¿Hasta el qué?

Siglo, no puedo decir siglo.

—Hasta el siiiiiggguyente país, que sus tierras estaban en la frontera.

—Apretó los dientes.

He cogido carrerilla en meteduras de pata y no paro.

—¿Y qué más?

Como empiece a hablar y cuente algo que todavía no haya pasado me voy a tener que tirar por este barranco sin que nadie me empuje.

Tenía que medir bien el tiempo exacto, un año de confusión la haría cagarla. Recordó un profesor en la facultad que le anulaba las preguntas enteras cuando erraba en las fechas.

Se mordió el labio inferior.

—Vuestro rey David está preso desde hace unos años, es el sobrino del rey Bruce el que gobierna Escocia. —Comprobó la aprobación de Tanarys. Leonor entornó los ojos—. James Douglas entonces es tu...

—Abuelo.

—Vale, abuelo —lo dijo en un murmullo, encajando las piezas.

Ya voy afinando.

—Y William, el conde de Douglas, es tu... —Volvió a hacer el mismo gesto con el dedo.

—Primo. —En ese momento sí que lo tenía sorprendido—. Hace un año mi primo recibió las tierras de mis tíos. Pero no es conde, solo señor de Douglas.

Pues lo vas a flipar cuando lo hagan conde. Espero no estar por aquí esos días, iría directa a la hoguera.

—Pero no está ahora en Escocia, fue a negociar la liberación del rey.

Que le eche paciencia el chaval, quedan dos años para que lo liberen.

—¿Y todo eso lo sabía tu maestre?

Leonor asintió con convencimiento.

Y eso que no le eché mucha cuenta al maestre Neil que si no te suelto aquí hasta el grupo sanguíneo.

—Un hombre sabio.

—Sí, es sabio pero imbécil. El conocimiento no lo es todo. De hecho, aquí hubiese sido más inútil que nosotras —negó con la cabeza, lo vio sonreír—. No puede ni sostener una espada sin ayuda. Ya tendría la cabeza en una pica como poco.

La sonrisa de Tanarys se amplió y hasta pudo oír una carcajada.

Y no queda casi nada del señor de Lothian que conocí ayer.

Tenía aún el broche del lobo en la mano, el manto sobre los hombros y la espada de Tanarys delante, casi rozando la punta de sus botas. Todo podía reconocerlo, eran los mismos, la sensación surrealista le sacudió el cuerpo. La sensación extraña que le confirmara como cercanos a personas cuyos nombres solo vio en los libros y de las que ya no quedaba nada salvo objetos.

Cogió aire por la boca. Aquello también ocurría con Tanarys. En su mundo solo quedaban sus objetos, el cuerno, la espada, el broche, el manto,

aquel arco con flechas de los Hunter y un cuerno que ahora se había multiplicado por dos. El pecho comenzó a punzarle al ser consciente de que al tiempo solo podían sobrevivir ciertas cosas. Y cuando regresase ellos, él, no existirían más que en su mente. Y ella tendría que devolverle el cuerno a maestro Neil.

Y no quiero devolvérselo.

No iba a pensar eso en ese momento en el que ni siquiera sabía si podría volver. Aún le quedaban más formas de probar. Quizás el cuerno por sí solo no funcionaba, quizás necesitaba el resto de objetos cerca, o al menos alguno. Quizás necesitaba una herida, en todas las historias de conjuros raros se necesitaba sangre y ella había sangrado. Sonaba lejano, no sabía cómo ni cuándo.

Miró a Tanarys.

—No me has respondido antes, ¿por qué los símbolos de los Úlster?

—Le devolvió el broche. Tanarys lo cogió y bajó la barbilla para mirarlo.

—Porque entre mis dos mitades es evidente que ganó la sangre de los Úlster.

Leonor alzó las cejas.

Magnífica genética de los Úlster, qué gran aporte a la raza humana, por Dios.

Desvió la mirada hacia el precipicio, a ver si con el vértigo se le paraba la cadena de pensamientos que no venían a cuento.

—Y ahora hay Úlster en el sur —añadió ella apoyando la barbilla en sus rodillas, cuanto más abajo del precipicio mirase mejor.

—Solo hay los que vinieron conmigo —respondió—. A los Úlster no les gustó nunca convivir con el resto y cada vez estoy más convencido de que era lo mejor.

Aquellas palabras le resultaron más que curiosas, correspondían con aquel aire distante inicial del señor de Lothian, aunque ya estaba comprobando que el lobo tenía mucho más de lo que mostraba. Y le estaba encantando descubrirlo.

—Algo pasa cuando la sangre de los Úlster se mezcla con el resto. No va bien —negó con la cabeza y Leonor levantó la cabeza de las rodillas, su curiosidad aumentaba.

—¿Por qué no va bien? —Le dolía la espalda y la inclinó hacia atrás, justo donde estaba la rodilla de Tanarys. Él la movió para darle más margen de movimiento. Comenzaba a sentir presión en la nuca y un leve mareo, la oscuridad aumentaba el sueño.

—Es como una maldición.

Una maldición medieval. Venga, vamos a ver qué es lo que no entienden.

—Yo fui el primero y el único en nacer fuera de las tierras del clan.

Leonor alzó las cejas, cada vez le pesaban más los párpados.

—Ninguno de mis hermanos llegó a nacer.

Me lo has puesto muy fácil.

—En cuanto al resto, aquí en el sur —negó con la cabeza—, las mujeres mueren. —Apretó los párpados.

Lo de los hombres y los partos es bien antiguo, aunque batallen en guerras les da un repele que se mueren. También es que estas pobres criaturas tienen que parir en unas condiciones lamentables. Morirán a montones.

—Los niños son demasiado grandes y mueren sin poder salir. Los galenos intentan sacarlos, pero solo consiguen que ellas mueran.

Madre de Dios.

Se sacudió al oírlo, no tardó en imaginarse la carnicería. Volvió a sacudirse.

—A ver. —Tenía que quitarse aquella imagen de la mente o el mal se le extendería por el resto del cuerpo y tendría pesadillas—. Lo primero. —Tanarys puso tanta atención en lo que iba a decir que ella se detuvo contrariada. Pensó la mejor manera de explicarlo—. Llevas razón en lo de la mezcla de sangre. A veces pasa, hay sangres que al mezclarse...

Joder, esto es como lo del huevo frito de Einstein. Explica cómo se fríe un huevo sin que el otro sepa qué es un huevo, ni una sartén ni el aceite.

—Imagina que unos tienen la sangre blanca y otros de color negro.

—Todos tienen la sangre roja.

No me mires como si fuese tonta.

—Sí, pero no todas las sangres son iguales. Las hay blancas y negras, y dentro del blanco y del negro hay más colores. Pero si una mujer de sangre negra tiene descendencia con un hombre de sangre blanca, con el primer hijo no habrá problema, pero ya no podrá haber más.

—Entonces es una maldición.

—No es una maldición. —Contuvo un bostezo—. De hecho, de donde vengo, eso se arregla con... un preparado de plantas.

Espero que no se lo tome como brujería.

Tanarys frunció el ceño. No sabía si le había sabido explicar aquello de sangre positiva y negativa y qué ocurría si la madre era RH negativo y el padre no. Un clan que no se relaciona con ningún otro se podía traducir en procrear entre familia continuamente, con lo cual, eran todos RH negativo y no habría ningún problema. Pero los negativos no eran muy comunes, así que encajaba lo que Tanarys decía de su madre. Sin analíticas ni nada que

pudiese identificar el RH sería tremendamente complicado acertar con alguien compatible.

—En cuanto a lo segundo. —Ladeó la cabeza—. ¿Habéis probado con no casar a niñas en estos casos? —Y su tono sonó a reprimenda.

Tanarys se sobresaltó.

—No somos unos salvajes, no casamos a niñas con nadie.

Claro, con catorce ya son mujeres, ¿no?

—Más mayores. —Era tremendamente difícil entenderse desde kilómetros de distancia a pesar de estar uno junto a otro.

—Es lo primero que pensé y el resultado es el mismo. ¿En Hispania también tenéis remedio para esto? —y lo preguntó con cierta ironía.

Claro que sí.

No respondió, tampoco vio que él creyese del todo nada que viniera de esa Hispania que le estaba presentando algo diferente de lo que él habría oído.

—¿Nunca ha habido señora de Lothian? —Si no preguntaba reventaría.

—No.

Esa incomodidad repentina me está encantando. Y yo ya me estoy pasando con las preguntas. Se me olvida quién es y hasta se me olvida dónde estoy.

Lo miró con disimulo.

Para no olvidarme.

Apoyó la frente en las rodillas y cerró los ojos.

Si ni siquiera sé cómo estoy cuerda después de estos días.

Sintió un leve mareo, el cansancio la estaba venciendo. Sentía cierta presión en la cabeza, no estaba acostumbrada a tantas horas a caballo y aún menos a la vigilia nocturna. La oscuridad le aumentaba la soñolencia. El mareo se hacía notable. Notó la pierna de Tanarys a su espalda, haciéndole más presión que antes, se dejó caer levemente en ella y al hacerlo su espalda se relajó y el dolor se disipaba.

Perdió la noción del tiempo sin abrir los ojos, una duermevela en mitad del silencio que solo rompía el ulular de las aves nocturnas y algún que otro aullido de lobo lejano. El otro lobo, el que tenía cerca, continuaba en silencio de nuevo pendiente de los alrededores.

Se sintió ligera y luego pesada al caer, sensación que la hizo sobresaltarse en un reflejo que la espabilaba unos segundos para volver a apoyar la frente en sus rodillas y cerrar los ojos.

El sonido de las aves nocturnas se alejaba.

OceanofPDF.com

Tanarys

Sabía que era cuestión de tiempo, Leonor se dormiría. Hacía rato que había sentido el peso de su espalda sobre la pierna, aunque la vio poner todo de su parte para no dejarse caer en él antes de dormirse del todo. Acabó abandonando su cuerpo después de aquellos sobresaltos repentinos, como si realmente estuviese a punto de caerse colina abajo.

Fue resbalando la pierna poco a poco para inclinarla, hasta que la logró tumbar del todo. Le extendió el manto para que la cubriese por completo, desde las orejas hasta los pies. Sentía el calor de su cara sobre la rodilla, esperaba que al menos pudiese descansar lo suficiente para seguir otro día de camino.

Había sido egoísta por su parte llevarla con él. Leonor debería estar con el resto, cerca de un fuego, arropada con mantas y junto a las otras mujeres. No en una colina, no con él. Que el sonido la hubiese llevado hasta allí no significaba que aquella mujer le perteneciese en absoluto.

Cerró los ojos un instante y espiró con fuerza.

«Considéralo un regalo». Hasta pudo oír la voz de su madre cuando se lo dijo. Abrió los ojos y miró a Leonor. Ella había vuelto a hacerse un ovillo, esa vez de lado. Le había apoyado una rodilla en el talón.

Inconscientemente buscaba la postura más cómoda, todo lo cómoda que pudiese estar, teniendo en cuenta que dormía sobre piedra.

No se detendrían mucho tiempo en tierra de los MacLeod, si se daban prisa, llegarían antes del anochecer siguiente al castillo Lockhart y allí Leonor podría descansar mejor.

«Hazlo sonar porque un día la persona destinada a protegerte acudirá en tu ayuda, no importa lo lejos que esté, podrá oírte. Y tú también podrás oír su llamada.

Hazlo sonar, el sonido la llevará hasta ti. Y cuando llegue a ti considéralo un regalo. Va a salvarte, va a salvarte tantas veces como haga falta. Es lo que las ancianas pidieron para ti, fuerza y protección, y para ello tuvieron que unir la lealtad más insobornable, de las que no piden condiciones, y la verdadera devoción, el amor incapaz de corromperse con nada que pueda encontrar en este mundo. Es tu regalo, Tanarys, el que te hicieron los lobos de las Highlands».

Miró su espada.

Fuerza, protección, lealtad, devoción.

La espada, el arco, el broche y el cuerno.

Volvió a mirar a Leonor, podía oír su respiración tranquila. Ya estaba asimilando que su regalo tuviese forma de mujer, una mujer bastante peculiar por lo que iba comprobando, con unas acompañantes tan extrañas

como ella. Un regalo que, tal y como estaba viendo, ni siquiera era capaz de cuidarse muy bien solo. Un regalo hermoso, Leonor era bella, tanto como para hacerlo perder la noción del tiempo aquella noche de vigilia, noche que podría pasar entera tan solo mirándola mientras dormía.

Su regalo tenía cierto nervio, a ratos lengua descarada, otros podía hacerlo sonreír sin remedio, un regalo demasiado temeroso para ser protector, pero ya había comprobado que el miedo no la detenía. Y como había aprendido desde hacía tiempo, las personas con miedo solían ser las más valientes cuando se daba el caso porque sabían bien dónde estaba la diferencia entre el valor y la temeridad, y ahí solía estar la clave de la victoria. Aunque ese punto temerario Leonor no parecía ubicarlo bien. Aún se le aceleraba el pecho recordando cuando ella se sacudió en el extremo de la roca sin considerar que pudiera caerse.

Le subió el manto para taparle la nuca. Tenía los tirabuzones de Leonor esparcidos por la pierna, dorados como los de una niña. Una imagen dulce e inocente cuando dormía aunque eso no correspondiera del todo con su dueña despierta. Aún menos si se le daba una flecha y un arco.

Sonrió. Su regalo era terriblemente complejo y tremendamente embaucador. Y, sí, había sido un egoísta al tenerla allí en medio de la noche. Pero tenerla cerca, que siguiese con ellos el viaje y que permaneciese entre los suyos ya no estaba siendo bastante.

OceanofPDF.com

Leonor

Le dolía la parte exterior del hombro, donde había dejado caer parte considerable de su peso.

—Leonor. —Lo oyó susurrarle, pero los ojos se resistían a abrirse.

No me puedo creer que me durmiera.

Comenzó a recordar dónde quedó su final consciente en la noche. Entreabrió los ojos y se encontró con parte de la pierna de Tanarys.

Leches.

El dolor de hombros no le impidió retirarse de un salto, notando el mareo de erguirse de manera repentina. Aún estaba oscuro, no podía ver bien. Arrastró el culo en el suelo para apartarse de él aún más.

En qué momento he acabado durmiendo en su pierna. La madre que me parió.

Volvió a apartarse de él.

—Para, te vas a caer. —La agarró del brazo y con la otra mano la atrajo hacia él.

La penumbra empezaba a tomar forma. No sabía cuánto tiempo habría dormido. Le dolía el brazo, el hombro, el cuello apenas lo podía mover, y hasta la cara.

Si me queda cara ya. Qué vergüenza, por Dios.

Se llevó la mano con rapidez a la comisura de la boca, ya lo único que le faltaba comprobar era que le hubiese echado la baba encima al señor de Lothian, para tirarse de cabeza por el barranco.

Miró a Tanarys de reajo, este sonreía con ironía.

—No me fiaría mucho de tus guardias nocturnas. —Lo oyó decir.

Ya empezamos. Bien temprano.

—Hubieses traído a un soldado, no a mí. —Soñolienta y sin haber descansado bien, su cordialidad era complicada.

La sonrisa de Tanarys aumentó.

—La mayoría de soldados acaban haciendo lo mismo que tú. —Le echó los rizos hacia atrás del hombro—. Con la diferencia de que ellos hacen demasiado ruido cuando duermen y no dejan de moverse. Te prefiero a ti.

Alzó las cejas, había quedado inmóvil desde que vio a Tanarys acercar la mano hacia su pelo.

—Va a amanecer, hay que volver. —Se puso en pie y volvió a colocarse la espada.

Leonor seguía sin moverse. Lo sintió bajar aquel primer escalón grande de la colina.

Ha dicho que me prefiere a mí.

—Leonor. —Aquel tono le recordó a su madre la tercera o cuarta vez que la tenía que llamar para que se levantase.

¿Porque yo no ronco?

—Leonor. —Y esa vez tiró de su capa—. Vamos.

Me prefiere a mí.

Tanarys se impulsó en el borde de la piedra y agarró sus botas. Tiró de ellas y la hizo desplazarse y resbalar. Pero la sostuvo en el aire antes de que sus pies tocasen el suelo.

Se sujetó en sus hombros, era cierto que el cielo estaba clareando levemente porque pudo ver su rostro con más nitidez. En la cercanía hasta se podían apreciar unas diminutas motas amarillas en los ojos verdes de Tanarys. El vértigo ya no sabía si era por la colina, por la leve caída o por estar pegada a él.

Pero es bruto de cojones, la madre que lo parió.

La colocó en el suelo.

Me he raspado todo el culo.

Se sacudió el vestido, tendría la piel levantada, le escocía. Tanarys había recogido el manto de cuadros rojos. Se lo colocó a Leonor sobre los hombros, cruzándoselo en la parte del pecho para dejárselo caer en el otro hombro, como solían llevarlo ellos. Allí le puso el broche del lobo para sujetarlo.

Le cogió ambas manos y tiró de ellas para que lo siguiese, luego le soltó una para darle la espalda y comenzar a bajar, apretándole bien la otra.

Rodando no caigo, desde luego, me va a cortar la circulación.

La bajada era más sencilla que la subida, sobre todo cuando después de un traspiés estaba la espalda enorme de Tanarys. El agua del arroyo cada vez se oía más cerca.

Él se detuvo y Leonor tuvo que volver a sujetarse en él para frenarse. Inclínó su cuerpo para asomarse a la izquierda de la espalda de Tanarys, que ocupaba todo su campo de visión, tenía curiosidad por saber qué había llamado la atención del lobo de las Highlands.

El amanecer le daba al agua un tono plateado. Un grupo de ciervos bebían a los pies del arroyo, al otro lado. Todos eran de distintos tamaños y hasta podía diferenciar sus tonalidades, la imagen parecía sacada de un documental. Sonrió por reflejo ante aquella visión tan maravillosa.

Notó a Tanarys girar su cabeza hacia ella, así que se irguió para oír qué tenía que decirle.

—No deberías separarte de un arco.

¿Qué dice este?

Uno de los ciervos alzó la cabeza hacia ellos. Su gesto alertó a los demás. Todos huyeron perdiéndose entre los árboles.

—Son rápidos, pero tú también —añadió él.

Conmigo no cuentes para eso, que no, que no.

—No pienso matar a nadie. —Lo rodeó y se acercó al agua.

Tanarys tenía el ceño fruncido, seguía sin avanzar.

—Son ciervos.

—Sí, y están vivos. No voy a ser yo la que cambie eso.

—Anoche comiste ciervo.

No se atrevía ni a mirarlo, las orejas le ardían, tenía que parecer imbécil diciendo aquello. Pero no iba a largarle un rollo de sentimiento animalista a un hombre de la Edad Media porque, como poco, iba a mandarla a tomar por culo.

—El de anoche no estaba vivo.

Aún con el ceño fruncido, alzó las cejas sin dejar de mirarla.

—¿Ya no hay prisa? —Cuanto antes acabase aquella conversación, mejor.

Tanarys dio unos pasos hacia el arroyo, pero no le quitaba el ojo de encima.

—Lanzas flechas con firmeza y la seguridad de un arquero o un cazador, pero no tiras a matar, ni siquiera a producir una herida complicada. Tampoco lo usarías para cazar. ¿Con qué fin te enseñaron a manejarlo? —Tenía a Tanarys a dos dedos de su hombro—. Y ¿con qué fin desarrollaste tanto esa destreza?

No era un imbécil, sabía que para llegar a su nivel de tiro se necesitaba tiempo y horas de trabajo. Innumerables horas. Recordaba su época en el centro de alto rendimiento de Madrid durante los dos años previos a las Olimpiadas. Horas y horas de trabajo tan solo para dar en el centro de una diana en una competición, no para alimentarse, no para sobrevivir, no para salvar a un pueblo. Algo que resultaría realmente inútil a ojos de un hombre primitivo.

—En... donde yo vivía —el comodín eterno—, había torneos. Y los premios eran muy buenos.

Las cejas de Tanarys se volvieron a alzar.

—¿Las mujeres...?

—Ya te he dicho que sí, que allí las mujeres pueden hacer todo lo que hacen los hombres y a nadie le parece mal.

Lo miró, la frescura de su respuesta pareció convencerlo o al menos ser suficiente para no rebatirle.

—¿Qué premios eran?

Leonor sacudió la mano.

—Dinero y comida.

—¿Solo dinero y comida?

Si te dijera que el premio solo fue una medalla, te partirías de la risa en mi cara.

—Mucha comida —añadió, rebasándolo y colocándose a los pies del arroyo.

—Practicar durante... seguramente años para ganar comida que podrías conseguir tú y solo porque no quieres cazar. —Lo vio hacer un gesto con la boca.

Por mucho que invente o lo adorne suena estúpido, sí.

Tanarys se subió a la primera roca, Leonor lo siguió y se le resbaló la suela, la humedad era mucho mayor por la mañana. Él la sujetó evitando que cayera al agua.

—No sé cómo será todo en tu Hispania, pero aquí con esa actitud tuya no sobrevivirías mucho.

Eso lo sé yo.

En algo estaban de acuerdo y era evidente que era torpe en todas las materias allí. Sus amigas no se quedaban atrás, en un mundo tecnológico como del que procedían no hacía falta hacer esfuerzo para prácticamente nada. Y allí el esfuerzo, cada día, era parte de la propia supervivencia.

Saltó cada roca y no recordó haber puesto el pie en alguna sin resbalar. Cuando llegó a tierra firme de nuevo y sus pies se clavaron en el suelo espiró con fuerza.

—En Hispania debéis tener muchos puentes. —Regresaba aquella ironía de Tanarys.

—Sí, muchos. Y muy bonitos, por cierto. —Le soltó la mano y lo adelantó en el paso.

Le diga lo que le diga ya no se lo va a creer.

—El puente de Triana, precioso. La Barqueta, el puente del Alamillo... Uff... y el puente del quinto centenario, enorme. Cabrían cientos de carros a la vez.

Se giró para mirar a Tanarys.

Tengo mucha fe en el salvoconducto del cuerno. Lo mismo me equivoco y me cuelgan en cuanto lleguemos al campamento.

Se detuvo, esperando a que él avanzase hasta llegar ella.

—Y con esas maravillas que cuentas de Hispania, ¿por qué acabaste en tierra inglesa y luego aquí? —continuaba su ironía.

Lo de aquí es cosa tuya.

Entornó los ojos hacia Tanarys, que se detuvo a su lado.

—Yo no sabía que era tan maravillosa hasta que salí de allí.

Y de todo lo que le había dicho fue lo único que acabó con la expresión irónica de Tanarys.

—¿Por eso quieres volver?

Soportó la mirada de Tanarys a pesar de la cercanía y de la luz de la mañana.

—No pertenezco a esto. Tú lo has dicho, no sobreviviría. Claro que quiero volver a casa. Las cuatro queremos volver a casa.

Tuvo que apartar la mirada de él y volver a adelantarse. No respondió, no esperaba respuesta. Suspiró, era tremendamente angustioso pensar en la vuelta a casa sin ni siquiera saber el cómo.

Comenzó a oír voces, se acercaba al campamento. Se giró hacia Tanarys y se llevó la mano al broche para quitarse el manto y devolvérselo. Él le sujetó la mano para que no lo hiciera, gesto que la hizo alzar los ojos hacia él. Estaba cerca y la luz era plena ya, podía verle el rostro claramente, aquellas motas tornasoladas en los iris verdes y la curva que le formaba la barbilla, que era similar a como se enlazaban las colinas que los rodeaban.

—Es temprano y hace frío.

Leonor abrió la boca, estuvo a punto de decirle que el de los Black les había llevado unas pieles para calentarse, pero cerró la boca de inmediato, le gustaba más la idea del manto de Tanarys. Sonrió.

—Gracias.

Y el vértigo de la colina quedó en nada comparado a cómo reaccionó su cuerpo a la expresión que puso Tanarys. Aunque no le dio mucho margen de verla, él enseguida se adelantó a ella para acudir al campamento.

Madre mía.

Espiró aire despacio y siguió caminando hasta llegar al campamento. Sus amigas ya estaban de pie, algo había dicho Inés al verla que Paula hasta le dio una palmada en la barriga mientras reía.

Llegó hasta ellas, se alegraba de que hubiesen descansado y que siguiesen teniendo ganas de reír.

Paula miró la capa y se detuvo en el broche.

—El cuerno de los Úlster, el manto de los Úlster y el broche —la señaló con el dedo—. Eso es enchufe y lo demás tonterías. Vaya crac que está hecha la Leo.

Rompieron en carcajadas las tres y Leonor ya no se alegró tanto de que tuviesen ganas de reír.

Vaya caminito que me queda.

—Mil veces que me he despertado hoy y ver que no volvías —Alba suspiró.

—Y las mil veces nos ha despertado a nosotras para decirnos que no estabas. —Inés le dio a Alba con una de las pieles en el culo.

—A lo importante. —Paula se acercó a ella—. Si te has ventilado al lobo, estas dos me deben una pasta.

—¿Qué dices? Claro que no.

Alba se acercó a ella también.

—¿Has descubierto algo?

Leonor alzó las cejas.

—La espada de repuesto. —Oyó murmurar a Paula y las carcajadas de Inés sobresaltaron a los soldados.

—Shhh. —Alba lanzó un manotazo, pero dudó a cuál de las dos darle y quedó en el aire.

Inés, aún riendo, se acercó para escuchar si tenía algo que decir.

He descubierto que el señor de Lothian es bastante diferente a lo que imaginaba, he descubierto que sonríe y que me encanta cuando lo hace. Que es bruto a más no poder, pero tiene más conocimiento que cualquier fulano que puedas encontrar en las juergas de la edad moderna. Que me gusta que me mire aunque lo haga con esa ironía que a ratos gasta conmigo. He descubierto que me gusta tenerlo cerca, que ahora preferiría volver a dormir con su pierna como almohada que en un colchón de látex y que creo que a él le gusta mi compañía más de lo que puedo asimilar. Ah, y también he descubierto que seguramente sea RH negativo. Que no tiene ni ha tenido esposa. Y que es nieto del guardián de Escocia.

Paula la miraba a pocos centímetros de su cara, tan cerca que Leonor tuvo que retirarse.

—Lo dicho, la espada de repuesto —repitió y en ese momento sí se llevó el manotazo de Alba.

Inés cogió la tela de cuadros.

—Esto es muy *heavy*. Es igual que la que encontramos —dijo su amiga—. Tócala, Alba.

—Ya sé que es igual y hasta puede que sea la misma.

—Esto es de locos —Paula negó con la cabeza.

Inés soltó la tela.

—¿Has dormido? —le preguntó.

—He dormido. —Bostezó.

Paula se había inclinado hacia ellas.

—¿Con este? —preguntó. Inés rompió en carcajadas de nuevo.

—Él no ha dormido. —Leonor se apartó de ellas o no la dejarían en paz.

—¿No ha habido nada? ¿Ni un morreo? —La mano de Alba voló de nuevo en el aire, esa vez Paula consiguió zafarse.

Inés se alzó de puntillas.

—A ver si sois capaces de encontrar entre tantos a nuestros caballos de ayer —resopló—. Tengo unas agujetas que me muero.

Las vio retirarse de repente, todas a la vez, como si ella desprendiera un hedor insoportable y necesitasen alejarse a una distancia considerable.

Se giró para ver qué había hecho para que salieran espantadas.

Apretó los labios para no sonreír como una imbécil cuando lo vio acercarse. Bajó la vista para ver qué llevaba Tanarys.

No puede ser.

Se detuvo frente a ella.

—Es más pequeño que los que usan los hombres de Alastor, te será más cómodo. —Se lo acercó—. Es tuyo.

Acercar su mano a aquel arco sin temblar le resultaba tremendamente difícil.

No puede ser.

Tanarys lo soltó dejando el peso del arco en su mano. Le brillaron los ojos y abrió la boca para coger aire.

Él alzó el carcaj con las flechas.

—Si necesitas más, se las pides a Alastor.

Leonor solo fue capaz de levantar el brazo para meterlo en la correa del carcaj y Tanarys se lo colocó sobre el hombro. Ella apenas podía reaccionar.

El señor de Lothian no se detuvo mucho en ella, estaba comprobando la diferencia entre el Tanarys a la vista de todos y el que ella había logrado ver en el bosque. Siguió inmóvil mientras él se alejaba, digiriendo lo que llevaba al hombro y en la mano.

Sus amigas se acercaban de nuevo. Miró a Alba, apenas podía verla con claridad, los ojos se le habían humedecido por completo. Leonor abrió la boca, pero era incapaz de hablar, negó con la cabeza.

—Hostia puta. —Inés se inclinó para ver el arco.

—A Neil no le gustaría —reía Paula—, casi le haces un *piercing* con este arco.

Leonor bajó la mirada hasta su propia mano para volver a verlo.

—No puede ser mío —murmuró.

Inés lo empujó con el dedo.

—¿Y si era el arco o el broche? ¿O todo junto? Como las bolas de dragón —dijo—. Solo nos faltaría la espada.

Se irguió mirando a Leonor.

—Tía, reacciona, que no te han pedido matrimonio. Te han regalado un arco.

Espiró aire con fuerza.

—Un arco que encontramos en un cofre setecientos años después.
—Miró a Inés—. Yo misma he lanzado flechas con este arco setecientos años después.

Hasta que una de ellas se perdió en la nada. Comenzó a hiperventilar.

—No encontramos la flecha —añadió—, ¿y si ella fue la primera en caer al otro lado?

Alba la miró sin decir nada.

—Una flecha cabe por un agujero pequeño. —Comenzaba a tener cada vez más sentido—. Y el sonido a través de otro más pequeño aún, por eso se escuchaba lejano. —Sacudió la cabeza—. Y luego se hizo grande.

Dio un paso hacia Alba y puso una mano en el brazo de su amiga. Giró la cabeza hacia donde estaba Tanarys con el resto.

—Él lo abrió, por eso yo podía oírlo aunque él se moviese por las Lowlands. El agujero está siempre cerca de él.

Y las piernas se le hicieron ligeras como en el borde de la roca.

Y cerca de mí.

El agujero estaba la primera vez donde el coche hizo aquel movimiento extraño, la brusquedad de un objeto que no cabría por un espacio pequeño. Entonces ella no estaba pendiente del sonido ni de la carretera, si el cuerno ya sonaba, no le prestó atención. Recordó el tintineo metálico previo a la llamada. Apretó el brazo de Alba.

—Espadas —murmuró y volvió a sacudir la cabeza.

Y por qué yo.

Él lo abrió y ella lo hizo grande para poder caer a través de él. Miró el arco de nuevo, ahora era su arco, el que acabaría en un cofre junto a la espada de Tanarys, su manto, el broche del lobo y aquel cuerno que llevaba en el cinto.

Todo era tan complicado de asimilar que comenzó a sentir un leve mareo. Alba la notó bascular y le agarró la axila.

—Sujétala ahí, a ver si se va a caer. —La oyó decir.

Inés la sujetó al otro lado.

—No te habrá dado este tío nada raro, ¿no? Que aquí todas las drogas son legales y esta gente las usaba para todo.

—Toma agua, anda —dijo Inés—. Estará medio deshidratada con el miedo a ponerse mala de la barriga.

Notó la humedad en los labios, no recordaba que tuviese tanta sed hasta que empezó a sorber y no podía parar. Alba tuvo que retirarla.

No podía saciar la sed, como tampoco podía saciar la curiosidad del porqué estaba pasando todo aquello.

La ayudaron a sentarse en el suelo.

Leonor

Estuvieron horas cabalgando, el castillo que en la mañana podían ver a lo lejos se hacía cada vez más grande. Entre el dolor acumulado en las ingles y los aductores, y el raspón del culo era tremendamente incómodo ir a caballo.

Apenas había visto a Tanarys en todo el camino, no había podido devolverle el manto, aunque tenía que reconocer que le gustaba más el tacto de aquella tela que el de su capa.

Esa vez el pueblo estaba completamente pegado a los muros del castillo, que permanecía con las puertas abiertas y en su interior se podía apreciar el bullicio de demasiada gente, como si el patio del castillo fuera una extensión del propio pueblo.

Entornó los ojos, estaba comprobando que, a pesar de compartir tierras cercanas y época, cada clan tenía su forma de vida. El castillo de los Black era más lejano y no solo por la altura en la que estaba construido o por la distancia que lo separaba del pueblo. En solo una noche pudo comprobar que los Black no eran tan confiados como los MacLeod.

—Niña, llevas pillada la capa con la correa del caballo. —Oía decir a Inés, seguramente a Alba que era la que llevaba la capa más larga.

Oírlas hablar de una manera tan contemporánea, en medio de aquel decorado medieval absolutamente sin falta de detalle, hacía que aquello pareciese el rodaje de una película y ellas los figurantes.

El arco, tal y como dijo Tanarys, era más pequeño y cómodo. Podía llevarlo colgado junto al carcaj sin que le molestase al cabalgar. Algo que era realmente imposible con las medidas de los arcos de los arqueros que tenía alrededor.

Comenzaron a andar de nuevo, los soldados se fueron abriendo para rodear el pueblo.

—¿Izquierda o derecha? —preguntó Paula a su lado.

—Pues donde haya menos cola. —Inés se inclinó para poder ver cómo se abrían las olas para desviarse—. No te vayas a quedar ahí en medio estorbando, que te conozco. Paula y las decisiones simples.

—Leo, déjame una flecha. —Paula se apoyó en la silla para girarse—. Que se la voy a meter a esta por donde yo me sé.

—Queréis *callarse* ya. —Alba metió el caballo entre los de ellas dos—. Vaya viajecito que estáis dando.

Inés miró a Alba de reojo.

—Ya —volvió a reprenderle Alba para que no dijese ni una palabra más. Se adelantó y se dirigió hacia la derecha—. Y aquí mejor que no abráis la boca ninguna de las dos.

Inés le hizo una morisqueta, Leo comenzó a reír. Se detuvieron, los soldados amarraban los caballos a unas barandas de madera. Leo descabalgó junto a Inés. Se giró, pero casi chocó con uno de los soldados. Alzó los ojos, era Alastor. Comparado con el *laird* de los Black, Alastor era muy joven. Supuso que todo dependería de la supervivencia de los mayores y allí esta era algo imprevisible.

—Vengo a deciros —comenzó—, que estáis invitadas a comer en el castillo. Saldremos a primera hora de la tarde. Estaréis mejor con nosotros que entre el resto de los soldados en el caso de que decidáis aceptar, claro.

Leonor abrió la boca para responder, pero vio la expresión de Inés.

No, por Dios.

—Espera, que tenemos que preguntarle a nuestra madre —le soltó tan fresca que Leonor tuvo que apretar los labios para no reír. Se giró hacia Alba, que con los caballos no podía verlas ni a ellas ni a Alastor. Leonor tuvo que apretar aún más los labios esperando ver la reacción de Alba—. ¡Mamá! Que pregunta el muchacho que si queremos ir a comer al castillo.

Alba se inclinó para asomarse y emblanqueció. Leonor tuvo que girarse y darles la espalda, disimulando con las correas del caballo, ya no podía aguantar más la risa. Miró a Alastor de reojo, decir que estaba desconcertado era poco, contando con que Inés usó el idioma común.

Se llevó la mano a la boca.

—Sí, claro, será un honor. —Alba no se atrevía ni a acercarse. Leonor se tuvo que meter parte de los dedos en la boca para detener las carcajadas.

Alastor dio un paso atrás, cuanto más tiempo pasaba entre ellos más podía ver la diferencia entre sus talantes. Alastor era inusualmente refinado, como le ocurría a los Black, aunque estos eran más altivos y, también decirlo, imbéciles. Sin embargo, el *laird* de los Hunter las trataba con cierto respeto aunque vistiesen harapos.

—Gracias —le dijo Leonor y Alastor hizo un gesto con la cabeza.

—Mandaré a buscaros cuando esté todo listo —añadió, retirándose del todo. Leonor lo vio mirar de reojo a Alba más desconcertado aún que antes.

Contando años y no le cuadran.

En cuanto lo perdió de vista rompió en carcajadas.

—Se ha quedado flipando —dijo Inés pegando el pecho en la espalda de Leonor para reír.

—Flipando nos vamos a quedar nosotras cuando nos cuelguen por alguna estupidez vuestra —protestó Alba—. ¿No entiendes que aquí no existen esas bromas?

—Pues claro que existen, ellos ríen también. —Inés entornó los ojos hacia Alba.

—No de este tipo, ahora creerá que soy tu madre de verdad.

—Anda ya, cuando se canse de hacer combinaciones absurdas, quitándome a mí y poniéndote a ti, lo olvidará.

Alba las rebasó y se giró para ponerse de cara a ellas.

—Vamos a ver si encontramos trapos mejores que ponernos. —Se cogió la capa—. No sé si nos alcanzará con los pendientes y las pulseras.

Paula entornó los ojos hacia Alba.

—¿Os habéis dado cuenta? —dijo, alzando las cejas—. Ya se quiere comprar el modelazo para la comida. Le mola el jefe de los halcones.

Inés soltó una carcajada interior al escucharla. Leonor las empujó para que siguiesen a Alba que, si las escuchó, se hizo la sorda.

Tuvieron que preguntar a una mujer del pueblo. Primero fueron a una herrería a vender la plata. No regatearon mucho el precio porque ya el herrero de por sí se asombró del diseño de las pequeñas joyas, tampoco estaba clara la pureza del metal, que según el hombre era de mala calidad. Así que se conformaron con lo que les dieron, que tampoco sabían muy bien que no era mucho hasta que llegaron a la costurera y vieron que con aquel dinero no daba para vestir a las cuatro.

Se retiraron de aquella especie de taller de costura de túnicas y capas.

—Hay para dos completas con capa y túnica o para cuatro capas o tres túnicas. —Alba contaba el dinero.

—Ya te he dicho que el herrero te ha estafado.

—¿A mí? Todas estabais de acuerdo.

—Pues o todas de guapas o todas parias. Paso de hacer sorteo que siempre pierdo y no quiero ser la pringada del grupo.

—La Leo no necesita capa, ya tiene la del lobo.

—Pero tengo que devolverla.

—Santa Rita, Rita...

—No pienso quedármela.

Se miraron las cuatro, llegar a un acuerdo iba a ser ardua tarea.

—Yo voto por guardar el dinero. Después de aquí vamos a otro sitio, lo mismo no nos ven caras de panoli allí y es más barato. Yo creo que nos están tangando. Esa ropa no vale lo que nos pide —decía Inés girándose para mirar el telar.

—¿Tú te crees que aquí hay centros comerciales? —protestó Alba —. Esa ropa es la que usa todo el mundo.

—De todo el mundo nada, la guapita de los cuervos la usa muy diferente.

—Es una dama. Vestirá de Prada, ¿entiendes? Nosotros vestimos de cadenas comerciales. —Leonor señaló el telar—. O esas túnicas o estos

harapos.

Paula miraba a su alrededor.

—Están mirando a la Leo —dijo, cruzándose de brazos.

—Lleva el manto de los Úlster y un arco. Cómo no la van a mirar.

—Alba ni siquiera miró tras de sí—. Bueno, ¿qué hacemos?

—No estamos en el siglo XXI, yo paso de gastarme el dinero en ropa. —Paula se estiró la capa—. Sabe Dios para qué nos va a hacer falta.

Leonor la miró y entornó los ojos. Le encantaba la lucidez de Paula que dejaba escapar a ratos. Aunque Alba solía ser el coco pensante del grupo, nunca dudó de que Paula era la más inteligente. Un talento desperdiciado completamente, también tenía que decirlo.

—Ya me he acostumbrado a estos harapos —reía Inés—. Oye, y no os veo tan mal.

Leonor y Paula rieron. Ya comenzaban a acostumbrarse a aquella ropa y a la apariencia del resto de amigas.

—Lo que necesitamos es un baño y lavar esta ropa —añadió Inés oliéndose la túnica.

—Y mientras se seca la ropa bailamos desnudas, ¿vale? —respondió Alba—. Así nos aseguramos de que nos quememos antes de dejarnos estirar más esta aventura estúpida y surrealista.

Inés miró a su amiga con las cejas alzadas. Paula salpicó gotas de saliva aguantando la risa. Vio a Inés abrir la boca para responderle, pero se oyeron gritos.

Por instinto agarró a sus amigas y las pegó a la pared de la casa de los telares.

—Corred. —Se giró, sacando una flecha del carcaj.

—¡Leo! —Alba tiró de ella, pero sacudió el hombro, con sus amigas tirando de la capa no podría apuntar.

Entornó los ojos. La gente corría huyendo despavorida mientras un grupo de jinetes armados corría hacia la puerta del castillo.

Una jaula.

—Tías, salid por patas de aquí —les dijo con un tono similar al de Tanarys.

Las piernas se le hicieron tan ligeras que creyó que caería al suelo, tuvo que flexionar las rodillas ligeramente. El miedo le llegó hasta el ano y la vejiga. Apretó los dientes. Lo último que quería era mearse y cagarse encima. Pero aquellos soldados, por mucho que pareciera, no eran extras de ninguna película. Eran de verdad y no dudarían en cortarle el cuello si se atrevía a hacerlo y fallaba. Apuntó la flecha.

—¡Leo! —volvieron a gritar sus amigas.

No podía lanzar una por una, eran demasiados y ella no tenía tantas, ni la velocidad necesaria. Pero Tanarys estaba dentro y lo último que quería era verlo morir en una ratonera. Bastante tendría ya el señor de Lothian con los traidores de los MacLeod dentro del castillo.

Abrió el arco tensándolo por completo. En su imagen visualizaba una y otra vez la pista de una bolera, una bola pesada en el centro, justo en la punta de su flecha. No tendría muchas oportunidades, tenía que afinar el máximo posible en cada tiro.

Vamos, Leo.

Era terriblemente difícil tirar con aquella sensación temblorosa, con un desagradable sudor frío en las axilas y con el estómago a punto de vaciársele por el ano.

—Corred —les repitió, si había represalias a sus actos, prefería que fuesen dirigidas únicamente a ella.

Soltó la flecha y en cuanto la notó alejarse de ella con aquel sonido peculiar, sin perderla de vista, volvió a coger otra del carcaj. Era tan rápida al vuelo que apenas fue consciente de todo su recorrido.

Lo lamentó por el animal, pero no tenía otra forma de hacerlo. Un flechazo en una de las patas delanteras que lo hiciese perder el equilibrio y caer al suelo, entorpeciendo a los que lo seguían.

—Fuera de aquí —les gritó a sus amigas, que miraban perplejas a Leonor y a aquel batallón de soldados que su amiga acababa de atacar.

Habían caído varios, muchos más de lo que esperaba. Pero también la habían visto a ella. No tuvo demasiado tiempo de apuntar con la segunda flecha.

—Moveos de una vez. —La lanzó de nuevo, esa vez sin estar muy segura de a dónde iba dirigida.

Mierda.

Acababa de desperdiciar una flecha y no era que le sobrasen. Vio a uno de los soldados a caballo dirigirse a ella a gran velocidad. Dio unos pasos atrás para correr y se chocó con Inés.

—Vamos. —La empujó y echó a correr.

Pero una carrera contra un caballo era demasiada desventaja. Había soldados de los Black y de los Úlster que se habían armado con rapidez para combatir a los asaltantes. Sin embargo, muchos otros apenas habían podido reaccionar. La ventaja de atacar por sorpresa.

El corazón se le iba a salir, jadeaba, no podía correr más rápido de lo que lo hacía. Miró hacia atrás, el soldado las alcanzaba.

Frenó y se giró para ponerse cara a él.

—Seguid vosotras. —No le quedaba otra si quería que al menos sus amigas saliesen con vida.

Cargó el arco temblorosa, casi se le resbaló la flecha.

Joder.

Casi no podía ver, tenía ganas de llorar sin remedio. Apenas cuatro metros la separaban del jinete.

Sobrevivir.

Espiró aire con fuerza.

Al cuello, Leonor.

Tensó el arco y soltó la flecha decidida.

Oyó el grito de Paula. No sabía por qué demonios aquellas tres locas no habían salido corriendo y seguían allí, tras ella, cuando ella no era capaz de defenderlas. Ni siquiera era capaz de defenderse a sí misma.

La flecha pasó a escasos centímetros del cuello del jinete, que ya empuñaba la espada. Ya no tenía margen de salir corriendo, ya no le daría tiempo de disparar antes de que le cortase la cabeza de cuajo. Se sintió imbécil por confiar su suerte a su única habilidad del mundo moderno, aparentemente útil en la Edad Media, y su habilidad le había fallado. Allí no se podía fallar.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y flexionó las piernas. Intentó no caer de rodillas, que era lo que su cuerpo le empujaba a hacer. Tirarse en el suelo esperando el golpe de gracia. La aventura acababa.

Sintió el olor a caballo y el aire de la velocidad y apretó los párpados.

Se acabó.

Se oyó un golpe sordo, algo parecido a cuando los troncos de los árboles caían. Luego el relinche del caballo y más gritos. Abrió los ojos.

El jinete estaba en el suelo, el caballo había caído encima. Un joven pareció volar por encima de ella. Tuvo que pestañear, quizás era el miedo, pero le costaba asimilar lo que estaba pasando. Alzó los ojos, había una rama enorme de árbol atravesando la calle, de tejado a tejado de las casas. Ese fue el sonido que escuchó. Aquel joven harapiento saltó desde el tejado y acabó con el soldado que poco podía hacer atrapado.

Cogió aire con fuerza por la boca.

Dios bendiga a los héroes.

—Corred —les dijo él cogiendo la espada del soldado—. Vienen más.

Leonor miró a sus amigas, que estaban perplejas mirando al chico. Paula se limpiaba las lágrimas, Leonor fue consciente de que todas ya estarían viendo su cabeza rodando por el suelo.

Ha estado cerca.

Notó cierto cosquilleo en las piernas, como si estas estuviesen despertando y llenándose de una cierta energía. Dio un paso hacia sus

amigas.

—Salid de aquí de una vez —les gritó ella y Alba la miró como si hubiese enloquecido.

El joven harapiento detuvo a un siguiente jinete, pero otro más se acercaba. Leonor las empujó a un lado.

—Dejad de hacer estupideces de una vez y salid corriendo.

—Leo... —A Paula le caían las lágrimas por los dos ojos.

—Tú eres la que va a hacer una estupidez —le dijo Alba—. Te van a matar.

Y seguramente llevaba razón. Pero su cuerpo estaba eliminando todo temor y la ligereza era energía firme, un subidón que la hacía querer correr hacia el lado contrario, hacia el propio peligro.

Se quitó el cuerno del cinto y se lo dio a Alba. Inés dio un grito al entender el gesto.

—Coge esto y corre —le soltó a su amiga.

Alba se lo arrebató de la mano con genio.

—Loca. —Tiró de Inés y Paula mientras los ojos se le humedecían.

Enseguida les dio la espalda y cogió una nueva flecha. Era más fácil mantener la precisión cuando las manos no le temblaban. Disparó al jinete que ya estaba inclinado para atacar por la espalda al chico de los harapos y

cayó al suelo de inmediato, donde acabaron con su vida sin esfuerzo. Se la debía al chico harapiento, lo hubiesen matado por la espalda.

Leonor echó a correr camino al castillo, ya las calles estaban vacías. Todo el mundo había corrido a ponerse a salvo, pero ella iba dirección a los sonidos de lucha.

Qué demonios estoy haciendo.

Las puertas del castillo estaban abiertas, fue consciente de que no pudo contener los suficientes con su juego de bolos. Sintió una punzada en el pecho que precedía al calor. Estaba jugando a hacerse la heroína en un mundo brutal que no daba margen de error.

Podía ver el interior lleno de lucha, el sonido de las espadas daba pavor. Ella sola no podía entrar ahí.

Pero Tanarys está ahí dentro.

No entendía nada de aquella sociedad, pero después de la vigilancia exhaustiva del lobo de las Highlands aquellos miserables solo pudieron acercarse por el lado contrario. Y ese lado debería haber estado vigilado por los MacLeod. Y ellos los dejaron pasar. Así que Tanarys estaba dentro de la casa de unos traidores que seguramente esperaron un momento de confianza del señor de Lothian para atacarlo. Los superaban en número, puesto que la mayoría de soldados estaba fuera y ni soldados ni su esfuerzo por ponerles trabas impidieron que una parte de ellos entrase.

Y ella no podía entrar allí en medio de aquella marabunta de salvajes porque la matarían y muerta no podría ayudar a nadie. Todos la necesitaban viva.

Y yo tengo que mantenerlo vivo a él.

Se escondió cerca de la puerta del castillo, justo donde terminaban las casas. Ni siquiera tenía el cuerno, se lo había llevado Alba.

Joder.

Y no podía perder el tiempo. Se asomó, varios soldados Hunter accedían para ayudar al resto. Echó a correr hacia la puerta y entró con ellos metiéndose en el pasillo de la muralla. Era un camino entre muros, el comienzo estaba vacío, pero pudo ver cuerpos en el suelo más adelante. Apartó la mirada de ellos y subió por las primeras escaleras que encontró.

Desde arriba podía ver todo el patio. No encontraba a Tanarys en ninguna parte, repasó dos veces, agazapada por si había algún arquero al otro lado.

No está.

Vio a Rob y a Alastor, desconocía que este último manejara también espadas, entendió que todo le cogería lejos de su arco, no lo llevaba cuando fue a invitarlas a la comida. Entornó los ojos, no encontró ni a uno de los Hunter con arco.

No quieren arqueros.

Desarmar a un enemigo aprovechando su confianza era algo deplorable y ruin. El calor del pecho le subía hasta la garganta.

De la puerta interior del castillo vio salir a un hombre con un tartán de cuadros marrones. Entornó los ojos, era alto, una altura similar a la del joven de los harapos que la salvó escasos momentos antes. Tenía barba y el pelo largo y rizado. Las pulsaciones se le aceleraron y le sobrevino un vértigo peor que en la caída profunda del tiempo cuando reconoció en su mano la espada de Tanarys.

Qué han hecho con él los hijos de puta estos.

Tras él salieron otros dos hombres, uno de ellos más joven, entre los dos llevaban atado a Tanarys. Estaba desnudo de cintura para arriba, enseguida revisó si tenía marcas o heridas, las pulsaciones se le calmaron en cuanto comprobó que estaba bien.

Un infeliz tocó la campana del torreón y los soldados detuvieron la lucha.

Esto pinta mal.

—Tenemos al señor de Lothian.

Sin escudo ni espada, pedazo de cobarde. Dale la espada, no hay huevos.

Tanarys tiró de las cuerdas en un zarandeo que hasta arrastró a los hombres que lo sujetaban. Pero uno de ellos le dio un golpe en el hombro

con algo pequeño que no alcanzaba a ver. En cuanto lo apartó se fijó en si Tanarys tenía sangre. No tenía, pero le vio el rostro de dolor. Y si a aquella cosa bruta le dolió el golpe, no quería ni imaginar la magnitud.

—Soltad las armas.

No, joder.

Se giró, buscando por aquel pasillo superior. No tenía mucho margen de pensamiento, aquello se estaba poniendo feo de narices y las piernas comenzaban a dejarse invadir levemente, tenía que detener aquel estado o poco podría hacer. Volvió a mirar al patio, tampoco era que pudiera hacer mucho. Tenían a Tanarys atado y cerca de él había un hombre con la espada.

Miró su arco. Estaba claro que no tenía muchas opciones.

La única que conozco.

Y como siempre ocurría allí, solo tenía una oportunidad. No podía pasarle como le pasó con los jinetes al segundo tiro, ni mucho menos con el soldado que iba a matarla. Allí no podía fallar.

Volvió a mirar al pasillo retirándose del muro. Vio una lámpara metálica, la reconocía de haberla visto en más ruinas.

Sí, joder.

Aquello le daba más margen de error. Se cogió la capa de harapo bajo la de Tanarys y tiró de ella. La tela estaba tan pasada que no tardó en

sacar un jirón.

Alzó la mano para meterlo en la lámpara, esperaba que no estuviese seca. Tocó algo aceitoso.

Bien.

Mojó la tela restregándola en el fondo y la lio con fuerza en la parte metálica de la flecha, poniendo cuidado de dejar la punta fuera.

Debo parecer una psicópata, por Dios.

Un leve miedo la invadió. Aquello no iba solo de entender la diferencia entre la sociedad que conocía y aquella en cosas absurdas como en el patriarcado, en la vestimenta o en la forma de vivir. Iba más allá. Estaba a punto de hacer algo deleznable que en su siglo estaba penado. Un delito. Una aberración con la que tendría que convivir el resto de sus días.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensarlo y el miedo llegó hasta su cuerpo. Se asomó al patio. El hombre de la barba tenía la espada de Tanarys apoyada a un lado de su cuello, seguía hablando.

Pero es que me lo van a matar.

Apretó los dientes. Si esperaba más, su estado de pánico aumentaría y con él disminuía considerablemente su puntería.

No soy ninguna heroína.

Buscó las posibilidades de los distintos recorridos de la flecha, que atravesara algún fuego de los que estaban esparcidos por el patio. Y

esperaba haber tomado la decisión correcta. Preparó una segunda flecha, esta sin tela ni aceite, por si fallaba o tenía que tirar con rapidez. Estaba perdiendo lo único que siempre le acompañó, la seguridad en su habilidad, en sus años de entrenamiento.

Pero nadie me preparó para esto.

Para que su vida y la de otros dependiese de su habilidad. Eso tumbaría a cualquier campeón del mundo.

Acierte o falle, alguien morirá.

Esa era la consecuencia. Si no tiraba, Tanarys moriría allí delante de los suyos y de ella. Entornó los ojos mientras tensaba el arco.

Si alguien tiene que morir, que no sea él.

El fulano que le había golpeado volvía a hacerlo y esa vez con tanta fuerza que Tanarys cayó poniendo una rodilla en el suelo. Lo sintió gritar y su grito hizo que moviese la punta de la flecha para dirigirla a quien le había pegado. Ya pudo ver el objeto, era un pequeño martillo, diferente a las herramientas de trabajo. Aquella gente medieval tenía diferentes objetos de tortura, supuso que sería un quebrantahuesos.

No, Leonor. Tienes que darle al fulano que habla tanto, que parece el jefe de los desgraciados estos. Y si aciertas, le metes a ese una flecha por el culo.

Cogió aire despacio mientras sus manos se endurecían dejando el tembleque.

Tanarys no morirá mientras yo esté cerca.

Contuvo el aire dentro, no quería ni que el aire de espirar desviase la flecha. Todo su cuerpo se hizo pesado, como cuando tiraba en los campeonatos importantes. Concentración, seguridad, certeza.

Soltó la cuerda y la flecha voló con aquel sonido característico de la velocidad, una velocidad tremendamente rápida. No pudo verla hasta que no atravesó el fuego y se incendió, clavándose en el estómago del hombre de las barbas y tirándolo al suelo con la inercia. Dos hombres se dirigieron hacia él para quitarle la flecha antes de que le prendiera fuego a él entero, los cuadros marrones ardían en pequeñas llamas.

Algunos soldados se giraron hacia el muro donde se encontraba y vio a un hombre correr hacia las escaleras, Alastor lo detuvo con su espada. Los sonidos se multiplicaban y la lucha se retomó de inmediato.

Leonor no perdió tiempo en colocar la otra flecha, no pensaba huir aunque hubiese visto que más hombres intentaban acudir al muro, algo que los Hunter intentaban evitar a toda costa. Colocó la flecha, en ese momento era más complicado, Tanarys volvía a resistirse. Acababa de patear a uno de los hombres, al que le había golpeado con el martillo, que estaba inclinado y no podía darle con el cuerpo de Tanarys en el medio.

Con la tirria que le estoy cogiendo a ese.

Apuntó enseguida al otro más joven y lanzó la fecha, que le atravesó el muslo al completo y lo dejó caer al suelo. El del martillo forcejeaba con Tanarys, lo vio bracear para darle esa vez en la cabeza, pero él logró esquivarlo. Leonor cogió otra flecha con rapidez y no se lo pensó. Fue directa al costado del indeseable. Tanarys aprovechó el impacto para noquearlo de un golpe.

Ahora tengo un marrón de narices.

Se oía el rechine de las suelas de los zapatos de los soldados en la escalera. Miró el muro.

En las películas siempre hay una cuerda o un carro de paja abajo.

Pero ni cuerda ni carro mullido.

A correr.

Salió corriendo al lado contrario, pero tuvo que frenar en seco. También llegaban por esa parte. Miró hacia el patio. Si se tiraba estaba muerta, si se quedaba arriba también. No quería ni mirar el carcaj, no sabía las flechas que le quedarían, pero por el sonido juraría que no más de dos. Y había cuatro hombres, dos a cada lado.

Las matemáticas son exactas, estoy jodida.

Ni acertando con las dos flechas se libraría de aquella. Se inclinó en el suelo, si el juego de los bolos servía, quizás podría huir.

Ahora sí que acabó mi aventura del tiempo.

Tiró la flecha.

Y encima fallo. La madre que me parió.

Se puso en pie y colocó la última flecha. Tensó el arco sin saber a cuál de los dos apuntar.

Morir con dignidad se tiene que llamar esto.

Aunque realmente tenía ganas de tirarse al suelo y cerrar los ojos ante el final. Uno de ellos portaba una lanza, el otro una espada. Uno de los dos moriría si no fallaba en el tiro. El otro la mataría a ella. Elegir a manos de quién y con qué podría ser un dilema si no los hubiese tenido tan cerca.

Lo siento, mamá. No podré volver.

Tensó algo más el arco.

Espada o lanza.

Ignoraba qué muerte sería más rápida, contando con que los de atrás no llegasen antes y la atravesaran por la espalda. Ni siquiera tenía margen de girarse a mirar. Resbaló los dedos para soltar la flecha, pero los dos soldados frenaron en seco. Leonor alzó las cejas y detuvo su mano contrariada.

Notó moverse el manto de cuadros y giró levemente la cabeza. Había estado tan sumida en sus últimos pensamientos y en la elección final que ni siquiera había sido consciente de que no eran sus últimos momentos.

El vértigo llegó a su estómago en forma de rueda de máquina de algodón. La recordaba de niña en las casetillas de la feria, giraba y giraba mientras el azúcar se quemaba convirtiéndose en algodón rosa pastel, desprendiendo un olor que la hacía salivar sin remedio. Un auténtico éxtasis para la vista y para el olfato que precedía aquel tacto único que se pegaba caliente a los dedos hasta que entraba en su boca y allí se deshacía y volvía a convertirse en lo que fue momentos antes, azúcar. Eso era exactamente ver a Tanarys en un momento como aquel, un auténtico placer para todos los sentidos de su cuerpo.

Se adelantó a ella y puso el hombro delante de Leonor.

Mira que soy feminista de cojones, pero no quita que se me caiga el culo con estas cosas.

Tanarys había recuperado su espada, los soldados dudaban si acercarse o tirar las armas directamente.

Qué valientes eran los dos contra una mujer y mira ahora. Cagados completamente.

Tenía la espalda enorme de Tanarys a unos escasos centímetros de su cara. Le brillaron los ojos y el aire volvió a entrar en sus pulmones. Dio un paso hacia él y se giró levemente para comprobar que no había nadie más detrás. Lejos habían quedado los cuerpos de los otros dos soldados. Dio otro paso más hacia él hasta que su nariz casi rozó contra él. Que

estuviese sin ropa en la parte superior no le disminuía el deseo de apoyar su rostro en él, de buscar hueco en su cuerpo ahora que se había alejado el peligro. Seguramente podría ser algo incómodo para mujeres medievales decentes, pero ella era una mujer de otro siglo. Alzó los ojos hacia los soldados, ya no le daban ningún miedo. Su nariz rozó la piel de Tanarys y se juró no despegarla de allí.

Entonces su mirada se desvió hacia su hombro, se había oscurecido de forma considerable, y entre los altos trapecios del señor de Lothian podía apreciarse una forma que no coincidía del todo con los músculos.

El fulano ese ha desgraciado una obra de arte.

Le tendría que doler horrores, aunque si tenía la espada cogida con el brazo derecho era porque roto no estaba. Los capilares rotos por el golpe y una enorme inflamación.

Y sin medicinas eficientes, madre mía.

Seguía sin despegar su nariz de él. Vio a unos Hunter por aquel estrecho pasillo. Los soldados se giraron y tiraron las armas de inmediato, si antes dudaban, ahora ya no había más posible decisión.

Los Hunter abrieron paso para que los soldados de los MacLeod pasasen delante. El sonido de las espadas había disminuido y ya solo se escuchaba el estruendo de alguien apilando acero.

Leonor espiró con fuerza, seguramente su aliento haría tomar temperatura a la porción de piel de Tanarys que estaba a milímetros de su boca, así que se apartó de él muy a su pesar.

Él se giró hacia el patio y Leonor se apresuró a quitarse el broche y el manto para que se cubriera.

Así está estupendo, pero una no puede ser egoísta.

Le echó el manto sobre los hombros con cuidado de no ser brusca en su hombro derecho. Notaba su espalda propia ligera, sin peso, como si se hubiese desnudado, y hasta el viento le resultó más fresco.

La rotura de su ropa se hizo más evidente, por suerte estaba en la parte baja.

Ná, otro parche.

Apretó los labios para no reír. Menuda aventura aquel viaje. En ningún remoto pensamiento, cuando veía o leía sobre viajes en el tiempo, se imaginó uno para sí tan desastroso.

Alzó los ojos hacia Tanarys, siendo consciente de que mucho menos su imaginación alcanzaría a inventarlo.

Prefiero el desastre.

Él miraba cómo los suyos apilaban armas a un lado y reunían en el centro a los soldados de los MacLeod, lo que le permitía margen para mirarlo a él sin que se diese cuenta. No sabía colocarle el manto bien ni mucho menos

el broche. Así que lo alzó delante de Tanarys para que lo cogiese, lo que hizo que él apartase la mirada de abajo y la dirigiese hacia el broche.

—Gracias —le dijo Leonor cuando notó el roce de los dedos de Tanarys.

—Soy yo el que debo darte las gracias. —Cerró la mano envolviendo el lobo.

Cuando está tan serio acojona.

No le extrañaba que aquellos soldados frenaran en seco al verlo. De todos los Tanarys que había podido ver, el de batalla era el más temible y aquella expresión no se había ido por completo.

—Tenía que salvarte para que pudieras venir a salvarme a mí —respondió, mirándolo de reojo y lo vio hacer un gesto con los labios—. Como ya sabes, aquí con esta actitud mía no sobreviviría mucho tiempo.

Repitió las palabras de él aquella mañana y esa vez Tanarys tuvo que hacer mayor esfuerzo por no sonreír.

Eso está mejor.

—No estabas en el castillo y viniste aquí. No aprecias tu cabeza. —Regresó de inmediato aquel tono serio y dominante para reprenderla.

A mí ya me está poniendo hasta así. Lo mío es de traca.

Tuvo que apretar los labios para no sonreír.

—Pero tu flecha de fuego ha malherido al *laird* de los MacLeod.
¿Dónde aprendiste eso?

En el cine.

Abrió la boca para responder cualquier estupidez que se le ocurriese, pero Tanarys alzó la mano para que callase. Supuso que era porque respondiera lo que respondiese, él no la creería, así que se arrepentiría de la pregunta.

Se giró levemente hacia ella.

—Sea como sea, intenta no ponerte en peligro. —Y lo vio mirarla de reojo.

Tú sigue, que vas a encontrar candela del siglo XXI.

Esa vez tuvo que sorber los labios para adentro y apretarlos con los dientes para que no se le notase. Su pensamiento activó de manera automática el extremo de su clítoris.

Leooooo...

Desvió la cabeza para no verlo mientras la miraba, de otro modo no dejaría de darle latigazos allí abajo. Y era una dificultad añadida para tratar con el lobo de las Highlands porque cada vez su cuerpo reaccionaba más alegremente.

Y no puede ser. Voy a ser yo la salida en vez de él. Él es el salvaje y yo soy la que estoy pensando en foll... No se dice, no se dice.

Los latigazos aumentaron.

Para ya, Leo, joder.

Se apartó de él y cogió aire despacio.

Todo esto es porque me ha salvado, seguro.

Luego recordó al joven de los harapos con el que su única reacción fue gratitud sin más pensamientos rocambolescos.

Y me salva este y me pongo perraca.

Se llevó la mano a la frente.

—Leonor, ¿estás bien?

No.

Volvió a alejarse más.

—Leonor.

Que no, que no. Que estás ahí medio desnudo y empiezo a imaginar cosas terribles...

Sacudió la cabeza. Ya su mente lo había visualizado, los latigazos aumentaron. Le entraron ganas de meterse la mano entre las piernas y apretarse a ver si se le pasaba.

—Necesito ir al baño.

—¿A dónde?

Joder, coño, con los putos siglos. Aquí no se entiende ni la mitad y eso que es el mismo idioma.

—A un árbol.

O a donde leches meéis.

Se dirigía con rapidez hacia las escaleras, no quería ni mirar la expresión que tendría Tanarys. Pensaría que estaba loca.

—¡Leonor!

Podía notar sus propios labios ardiendo. Nunca había sentido aquellos calores sin haberlos encendido con absolutamente nada. Respiraba por la boca.

Sintió la mano de Tanarys en la suya. La detuvo. No quería girarse, el hueco de las paredes de las escaleras era estrecho, tanto como para que él estuviese más cerca aún que antes. Y ella no estaba para las cercanías.

Pero a él no parecía importarle la cercanía. Le tocó el hombro para acercárselo a la pared y que se pusiera frente a él. Los ojos de Tanarys a plena luz le encantaban.

—¿Por qué viniste al castillo sabiendo lo que pasaba dentro? —
Tuvo que apartar la vista del pico del labio superior de él. Aquella forma marcada la atraía aún más que el sonido del cuerno.

Tener a Tanarys tan cerca era no saber decidir hacia dónde mirar; a sus ojos, a los labios o a aquella barbilla cuadrada con una curva inversa en el centro. Él le levantó la suya para que lo mirase.

—Porque no quería que te matasen.

El temor a que Tanarys desapareciese, a que dejase de existir, a que muriera, a que sufriera, demasiados pensamientos a los que no le encontraba explicación, teniendo en cuenta que no hacía ni dos días que lo conocía. Pero esa frase con la que le había respondido era la correcta. No quería que lo mataran y ya había comprobado que cuando Tanarys estaba en peligro, que de él dependiese su regreso a casa era lo de menos. No quería que lo matasen. Era más, ni siquiera que le hiciesen la más mínima herida. Verlo sometido, atado, cualquier posibilidad de que estuviese entre los que deseaban su muerte, eso era lo que pensó todo el tiempo, lo que visualizaba su mente los breves momentos camino del castillo. Y ese pensamiento fue el que hizo desaparecer el miedo, lo que la hizo dejar de temblar y mantenerse firme tensando el arco.

Tú una vez y otra.

Y si lo pensaba bien era para volverse loca. Por mucho que le gustase Tanarys, eran dos días, solo dos días, de los cuales la mayoría del tiempo él no había estado con ella. Cogió aire y lo aguantó dentro. Aquella sensación interior de salir corriendo hacia él que había sentido había sido tan natural como hubiese sido la de huir ante el peligro, el comer, el dormir o el defender a alguien cercano; un padre, un hijo, alguien a quien quisiera y por el que no le importara dar la vida.

Pero Tanarys no era alguien cercano. Apenas lo conocía.

Y eso no me importa.

Le brillaron los ojos. El tiempo que llevase cerca de él no importaba, tampoco el riesgo que conllevarse para ella, ni siquiera la posibilidad de no regresar a casa jamás.

Tanarys resbaló la mano hacia su cuello, justo en el hueco debajo de la curva del cráneo. El roce le erizó el vello. Sintió la presión en las cervicales cuando la acercó a él, después de dormir toda la noche sobre una piedra, y con su pierna por almohada, la leve presión le fue placentera y el vello se le erizó doblemente.

Tanarys la observaba, el respirar acelerado en sus labios, los ojos, la nariz, la barbilla, hasta los tirabuzones que caían hombros abajo. Se inclinó hacia ella sin dejar de mirarla. Podía sentir el respirar de él cerca de sus labios. Leonor separó los dientes por reflejo, dejando la boca completamente entreabierta.

Cerró los ojos, notó los labios gruesos de Tanarys rozar los suyos despacio, justo en el labio inferior, encajándolo entre los suyos y quedándose ahí un instante, sin moverse un ápice, como si esperara que ocurriese algo por sí solo. Leonor se quedó inmóvil, atenta a los movimientos de Tanarys. No era un beso, no lo parecía, o al menos ninguna cosa parecida a un beso de los que le habían dado. Quizás las intenciones de Tanarys no eran esas y sus latigazos vaginales querían algo más.

Movió el labio inferior atrapado para subir la boca completa de Tanarys y atraparla dentro de la suya, sorbiendo con fuerza mientras se alzaba empujándolo levemente hacia atrás.

Se apartó de él despacio, le ardía hasta la cara. Abrió los ojos y lo miró. Fue consciente de que el cuerpo de Tanarys tampoco estaba siendo inmune a lo que fuese que la atraía hacia él.

Quería volver a acercar sus labios a los de él, quería dejar caer el arco al suelo, engancharse a su cuello y besarlo una y otra vez, apretar todo el cuerpo contra el suyo y rozarse por su entrepierna hasta que notase su verga como si no llevara ropa.

Leo, huye.

Miraba el cuello de Tanarys, podía ver en él los latidos del lobo, el movimiento de aquellas venas le disparaba los pensamientos.

Se apartó de él y le dio la espalda. Se apresuró a bajar las escaleras, se alegraba de que esa vez no quisiese retenerla de nuevo. Quería correr y salir de allí, buscar un pozo, enfriarse. Tenía que quitarse aquel malestar aunque tuviese que tirarse el agua encima con ropa y todo.

No miró atrás, echó a correr.

Tanarys

Había perdido de vista a Leonor, así que tuvo que enviar a uno de los suyos a buscarla para comprobar que estaba con sus acompañantes y que se encontraba bien. Al parecer, sí que estaba junto a ellas en un pozo no muy lejos del castillo. Pronto marcharían hasta el castillo de los Lockhart.

Mercenarios, soldados a sueldo que no habían pagado los MacLeod del sur. Stuart, el *laird* de los MacLeod, estaba malherido, pero aún vivo. También lo estaba su hijo William, al que Leonor atravesó la pierna con una flecha. Duncan MacLeod, el *chieff* de todos los MacLeod de Escocia, ardería en cólera cuando se enterase de la traición de los suyos.

Allí los enviaría. Con Duncan y que él decidiese sus destinos, aunque ya los suponía. Conociéndole, en cuanto le llegase la carta enviaría a buscarlos y colgarlos en el propio camino.

Los soldados llevaron a más MacLeod que habían huido al bosque y los arrodillaron en el centro del patio.

Alastor, Bruce y él habían decidido que fuese Bruce Black el que quedase a cargo del castillo y del pueblo hasta que Duncan enviase a los nuevos MacLeod al sur. No podían dejar el castillo solo a sabiendas de que

los ingleses estaban acechando y a estos no les importaba pagar mercenarios para tomarlo.

Bruce se quedaría con la mayoría de soldados y ya los mensajeros habían partido para buscar más. Bruce aceptó de buen grado hacerse cargo de las tierras, quizás porque lindaban con las de su clan y protegerlas significaba proteger a los suyos o quizás porque sabía que su padre ya habría partido hacia el castillo Lockhart para reunirse con los *lairds* del resto de clanes del sur.

—¡Padre! —Oyó el grito desesperado de una mujer y giró la cabeza.

No recordaba la última vez que había visto a Agnes MacLeod, pero, como le pasaba cada vez que visitaba un castillo, los años parecían haber pasado demasiado rápido porque ya de niñas no les quedaba ni la voz.

Agnes era rubia, como la mayoría de los MacLeod, un rubio pajizo y rizado. Bruce tuvo que tirar de ella para que no se acercara a Stuart ni a su hermano William. Entornó los ojos hacia Bruce, este la obligó a arrodillarse junto al resto de traidores. No entendió la actitud del hijo mayor de Blaine Black, las mujeres, y mucho menos tan jóvenes, no solían estar al tanto de los asuntos de los *lairds*. No deberían considerarla una traidora.

Alastor se puso a su lado.

—¿Qué hacemos con el resto? —Supuso que se refería al resto de soldados de los MacLeod que habían participado en la lucha.

Había que sentenciarlos a muerte, allí o en el norte por orden de Duncan. Era la primera vez que un *laird* de su señorío se alzaba contra él. Y de la peor de las maneras, cuando menos lo esperaba, un *laird* que le había mostrado su apoyo y lealtad.

Miró de reojo a Alastor y a Bruce Black. Quizás era cierto eso de que no podía fiarse de nadie, ni siquiera de su mejor amigo.

Los soldados acercaban a otro de los MacLeod al patio, lo empujaron y cayó casi a los pies de Agnes.

Miró hacia la puerta del castillo, Leonor no regresaba. Tendría que enviar de nuevo a buscarla y esperaba que esa vez no se opusiera a regresar con ellos, lo último que deseaba era que hubiese un nuevo ataque de algún grupo de rezagados mercenarios y que ella estuviese en medio y sin protección.

Volvió a recordar aquel momento en el patio, realmente lo daba todo por perdido. Ni siquiera había tenido la oportunidad de luchar. No lo sospechó, cómo iba a sospechar de los MacLeod.

Aspiró aire por la boca. Los Hunter ya tenían sus arcos, hasta eso habían previsto los traidores, anular a una parte de sus soldados y que no pudiesen escapar del castillo mientras los acorralaban por dentro y por fuera.

Apenas fue consciente de la flecha hasta que la vio pasar en llamas a escasa distancia de su pecho y directa al estómago de Stuart. El único arco que los MacLeod habían pasado por alto, quizás porque estaba en el hombro de una mujer vestida con harapos.

Leonor.

Extraña sensación al ver al *laird* de los MacLeod abatido y no tener dudas de que la dueña de aquella flecha era ella. Y la necesidad desesperada de liberarse, de salvarse, solo para poder salvarla a ella. Temer que aquella certeza en el tiro fuera su sentencia, que llegaran a alcanzarla. Algo que tenía que agradecer en parte a Alastor, que detuvo a tantos soldados como pudo para que no accedieran a las escaleras del muro cuando él aún estaba atado.

No era lo mismo cuando era Leonor la que se exponía.

Y si lo pensaba bien, nada de lo que conocía era lo mismo con Leonor.

Aquel ser caído del cielo era capaz de sacar toda su fuerza a la vez que exponía su mayor debilidad. Algo peligroso en cualquier batalla porque uno de los dos podría terminar muerto y si la magia de la que le hablaba su madre era real, de morir alguno de los dos tendría que ser Leonor.

Volvió a mirar hacia la puerta del castillo. Le angustiaba que no regresase a pesar de haberle puesto vigilancia. Una vigilancia nunca sería

igual que sus ojos, pero era su deber como señor de Lothian permanecer allí con los traidores y decidir qué hacer con ellos.

Y si cada vez que el señor de Lothian se ponía en peligro, ella tenía que ponerse en peligro también, no siempre correrían con la misma suerte que aquella mañana.

No entendía cómo, sin apenas conocerla, podía sentirla a su cargo de aquella manera. Y mucho menos tenía sentido que, sabiendo que posiblemente ella fuera un regalo de la antigua magia de su clan, destinado quizás a salvarlo en un momento cercano a la muerte, pudiese temer que ese legado le costase la vida. Muchos habían dado la vida por él, decía su madre que hasta cuando era niño, dormido en un cesto de mimbre, ya se derramó sangre por su vida. Era el señor de Lothian, demasiados le debían lealtad hasta la muerte, pero no quería que entre ellos estuviese precisamente Leonor.

A Leonor la quería cerca, a veces la necesitaba tan cerca que aquella sensación respecto a ella se transformaba en algo más común entre un hombre y una mujer, pero de una forma extrema, como había podido comprobar en su propio cuerpo.

No era lo que sentía por Moira, ni siquiera parecido, y eso que aquel sentimiento lo recordaba placentero. Tampoco era aquello que le invadía cuando Alastor le llevaba alguna mujer al lecho. Con Leonor ningún

sentimiento parecía tener límites conocidos, fuese temor, desconcierto, ira o aquella atracción que no sabía cómo disuadir.

Con Leonor todo era demasiado intenso, tanto que su cuerpo aún no lograba acostumbrarse a aquel torrente de sensaciones y solo respondía con algo parecido al enfado, al calor en el pecho de una ira profunda al no saber cómo actuar o cómo enfrentarse a ese nuevo miedo que acababa de descubrir cuando vio a los soldados subir los peldaños de la muralla. Algo similar a lo que ya experimentó cuando ella se balanceó en el filo de la colina, pero mucho más fuerte, tanto que lograba martillearle el pecho como un quebrantahuesos.

—Sinclair —llamó a uno de los soldados Black—. Tráelas ya.

Sinclair hizo un gesto con la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Si Leonor volvía a rehusar, él mismo la llevaría aunque fuese en brazos. Aquella mujer era tremendamente desconcertante. No conocía ni lo más mínimo las bases de la sociedad, o al menos de ninguna sociedad que él conociera, como si realmente hubiese caído del cielo, un paraíso bíblico al que ella llamaba Hispania.

Un ángel con una gran destreza con el arco, pero torpe en cualquier acción simple. Una mujer con una aparente inocencia que había visto desaparecer en un instante. Tan solo pensar en la reacción de Leonor en la cercanía, hacía que su miembro tomara espesor y temperatura. Y aquel tipo

de cercanía con ella, también había comprobado que llegaba con la misma intensidad que el resto de cosas que le producía Leonor.

Alzó la vista hacia el exterior del castillo. Si el soldado no regresaba pronto, él mismo saldría a por ella.

OceanofPDF.com

Leonor

Tenía la espalda apoyada en el pozo y ya se le estaba entumeciendo de la humedad que desprendía.

Inés estaba arrodillada a su lado, Paula estaba recostada en la hierba y le tenía la cabeza sobre el muslo. Alba estaba en pie asomada al interior del pozo. Después de las lágrimas de alegría, de la reprimenda de Alba y de que ella les relatara todo, absolutamente todo, llegaron las risas. Y nunca pensó que tras haber estado a punto de morir dos veces en una mañana le quedasen ganas de reír.

—Ahí tienes a otro centinela. —Paula puso los codos en el suelo para verlo acercarse.

—Tía, ya van dos. Que los primitivos estos son muy machistas, a ver si se le va a ir la pinza al lobo y va a ser un plasta de narices. —Inés dejó caer el culo en el suelo.

Paula había fruncido el ceño mientras lo miraba.

—Este es uno de los que nos recogió el primer día —dijo—. Qué feo es el pobrecito.

—Paula —Alba la mandó a callar. Se retiró del pozo y se acucilló junto a Leonor—. No puedes esconderte todo el día.

Leonor resopló. Una vez bajado el calor interno, ascendía el bochorno; era como una balanza exacta. No sabía cuál de los dos lados se movería cuando se pusiese de nuevo frente a Tanarys.

Alba la empujó hacia el soldado.

—Ya, ya vamos —le dijo, rebasándolo antes de que él pudiese abrir la boca.

Sintió a Paula tras su capa y se giró, la vio mirar al soldado de reojo.

—Espero que por lo menos sea gracioso el muchacho.

Alba le dio un codazo a Paula.

—¿Siempre te tienes que estar metiendo con todo el mundo?

—No me meto con todo el mundo, solo observo de manera crítica —respondió, adelantándose a las dos.

Dos soldados se dirigían hacia la puerta del castillo con un nuevo cautivo. Leonor entornó los ojos, era alto, con el pelo rubio pajizo, y vestía con harapos.

Ostras.

—Que ese es el que me ha salvado antes, que no es de los malos —les dijo a las otras y echó a correr.

—¡Leo! —Alba echó a correr tras ella.

La sujetó para que no entrase en el patio del castillo.

—¡Suéltala! —Reía Inés empujándolas a las dos—. Quiero verla intentando convencerlos para que no lo ahorquen. Si lo consigue echaremos unas risas, que vaya mierda de día que llevamos hoy.

—Tenéis la realidad distorsionada, en serio. —Alba se llevó la mano a la frente.

Inés se puso frente a Alba y apoyó las manos en sus hombros.

—Hemos viajado en el puto tiempo, ¿qué realidad crees que he distorsionado? Estamos jodidas. —Miró a Leonor—. Unas menos que otras. ¿Qué te parece si nos vamos haciendo a la idea de que no vamos a volver? Déjanos ser felices el tiempo que duremos vivas.

Alba frunció el ceño y señaló hacia el castillo.

—¿Todo eso lo dices por el «poco hecho»? —le preguntó a su amiga—. ¿Te está empezando a gustar estar aquí?

Leonor se sobresaltó al oír a Alba.

Paula las rebasó, había ladeado la cabeza mirando a los soldados y el cautivo.

—Si seguís discutiendo vais a llegar cuando ese chico parezca un jamón de bodega.

Leonor corrió tras ella.

Accedieron al patio del castillo. Sortearon las manchas de sangre del suelo. En el centro estaban los cautivos, la mayoría acucillados en el suelo.

Su vista se detuvo enseguida en una chica, la única mujer, si es que le podía llamar mujer porque no tendría más de dieciséis años. Estaba aterrada, recorría con la mirada a los soldados y se encogía, agarrándose las rodillas.

Esto me parece una aberración.

Pasó por delante de los soldados, no era difícil encontrar a Tanarys aunque estuviese rodeado de gente. Ni los Úlster lograban cubrirlo al completo.

Antes de llegar hasta él tenía que divisar al chico de los harapos. Paula tiró de su capa y le hizo una señal con la cabeza.

—Tercera fila, segundo a la derecha.

Leonor entornó los ojos hacia Paula.

—¿Ahora eres un halcón?

Su amiga arrugó la nariz conteniendo la sonrisa. La empujó hacia donde se encontraba Tanarys.

Tanarys volvía a tener aquella expresión seria, casi de enfado. Supuso que aunque habían escapado bien de aquella no estaba conforme, al fin y al cabo, uno de los suyos lo había traicionado. Ya se había vuelto a cubrir con una camisa, pero esta estaba abierta del pecho al cuello.

Paula se colocó tras ella, sintió su nariz en el hombro.

—Cuando acabes si quieres salimos corriendo al pozo otra vez.

—¡Paula! —Frenó y la miró. Pero Paula la volvió a empujar.

—Ayúdame.

—De eso nada. ¿Ya no te acuerdas de cuando me votabais delegada de clase por las risas? Pues te la debo. —Volvió a empujarla y esa vez los dos pasos de inercia la hicieron ponerse frente a Tanarys, que giró la cabeza para mirarla.

—Ya están vuestros caballos preparados, saldréis con el primer grupo —le dijo en cuanto la vio y sonó a una orden sin réplica.

Leonor alzó las cejas, no era tan vergonzoso estar cerca de él.

Mala cosa.

La balanza se inclinaba y casi que prefería la vergüenza.

—¿Qué va a pasar con ellos? —señaló tras de sí, hacia los cautivos. No sabía si sería capaz de decir mucho más después del tono que Tanarys había usado.

El señor de Lothian frunció el ceño, tenía que bajar la cabeza considerablemente para mirarla. Aquel gesto hacía que Leonor se sintiera pequeña.

—Serán juzgados —respondió como si fuera evidente.

Sintió el codo puntiagudo de Paula en el costado y se encogió de un sobresalto, fue tan evidente que enseguida él miró donde Paula había clavado el codo y luego a su amiga.

—Hay ahí un chav... un joven que ha luchado contra los asaltantes.

Y Tanarys alzó las cejas.

—De hecho, me salvó de morir. —Cogió aire por la boca y lo expulsó de golpe. Allí se hablaba muy alegremente de estar a punto de morir. Llevaba un pleno de «a punto de muerte» desde que llegó.

Volvió a sentir el codo de Paula.

¿Qué coño quiere ahora?

—Segunda fila, tercero a la derecha —añadió por si era eso lo que Paula quería que dijese. La oyó resoplar, no era eso.

Vio que Tanarys miraba a Paula y tuvo que contener la risa al verlo, su semblante más serio contrastaba hasta con la callada Paula que tenía tras ella.

—Paula —le sorprendió oír el nombre de su amiga en la voz de Tanarys, ni siquiera sabía que podía reconocerlas por su nombre a todas. Ya veía que sí.

Paula se alzó de puntillas, Leonor volvió a contener la sonrisa al ver que Paula no se fiaba de ponerse totalmente frente a Tanarys y seguía tras su hombro.

—¿A esa niña también la van a ahorcar? —preguntó.

Tanarys giró la cabeza para mirar a la joven, luego miró a Paula.

—No es una niña y es hija de un traidor —respondió—. El *chieff* de los MacLeod decidirá qué hacer con ella.

—Es que está asustada y... —Paula no pudo seguir hablando ante la mirada de Tanarys.

Alastor se acercó a él para decirle algo.

—Tía, es que acojona de cerca, joder —le susurró Paula—. Intenta que no castiguen a la niña tampoco.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

—A mí no me lo preguntes, eres tú la que lo estás... —Le dio un codazo a Paula para que se callase. Tanarys volvía a poner su atención en ellas.

Leonor tragó saliva.

—Claro que es una niña. Y aunque no lo fuese. Los hijos no tienen por qué pagar los errores de sus padres —le dijo.

Ha quedado muy profundo, pero creo que no ha colado.

—Mi señor. —No había visto a Bruce Black hasta que lo tuvo terriblemente cerca—. Es mejor que las mujeres salgan cuanto antes y dejen de entorpecer.

Lo de este tío es de traca.

—¿Entorpecer? Estabais jodidos hasta que llegué yo. —Recibió un codazo de Paula en el costado de nuevo.

Bruce se giró hacia ella. Aquel hombre de barba puntiaguda la miraba como si fuese una molesta mosca inútil.

—Deslenguadas, entrometidas y salvajes —añadió él—. Quizás deberíamos enviarlas con los MacLeod.

Leonor abrió la boca para replicar, pero Tanarys puso una mano en el hombro de Bruce y se lo llevó a un lado. Ella se cruzó de brazos, le ardía el pecho y sentía los latidos azotándole en la sien.

—El barba *pelopolla* este es un borde. —Oyó decir a Paula.

Pero el ardor del pecho quedó en un segundo plano, los ojos se le humedecieron de inmediato y tuvo que apretar los labios para no romper en carcajadas.

La madre que la parió, el barba pelopolla, dice. Menos mal que no nos entienden.

Bajó la cabeza y se puso la mano cubriéndose las cejas y presionándose para ver si se le cortaban las ganas de reír. Miró a Paula desesperada, comenzaba a hacer ruidos incómodos, pequeñas ventosidades bucales.

Tanarys estaba de nuevo frente a ella, enseguida se fijó en sus ojos. Podía apretar los labios, pero lo de disimular las lágrimas rebosando era otro nivel. Cogió aire despacio y lo contuvo dentro. Abrió la boca con cuidado, la «oleada Paula» estaba pasando y dio gracias a Dios.

—Ese joven de ahí —esa vez lo señaló—, me ha salvado la vida. Ha ayudado a vuestros soldados. No merece estar cautivo.

Tanarys se inclinó hacia uno de los soldados y le susurró algo. Este enseguida se acercó a los cautivos y llevó al joven de los harapos que no levantaba la mirada del suelo.

Leonor se giró y Paula volvió a colocarse tras ella, asomándose por encima de su hombro. Miró de reojo a Tanarys, este inspeccionaba al cautivo con aquel semblante serio.

—Tu nombre.

A Tanarys ni siquiera le hacía falta entonar pregunta para que le respondiesen de inmediato.

—Ian MacLeod, señor.

Hostiaaaaaaaaaas.

Ian MacLeod era el nombre que le dio la joven Edine, la que le encargó buscar a su hermano en el castillo MacLeod.

Había sentido a Paula sobresaltarse a su espalda.

—Esta mujer dice que has combatido contra los mercenarios.

Ian asintió sin levantar la vista.

—Duncan lo tendrá en cuenta cuando llegues al norte —añadió Tanarys.

Leonor recibió un codazo por parte de Paula, tan fuerte que su movimiento llamó la atención de Tanarys.

—Queremos que este joven nos acompañe.

Tanarys alzó levemente las cejas.

—Conocemos a su hermana Edine.

Ian reaccionó al nombre.

—¿Edine está viva? —Levantó la cabeza, pero Tanarys enseguida lo miró y la volvió a bajar.

—Está en el castillo de los Black —le respondió Leonor entornando los ojos hacia él. Claro que no era un traidor, recordó la reacción de Edine cuando Paula habló de Tanarys aun sin saber dónde estaban. No dudó en sacar la espada y apuntarla con ella. Si él era su hermano y, por lo que Edine les había contado, era el único familiar que tenía, nadie más que él le habría transmitido aquella lealtad por el señor de Lothian.

Tanarys la observaba a ella, no estaba desconcertado, ni siquiera molesto, le interesaba lo que ella fuese a decirle.

—Pido la libertad de este cautivo, señor. Y me hago responsable de él.

Y aquello sí pareció sorprender a Tanarys.

—Si resultase ser un traidor, yo seré la responsable y cargaré con las consecuencias —añadió.

Sus palabras hicieron que Ian volviese a levantar la cabeza. Bruce Black había regresado. Leonor entendió que se excedía, no dejaba de ser una paria y encima mujer. Así que solo le quedaba una opción.

—Si el señor de Lothian piensa otorgarme algún tipo de recompensa, deseo que sea esta —lo dijo sin mirar a Tanarys ni a Bruce Black. Luego se acordó de la chica y levantó la barbilla—. Y a la niña también. No creo que sea conveniente que viaje sola con tantos hombres.

A ver si cuela, ya puestos.

Tanarys se giró hacia ella y se inclinó para hablarle.

—¿También te haces responsable de ella? —Y en el susurro notó cierto tono irónico que no correspondía mucho con el señor, pero sí con el otro Tanarys cuando nadie lo miraba.

Leonor frunció el ceño y lo miró.

—No, no, de ella no.

Aunque él no moviera un ápice su expresión, ya podía deducir cuándo le gustaba lo que oía, cuándo le sorprendía o cuándo le interesaba. Y en aquel momento Tanarys hubiese reído, aquellas carcajadas internas con sonrisa perfecta que le solía arrancar cuando solo ella lo miraba.

Ya me está desapareciendo el bochorno completamente, esto no puede ser.

La balanza se volvía a inclinar, algo que no le extrañaba en absoluto con la mirada del lobo a menos de un metro.

Esperó en silencio a que él terminara de observarla. Tanarys asintió con la cabeza. Vio a Bruce mirar al señor de Lothian de reojo antes de

girarse y alejarse de ellos.

—Pero tenéis que partir ya hacia el castillo Lockhart —añadió.

Leonor asintió y dio un paso hacia atrás, pisó a Paula, que dio un sobresalto.

—Salid de aquí cuanto antes. —Tanarys se alejó de ellas.

Leonor resopló. Los soldados ya habían soltado a Ian, este de inmediato se acercó a Leonor y Paula.

—Gracias, mi señora. —Puso una rodilla en el suelo.

Madre mía, qué violento esto.

—No es nada, te la debía, creo. Y a tu hermana también. —Le dio en el hombro para que se levantase.

—Edine —dijo él levantándose—. Pensaba que...

—Está viva y está bien. —Lo rodeó para dirigirse hacia la chica.

Paula la imitó y enseguida se pegó a ella de nuevo.

—¿Quieres dejar de meterte en mi culo? Que me voy a caer.

Paula miraba hacia atrás.

—Leo —le susurró—, si por casualidad pierdes el cuerno o simplemente lo mandas a tomar por culo... —Entornó los ojos hacia ella—. No pasa nada.

Apretó los labios para no reír con las cosas de Paula. Giró la cabeza para mirar a Ian, que se armaba en la pila de espadas y similares que había

apilados. Ian tenía similitud con Edine, ambos tenían los rostros con un aire dulce que contrastaba con el ambiente que los rodeaba. Empujó con su hombro el de Paula.

—¿A que no está nada mal el viaje?

Paula arrugó la nariz.

—Si nos dejaran ducharnos y cambiarnos de ropa, no estaría mal, no. —Rio su amiga.

La chica rubia estaba en el suelo, en la misma postura que cuando la vieron al entrar. Leonor y Paula se inclinaron frente a ella. Las miró tan aterrada como al resto.

—¿Cuál es tu nombre?

—Agnes. —Tenía las piernas rodeadas con los brazos y los apretó.

—¿Quieres venir con nosotras al castillo Lockhart?

La chica las miró de reojo, luego miró a Tanarys.

—No me dejarán ir a ninguna parte. —Bajó la frente para apoyarla en las rodillas—. Mi padre ha intentado matar al señor de Lothian.

Leonor y Paula se miraron.

—Puedes venir con nosotras si quieres —intervino Paula poniéndole una mano en el hombro y Agnes levantó la cabeza.

—¿Siendo la hija de un traidor? —Espiró aire y cerró los ojos—. Da igual dónde vaya, mi destino será el mismo.

—¿Qué dices? —Paula se apoyó en su hombro para ponerse en pie —. Eres joven y guapa, y parece que de tonta tienes lo que yo. Así que tu destino será el que decidas tener.

Agnes alzó las cejas al escucharla. Paula le tendió la mano.

—¿Qué me dices?

Agnes observaba la ropa de Paula, luego miró a Leonor.

—¿De dónde sois?

Leonor movió la mano.

—De un país muy lejano. —Ya no sabía ni qué responder a la pregunta. No había distancia que compensara los años luz a los que estaba de allí su verdadero mundo.

—Es que sois...

—Sí, somos forasteras y extrañas —la cortó Paula—. Pero somos de fiar, mucho más que la mayoría que encuentres aquí. Así que vamos, que ya nos ha dicho el lobo varias veces que partamos ya y si me asusta así, no me lo quiero imaginar enfadado.

Agnes rio mirándola.

—Bastante extrañas, sí —le dijo, cogiendo su mano para levantarse.

Agnes era más alta que ellas dos, muy delgada, con gruesas trenzas medio deshechas que le llegaban hasta algo pasada la cintura.

Salieron del castillo. Había ya una comitiva subiéndose a los caballos. Leonor miró hacia el interior del castillo. Tanarys, sin embargo, no parecía tener mucha intención de salir de momento. No le hacía gracia que el grupo se separase, aún menos que él estuviese en el otro.

Que en el suyo fuese Alastor la tranquilizaba en parte. De todos los que pasaban por allí quizás era el que le inspiraba más confianza y, por ende, todos los Hunter. Sin embargo, los Black no le daban ninguna seguridad, aunque el más joven, Rob, iba ganando puntos poco a poco, su hermano los perdía todos de golpe cada vez que aparecía.

Se subió a uno de los caballos y suspiró. Desconocía por qué Tanarys tenía tanta prisa por que partiesen, aunque desconocía el trayecto hacia aquel castillo que nombraban. Allí se tardaba demasiado en ir a todas partes.

Alastor pasó por su lado ya montado en su caballo.

—¿Hay mucho camino hasta el castillo Lockhart? —le preguntó.

—Si salimos ya, llegaremos al anochecer —respondió él sin detenerse.

Miró de nuevo hacia atrás. Si ellos llegaban al anochecer, Tanarys seguramente no lo haría hasta el día siguiente.

Entornó los ojos. Ian estaba en el pozo en el que ella se enfrió momentos antes hablando con un hombre harapiento.

—¡Leo! —la llamó Alba, se quedaban atrás.

Azuzó el caballo y se colocó a media altura de la comitiva junto a sus amigas. Volvió a mirar hacia atrás, ya Ian no estaba en el pozo. Esperaba que se apresurase en subir a su caballo y seguirlos.

Marchaban y Tanarys quedaba atrás. Leonor miró su cuerno, desconocía si aquella conexión era capaz de romperse con la lejanía. Ya lo había escuchado desde el otro mundo, claro que lo escucharía en el mismo mundo que Tanarys.

Apretó las riendas del caballo y espiró con fuerza. Oía el murmullo de sus amigas tras ella, preguntaban a Agnes, que ya parecía no estar tan asustada y era tan despierta como había deducido Paula.

No pasaron más de veinte minutos cabalgando cuando oyó un galope tras ellos, giró la cabeza y vio a Ian tirar de las riendas y frenar el caballo a su lado.

—Tenéis enemigos en las Lowlands, dama Leonor. —Lo oyó decir sin mirarla.

¿Yo? ¿Yo por qué? La madre que me parió.

—Un desconocido acaba de ofrecerme una embaucadora suma de dinero por cortar el cuello de la mujer del arco. Me pagarían en el castillo Lockhart —susurró, comprobando que no lo escuchaban.

Leonor intentó no mover ni un ápice los músculos de su cara.

—¿Y has aceptado? —Miró al horizonte del camino.

—Por supuesto que sí. —Se sobresaltó al oírlo—. De haberme negado, se lo hubiesen propuesto a otro. Prefiero ser yo el encargado de tu muerte hasta que el señor de Lothian valore qué debemos hacer.

Leonor bajó la cabeza.

—¿Solo a mí? —Temía que con sus actos hubiese arrastrado también a sus amigas a aquel nuevo agujero aún más peligroso que el del tiempo.

—Sí, salvo que alguien esté presente.

Resopló. Aquello no la tranquilizaba en absoluto. Leonor desvió el caballo para retirarlo del grupo y él se volvió a colocar a su lado.

—Sé que entiendes de armas, enseñaste a defenderse a tu hermana. Un arco no sirve si alguien me ataca de cerca. Y como ya has visto, suelo fallar cuando tengo las de perder —suspiró de nuevo.

Ian pareció entenderla. Se llevó la mano al cinto y le dio un pequeño cuchillo enfundado.

—No sé si te será de ayuda.

—Seguramente no. —Sin embargo, lo cogió.

Un pequeño cuchillo no la iba a salvar de ningún matón gigante que mandaran a por ella y que encima la cogería por sorpresa. Pero era mejor que nada.

Resbaló el cuchillo con funda por dentro de la bota. También lo había visto en películas, no sabía si era algo realmente normal en épocas antiguas. Pero con una bota moderna y dura era como tener un palo metido tobillo abajo. No podría andar con eso.

—¿Por qué iban a querer matarme?

Ian miró hacia atrás, el castillo de los MacLeod ya estaba lejano.

—La batalla estaba perdida y le diste la vuelta. Los ingleses y sus leales aquí han perdido el dinero que han pagado a los mercenarios. Eran pocos, realmente pienso que tan solo es una pequeña parte de lo que están preparando. —Volvió a comprobar que nadie los escuchaba—. Y creo que deben de contar con el suficiente apoyo en el sur para hacerlo.

Leonor miró al castillo que habían dejado atrás. En ese momento eran pocos, sí era cierto que el que Tanarys no estuviese allí no la tranquilizaba. Los traidores podrían no ser solo los MacLeod.

Alba les dijo que no acusasen a nadie en voz alta, que podría costarles el cuello.

—¿Te fías de los Black?

Al demonio con el miedo a la horca. Si estoy viendo que me van a matar de todos modos.

—Más confiaba en los míos y ya has visto hoy.

Lo miró de reojo. Se alegraba por Edine de que su hermano aún estuviese vivo. Y realmente se veía un buen hombre.

—Se dice que al sur de la frontera de Galloway se están reuniendo un grupo de mercenarios pagados por Balliol. Al tener a la mayoría de soldados en la batalla contra los francos, ha reunido a todos los criminales de Inglaterra para combatirnos a nosotros.

Esos son los peores, los que no tienen nada que perder.

—Los ingleses temen a los del norte, quizás por eso comenzaron enredando a los MacLeod. Sea como sea, quieren a Tanarys muerto antes de atacar. Él es el único que puede traer a los Úlster a luchar en el sur, aparte de los clanes de Moray, y eso conlleva que se unan también numerosos clanes que de otra manera permanecerían al margen. Suma el ejército Douglas que aún no se ha movido del castillo de Lothian. Tienen en el sur al señor más poderoso de toda Escocia y es lo que retiene a los ingleses.

—Pero no dejan de enviar mercenarios y saqueadores. —Tuvo que inclinarse para no dar con la cabeza en una rama.

—Eso lo hacen para crear inseguridad, para tener a Tanarys justo donde quieren, como ha pasado hoy. Es una forma de preparar una guerra. Y Tanarys lo sabe, pero no puede hacer nada porque tiene una obligación con su pueblo y con los clanes que están bajo su protección.

Volvió a mirar hacia el castillo, las ganas de echar a correr de nuevo hacia Tanarys aumentaban. Ahora entendía su insistencia en que saliera de allí cuanto antes. No era porque llegara la noche antes de llegar a Lockhart. Temía más ataques de mercenarios.

Detuvo el caballo y lo giró para ver el castillo de frente.

No tardó en oír un galope, Alastor se puso delante. No sabía cómo había llegado tan rápido, pensaba que iría delante de todos, pero tendría la misma costumbre del lobo de estar en todas partes.

—Hay que seguir —le dijo.

—Tú también lo sabes, ¿por qué lo has dejado solo?

Azuzó el caballo y Alastor esa vez invadió con el suyo y le agarró las riendas.

—No está solo, está con los Black y los soldados Úlster.

Lo vio dudar, pero al final le quitó las riendas, las pasó por el caballo y las unió con las suyas.

Alastor tiró de las riendas y su caballo marchó tras el de él.

—Sabes manejar el arco, pero eso no te hace un hombre.

Será capullo.

—En Lockhart hay más mujeres y podrás estar con ellas y hacer cosas de mujeres. Los hombres se encargarán del resto.

Alzó las cejas y miró a Ian de reojo, que marchaba a dos metros de ellos y estaba completamente callado.

—Tanarys ya me advirtió de que lo intentarías. —Vio a Alastor contener la sonrisa.

Mira qué listo el lobo.

—Tanarys no tiene ni idea. —Levantó la correa del caballo que le cruzaba en la cabeza. Si metía ahí el cuchillo que le había dado Ian, tendría un caballo libre y posiblemente desbocado.

Podría echar a correr y llegar a Cuenca.

No era buena idea correr sin poder dirigir el caballo, acabaría en el suelo y sin montura, con alguna fractura y sola. No era una opción.

—¿Por qué no confías en Tanarys? Sabe lo que hace. No necesita que ninguna mujer lo proteja de nada. —Lo vio reír—. Tiene a los soldados para eso.

—Porque hoy he visto una espada en su cuello y he tenido que ser yo la que se la quite.

La risa de Alastor aumentó. Entonces Leonor recordó la reacción de Alastor cuando vio a los soldados intentar acceder a la muralla.

—Gracias. —No le quedaba otra que dárselas, a él y a todos los que impidieron que la mataran.

Él negó con la cabeza. Comenzaba a sentir algo parecido a simpatía con una parte de aquella gente. Comenzó con Edine y era tremendamente extraño. Eran personas que parecían haber salido de una película o de un libro, personajes irreales que respiraban y se movían a su alrededor con unos pensamientos limitados o más bien cerrados, pero igual de interesantes que la época moderna. Y allí en medio de los prados verdes estaba comprobando que todo marchaba demasiado deprisa. Parecía que llevaban allí más tiempo, a sus amigas también se lo parecía, habituándose a cosas inimaginables como vestir de harapos, no ducharse o beber aquella agua gruesa y con mal sabor.

Ya Paula le había dicho entre bromas lo del cuerno, pero era cierto que hacía tiempo que ninguna hablaba de regresar. ¿Habían perdido la esperanza? ¿O la idea de quedarse ya no era tan aterradora?

Llevaban los suficientes días allí para comprobar que ni ellas ni ellos enfermaban, algo que la tranquilizaba. Aun así, les quedaba mucho que explorar en aquellas tierras embaucadoras. A ratos ni siquiera se imaginaba volver al aire corrompido, al ruido de una ciudad, a los motores de unos coches o al olor del jabón de baño. Echaba de menos las croquetas, en la colina soñó con ellas y estaba segura de que tan solo era el primer manjar de tantos que podría echar de menos. Ver la tele, dormir, leer, hacer zumba, escuchar música... despedirse de todo lo agradable que conocía

resultaba cada vez menos doloroso. Lo único que seguía doliéndole era pensar en su familia y en las del resto. El sufrimiento inimaginable de desconocer que ellas, aunque hubiesen dejado atrás sus bolsos, pertenencias, dinero y todo lo que siempre llevaban consigo, sorprendentemente estaban bien.

Giró su cuerpo para mirar el castillo cada vez más alejado. Como decía Alastor, tenía que confiar en Tanarys. Sabía cuidarse mucho mejor que ella. Quizás no estaba acostumbrada a esa tensión continua, al peligro inminente a cada momento, por eso su reacción era exagerada y esos reflejos de correr sin importar las consecuencias eran producidos por todo ello.

No pertenecía a aquel lugar, allí los impulsos llevaban a la muerte y en el mundo moderno era habitual vivir a golpe de impulsos.

No sobreviviré con esta actitud.

Era lo que le dijo Tanarys, llevaba razón, y tenía que comenzar a cambiar su actitud porque nunca había tenido más ganas ni más motivos para seguir con vida. Allí, a unos metros de ella, ya tenía tres y más lejos, en un castillo, estaba la otra.

—Tienes el carcaj vacío —dijo Alastor.

¿Ves como no puedes salir corriendo por las buenas?

No lo había meditado cuando quiso volver con Tanarys. Sin su única habilidad no era más que una carga. Hasta con flechas lo era. No quería echar más piedras a la espalda del señor de Lothian, que por muy grande que esta fuese llevaba un excesivo peso.

—Vamos. —Tiró de las riendas de su caballo. Algo le decía que no iba a dejarla suelta en todo el camino.

Algo que a Alba le va a encantar.

Bruce Black

Ya anocheecía, Tanarys y los suyos acababan de marcharse. Desde la muralla podía verlos aún a lo lejos, en el camino. Alastor ya estaría llegando a Lockhart, allí los esperarían su padre y Ceara, se alegraba de que Rob aceptara marcharse con Tanarys. Allí su hermano estorbaría más que ayudar, siempre fue el cuervo gris de la familia. Lamentó que no hubiese nacido mujer y así no habría tenido que cargar con él a todas partes.

Uno de sus soldados hizo una señal de luz hacia el otro lado de la muralla. Con los Hunter y los Úlster lejos ya no había peligro de que se acercasen. Allí, aislados del resto del sur, podrían preparar lo que se avecinaba sin temer ser traicionados ni descubiertos.

Leonor

El castillo Lockhart estaba en un lugar alto, le recordaba al de los Black, aunque este tenía un tono gris más claro. Ya hacía rato que Alastor le había dado las riendas de su caballo, quizás tan lejos estaba seguro de que no iba a correr a ninguna parte.

El carcaj ya estaba lleno de flechas, tantas como entraron dentro. Parecía que entre cazadores se había ganado cierto respeto y eso la honraba, teniendo en cuenta que en aquella época que una mujer se ganase el respeto en un asunto de hombres era bien arduo.

Abrieron las puertas, ya los esperaban. Había visto marchar a mensajeros. Se pegó al caballo de Paula, que estaba tras Inés y Alba. Agnes resultó ser una buena compañía, a pesar de no haber cumplido los diecisiete, de inocente y desvalida, tal y como decía Paula, tenía lo mismo que ellas.

Atravesaron las puertas del castillo. El interior estaba lleno de gente. Reconoció a los Black con aquella vestimenta negra y plata. Rob detuvo su caballo ante ellos y descabalgó.

Alastor se había detenido frente a una mujer, entornó los ojos. Por un momento temió que fuese su esposa y se frustraran las ilusiones que no

quería reconocer Alba, de hecho, no quería ni que se mencionase el tema. Pero aquella mujer recibió a Alastor como se recibiría a cualquier pariente.

Pero vete a saber, esta gente se casa por obligación. Tiene que haber menos fuego que en un cementerio.

Dio unos pasos más con su caballo antes de descabalgar. La mujer que hablaba con Alastor miró el séquito despacio. Enseguida le llamó la atención su pelo, si aquella melena no era postiza, y no creía ya que allí existieran extensiones y similares, estaba ante el pelo más largo e interminable que había visto en su vida. Una trenza marrón oscura que le llegaba hasta las rodillas como poco.

Qué pasada.

Se bajó del caballo para observarla mejor, aquella mujer era realmente llamativa y no solo por la vestimenta de terciopelo azul zafiro, sino porque su melena, su tez clara y unos ojos enormes con espesas pestañas la hacían, en conjunto, lo más parecido al ideal que siempre imaginó de mujer medieval. Un ser excesivamente hermoso, elegante, dulce, que desprendía cierta inocencia.

Los ojos de aquella mujer se detuvieron en ella y pudo apreciar un color azul casi violáceo, similar a los de la famosa actriz que interpretaba a Cleopatra.

La joven bajó los ojos hacia el cuerno en el cinto de Leonor.

Lo conoce.

Alzó las cejas y su cuerpo se bloqueó. Sintió un leve empujón de Paula que no se había dado cuenta de que había parado de andar y había tropezado con ella. No sabía interpretar la sensación que la había invadido de forma refleja, sacudió todo el cuerpo.

Si todo en lo que se refiere a Tanarys viene con potencia elevada al infinito, mal lo llevo con esto.

Aquella mujer era absolutamente perfecta y tenía la posición adecuada. Tuvo que volver a sacudirse.

Más adelante había otra chica, algo más joven que la anterior, más cercana a la edad de Agnes. Era también hermosa, aunque al lado de la del vestido azul nadie podría lucir hermosa. También recorría con la mirada a los soldados.

Me estoy poniendo nerviosa.

Se dio la vuelta para alejarse y chocó de nuevo contra Paula.

—Pero ¿qué te pasa? —Paula había alzado las cejas.

—No sé qué pintamos aquí.

—Pintar no sé. Pero comer lo que me pongan. —La apartó.

Inés se acercó a ellas sonriendo.

—Las *influencer* de las Lowlands —dijo, apoyándose en el hombro de Leonor.

—¿Qué es una *influencer*? —Agnes se había inclinado para asomarse—. Aquella es Ceara Black, la de en medio que está junto al *laird* Lockhart es Evaleen.

Leonor miró a Agnes, que se había callado antes de nombrar a la que faltaba. Pero la observaba de la misma forma que lo había hecho ella y eso que seguramente estaba acostumbrada a verla de vez en cuando.

—Es Moira Hunter. —No añadió nada más.

La influencer suprema.

Paula arrugó la nariz.

—Vaya nivel el de la «halcona» —Rio, mordiéndose el labio. Luego le dio una palmadita en el hombro a Leonor—. Pues sí que tienes competencia.

Leonor le apartó la mano de un manotazo ante la risa de Inés y Paula. Agnes había alzado las cejas, aquella chica para ser tan joven era bien espabilada al agarrar las bromas y la veía más a gusto de lo que esperaba con ellas.

Y ha entendido perfectamente lo de la competencia. Anda, que si llegas a nacer en mi siglo serías una crac.

Leonor se miró la ropa. Entre el jirón roto de la capa, la tela llena de agujeros y los parches, desde luego que mucha competencia a semejante belleza no hacía.

Volvió a bloquearse al ver a Alastor y a Moira frente a ellas.

—Mi hermano acaba de contarme tu ayuda de esta mañana. Gracias.

—Y su voz encajaba tan bien con aquella imagen de dama dulcificada que hasta le dio vergüenza responder.

Asintió con la cabeza. Moira volvió a mirar el cuerno y entornó los ojos. Estaría leyendo la inscripción.

—¿Por qué llevas el cuerno de Tanarys? —preguntó, alzando los ojos hacia ella.

—No es el cuerno de Tanarys. —No quería sonar brusca, pero sin saber la razón quería que ella lo supiese cuanto antes—. Este es mío.

Decir aquello en voz alta le producía cierto orgullo.

—¿Conoces a los Úlster?

Mierda.

Negó con la cabeza. La joven entreabrió la boca para volver a hablar, pero su hermano le tocó en el brazo y la calló de inmediato. Alastor se giró para entrar en el castillo. Moira se giró también, pero antes volvió a mirarlas.

—Os hubiese acogido de gran agrado en casa, espero que Evaleen os atienda como os merecéis. —Se agarró del brazo de su hermano y subió los escalones.

Inés le dio un codazo.

—Dejad de darme golpes, palmadas y pisotones, joder. —Se sacudió.

—Eres una vacilona, ¿lo sabes?

—¿Yo? No he abierto la boca.

—El cuerno es mío —la imitó y Paula rompió en carcajadas. Inés se inclinó hacia su oído—. No te angusties, Leo, que le llevas setecientos años de ventaja.

—Alba —le pidió ayuda—. Diles algo a estas dos.

Demasiado callada estaba *la madre de todas*.

—De eso nada, que si no la toman conmigo —respondió—. Prefiero que te gasten bromas a ti.

Será...

—Todas las damas solteras quieren al señor de Lothian —dijo la muchacha.

Ya me está entrando lo del pecho.

Un martilleo constante mezcla de ansiedad, curiosidad morbosa por saber, y celos que hacía que echase de menos una ducha hirviendo, música a toda voz, fumar tabaco y un cubata.

—¿Esta también? —preguntó Paula.

—Sí, y algunas que ya tomaron matrimonio. —Miró de reojo a Evaleen—. Ya solo quedan Moira, Ceara y Evaleen de los clanes grandes.

Recibió otro codazo de Inés.

—Solo tres, te has visto en peores —le dijo riendo.

A Agnes no se le pasó por alto y esbozó media sonrisa.

Y yo con estas pintas.

—Una ducha, por Dios. —Paula se olía la ropa—. ¿Qué hacemos?

¿Entramos?

Solo los soldados y ellas estaban fuera. Miraron a Agnes, ella era la única que conocía las costumbres y cómo proceder.

—No sé qué tipo de invitadas sois.

—Unas parias, ¿no nos ves? —Paula había subido los escalones y se asomó dentro.

Agnes guiñó ambos ojos mirando la ropa de Alba.

—Entonces tendréis que ir a la parte de atrás del castillo, donde están los empleados.

—Otra vez en un granero no, por favor. —Inés se tapó la cara con la mano.

—Pues es lo que hay. —Leonor dio unos pasos hacia delante y se giró para mirarlas.

—¿Por qué andas así? —Alba la siguió.

—Llevo un cuchillo en la bota. —Sacudió el pie.

Rodearon el castillo, Agnes las seguía.

—Agnes. —Oyeron una voz y todas se detuvieron.

Era Evaleen Lockhart.

—Tú y tus amigas, venid conmigo. —Se giró, dándoles la espalda.

Se empujaron unas a otras para seguirla.

Evaleen las esperaba en la puerta.

—Al parecer, el señor de Lothian quiere que te demos acogida y mi padre no puede poner objeción. —Miró a Agnes—. Yo ni siquiera te hubiese permitido atravesar la puerta del muro.

Madreeeee.

—En cuanto a vosotras, solo sé que sois forasteras y que por alguna razón gozáis de la confianza de Tanarys. Os daré asilo y comida. —Les miró la ropa—. Y ropa limpia.

Todas hicieron un gesto con la cabeza en señal de gratitud. Una mujer se acercó a ellas.

—Yo me encargaré de ellas, mi señora —le dijo la mujer con una leve reverencia.

Evaleen se marchó pasillo adentro y quedaron solas con la mujer.

—Seguidme. —Y las llevó por el lado contrario por el que se había marchado Evaleen.

OceanofPDF.com

Leonor

Después del baño el cansancio se hizo notar. Había podido desenredarse el pelo, que volvía a enroscarse mientras se secaba al calor de la chimenea. Estaban en una habitación cercana a la cocina, quizás demasiado ruidosa. Tenía tan solo dos camas pequeñas, pero compartir cama no era un problema después de haber dormido en el suelo, en un granero o sobre una pierra.

Se había sentado en la cama. El colchón o lo que fuese aquello era tan blando que la espalda se hundía por completo.

—Esto tiene que dejarte las lumbares y la cadera echas polvo — decía Alba sentándose y levantándose.

Agnes estaba en otra habitación en la torre, supuso que su condición de hija de *laird*, aunque este fuese un traidor, no permitía a los Lockhart alojarla con la servidumbre.

Tenían ropas limpias, eran muy simples, pero estaban nuevas, así que para ellas era mucho más de lo que esperaban. A Paula le sentaba bien el vestido crudo y la capa celeste. Leonor la veía realmente guapa. Para Alba, que le quedase bien de medida, solo lo había color ocre, pero también estaba guapa, a su piel le iba cualquier color. El vestido de Inés era verde,

un verde muy claro que resaltaba su pelo dorado. Ella se empeñó en mantener el color rojo y aunque no fuera del todo de su talla con el cinto doble del cuerno lograba adaptarlo.

Estaba asomada a una pequeña ventana, tipo saetera, desde donde podía ver parte del camino que habían seguido hasta el castillo. Pero no había ni rastro del lobo.

Paula volvía a entrar en la habitación con una cesta, ya era la segunda vez que salía.

—Esto de estar al lado de la cocina tiene su ventaja —dijo, engullendo algo—. Encima te enteras de todos los cotilleos. Leo, ¿sabías eso de que todas las mujeres que se casan con un Úlster mueren en el parto?

Ella dio un manotazo en el aire.

—Aquí muchas mueren de partos. Son enormes, no es nada extraño —respondió Paula.

—¿Nos vamos ya? —decía Inés—. Ya me estoy acostumbrando al aire libre, esta habitación me angustia.

—Se escucha una juerga de aúpa en el salón.

—¿Estáis seguras de que podemos ir?

—Que sí, que me lo ha dicho la cocinera. Ahora mismo el castillo es como una comuna y todo va a cargo del señor de la casa. Así que vamos.

Leonor suspiró. Estaba cansada, solo quería ver a Tanarys entrar por la muralla y echarse a dormir toda la noche.

Paula se puso las manos en la cintura y las miró.

—¿Veis? Esto ya es otra cosa. Esto se va pareciendo más a las historias de viajes en el tiempo que conocemos. —Rio.

Leonor negó con la cabeza.

—Venga, caperucita. Que en un rato estará aquí el lobo. —Tiró de ella.

El único aliciente para salir al salón era exactamente ese, ver al lobo sano y salvo en el castillo Lockhart. Volvió a meterse el cuchillo en la bota, Ian le dijo que le pagarían el trabajo allí, así que entre ellos había alguien que la quería ver muerta. Algo que no les quiso contar a sus amigas.

Salieron al pasillo, se puso detrás, delante era volver a recibir codazos y empujones. Atravesaron la cocina y la cocinera les indicó el camino. Le alargó a Paula otro pastel redondo de los que ya había engullido varios.

Leonor entornó los ojos hacia su amiga. Daba igual dónde estuviesen, Paula hacía amigos con facilidad. Negó con la cabeza riendo y esa vez fue ella la que la empujó, quizás con más fuerza de la que esperaba y Paula dio un traspiés.

Un joven la alcanzó antes de que cayese. Leonor se detuvo mientras él ponía a Paula derecha.

—Gracias. —La oyó decir.

Ver a Ian mirar a Paula como si esta fuese de otro mundo, cuando realmente ella pertenecía a otro mundo, la hizo contener la sonrisa.

Setecientos años de ventaja.

Inés llevaba razón.

Era la primera vez que podía ver por dentro un castillo del medievo, sin embargo, se dio cuenta de que las recreaciones modernas se acercaban mucho a la realidad. Las mesas largas de madera, las velas en las lámparas. Alzó la vista hacia ellas. Supuso que las manchas de cera y los lamparones de aceite que estas dejaban serían numerosos.

Los Black estaban sentados todos juntos, rodeados de algunos de sus soldados. Era gente reservada, poco sociable. De ahí el carácter del «poco hecho».

Alastor estaba junto a Logan Lockhart, al otro lado del señor de la casa no había nadie y aquello hizo que el estómago le produjese cierta vibración. Moira y Evaleen estaban en uno de los lados. El resto era gente que no conocía. Hablaban demasiado alto y reían.

—Pues nada, a comer y beber se ha dicho. —Inés las rebasó.

Paula continuaba dándole las gracias a Ian. El aseo de este lucía tan bien como el de ellas. Tampoco ya vestía de harapos y con el cambio, para bien, Paula estaría más que satisfecha.

Alba se sentó junto a Inés al otro de los lados de la mesa, tenían en la parte de enfrente, a unos metros de separación, a los Black, a Moira y a Evaleen. Estaban en un extremo, supuso que aquello iría por jerarquía, así que hicieron bien en retirarse al máximo. Leonor se sentó la última.

La mesa estaba llena de comida y engulleron tanto como pudieron. Una jarra con un licor que quemaba la garganta y nuevamente vino acuoso.

—No mezcles que verás el subidón que te va a dar eso —le decía Inés a Paula.

—Esto no debe tener mucho alcohol, tía. —Apuraba el jarrillo.

Vio a Moira decirle algo a Evaleen y esta las miró.

—Trae, quiero de eso. —Le puso el jarro pequeño delante a Paula para que se lo llenase.

—¿Del cañero?

—Sí.

—Uhhh.

Sus amigas rieron.

—Yo también me voy a echar —dijo Alba.

—Tú no, entonces quién nos va a llevar de vuelta a la habitación.

Alba pasó de Paula y se llenó su jarra.

—No es por nada, pero el *poco hecho* ha mirado para acá dos veces.

—No empecéis, por Dios.

Un hombre se puso en pie y todos callaron.

—No veo yo a esta vestida de negro más que en el Jueves Santo.

—Shhh, a ver qué tiene que decir este.

—¿Ves? Ya no nos hemos enterado.

Se oían golpes en la mesa y vítores.

—¿Tú los conoces de algo? Qué más te da lo que hayan dicho.

Una joven se puso en pie. El hombre continuó hablando.

—La van a comprometer, con lo jovencita que es. A ver si tiene suerte.

Dijeron un nombre y regresaron los golpes. Recorrieron con la mirada el salón buscando quién sería el afortunado.

—Allí, ese muchacho —dijo Paula arrugando la nariz—. Psss, los hay peores por aquí. No, no ha tenido mala suerte.

—Pues mira, se la ve contenta. Y a él también.

—Claro que están contentos, si aquí andarán más calientes que el puchero metálico de la cocina.

Leonor se tapaba la boca conteniendo las carcajadas.

—Sois imposibles —les dijo, negando con la cabeza.

—Otra vez el *poco hecho* mirando a Inés.

—Trae la jarra. —Inés se llenó de nuevo el vaso.

El salón volvió a quedar en silencio. Otro anuncio de compromiso, una nueva joven se puso en pie.

—Esta es menos agraciada, a ver qué pasa. —Paula se irguió mirando por el salón—. Aquel de allí.

Esa vez el otro joven sí se puso en pie. Era narigudo y más bien delgado.

—Bueno...

—No ha habido mucha suerte, no.

—No.

—Esta no sonrío.

—¿Sonreirías tú si tuvieses que empotrarte a ese durante toda la vida?

—Pero el muchacho no tiene culpa. Está ese tío, a dedo, casando a la peña.

A Leonor casi se le salió la bebida por la nariz. Se tapó la boca mientras se le metían las carcajadas en la barriga formándole un gurrño por dentro que la hacía botar. Tuvo que limpiarse las lágrimas.

—Aquí los nombres son largos de narices.

—No tienen DNI, tendrán que diferenciarse.

—Ahora ha nombrado al novio primero.

Un joven se puso en pie. Era bien parecido, se oyeron murmullos. Leonor se dio cuenta de que las casamenteras estaban sentadas todas juntas. Las vio casi rezando para que les tocara a ellas.

—Hala. —Paula dio un sorbo largo a la bebida—. La menos agraciada. Parece que lo está haciendo a mala leche.

—Está harto de *whisky*, a quién se le ocurre.

—Esto me parece una bestialidad.

—Lo contenta que se ha puesto la chavala.

—Normal.

—Shhhh, otra, otra.

Se sobresaltaron cuando todos se pusieron en pie en silencio.

Leonor se levantó y miró hacia la puerta. Vio entrar a dos soldados Úlster. Se le encogió el pecho de inmediato, aún le quedaba el pellizco de las risas y lágrimas en los ojos, se las limpió con rapidez.

Cogió aire por la nariz y lo aguantó dentro. Tanarys entró en el salón. La sensación de verlo entre un bullicio así, y no en medio del campo, lo hacía parecer más señor de lo que estaba acostumbrada y la sensación no dejaba de ser extraña. A ese Tanarys lo sentía más lejos de ella.

Lo vio mirarla de reojo y ella se esforzó en no inmutarse. Pero aunque fuese como verdadero señor, lo que Tanarys producía en su

estómago era imposible de silenciar. El manto rojo de los Úlster sobre camisa blanca favorecía en Tanarys lo que ya de por sí parecía insuperable. Si las damas nobles del sur de Escocia que habían crecido con él cerca estaban embelesadas, qué no podía parecerle a ella.

Tuvo que bajar la cabeza y soltar el aire despacio. Estaba empezando a entender que ella no pertenecía a aquel lugar y que aún menos en aquel lugar era alguien cercano a Tanarys. Lo tenía delante de sus ojos. Ceara, Evaleen, la perfecta Moira. No ella. Ella tan solo era una extranjera que un agujero la hizo caer allí.

El gurruño en el estómago se hizo apretado, tanto que lo notó subir y darle fatiga. No levantó la mirada cuando Tanarys pasó delante de ella, hasta que este se alejó. Entonces su mirada se dirigió a Moira de inmediato. Y vio la devoción más desmedida en sus ojos.

Todos se sentaron en cuanto él tomó asiento.

—Con las risas que estábamos echando. —Paula volvió a echarse bebida—. Inés, el *poco hecho* se ha venido arriba hoy.

—Lléname esto —le pidió Inés.

—Y a mí. —Puso su jarra delante de Paula y esta le echó un chorro.

Leonor frunció el ceño.

—Setecientos años sobria —le aclaró, riendo—. Ya irá por quinientos.

No había visto a Agnes acercarse, Leonor le dejó sitio.

—Me han sentado allí, qué miedo he pasado.

—¿Donde estaban casando a la gente? —Paula le acercó uno de los jarrillos a Agnes—. Pues menos mal.

Tanarys se puso en pie y dio unos pasos, pero lo paró el hombre que había estado comprometiendo a las jóvenes. No sabía qué le estaría diciendo, pero no lo vio mover un ápice los labios. Siguió el camino hacia la puerta del salón. Vio a Moira alzar la mano y detenerlo.

Entornó los ojos para ver su expresión al hablarle. Solo podía verlas a ella y a Evaleen, Tanarys estaba de espaldas. Moira no le soltaba la mano. Vio a Evaleen reír.

—Estas mucho arreglo y mucho orgullo de damas nobles, pero luego son unas calientes, me parece a mí.

—¿Qué es una caliente? —preguntó Agnes y a Leonor casi se le salió la bebida por la nariz.

Paula se giró para mirarla de frente.

—Dícese de «caliente», quien busca de forma bochornosa y desesperada el roce con el sexo opuesto.

No quería reír, ni siquiera sabía que era capaz de reír con el pellizco que tenía en el pecho y el estómago del revés. Pero lo de Paula no tenía límites.

—La mayoría de hombres entonces son unos calientes —respondió Agnes.

Inés se inclinó para mirarla y señalarla con el dedo.

—Lo has cogido rápido.

Leonor la miró de reojo. Agnes, aunque no entendía bien su forma de hablar, solía preguntar todo lo que no entendía. Pensaba que era problema de idioma, que no lo hablaban del todo bien, así que ya no se guardaban mucho delante de ella. Ni de nadie, viendo el camino que estaban tomando. Si en un rato no se iban a la habitación, aquello iría a más.

Al fin las chicas dejaron a Tanarys marchar y pasó por delante de ellas para salir del salón. Vio a Moira levantarse y salir con rapidez también.

—Lléname el cacharro hasta arriba.

OceanofPDF.com

Tanarys

Después de que Ian le contara lo que le habían ofrecido por matar a Leonor salió de inmediato para poner guardia en la habitación donde la alojaban. No podrían quedarse, ninguno de ellos, en el castillo Lockhart. A la mañana siguiente partirían hacia el castillo Douglas de Lothian. Allí, en su propia casa, con más soldados en los que sí podía confiar, estarían más seguros.

Sabía que la intromisión de Leonor traería problemas. El sur se movía y no le gustaba hacia dónde llevaban los vientos. Lo peor estaba por llegar, ni Alastor ni él tenían dudas.

Si los mensajeros que había enviado al norte no se demoraban, en pocos meses podría reforzar el castillo y defender el sur.

Los ingleses y sus aliados del sur buscaban su muerte antes de invadir Escocia. Y no precisamente una muerte en batalla, sino una desde dentro y a traición. Ya no sabía en quién confiar. Aquello estaba repleto de grandes y pequeños clanes. Cualquiera podría ser un traidor.

Regresó al salón, pronto buscaría una excusa para ausentarse, como solía hacer siempre. Era importante reunir a los clanes, pero sin saber quiénes estaban en su contra era muy complicado tomar decisiones.

Vio una sombra oscura y se sobresaltó, echando mano al cuchillo del cinto.

—Tanarys. —Moirá salió a la luz del pasillo.

Moirá era hermosa, no podía negarlo. Y el paso de los años no hacía más que aumentar aquella belleza que poco a poco iba perdiendo inocencia e iba ganando atributos. Pero la miraba y solo lograba ver una mujer. Fue consciente de la sensación completamente vacía de todo el interior de su cuerpo, se hizo notable, no había margen de duda.

Era curioso, siempre le hicieron ver a la mujer como una acompañante a ratos. Tomar matrimonio para perpetuar la sangre, el apellido y el territorio. Para ese cometido podría servir cualquiera, Moirá, Evaleen, Ceara o cualquier mujer del norte.

Pero nadie le explicó la necesidad que algún día tendría de mantener a una mujer cerca solo para asegurarse de que ella estaría a salvo. Que podría pasar horas tan solo viéndola dormir, que le interesaría cada palabra que ella quisiera dedicarle y que estas nunca fuesen suficientes porque quería saber más. Que lo haría sonreír hasta cuando tenía que mantenerse firme. Que haría caso a su criterio aun cuando no correspondiera con el suyo propio. Que le divirtiese predecir sus gestos. Que a ratos imaginara que nada de lo que le rodeaba existía, poder correr, llevarla lejos, tenerla solo para él, sin que acechasen peligros.

—Solo sabes huir de mí. —Se puso frente a él. Moira había crecido y ya era una completa mujer—. Ya ni siquiera te acercas a mí si no es por obligación.

—Moira, ya no eres una niña, ahora tienes tu obligación como mujer. Y yo la mía.

Ella frunció el ceño.

—Sabes que no pienso casarme con otro.

—Llegará el día en que tendrás que hacerlo.

—No llegará. —Se cruzó de brazos—. Nunca, Tanarys.

Entornó los ojos hacia él y dio unos pasos acortando distancia.

—Iba a ser yo, al menos es lo que tú le decías a mi hermano. ¿Es por ese absurdo de que las mujeres de los Úlster mueren? Yo no moriría.

Le rodeó el cuello.

—Tú solo eres mitad Úlster, no moriría.

Moira se acercó demasiado, quizás en un intento de besarlo, y tuvo que apartarse enseguida de ella. Le quitó los brazos de su cuello.

—Antes sí era solo por eso. Ahora hay más razones.

Para qué negarlo aunque a Moira le doliese. Alastor ya se estaba dando cuenta, Moira no tardaría en saberlo por su hermano.

—¿Evaleen? ¿Ceara? —preguntó, encogiendo los labios en un gesto de asco, o dolor quizás.

No respondió. Lo último que necesitaba eran más enemistades para Leonor. La mañana siguiente la sacaría de allí en cuanto amaneciese.

Moirá bajó la cabeza y cerró los ojos.

—La mujer del arco lleva un cuerno como el tuyo —añadió Moira casi en un susurro.

Moirá no levantaba la mirada. Negó con la cabeza.

—No podrás casarte con ella. Estuardo no lo permitiría. Eres el señor del sur y ella no es nada.

Era algo que ni había meditado ni le importaba. Nunca pensó en el matrimonio con ninguna mujer. Y con Leonor lo único que se le pasaba por la cabeza era desaparecer.

Moirá dio un paso atrás y luego un segundo. Tanarys sabía que Moira lloraría, le suplicaría a Alastor que no la casara jamás y que hasta amenazaría con quitarse la vida. Pero también estaba convencido de que todo eso pasaría con el tiempo y buscaría su propio futuro. Era joven, era hermosa, y cualquier clan estaría dispuesto a crear un lazo con la gran familia Hunter.

Moirá le dio la espalda y echó a correr.

Leonor

Paula entró con la cesta llena de dulces en la habitación.

—Niñas —susurró—, he visto a Tanarys hacerle la cobra a la halcona.

Inés se incorporó apoyando los codos en la cama.

—¿En serio?

Leonor se tumbó de lado dándoles la espalda.

—Dejaros ya de chismes. —Alba se sentó a los pies de Leonor.

—Y esta aquí tumbada. —Paula soltó la cesta y se dirigió hacia ella.

—¿Y qué quieres que haga?

—Quedarte mirando cómo avanza la competencia, no.

—Hay dos soldados en la puerta, dónde quieres que vaya a estas horas.

Alba empezó a reír cuando vio a Paula levantando a Leonor. Inés cogía la capa y se la echó por los hombros. Las dos empezaron a empujarla.

—¿Qué hacéis?

Paula abrió la puerta. Inés le colocó la capucha.

—Caperucita... —Paula le ponía bien la capa. Luego sacó tres dulces de la cesta—. Va con la cestita... —Se la dio—. A casa de la

abuelita.

Le dio otro empujón hasta la puerta. Inés la terminó de sacar de la habitación.

—Y a ver si encuentra al lobo.

Leonor intentó entrar de nuevo, pero la sujetaron.

—Si te preguntan dices que llevas un regalo para el señor de Lothian.

—Y menudo regalo. —Inés sacudía la mano—. Si te pierdes, toca el cuerno.

Le cerraron la puerta en las narices.

Son unas petardas, ya ni gonorrea ni nada.

Supuso que el joven de los Black, Alastor o Ian tenían algo que ver en el cambio de parecer de sus amigas.

Se giró, había dos guardas en la pared, a unos metros de la puerta.

—Buenas noches. —No se le ocurrió otra cosa que decir. Era muy violento pasar por el lado de ellos y no hablarles.

Volvió a girarse y se puso frente a la puerta. Apretó el puño y lo alzó para llamar y volver a entrar.

Se detuvo. Poco podría dormir con aquel pellizco en el pecho que le martilleaba sin cesar y no quería ni meditar la razón por la que lo tenía.

Miró la puerta y suspiró, el martilleo era cada vez más constante y rápido y el calor que le entraba al imaginar un acercamiento de Moira con Tanarys la empujaba a recorrer el pasillo abajo.

Alzó los ojos hacia el pasillo. En circunstancias normales no había mucho que meditar.

Ni aquí tampoco tengo por qué meditar.

Dio unos pasos hacia delante y notó un tintineo a su espalda. Uno de los soldados se había puesto en pie, supuso que para seguirla. Ian ya habría hablado con Tanarys, no había otra explicación a aquella vigilancia.

Ni siquiera sabía cuál era la habitación de Tanarys, supuso que en el torreón donde se alojaban los nobles. Se inclinó para sacarse el cuchillo de la bota y lo metió en el cesto. Apretó la mano en el asa y cerró los ojos.

Agradeció el gesto de sus amigas, aunque en una manera bruta y algo vulgar, la habían empujado a liberarse de aquella parte que no lograba entender y a la que buscar explicación le aterraba. Pero tenía que hacerlo, de nada servía ya actuar, al menos para ella. Ignorar lo que estaba pasando, lo que estaba sintiendo, solo hacía que aquella presión del pecho pareciera insoportable.

Llegó hasta un cruce de pasillos y siguió caminando sin pensar. La iluminación en aquella parte era escasa, si alguien acechaba para matarla lo tendría sumamente fácil.

Subió tres escalones y siguió caminando hasta encontrar un pequeño hueco de escaleras que ascendían en círculo. Encontró a dos soldados Úlster donde se abría un nuevo pasillo, esa vez más iluminado. Había otros dos al final.

No se detuvo, ni siquiera les dirigió una mirada. Tanarys estaba en una de aquellas habitaciones. Dio pasos despacio, concentrándose en cada puerta y estando atenta a la reacción de su cuerpo. Se llevó la mano al filo de la capucha, que le quitaba parte de la visión lateral.

Y sus pies dejaron de caminar. Contuvo el aire y se giró hacia la izquierda.

Oyó un leve crujido y esperó inmóvil a que la puerta se abriese. Ella ni siquiera había llamado, pero Tanarys de alguna manera sabía que estaba allí.

Se quedó inmóvil mientras miraba a Tanarys. No estaba sorprendido, la esperaba, y al ser consciente de ello los ojos se le humedecieron de inmediato y todo el vello del cuerpo se le erizó.

Él se apartó de la puerta para que ella entrase. Leonor apretó los labios, hasta la garganta parecía habersele llenado de avispas que no dejaban de picotear desesperadas por salir. Tomó aire y dio unos pasos hacia el interior, Tanarys cerró la puerta.

Espiró el aire despacio hasta dejar sus pulmones vacíos intentando que toda aquella tensión en su interior se dilatase. La humedad de los ojos aumentó.

Volvió a apretar el asa del cesto y se puso de frente a él.

—Desde que escuché tu sonido. —Tuvo que detenerse, las avispas en la garganta no le facilitaban el habla—. Desde la primera vez que te oí algo me atrae hasta ti todo el tiempo.

No le importaba mantenerle la mirada, necesitaba ver con claridad cada gesto de su rostro, hallar en él una explicación a todo lo que le estaba pasando.

Tanarys alargó la mano hacia ella, quizás era consciente de que estaba asustada, de que le aterraba no encontrar explicación a todo aquel surrealista abanico de sensaciones que la azotaban continuamente. No tenían razón ni en aquel mundo ni en ninguno que conociese.

Bajó los ojos para mirar la mano que le ofrecía Tanarys, acercó la suya. Notó su tacto y parte de aquel terror que le producía no entender su propio comportamiento, sus reacciones y su manera de sentir, se disipaba. Abrió la mano para tocarlo al completo y comprobar si solo había sido una sensación buscada por su propio cerebro. Pero no, la tensión en el pecho se aflojaba, haciéndolo elástico y maleable como la masa de pan, donde ya el martilleo no tocaba piedra dura y no producía dolor.

—Desde la primera vez que te oí —lo oyó decir y alzó la vista para mirarlo—, algo me atrae hasta ti todo el tiempo.

Tuvo que apretar los labios para tragar saliva, las avispas estaban apretadas en su garganta y picoteaban rabiosas sin cesar intentando hallar una salida. Que él estuviese sintiendo lo mismo hacía que todo aquel miedo a lo inexplicable se hiciese más llevadero.

Abrió su mano para entremeter los dedos en los de Tanarys y poder pegar la palma de la mano a la suya. Cogió aire por la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué es lo que está pasando? —Tenía que aguantar el llanto.

Le encantaba como Tanarys la estaba mirando, entendió que tras aquella imagen robusta y seria él también necesitaba hablarlo. Lo necesitaba tanto como ella.

Tanarys cerró la mano sobre la suya.

—Ese cuerno y el mío están unidos de alguna forma. Y eso hace que tú y yo estemos unidos también. —Sintió presión en su mano, él la apretaba.

Dio un paso hacia él y Tanarys hacia ella. La barbilla le rozaba con su pecho.

—No tengas miedo —le dijo—, confía en mí.

Había una parte que no le decía. Quizás porque pensaba que no estaba preparada, porque le aterraría escucharlo. Y seguramente llevaba razón. Al fin y al cabo, ella tampoco pensaba que él estuviese preparado para oír la otra parte.

Apretó la mano de Tanarys.

—Confío en ti.

Tanarys se inclinó hacia ella y Leonor cerró los ojos. Esa vez él no se detuvo en el roce, entremetió sus labios con los de ella e hizo presión con ellos en un beso absorbente que lograba atraerla con la misma fuerza que lo hacía el resto de él.

Se apartó de ella levemente para mirarla. Leonor sabía que cada vez que rompía una barrera más hacia Tanarys ya no había forma de escapar de aquella nueva sensación. Puso las manos en sus hombros y resbaló una de ellas hasta la parte posterior de su cuello. Acercó sus labios hacia él con la boca entreabierta y cubrió los de Tanarys obligándolo a abrirlos para introducir su lengua en él y atraer la suya hacia el interior de su boca.

Las camisas con cintas y los vestidos medievales eran sumamente fáciles de quitar para alguien que estaba acostumbrada a ropa elástica, licras, telas vaqueras, cremalleras invisibles y botones imposibles. Quizás aquella era una de las ventajas de aquellos setecientos de margen. Tanteó por aquel cuerpo demasiado extenso hasta que llegó hasta su verga.

Desprendía un calor que se podía comparar con el que ella mantenía en medio de las piernas. Cerró la mano alrededor y comprobó que no tenía ni un solo punto de debilidad. Notó cómo su propio flujo resbalaba por la ingle.

Tener a Tanarys desnudo y pegado a ella elevaba aquella fuerza de atracción hacia él. Ya no se trataba de llegar hasta él, de mantenerlo cerca. Aquello se había tornado en un deseo sobrenatural de pegarse a él, de tocarlo, de tenerlo encima, debajo, dentro.

Alzó la pierna y la pegó en su espalda, la reacción de él fue cogerla en peso y eso era exactamente lo que buscaba Leonor, poder alcanzar con sus partes íntimas el miembro de Tanarys y rozarse con ellas. Y fue lo que hizo, moverse hasta que la punta de su verga tocara el extremo del clítoris y rozarlo a ver si aquellas palpitaciones malditas se calmaban. Pero su gesto no hizo más que aumentarlas.

La llevó hasta la cama y se tumbó sobre ella. Tanarys era tan enorme que entre la cama excesivamente blanda y su cuerpo encima era difícil, sino imposible, moverse.

Cerró los muslos y apretó la verga con ellos impidiéndole avanzar y él la miró contrariado. Pero no estaba dispuesta a tener sexo con aquel hombre de los cielos como si fuese una muñeca hinchable.

—Lo siento. —Levantó su cuerpo para despegarlo de Leonor—. No está bien, no tendría que...

Lo enganchó del cuello y volvió a besarlo.

Soy yo la que lo he calentado sobremanera y es él el que se está disculpando.

Sintió de nuevo el roce de su verga entre los muslos, el calor que desprendía la hacía elevar su cadera para dirigirle el camino. Entonces recordó el cristianismo de la época, cómo los misioneros en Las Indias recomendaban a los conversos una única postura sexual, la que bautizaron con el mismo nombre de los que la predicaban. Una postura en la que la mujer tenía poco que decir. Aún no estaba descubierta América, pero supuso que en tema sexual no diferirían mucho.

Tanarys la arrastró hacia abajo y se inclinó. Leonor sabía que tal y como estaba lo suyo allí abajo, aquello resbalaría sin freno hasta el final. Y al fin la sintió entre los labios y empujó para que encajase, él hizo el resto.

Leonor se encogió y notó cómo se le elevaba toda la piel poniendo los vellos de punta. Pero él no se movía, se mantenía allí dentro, parado. Lo miró.

Tanarys la observaba, no sabía qué estaba buscando en ella o qué quería encontrar. Quizás descubrir cuántas veces se había visto en una de esas y posiblemente eran muchas más de las que él podría imaginar.

Sintió la mano de Tanarys en su cara, una caricia que ella rompió mordiéndole el dedo y haciendo un movimiento con la cadera que acabó con un gemido y con una espiración fuerte de Tanarys. Estaba claro que los años de diferencia podrían notarse a cada paso por muy primitivo que fuese el acto sexual.

Leonor volvió a alzarse, esa vez con más fuerza, y Tanarys le metió la mano debajo, quizás para ser él el que la manejase. La idea de hacer de muñeca para empezar ya no le desagradaba tanto.

Se agarró a sus hombros y lo atrajo a ella para besarlo. Sintió de nuevo el peso de Tanarys, aquello entró aún más. Él la mantenía agarrada y se movió haciendo que se encogiera cada vez que tocaba fondo. Aflojó su cuerpo y se dejó someter. La idea de hacer de muñeca le estaba maravillando.

Hundió los dedos en la curva de la espalda de Tanarys y lo apretó al movimiento. Él se movía despacio, observando su reacción cada vez que su verga salía levemente y entraba dentro de ella. Leonor encogió las piernas para que aumentase la profundidad y pudo ver el reflejo de su acción en la expresión de él y en la manera que expulsó el aire por la boca emitiendo un ligero sonido. Gesto que repitió una vez y otra cada vez que la embestía.

Lo sintió erguirse para aumentar el recorrido, aquello iba ganando intensidad hasta límites considerables y ella no tardó en pellizcar las

sábanas entre gemidos constantes.

Alzó los ojos hacia él y se incorporó, agarrándose a su espalda para poder sentarse sobre su miembro y que este entrara al completo. El vello se le volvió a erizar al sentirlo. Le mordió el labio mientras tanteaba con los talones buscando poder poner un punto de apoyo para moverse. Él la envolvió con los brazos.

En ese momento fue ella la que se movió, despacio, en un movimiento semicircular donde podía manejar el placer a su antojo. Levantó la barbilla y cerró los ojos, oyó a Tanarys gemir y su cuerpo no fue inmune al sonido de placer que desprendió. Repitió el movimiento y lo oyó espirar con fuerza. Abrió los ojos y lo miró, sentía su piel áspera, todo el vello se le había erizado también. Le cogió la cara mientras repetía el movimiento una vez y otra, verlo disfrutar de aquella manera aumentaba todo lo que la invadía. Sabía que tal y como estaban las cosas ya no se alargaría mucho, pero tenían toda la noche y todas las noches que él quisiese tenerla.

Lo notó apretarle el glúteo y clavarle los dedos hasta el punto de dolor, pero fue incapaz de abrir la boca, de estropear el momento. El cosquilleo en sus tobillos se hizo intenso y podía notar cómo su sexo vibraba atrapando a Tanarys.

Pegó sus labios a los de él y le rodeó el cuello, entremetió las manos en su pelo y emitió un gemido entre jadeos compulsivos. Apretó las rodillas en el cuerpo de Tanarys, le iba a costar despegarse cuando lo único que deseaba era seguir. El pellizco en su culo se hizo intenso, supo que era momento de apartarse de él. Clavó los talones y se alzó, sacándolo al completo para volver a acucillarse. Lo sintió por él, pero no había otra cosa que hacer. Lo notó espirar dentro su boca, jadeaba emitiendo rugidos. Luego movió las sábanas bajo ella y las apartó. Y los dos quedaron inmóviles.

Leonor tenía las pulsaciones tan aceleradas que hasta le punzaba la sien. Le cogió la cara a Tanarys, su pecho se movía con cada espiración. Le pasó el dedo por el cuello siguiendo la línea de las venas, ella no era la única que tenía las pulsaciones al límite.

Movió la cabeza para rozarle la nariz. Supuso que después de aquella habría que cambiar las sábanas. Los setecientos años de diferencia en aquel sentido eran incómodos, arriesgados y un completo corte en el mejor momento.

Puso las rodillas en la cama, en una postura más cómoda, pero aún no se había despegado de su cuerpo. Sentía la mano de Tanarys bordear su culo y llegar hasta su espalda. El delirio del comienzo no le había permitido

disfrutar con cada sentido de todo lo que él desprendía. Cerró los ojos y apoyó la frente en su mejilla, dejándose caer en él.

Tanarys le apartó el pelo del hombro y bajó la cabeza para besarle la sien.

—Lo siento. —Lo oyó decir.

Otra vez con lo siento.

—No tienes que sentir nada, a mí también me gusta.

Lo sintió apretarla contra su pecho.

—Pero no eres una ramera y yo no tengo derecho a hacerte esto.

Leonor sonrió al escucharlo. Se retiró para mirarlo de frente. Entornó los ojos y le cogió la cara. Solo había una forma de explicárselo.

—En Hispania es suficiente si la mujer acepta dar ese derecho. Y yo te lo he dado.

Tanarys frunció el ceño.

Le rodeó el cuello y se inclinó para besarlo. Él aún tenía los labios ardiendo, metió su lengua en él y se apretó, haciéndolo bascular levemente hasta tumbarse.

—Tengo ese derecho.

—Lo tienes. —Volvió a besarlo.

Pero él no se dejaba demasiado.

—¿Y cuánto dura ese derecho?

—El tiempo que yo quiera. —Volvió a atrapar sus labios.

Tanarys se zafó de ellos.

—¿Y cuando no quieras?

—Te aguantas. —Tuvo que reír con la expresión que puso al oírla.

Y esa vez sí se dejó besar, se dejó besar tanto que Leonor volvió a sentir la quemazón entre las piernas y la verga de Tanarys hizo el amago de recuperarse. Se retiró de ella.

—Puedes darme ese derecho y puedes quitarme ese derecho. No estoy de acuerdo en cómo funciona.

Leonor volvió a reír.

—En Hispania si una mujer no te da ese derecho, vas a la cárcel.

—¿Aunque estén casados?

—¿Qué tiene que ver eso? —Recorrió su nariz con el dedo—. Sin ese derecho, lo que me acabas de hacer me dolería, me rasparía y me haría daño por fuera y por dentro.

Abrió las piernas para apoyar las rodillas en el colchón. Le estaba encantando que le acariciase la espalda.

—Y otorgándome ese derecho no te hago daño.

—No. Otorgándote ese derecho, me gusta tanto como a ti.

—Solo con decir que me lo das.

Tanarys alzó levemente las cejas.

—Solo con querer dártelo.

Él se giró tumbándola en la cama.

—Por esa razón disfrutas. —Metió la nariz en su cuello.

Leonor rio.

—Entre otras cosas. —Le hacía cosquillas con los labios bajo la oreja.

Tanarys le pasó una mano por el pecho y se lo apretó. Leonor se encogió.

Mira que es bruto. Es que no mide la fuerza.

Le cogió la mano.

—Hay más cosas sobre Hispania. —Se mordió el labio mientras bajaba la mano de Tanarys hasta meterla entre las piernas—. Algunas más.

Y creo que te van a encantar todas.

Tanarys se lanzó sobre ella.

Leonor

Abrió los ojos y miró al otro lado de la cama. Las camas medievales estaba comprobando que eran enormes y la suya estaba vacía. Aún era de noche, apenas acababa de dormirse. Entre sueños había sentido a Tanarys pegado a su espalda, luego recordaba un tintineo. El orinal, la espada y se volvió a dormir.

Se incorporó, podía oír a alguien hablando en el pasillo. Buscó con rapidez su vestido y se lo puso atándose las cintas tan rápido como pudo. Se sobresaltó al sentir la puerta abrirse. Entornó los ojos, podía ver a soldados Hunter y a Moira en el pasillo, acompañada de más mujeres.

Qué leches.

Tanarys entró en la habitación. Llevaba una capa gruesa de color azul similar a los colores del tartán de los halcones.

—Tienes que marcharte ya —le dijo.

—¿Qué? —No podía irse, ni mucho menos dejar atrás a Inés, Alba y Paula.

Le puso la gruesa y vaporosa capa por los hombros. Moira acababa de entrar en la habitación. La joven tenía la clara blanquecina, con unas

ojeras demasiado oscuras para ser tan joven. Miró a Leonor de reajo, en silencio.

Tanarys le colocó la capucha tapándole parte de la frente y los laterales de la cara. Leonor vio a las acompañantes de Moira, llevaban una capa igual a la suya.

—Confía en mí —le susurró, inclinándose hacia ella y mirándola a los ojos—. Partirás de inmediato con Moira.

—¿Y mis amigas?

—Alastor se encargará de ellas. —Apretó su mano y con la otra le cogió la cara—. A Alastor le confiaría mi vida. Estarán bien. No hay tiempo de explicártelo, tienes que salir de aquí.

Volvió a tirar de su capucha. Lo vio mirar a Moira, esta seguía seria, con los labios apretados, sin decir absolutamente nada y evitando mirar a Leonor.

Leonor miró a Tanarys con demasiadas dudas. Luego dirigió su mirada a Moira, que ya salía de la habitación. Sin embargo, sus acompañantes seguían dentro.

—Ve con ellas y asegúrate de que nadie te vea. —Volvió a apretarle la mano.

Leonor lo miró a los ojos.

—Confío en ti —le susurró y se dirigió hacia aquel grupo de mujeres.

Moira, ya en el pasillo, volvió a mirar a Tanarys. Leonor le vio cierto brillo en los ojos, aun así hizo un gesto asintiendo con la cabeza.

Leonor se situó en medio de aquel grupo, se envolvió completamente con la capa cubriéndose todo el vestido. Una de las mujeres le dio un cubremanos de pelo como el que llevaba Moira para evitar el frío del amanecer.

Metió las manos en el hueco de pelos y bajó la cabeza. Solo tenía que llegar a la salida.

Fuera las esperaban más soldados y un carruaje. Se apresuró a subir a él y se sentó a un lado junto a la ventana. Las mujeres que acompañaban a Moira se dirigieron a otro carruaje. Finalmente Moira accedió a su carruaje y se sentó a su lado.

El cochero no se demoró y partieron de inmediato. Leonor podía notar la tensión de Moira hasta en su propio cuerpo. Tuvo que pegar sus rodillas una a la otra y dirigirlas hacia la ventana. El silencio entre las dos era incómodo.

Tanarys

Entró en la habitación de Leonor, allí estaban aún sus amigas. Gritaron al verlo entrar seguido de soldados. Y aún gritaron más cuando vieron el cadáver envuelto en vendas y con manchas de sangre que llevaban hasta la cama.

—Shhhh. —No sabía qué demonios les había explicado Alastor, pero no había dado mucho resultado—. No es ella —les susurró.

—Ya sabemos que no es ella. —Inés se sacudió—. Pero nadie nos dijo que nos iban a meter a una momia en la habitación.

—¿Una qué?

—Olvidalo. No pienso estar aquí delante de eso.

Tanarys frunció el ceño. Al fin Alastor entró en la habitación, quizás ellos eran más expertos en apaciguar a las mujeres.

Al parecer, todas eran igual de peculiares que Leonor y con una forma de hablar un tanto extraña. Hispania estaba resultando ser aún más inverosímil de lo que esperaba, no era normal que aquellas mujeres se asustasen con un cadáver, tanto que el dormitorio parecía un gallinero.

—Sácalas de aquí —le pidió a Alastor.

A ojos de todos, menos de Alastor, las amigas de Leonor, Ian y Moira, Leonor estaba muerta. Era la única manera de que Ian cobrase la recompensa y poder llegar hasta quién había ordenado su muerte.

—¡Tanarys! —Uno de sus soldados lo llamó desde el pasillo. Por su expresión sabía que no era nada bueno.

Salió, podía escuchar el murmullo en las cocinas. Se dirigió hacia allí, el bullicio se apartó para dejarlo entrar. Atravesó la cocina hasta llegar a un pequeño hueco de escalera que formaba un recodo y ascendía. Allí encontró a Ian inclinado en el suelo junto al cadáver de un hombre delgado y de nariz ganchuda.

Ian levantó la cabeza para mirarlo e hizo un gesto que pudo interpretar bien. Todo había sido para nada, alguien mató al mensajero antes de entregar el dinero. Tenían que salir de Lockhart cuanto antes.

Leonor

El carruaje se alejaba y ni siquiera sabía en qué dirección. No conocía a Moira, no sabía nada de ella, pero si Tanarys había confiado en aquella mujer de belleza sublime, ella también lo haría. Cerró los ojos, los carruajes medievales tenían demasiado movimiento, el estómago se le había dado la vuelta desde hacía rato.

Moira no hablaba, ni siquiera le había dirigido una mirada, no apartaba la mirada del paisaje que podía verse a través de la ventana.

—¿A dónde vamos? —le preguntó en un intento de romper la incomodidad superlativa. Aquella mujer estaba enamorada de Tanarys, había crecido junto a él, y encima sabía que ella había pasado la noche en su dormitorio.

Algo tremendamente grave y obsceno en esta época.

—Mi hermano y el señor de Lothian han decidido que yo vaya a Moray. —No se movía, no se giró ni lo más mínimo para mirarla—. El sur se complica.

Le encantaba la capa que salía de los hombros de Moira. Era sorprendente como en años primitivos hubiese quién trabajara la tela con tanta delicadeza.

—¿De dónde vienes, Leonor? —Alzó las cejas al oírla. No era agradable hablarle a su espalda o a su interminable trenza. Aquel pelo suelto tendría que ser un espectáculo.

—De un país muy lejano. —Entornó los ojos. Tan lejano que a veces ya no parecía existir aunque solo llevase unos días allí—. Y muy diferente a este.

Moira se movió, por un momento pensó que se giraría al fin, pero no, solo se erguía para sacar la cabeza por la ventana y mirar, luego volvió a coger la misma postura de antes.

—Una vez, de niña —comenzó—, cogí el arco de uno de mis hermanos. Casi le salto el ojo a la cocinera preferida de mi padre. —Leonor no supo si era educado sonreír o era peor quedarse seria, apretó los labios para no moverlos—. Nadie quería perder su tiempo en enseñarme. ¿Quién te enseñó a ti?

—Mi padre. —Recordó una de sus primeras conversaciones con Tanarys.

—¿No tuvo hijos varones?

—Sí, uno. Pero no le interesaba el arco.

No tenía el arco consigo, lo dejó en el dormitorio con sus amigas. Tampoco llevaba el cuchillo que le dio Ian, este quedó en la cesta en el dormitorio de Tanarys.

—Dice mi hermano que estás a la altura de los arqueros Hunter —
añadió.

—Gracias. —Cogió aire por la boca. A pesar de la incomodidad y el evidente recelo de Moira con ella, no le estaba resultando una persona desagradable en absoluto. Al contrario, estaba comprobando la total resignación y sumisión de una mujer respecto a su responsabilidad como dama escocesa. Si el señor ordenaba, o el *laird* de su clan, no había objeción.

—¿Sabes por qué estás conmigo, Leonor?

Frunció el ceño esperando el resto de sus palabras.

—Porque alguien deseaba tu muerte. Así que ahora mismo estás muerta, en una cama del castillo, esperando a que el enterrador te lleve.

Había alzado las cejas tanto que le dolían los párpados. Enseguida sus amigas le vinieron a la cabeza, pero estarían con Alastor y con Tanarys, él le dijo que Alastor se encargaría y, como ya le había dicho, a Alastor le confiaría su propia vida. Así que estarían bien y esperaba que Tanarys les hubiese dicho que todo era una pantomima.

—Gracias. —A pesar de todo lo que sintió el día anterior respecto a ella, estaba comprobando que aquella mujer era realmente difícil de odiar.

—No tienes que darme las gracias, no lo he hecho por ti.

Y bastante sincera.

Moira volvió a asomarse por la ventana.

—Nada de esto lo he hecho por ti. —Se movió en el asiento girando la cabeza lentamente. No la miraba de frente aún, pero al menos podía verle el perfil—. Según he oído la casualidad o la fortuna han querido que hayas salvado al señor de Lothian hasta dos veces cuando sus soldados o los míos ya no podían hacer nada por él.

La sintió coger aire despacio, Leonor esperó en silencio a que siguiese hablando.

—Por eso te estoy ayudando, Leonor. Algo malo va a pasar en el sur. Y quiero que sigas con vida. Quiero que lo salves, quiero que lo hagas tantas veces como sea necesario aunque te cueste la vida.

Se giró al fin y Leonor vio el brillo en sus ojos.

—Promételo. —Y aquello sonó a orden, a la petición de un deber.

Miró a Moira, sus ojos tras la capa de agua salada de las lágrimas se tornaban más zafiros, color que no podía ir mejor con el tartán de sus soldados.

—Te lo prometo —respondió.

La mandíbula de Moira se movió, tragaba saliva, hasta pudo notar el paso de esta en la fina garganta de la joven.

El carruaje se detuvo.

—Ahora bájate y vete —le pidió, girándose para darle la espalda de nuevo y Leonor alzó las cejas.

Solo esperaba que no la dejaran completamente sola en medio de la nada, sin armas y a tomar por culo del pueblo más cercano. Sería vuelta a empezar como el primer día.

Se quitó la cinta de la capa azul de los Hunter y la dejó caer en el asiento. Solo llevaba el vestido, pero prefería dejar allí lo que no le pertenecía. Abrió la puerta del carruaje de aquel lado. Se giró hacia la joven.

—Moirá. —Y esta levantó la cabeza al oírla—. Sea por las razones que sea, gracias.

—Vete de una vez. —Fue la respuesta de Moira.

Vale.

Se bajó del carruaje y apenas le dio tiempo a cerrar la puerta, este enseguida siguió su camino seguido de otros dos carruajes con el resto del séquito de Moira, rodeado de soldados.

Leonor miró el camino que había dejado atrás y entornó los ojos. Claro que había una razón por la que Moira se asomaba por la ventana, precisamente la razón por la que quería dejarla a prisa allí en medio y seguir su camino antes de cruzarse con el de él.

Tanarys se acercaba galopando a toda velocidad. Leonor inspiró con fuerza y el aire frío de la mañana entró de lleno en sus pulmones.

El caballo de Tanarys frenó incorporándose del suelo con las patas delanteras. Sonrió al único jinete que había ido a recogerla.

La rodeó con el caballo. Ya se lo esperaba, no era la primera vez que se lo hacía, pero eso no quitaba que el estómago le subiese a la garganta y que perdiese el equilibrio y basculase hacia atrás al poner el culo en la silla. Pero tras su espalda entró el brazo de Tanarys, que esa vez la rodeó por completo hasta que recobró el equilibrio.

Es un bestia y en eso tiene poco arreglo.

La lio en un manto de cuadros rojos, algo que agradeció sobremanera. La humedad que había en los campos por la mañana atravesaba tela y piel. Tanarys le cogió la cara y acercó sus labios a los de ella, Leonor se inclinó para apretar el beso. Se apartó de él y lo miró. Lo de los ojos de Tanarys y la luz no tenía nombre. Volvió a inclinarse y lo besó de nuevo, decidió desistir a seguir haciéndolo o volvería a perderse como lo hizo varias veces en la noche.

Se dejó caer de lado en su pecho mientras Tanarys cogía las riendas y dirigía el caballo hacia el lado contrario. Leonor cerró los ojos, apenas había dormido, estaba cansada y estaba recostada en el lugar más cómodo y

placentero que conocía. Ni siquiera preguntó a dónde se dirigían. Confiaba en él, confiaba en que sus amigas estaban en las mejores manos.

La escueta conversación con Moira le había dejado un pequeño pellizco extraño, la propia Moira de por sí no dejaba indiferente. Su amor por Tanarys tendría que ser tremendamente intenso si era capaz de tragarse el dolor tan solo por la posibilidad de que pudiese ayudarlo en lo que fuera que se avecinara en el sur. Su gesto la honraba y eso que tendría que ser muy difícil estar en su piel y ni se quería imaginar lo que estaría sintiendo camino a Moray.

Pasó la mano por detrás de la cintura de Tanarys y se acomodó en él. Nunca imaginó que podría estar tan cómoda sobre un caballo, pudiéndose dormir sin temor a caerse.

—¿Dónde vamos? —preguntó, entreabriendo los ojos.

—Al castillo de Lothian. —Había bajado la barbilla para responderle, no lo había dicho muy alto.

—¿Y mis amigas?

—También están de camino. Estarán bien, no te preocupes. Van con los mejores soldados del sur.

Y no lo dudaba.

—¿Los alcanzaremos? —Era extraño estar separada de ellas.

—Ellos irán por otro camino, harán noche en uno de los pueblos.

Notó la nariz de Tanarys rozar su sien y cerró los ojos.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Lothian? —El pecho de Tanarys se movió, quizás el reflejo de una leve carcajada interna.

—Dos días. —Volvió a sentirlo en la sien.

Abrió los ojos para mirar el camino. Praderas y colinas que bordeaban un arroyo. Dos días junto a un dios en medio de la nada. Apretó la mejilla en el pecho de Tanarys.

Tanarys

Leonor se había dormido, le resultaba curioso que a pesar de ser mujer pudiera quedarse dormida prácticamente en cualquier parte, fuera en una cama, en una roca o encima de un caballo.

Le subió el manto tapándole el cuello y se lo cruzó aún más en el pecho. Cerró los brazos en las riendas para sujetarla bien. Notaba su peso suelto, completamente desvanecido. Bajó los ojos para mirarla. Leonor no solo era certera con el arco, también lo fue liberando a Ian de su destino, resultó ser un buen aliado. Cualquier otro le hubiese cortado el cuello sin dilación aunque igualmente quedase sin recompensa.

Podría sospechar de los Black, estuvieron todo el tiempo con ellos las dos veces que Leonor los ayudó. Pero podría ser cualquiera enviado por otro clan que también quisiese su propia muerte. Encogió el hombro para acercarla a él y le besó la frente. Desde hacía rato había notado el brazo que lo abrazaba caer. Cuando Leonor dormía le despertaba una sensación de ternura similar a la que producía un niño pequeño, un ser delicado a expensas de la buena voluntad de los que lo rodean.

Era una mujer con una educación un tanto extraña, ella no obedecía por obligación en ningún momento, ni siquiera se comportaba como debía

ante él. Pero confiaba en él sin hacer preguntas y si no lo hacía por deber, es que verdaderamente confiaba en él sin condiciones. La lealtad incorruptible que buscaron para él. Ya podía entender por qué su regalo era ella, sin saberlo, se fue cumpliendo, uno por uno, todo aquello que le habían destinado.

Y precisamente, y sin saberlo, por aquella razón alguien quería eliminarla. Algo que no iba a permitir de ninguna de las maneras. Volvió a besarla en la frente y bajó la barbilla para evitar que su cabeza se moviese con el contoneo del caballo.

Leonor se movió buscando un hueco en su pecho, sonrió al sentirla. La noche anterior le pasó lo mismo, le resultaba agradable que en la duermevela Leonor buscase hueco en su cuerpo y no en la cama, escarbando en su pecho como si quisiese entrar dentro de él. Le encantaba su tacto, el calor de su piel desnuda y aquella forma de besarla que hacía que todo su cuerpo tomase temperatura de inmediato. Leonor parecía estar hecha de fuego y no tardaba en contagiarlo y en despertarle un instinto incontenible de entrar en ella una y otra vez.

Detuvo el caballo, su estómago le pedía algo que comer. Llevaba consigo el arco de Leonor. Ya sabía que ella no accedería a cazar nada que estuviese vivo. Sonrió al recordarlo. Supuso que de ser ella la que cazara tardarían menos en encontrar comida. Jamás pensó que reconocería algo así

ante una mujer, pero lo había visto con sus propios ojos y estaba seguro de que aún no había visto lo suficiente. Leonor se contenía una vez y otra, algo no la dejaba sacar toda la fuerza que llevaba dentro. Quizás la contenía para sacarla cuando fuese necesario. No tenía dudas de que los Úlster le enviaron el mejor de los regalos.

Se inclinó y le rozó la nariz con la suya para despertarla.

—Leonor —susurró.

Leonor abrió los ojos, aquel color azul oscuro le recordaba al agua del puerto. Lo miró y aprovechó su leve sonrisa para pegar sus labios a los de ella. Aquella mujer con solo un movimiento de labios conseguía que su verga aumentara de tamaño y lo obligase a pegarse a ella.

Bajó del caballo y la cogió en brazos. Leonor le rodeó el cuello y se lanzó a sus labios, pero a ella le gustaba empujarlo con ellos, llegar hasta su lengua y absorberla. Y aquel gesto le hacía querer perder la cordura.

Notó cómo lo rodeaba con las piernas y se las cruzaba en su espalda. La misma destreza que tenía con el arco, la tenía para calcular justo dónde dirigir su verga y esta la dirigía siempre a aquel hueco caliente que le encantaba.

Tiró de su vestido hacia arriba y metió sus manos dentro. La piel de Leonor era excesivamente suave en aquella parte y mucho más suave aún más abajo, donde escaseaba el vello a pesar de ser una mujer adulta, algo

que no dejaba de llamarle la atención y que aumentaba sus ganas de tocarla, de chuparla o de entrar en ella.

Le apoyó la espalda en un grueso árbol, aunque ella no necesitaba apoyo para moverse y encajarse en su miembro. De hecho, ya lo había hecho.

La sujetó con fuerza y empujó en un movimiento ascendente, la suavidad de Leonor continuaba hueco adentro y lo apretaba con tanta fuerza que a veces pensaba que su miembro se rompería dentro de ella. Pero quizás era aquella fuerza interior de una mujer más que peculiar lo que hacía que todo su cuerpo entrase en un éxtasis infinito cada vez que la penetraba.

La oyó gemir, le encantaba aquel sonido y hacía que quisiera empujarla con más fuerza para que aquel gemido aumentase hasta hacerla gritar. Porque cuando Leonor gritaba todo su cuerpo se estremecía, notaba cada vello de su cuerpo y le contagiaba aquel placer que hacía que se nublara la vista y todo desapareciese excepto ella.

Logan Lockhart

En la mesa estaba sentado su sobrino Duff. Logan había apoyado las manos en una de las sillas. Enseguida entró Gilroy, el hermano pequeño de Duff, más delgado, más débil en apariencia, pero mucho más inteligente. Gilroy tenía muchos ojos en el sur, su fiel informador. Su hermano había sido un inútil en vida, pero al menos le dejó a sus dos hijos a cargo, que a falta de hijos varones propios supieron cumplir bien su cometido.

—La mujer está muerta y el intermediario también —dijo Gilroy en cuanto cerró la puerta.

Logan sonrió.

—¿Tanarys sospecha algo?

Gilroy negó con la cabeza.

—Lo maté antes de que pudiese hablar con ese muchacho.

El *laird* de los Lockhart frunció el ceño.

—Ese muchacho se ha marchado con Tanarys, puede contárselo y no nos interesa.

—Tío, si le dice a Tanarys que ha matado a la mujer del arco, él mismo lo matará.

Se quedó pensativo, luego negó con la cabeza.

—Esa mujer salió anoche de la habitación y no se sabe dónde estuvo. Alguien podría haber visto algo. Manda matar a ese pordiosero antes de que meta la pata.

Gilroy se encogió de hombros.

—Ahora está con los Hunter y eso es terreno peligroso. Los Hunter son demasiado leales a Tanarys y un paso en falso, tío, nos delataría.

—¿Y los Black?

—Ha llegado el primer grupo de mercenarios al castillo de los MacLeod.

—Blaine dice apoyarnos, pero no se expone al completo. Tiene a un hijo junto a los mercenarios y a otro cerca de Tanarys. Si ganamos o perdemos, él saldría indemne.

—El trato fue dividir a los Black y créeme, es mejor tenerlos divididos. Rob es fácil de manipular si llega el caso. Siempre quiere estar en el bando de los buenos, solo hay que hacerle ver que los buenos somos nosotros. En cuanto a Blaine, solo le importan las tierras. No te preocupes por ese vejestorio. Bruce está de nuestra parte. Al fin y al cabo, es Blaine el que nos interesa.

Gilroy retiró una silla y se sentó.

— En unas semanas llegará un segundo grupo de mercenarios y Balliol ha prometido un ejército de quinientos soldados en pocos meses.

Pero no haría falta ni esperarlos, ya los mercenarios serían suficientes para atacar el castillo de Lothian antes de que Tanarys reúna a aliados.

Logan negó con la cabeza.

—Tendríamos menos riesgos. William Douglas podría regresar de Inglaterra con el rey David y no dudaría en apoyar a Tanarys. Aparte de los clanes del norte.

Pero el *laird* volvió a negar con la cabeza.

—Los planes han cambiado. Necesitamos debilitar el sur al completo para asegurarnos la victoria.

Blaine se dirigió al extremo de la mesa y cogió un sobre, lo alzó hacia su sobrino para que viese el sello de Estuardo, el regente de Escocia.

—Estuardo ha aceptado mi petición y Evaleen tomará matrimonio con Tanarys de Lothian. Un mensajero se dirige al castillo para informarle también a él. No podrá negarse, no podrá dudar de nosotros, y estaremos cerca de él cuando llegue el momento.

Gilroy sonrió.

—¿Y los MacLeod?

—Han resultado ser unos inútiles. Hicimos bien en dejarlos pactar solos con los ingleses. No saben nada, no podrán delatarnos.

—El resto de MacLeod se unirán a Tanarys —al fin intervino su sobrino Duff. No solía ser de muchas palabras, pero era bueno en batalla.

En ese sentido cubría las carencias de Gilroy.

—Quizás para ese momento no habrá ningún Tanarys.

Se oyó la puerta abrirse. Evaleen apareció en el umbral con un bonito vestido rosa.

—Hija mía —sonrió al verla—. Estás de enhorabuena.

Evaleen sonrió aun sin saber lo que iba a oír. Logan alzó el sobre.

—Acabo de recibir esta carta de Estuardo. Pronto tomarás matrimonio con James Tanarys Douglas, señor de Lothian.

La sonrisa de Evaleen se amplió y se llevó la mano a la boca intentando tapar aquella risa de felicidad.

—Felicidades, prima —dijo Gilroy alzando las piernas y cruzándolas sobre la mesa—. Serás una maravillosa señora de Lothian.

—¿Él lo sabe? —preguntó, acercándose a su padre.

Logan negó con la cabeza.

—Partió al castillo de Lothian temprano. Se enterará cuando llegue allí.

Evaleen volvió a taparse la boca.

—¿Estás feliz?

La joven puso las manos en el pecho de su padre.

—Llevo soñando esto toda la vida, padre. Mis hermanas me decían que eso era imposible. Ellas te lo pidieron, todas lo hicieron.

Logan le dio un leve pellizco a la mejilla de su hija.

—Gracias. —Se inclinó para besar el sobre.

—Corre a decírselo a tus doncellas —volvió a sonreír a su hija.

Evaleen corrió hacia la puerta, la vio dar un leve salto y taparse de nuevo la boca antes de salir emitiendo un sonido con la nariz.

—¿Veis? Los planes auguran felicidad para todos.

Gilroy lo miró.

—¿Sin importar lo que le pasa a las mujeres que se casan con los Úlster?

Logan negó con la cabeza.

—Tanarys es un Douglas, no un Úlster. Y, además, quizás ni siquiera dé tiempo a ningún heredero.

Amplió su sonrisa.

—Caballeros, estamos a un paso de hacernos con todo Lothian. Y los riesgos son muy pocos.

Miraron a Duff, él estaba callado, como siempre. Su hermano movió los pies para ponerlos cerca de él y que Duff se moviese para apartarse del nauseabundo olor de sus pies sin botas.

—Esa mujer era hermosa —dijo Duff.

—¿Quién?

—La del arco.

—Aún está abajo esperando sepultura. Si quieres pasar un rato con ella. —Rio Gilroy, Logan lo acompañó en la risa—. Esa mujer estuvo en medio todas las veces. Una mujer molesta. Estropeó el rapto de Tanarys en el castillo Black, era tremendamente fácil, pero apareció esa aberración de mujer.

Gilroy cruzó las piernas al otro lado.

—Y volvió a aparecer cuando los MacLeod lo tenían atrapado. A ti te parece una mujer hermosa, a mí me resulta demasiado molesta —volvió a reír—. Pero si lo hubiese sabido, querido hermano, la hubiese mandado atrapar viva para ti.

Gilroy dio un golpe en la mesa y se puso en pie.

—Me voy a descansar, mañana partiré a ver los mercenarios que le han mandado a Bruce.

Leonor

Buscaba a Tanarys, hacía rato que había amanecido. Las brasas chisporroteaban bajo un recodo de la colina donde habían podido dormir cubiertos y aislados del frío. El caballo estaba preparado y atado a un árbol, pero no había ni rastro de su dueño.

El día había amanecido sin sol, un cielo grisáceo con una leve brisa desagradable. Dio unos pasos hacia el caballo, quizás Tanarys había ido al arroyo cuyo camino estaban siguiendo. Allí no había baños ni existía el papel higiénico, tampoco ella encontraba otra forma de limpiar sus necesidades. El agua estaba helada ya de por sí, a aquellas horas de la mañana era hielo líquido, pero para Tanarys eso no parecía tener importancia.

En el suelo estaba el manto Úlster, por mucho que ya estuviese acostumbrada a él le encantaba el color rojo y el contraste que este hacía en el paisaje intenso que estaba atravesando.

Tanarys, durante el camino, le había hablado de su familia, de sus dos familias. Era curioso que en una sociedad patriarcal en la que la familia paterna era la única que contaba, pudiese notar cómo él se sentía unido a aquel clan aislado en el norte que parecía vivir al margen del resto de

escoceses, mucho más primitivos y salvajes que sus vecinos y que habían despertado en ella una fantasía similar al mundo que había creado Tolkien para los elfos en Tierra Media.

Entornó los ojos hacia el manto, había algo sobre él. Se acercó despacio y se inclinó en el suelo. Varias flores estaban unidas en un pequeño ramillete con una cuerda hecha con tallos. Sonrió al verla.

No me lo puedo creer.

La idea de un ser salvaje estaba cambiando en su cabeza. La sociedad no había cambiado tanto en setecientos años, quizás el avance tecnológico, las facilidades de la vida o la condición de la mujer. Pero los sentimientos más profundos, la idea de la amistad, la familia o el amor eran sentimientos primitivos que aún estaban intactos en un mundo en el que la vida era demasiado larga, cómoda y segura, y quizás por esa misma razón se vivía demasiado a la ligera.

Se miró el cuerno en el cinto. Aún tenía preguntas, dudas y le debía una confesión a Tanarys. No llegarían al castillo de Lothian hasta el día siguiente. Se había prometido liberar todo lo que la angustiaba antes de que llegasen allí.

Se puso en pie. No entendía de flores, eran pequeñas y blancas y desprendían un olor intenso. Algunas estaban aún mojadas de la rociada nocturna, que allí solía ser bastante espesa.

Sintió un sonido tras ella. Lo miró de reojo. Jamás pensó que un hombre primitivo, bruto, salvaje, al que tenía que enseñar a medir la fuerza en según qué momentos, al que tenía que explicarle continuamente que algunas ideas sobre la mujer eran incorrectas, con una educación cerrada, y de ideas limitadas por creencias absurdas pudiera resultar tan maravilloso.

Dos días de camino, solo dos, los mejores de su vida.

Evaleen

Las doncellas preparaban sus vestidos. Estaba deseando ver el que las modistas cosían para su boda. Iba de un lado para otro sin parar, apenas era capaz de lograr coger el sueño por las noches y si lo hacía se despertaba una y otra vez.

Pronto su cama no estaría vacía y eso la ponía tan nerviosa que la mantenía en una ligereza de cuerpo continua en la que era incapaz de dejar de sonreír.

Sus doncellas la estaban preparando para su noche de bodas. A ratos se creía incapaz de poder hacerlo, pero le tranquilizaba que todas sus hermanas hubiesen pasado por ello y les hubiese salido bien.

A pesar de aquella creencia de que las mujeres que mezclaban su sangre con un Úlster morían en el parto, no tenía miedo. Su único miedo era otro bien distinto y era que a Tanarys no le agradara su compromiso. Que él hubiese elegido a otra por esposa si no fuese por la orden de Estuardo. Todo el sur pensaba que sería Moira, pero nunca perdió la esperanza.

Aún quedaban unas semanas para partir. Esperaba noticias del castillo de Lothian y que Tanarys enviase a un séquito a recogerla.

Su padre estaba tan feliz como ella, sabía que no tanto por su propia felicidad. Su padre veía el beneficio de tener como hija a la señora de

Lothian. Supuso que era la única razón por la que hizo la petición a Estuardo y no por el deseo de la última hija que le quedaba soltera. Su padre siempre concertó los matrimonios de sus hermanas por intereses, era un hombre de deber y no había ninguna otra razón de peso para él.

Pero en aquella marabunta de cruces de familias ella había sido la afortunada. Se alegraba de que Moira hubiese marchado lejos. No quería a esa mujer cercana a su futuro esposo, ni después de serlo. La suerte, la casualidad, el deseo de Estuardo y sus planes en el sur, y sus diarios rezos le habían concedido su deseo. Tanarys sería suyo.

Leonor

Desde que salieron de Lockhart no habían pasado por ninguna aldea ni pueblo. Suponía que al no haber periódicos ni televisión, si no se anunciaba la llegada del señor de Lothian, allí Tanarys sería uno más.

Y así fue, en los numerosos quehaceres del mundo rural medieval, ellos no dejaban de ser un hombre y una mujer en un caballo y si solo alzaban la vista hacia ellos, era para entornar los ojos hacia la espada de Tanarys y regresar de nuevo a lo suyo.

Pero Tanarys sí conocía el poblado, cabalgó entre las calles hasta atravesarlo y detenerse en una construcción un tanto alejada. Allí se detuvo y bajó. Cuando Leonor ponía los pies en el suelo, después de tantas horas a caballo, las piernas dejaban de atender órdenes. Sacudió una y después la otra mientras que Tanarys se asomaba al interior de la puerta abierta.

Regresó con ella con rapidez. Le cogió la mano.

—Sea como sea a lo que estés acostumbrada en tu Hispania, aquí las cosas son diferentes. Y no está bien lo que estoy haciendo contigo.

Leonor frunció el ceño sin entender una palabra.

—Así que te casarás conmigo. —Y no sonó a pregunta.

Leonor dio un sobresalto que hasta se tuvo que agarrar al caballo para no caer. Miró la construcción, ahora entendía. Era una iglesia.

Tiró de ella para llevarla dentro.

—Qué dices, de ninguna manera.

Tanarys se giró al oírla.

—Claro que sí. —Volvió a tirar de ella.

Este está loco, si lo conozco de unos días.

Ella se detuvo.

—Que no, que no.

Esa vez él se giró al completo para ponerse frente a ella.

—Estás asustada, es por lo que te conté.

Alzó las cejas mirándolo, suponía que se refería a lo de las muertes y los partos.

—Creo que sabes tan bien como yo cómo se evita eso.

Y tanto que lo sabía, se había dado cuenta de que el atino de Tanarys en momentos de enajenación no era siempre certero y a veces era ella misma la que tenía que huir de él.

—No es por eso. No pienso casarme contigo.

No voy a casarme contigo solo porque hayamos echado unos cuantos polvos. ¿Estamos locos?

—No eres una ramera, no puedo hacer esto contigo y no casarme.

Va en contra de mis convicciones.

Qué bonito que le ha quedado. Los hombres son fantasmas de narices desde el inicio de los tiempos.

—Porque te has casado con todas las que has hecho eso, supongo.

Ya me parecía.

Lo vio apretar la mandíbula.

—¿Sí?

Estaba esperando a que respondiese.

—No... —Tuvo que apretar los labios para no reír al verlo buscar las palabras—. No es lo mismo.

No cuela, Tanarys.

—Eran mujeres que no volvía a ver. Pero llevo días junto a ti y no estoy haciendo lo correcto. Así que le pondré remedio.

Tiró de ella.

Pero míralo, lo convencido que está.

—Tanarys, no.

—¿Por qué no?

—Porque el matrimonio no funciona así —negó con la cabeza—.

Aunque para vosotros sea un tanto diferente.

Suspiró. Miró a Tanarys, él esperaba que le dijese algo más. Estaba desconcertado, sorprendido o hasta molesto por lo que estaba escuchando. Al fin y al cabo, era un señor y una plebeya cualquiera lo estaba rechazando. Si sumaba eso a la sociedad patriarcal donde una mujer no podía decidir, el interior de Tanarys sería una olla a presión.

—Aparte —tiró de su manto para apartarlo de la puerta de la iglesia—, tú eres el señor de Lothian y yo una paria.

—Eso no impide poder hacerlo.

—¿Ah, no?

—No.

Entonces por qué cojones se conciertan los matrimonios y se proliferan los amantes aquí. No hay quien os entienda.

Él bajó la vista hacia su vestimenta.

—¿Es por el vestido?

Qué dices por el vestido.

—Las mujeres sois muy supersticiosas con eso. —Se inclinó para mirar tras el caballo—. Quizás encontremos uno.

Volvió a tirar de ella, esa vez hacia el otro lado.

—Tanarys, para de una vez. No es por el vestido, ni por el miedo a morirme. No voy a casarme contigo por una razón absurda. No es no. No hay más que hablar.

Y él volvió a apretar la mandíbula mirándola.

Lo estoy cabreando de buenas maneras.

Dio un paso para acercarse a ella.

—Entonces, Leonor, no volveré a tocarte.

Eso me lo dices luego. Aquí de faroles vamos sobrados.

Tanarys desató el caballo y dejó que Leonor montara antes. Lo miró de reojo cuando se sentó detrás de ella. Apretó los dientes mientras resbalaba su culo hasta pegarlo a él.

Que no vas a volver a tocarme, ¿no?

Tanarys cogió las riendas con una mano y con la otra le sujetó la cadera.

—Quieta. —Ella rio al comprobar que él ya le había descubierto las intenciones.

Se giró para mirarlo y él bajó los ojos para mirarla a ella.

—Te honra lo que ibas a hacer —le dijo, dejando caer su espalda en él.

—Y a cualquier mujer le honraría también. —No reaccionó rodeándola como siempre hacía.

Leonor se irguió de nuevo.

—No puedes casarte conmigo —le dijo, mirando al frente—. Hay cosas que aún no sabes de mí, James Tanarys Douglas. Por otro lado hay

otras que no quieres contarme. Y creo que ya va siendo hora de que tú y yo sepamos la verdad.

Ella misma fue la que espoleó el caballo y este comenzó a trotar.

OceanofPDF.com

Moir

La última vez que estuvo en el castillo Moray aún era una niña. Recordaba a Alastor y a Tanarys practicar con las espadas en el patio, junto a numerosos soldados jóvenes. También recordaba al primo de Tanarys, William, que llevaba tiempo fuera de Escocia intentando rescatar al rey David. Pero la ruina de un país con demasiadas guerras les impedía pagar la fortuna que los ingleses pedían por él mientras Balliol planeaba invadirlos nuevamente por Galloway.

La decisión del señor de Lothian y su hermano respecto a ella era la correcta, llevarla al norte por lo que pudiese ocurrir y que no cayese en manos de los ingleses.

Había pedido que la dejaran sola. Estaba cansada del viaje, pero no era esa la única razón por la que deseaba más que nunca estar sola. El camino había sido largo, triste, tan pesado que no podía soportar el dolor de su espalda.

Tanarys amaba a otra mujer, su cuerpo no lo asimilaba, quizás no lo asimilaría nunca. La esperanza de que Tanarys la amara era lo único que la protegía del temor de que Estuardo lo obligara a casarse con otra. Sin embargo, cuando supo que los ojos del lobo pertenecían a aquella forastera

no tuvo más remedio que aferrarse a la esperanza de que por interés se viese obligado a tomarla en matrimonio.

Pero una de las doncellas no tardó en avisarla en cuanto llegaron a Moray. Estuardo había concertado el matrimonio de Tanarys con Evaleen Lockhart, aquella niña lánguida, gris, casi transparente que aunque su cuerpo había crecido mantenía su cabeza en un mundo infantil lleno de ideas que lejos estaban de la realidad. Una personalidad al otro extremo de la de Tanarys, que siempre vivió con las raíces de un roble.

No le quedaban lágrimas, hubiese podido crear un río desde Lothian con las lágrimas que había echado por el camino. La noticia de lo de Evaleen no podía hacerle más daño a un cuerpo que llevaba días flagelando.

La puerta de la habitación sonó y dio permiso para que quien estuviese al otro lado pudiese abrir.

La imagen de Maelys solo cambiaba con los años por el color de su larga melena, que cada vez se tornaba más blanquecina, pero que mezclada con su pelo rubio claro apenas le daba una apariencia envejecida. Simplemente diferente. Nunca tuvo dudas de que Tanarys absorbió toda la belleza de su madre para mezclarla con lo mejor que pudiese darle la sangre Douglas. Los ojos de los lobos de las Highlands eran del color de los prados escoceses porque, como solía decirle la propia Maelys, la vida de los de su clan procedía de la propia tierra.

Maelys se acercó a ella despacio. Nunca hacía falta contarle nada a Maelys, ella por sí sola sabía y solía callar las palabras que hacían daño. Era conocedora de que había amado a Tanarys desde que tenía uso de razón.

—Estás en el lugar adecuado, querida Moira. El sur es peligroso. —
Le agarró la trenza y se la dejó caer por el hombro hacia adelante—. Y
podrás quedarte el tiempo que necesites.

Haber crecido sin madre era idealizar aún más la figura de Maelys. Le hubiese gustado haber podido ser su hija, aunque fuese por unión con su hijo, ya que ese regalo nunca lo pudo tener de manera natural. Evaleen tampoco tenía madre, quizás Maelys también podría hacerlo con ella de la misma manera. Y al pensarlo los ojos se le llenaron de lágrimas.

Notó a Maelys apretarla.

—Lo siento, mi niña. —Escuchó susurrar.

Moira se apartó de ella negando con la cabeza, no era solo la noticia de Evaleen lo que le dolía. Maelys se sentó junto a ella.

—No es solo Evaleen. —Giró la cabeza para buscar su pañuelo, lo había dejado sobre la cama. Se lo llevó a la nariz. Sentía la mano de Maelys cogerle la suya.

Maelys se inclinó hacia delante para verle la cara.

—¿No es Evaleen? —preguntó con su voz tranquila, una voz con tanta serenidad que conseguiría apaciguarla hasta en el peor de los

momentos.

Se giró hacia Maelys, la expresión de la mujer había cambiado, como si de alguna manera esperase una noticia más del sur, una que no llegaba a través de cartas ni de mensajeros.

—Saqué a una mujer de Lockhart oculta entre mis doncellas. Alguien había ordenado su muerte y Tanarys me pidió ayuda. La dejé en el camino para que él la recogiese.

Maelys había fruncido el ceño.

—¿Una mujer del sur?

Moirá negó con la cabeza.

—Una forastera, una mendiga vestida de harapos. —Sus ojos miraron los verdes de Maelys que tanto le recordaban a los de Tanarys—. Una mujer que, según dicen mis hermanos, maneja el arco como cualquier Hunter adiestrado.

Sintió cómo Maelys aflojaba su mano. Se desconcertó al ver sus ojos brillantes, su boca entreabierta sin poder preguntar porque necesitaba aspirar aire por ella.

—Ella tenía un cuerno Úlster con una inscripción gaélica que me sé de memoria —continuó—. En un principio pensaba que era el de Tanarys y aunque ella me aseguró que era suyo no la creí hasta que vi al señor de Lothian entrar en el castillo con su cuerno colgado del cinto.

El brillo en los ojos de Maelys aumentaba.

—¿Y por qué querría nadie matar a una mendiga?

Moira seguía desconcertada. Negó con la cabeza, no lo sabía. Pero según Alastor solo podía haber una explicación.

—Porque cuando unos mercenarios atacaron el castillo negro por sorpresa ella los encontró y puso alerta a todos los soldados. Porque cuando los MacLeod traicionaron a Tanarys, cogiéndolo desarmado y lo amenazaron de muerte ante los suyos, ella le dio la vuelta a la batalla hiriendo al *laird* y a todo el que tenía atrapado al señor de Lothian.

—¿Cómo se llama esa criatura?

Volvió a negar con la cabeza. Era una forastera sin familia, ni clan ni apellido.

—Solo un nombre... —Bajó los ojos. Aunque habían pasado un par de días aún a su garganta le escocía pronunciarlo—. Leonor.

Moira respiró profundo.

—Fue la razón por la que accedí a ayudarla. Porque quise que sobreviviera de quien quería matarla —respiró de nuevo fuerte por la nariz—. La obligué a prometerme que lo haría una y otra vez con todas las consecuencias.

Alzó los ojos hacia Maelys.

—Hasta la última consecuencia —respondió la mujer y sus palabras sobresaltaron a Moira.

Maelys la miró.

—Moira, quiero que consideres esta casa tu casa el tiempo que estés aquí.

Se dirigió hacia la puerta. El pelo de Maelys era tan largo como el suyo. Siempre escuchó que a las mujeres Úlster les crecía el pelo más de lo habitual, algo que no le pasaba a todas las mujeres y lo que ella siempre creyó como una señal de que estaba destinada para Tanarys. Pero nada de aquello se había cumplido. De las dos posibilidades, no se cumplió ninguna.

Maelys se giró hacia ella antes de salir.

—Pero yo tendré que ausentarme unos días —le dijo, abriendo la puerta—. Debo ir a Lothian.

Leonor

Habían encontrado una pequeña cueva a los pies de una ladera. Tuvieron suerte de encontrar al menos dónde resguardarse. El cielo fue cargando en tonos grises hasta que explotó en rayos, truenos y agua. Los truenos eran tan intensos que hasta la roca vibraba.

Un rayo rajó el cielo hacia la colina encendiendo el cielo, como si de focos de estadio se tratase. Leonor se agarró a la pared de roca y cerró los ojos. Aquel estruendo que lo seguía daba pavor. La tormenta se acercaba a ellos, si ya de lejos podía sentirla así, no quería ni imaginar cuando la tuviesen encima.

Apartó la mano de la pared, rezumaba humedad y le dejaba la mano helada. Ya le habían caído por el camino las primeras gotas y tenía toda la ropa mojada. Tanarys acababa de encender el fuego.

Apenas habían salido del pueblo cuando el cielo comenzó a descargar y tuvieron que buscar dónde resguardarse. Su primera intención era regresar y buscar dónde quedarse hasta que la tormenta pasara, pero no hubo mucho tiempo. La lluvia allí llegaba desmedida, como solía ocurrir en la primavera sevillana.

Se quitó el manto mojado y lo extendió cerca del fuego para que se secase. Él se acercó a ella y le tocó el vestido. Leonor se giró para mirarlo, aún no se acostumbraba del todo a verlo desnudo. Acercó la mano a su vestido y tiró de las cintas para desabrocharlo.

Leonor fijó los ojos en el cuello de Tanarys, unas pequeñas gotas caían de su pelo hasta su hombro y resbalaban hasta el pecho, Leonor puso el dedo para detener su recorrido.

—Quieta. —Tuvo que reír al escucharlo. Entornó los ojos hacia él.

—Eres tú el que me estás desnudando. —Alzó las cejas al decirlo.

—Porque no puedes quedarte con la ropa mojada.

Bajó los ojos hacia el miembro de Tanarys, que sobresalía de su cuerpo como el agua de una cascada. Se llevó las manos a los hombros para quitarse el vestido y lo dejó caer al suelo.

A ver lo que tarda.

Alzó los ojos hacia él para ver su expresión. Claro que miraba su cuerpo, lo hacía sin poder ponerle remedio como le ocurría a ella al verlo desnudo a él. Otra gota minúscula cayó en su hombro bordeando cada curva de los músculos de Tanarys. Esa vez no la detuvo, la observó resbalar, a momentos deprisa, otros despacio, a veces parecía detenerse y no poder avanzar, pero la gravedad la empujaba hacia abajo hasta que llegó a un

abultamiento que Tanarys tenía cerca de la cadera, el que marcaba la curva y el hundimiento donde comenzaban las partes íntimas.

Bajó los ojos de nuevo, podía no querer tocarla, no dejar que lo tocara a él, pero no podía ocultar lo que sentía al tenerla desnuda frente a él.

—Acércate al fuego, ahí te enfriarás.

Pero Leonor no sentía frío en ninguna parte de su cuerpo, eso era imposible teniéndolo a piel descubierta a menos de un metro. Además, no era al fuego a donde quería acercarse, había algo más allí dentro que desprendía más calor.

Dio dos pasos hacia él y Tanarys puso sus manos en la cadera de Leonor para detenerla.

—Para —le dijo, pero tampoco vio que hiciera mucha fuerza para detenerla y de esta le sobraba sin medida.

Bajó los ojos para mirar su miembro, este había dado un pequeño latigazo, se llenaba de fuerza sin remedio. Dio otro paso más hacia él y uno más, hasta que la piel de Tanarys, con aquellas pequeñas gotas cayendo, se pegó a su pecho. Lamentó la diferencia de altura, la verga era molesta si no estaba en el lugar adecuado.

Puso las manos en la cintura de Tanarys y acercó los labios a su pecho. Abrió la boca, la pegó a él y sorbió su piel y las pequeñas gotas que tenía en ella. Sintió la mano de Tanarys en su nuca.

—Leonor —le susurró, quizás en un intento de que parase. Pero la presión contra él en su nuca decía lo contrario. Y aquel gesto encendió su sexo y sus ganas de seguir haciéndolo.

Fue recorriendo con la boca y la lengua el mismo camino que instantes antes habían hecho las gotas, un recorrido que le había disparado los pensamientos y ya no era capaz de pararlos.

—Para. —Pero su voz cada vez sonaba con menos fuerza y la forma en que la presionaba bajo su ombligo aumentaba.

Y llegó a la curva que la llevaba a aquel lugar que daba latigazos sin parar, unos movimientos que parecían querer alcanzar sus labios. Y la atrapó con ellos. Oyó gemir a Tanarys, aquel sonido mágico que se conectaba con su interior al igual que lo hizo el sonido del cuerno que la llevó hasta allí.

Lo sintió encogerse, la apretaba, si realmente quería que parase ya comenzaba a cambiar de opinión. Había metido los dedos entre su pelo y había embestido contra ella volviendo a gemir.

Leonor

Podía ver el exterior, la tormenta estaba justo encima de ellos, el agua era una cortina que tapaba la boca de la cueva. Estaban al fondo, tras el fuego. Tenía la cara apoyada en el pecho de Tanarys. Los mantos y la ropa estaban secos, uno de los mantos lo usaron para tumbarse, pero no le apeteció vestirse. A menos de medio metro tenía el vestido hecho un ovillo en el suelo, el cinto y el cuerno.

Alargó la mano para cogerlo. Sentía el calor del fuego en los pies, los entremetió en las piernas de Tanarys. Llegaba el momento, necesitaba saber aunque la respuesta le diera miedo, tanto miedo como el revelarle a Tanarys la verdad sobre ella y cómo había llegado hasta allí. Giró la espalda para apoyar la barbilla en él y mirarlo.

Tanarys miraba hacia un lado, justo donde estaba su cinto y el otro cuerno gemelo del suyo o más bien el mismo duplicado por el tiempo.

Qué difícil resultaba hablar de aquello, ya comenzó el escozor de la garganta. Y el verlo preocupado por lo que fuese que tendría que escuchar aumentaba aquella sensación llegando con picotazos que hasta dolían.

Avispas.

Avispas apretadas, encerradas en la garganta clavándole aguijones sin parar. Cerró los ojos, tenía que hacerlo. No lo soportaba más.

—Siempre me dijeron que solo hubo uno. —Tanarys acercó el suyo al de Leonor. Era la primera vez que podía verlos pegados el uno al otro, mismas muescas, misma inscripción y hasta los mismos arañazos y señales. Se le erizó el vello al comprobarlo—. Lo hicieron para mí a mi nacimiento. Inscribieron esto en él según un antiguo rito celta, secreto de los de mi sangre.

Tanarys observaba lo mismo que ella, cada señal de su cuerno que se repetía en el de ella.

—Es un rito de protección, según las ancianas Úlster, se me podía conceder un regalo al nacer. Ellas sabían que mi destino estaría en el sur y las complicaciones que ello conllevaba. Así que pidieron para mí protección cuando estuviese en peligro. —Giró el cuerno—. Cuando estuviese en peligro haría sonar el cuerno y alguien vendría a salvarme, me salvaría tantas veces como hiciese falta. Es lo que pidieron para mí, fuerza y protección, uniendo la lealtad más insobornable, devoción y un amor que no pueda corromperse en este mundo.

Leonor se incorporó al oírlo. Los ojos se le humedecieron al recordar el sonido del cuerno, la atracción que podía romper la gravedad hacia donde estuviese aquel sonido.

—Mi madre siempre me decía que lo hiciese sonar tanto como necesitara porque un día la persona destinada a protegerme acudiría a mí y no importaría lo lejos que estuviese, ella podría oírme. Y yo también podría oír su llamada.

Ella apretó los labios conteniendo el llanto.

—Dijiste que oíste mi llamada antes de encontrar el cuerno. Quizás por esa razón lo encontraste, Leonor. No podrías responderme si no lo encontrabas. Y yo no podía saber que estabas aquí. Eres mi regalo.

Él también se incorporó sentándose en el suelo y le tocó la espalda.

—Pero yo no esperaba exactamente... —Lo oyó coger aire. Calló lo que iba a añadir y quería que siguiese si no tuviese tantas ganas de explotar y sacar todo lo que llevaba dentro. Porque cada vez las piezas del puzle encajaban mejor.

—Hay algo que no sabes. —Se giró hacia él. No hacían falta antorchas con los ojos de Tanarys cerca. Él inclinó su espalda para acercar su cara a la de ella aún más—. Cuando oí tu llamada estaba lejos. —Tuvo que respirar por la boca, tenía las pulsaciones tan intensas que le dolía el pecho.

—¿No estabas en Escocia? —Sintió su brazo rodearla por completo.

Madre mía, cómo le digo yo esto.

Leonor hizo una inspiración corta. Le puso una mano en la mejilla, su palma tomó la forma de aquel óvalo anguloso que tanto le gustaba de Tanarys.

—Claro que estaba en Escocia —le costaba pronunciar aquello. Pero tenía que hacerlo, no podía seguir ocultando la realidad a Tanarys. Ella estaba allí por una razón, una razón tan fuerte que no importó la más lejana de las distancias para unirlos. Nada de aquello era casualidad, él mismo se lo había confirmado.

Que sea lo que Dios quiera.

—Estaba en Escocia —hizo por empujar su lengua para terminar la frase—, pero a setecientos años de distancia.

Temía su reacción. Al fin y al cabo, era un hombre primitivo con los pies demasiado arraigados a la tierra, a sus creencias. Tanarys había bajado la cabeza, aunque no había apartado el brazo de ella.

—Es la razón de mis rarezas, las que te llamaron la atención desde un principio. —Y a pesar de temer la reacción de Tanarys, parte de su peso se disipaba. Ya no podía cargar con más piedras—. Las mismas que ves en Inés, Alba o Paula. Mi destreza con el arco, mis botas, incluso una manera de hablar que a ratos no entendéis. —Puso la otra mano al otro lado de su cara—. Vengo de un lugar donde hay cosas que ni podrías imaginar.

Coches, aviones, edificios que parecen llegar al cielo. Demasiado complejo para explicárselo. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Cerca de Stirling había un castillo. En mi época, el siglo XXI —sonaba a película de ficción—, hay personas que se dedican a estudiar el pasado, ese era precisamente nuestro trabajo. —No sabía si seguía escuchándola o si estaba divagando más allá, intentando digerir las palabras—. Allí había una sala circular y dentro una estatua de piedra. Eras tú.

Tanarys frunció el ceño, pero no era capaz de decir ni una palabra.

—Un día la escalera que había junto a la estatua se rompió, caí desde dos metros de altura y lo hice sobre un cofre. —Resbaló su mano por el pecho de Tanarys hasta su hombro para girarlo y que se colocase completamente frente a ella—. Allí estaba tu capa, el arco que me diste, flechas de los Hunter, tu broche, tu espada... —Bajó los ojos hacia su regazo—. Y el cuerno.

Suspiró. Lo había dicho todo en una especie de vómito de palabras, una tras otra, y, sin embargo, la presión en el pecho no se quitaba. Ya había hecho una parte, liberarse. Ahora estaba él.

—Te oí, Tanarys. Oí tu llamada y por eso te respondí en cuanto lo encontré. Y tú me oíste a mí también. Es de locos, lo sé. Yo tampoco consigo asimilarlo, ni Inés ni Alba ni Paula. Yo las arrastré conmigo hasta aquí.

Giró el cuerno para ver al completo la inscripción.

—Y una noche cogí el arco y lancé una flecha para clavarla en un árbol que nunca llegué a encontrar. Y te escuché de nuevo. —Metió la cabeza entre el cuello y la barbilla de él—. Y esa vez el sonido fue más cerca. Te respondí. Tú volviste a llamarme. Estabas tan cerca que pensé que podría verte. Y entonces caímos, y caímos. —Cerró los ojos recordando la sensación desagradable de estar en medio de un vacío sin dejar de dar vueltas—. Y llegamos hasta aquí.

Suspiró. El silencio de Tanarys no le ayudaba a sentirse mejor, a disipar su miedo.

—Cuando fuimos conscientes de dónde estábamos intenté hacerlo sonar para regresar, pero no funcionó. Uno solo no funciona. Ni siquiera sé si podremos volver aun con los dos. Ahora tú y yo estamos en esta parte.

Notó el peso de su barbilla sobre su frente y su miedo comenzaba a aminorarse.

—Es como si hubiese un agujero, en el aire, cerca de ti, que está unido a otro agujero cerca de mí. Puedo oírte, por eso no encontré la flecha.

—Una flecha Hunter. —Lo oyó decir.

Leonor alzó las cejas.

—Sí. —Levantó la cabeza para mirarlo.

—Al principio creo que era pequeño, el coche no podía entrar...—
Tanarys había alzado las cejas, así que decidió cambiar el relato—. Primero era pequeño, podía oír el cuerno y hasta las espadas, caballos, un murmullo que no logré reconocer. Lejano.

Miró a Tanarys.

—La noche que me respondiste encontré una flecha Hunter clavada en un árbol. Pero fue en el castillo Lockhart y tú estabas en tierras de cuervos.

—Caí en tierras de los Black la misma noche que asaltaron las aldeas —añadió ella—. Y allí fue donde te encontré a ti.

Suspiró mientras los ojos se le llenaron de lágrimas de nuevo, no podía creer que se lo hubiese soltado todo de aquella manera. Se inclinó y apoyó la mejilla en el pecho desnudo de Tanarys.

Él dejó caer su barbilla sobre ella y la movió para rozarla.

—No importa lo lejos que esté, ella podrá oírte. —Lo oyó decir—. Y tú también podrás oír su llamada.

Tanarys resbaló la mano por su espalda, le encantaba sentir su mano directa en la piel, lograba erizarle el bello, aumentar las corrientes en su cuerpo y disiparle aquella presión haciéndosela desaparecer hasta que solo quedase la tranquilidad y esta lo inundara todo.

—No fue casualidad, ni mucho menos tu culpa que hayas acabado aquí —añadió él. Leonor apretó los párpados y los ojos se le llenaron de lágrimas todavía más. Ya no cabían avispas en su garganta, esa vez el escozor fue placentero—. Tú tenías que llegar a mí.

Apretó su cuerpo contra el de Tanarys y él aumentó la presión del abrazo.

—Y tienes que seguir llegando hasta mí todo el tiempo, con todas las consecuencias. —Lo vio girar la cabeza y mirar hacia un lado. Sabía que Tanarys aún callaba algo más.

Tanarys

Las fuertes lluvias le habían retrasado el viaje y, si era sincero con él mismo, tampoco ellos habían hecho mucho para acelerarlo.

Cuando llegaron Alastor, los soldados y las acompañantes de Leonor llevaban allí al menos dos noches.

Por mucho que el castillo fuese su mayor dominio, o el refugio del señor de Lothian, nunca lo consideró su casa. Su casa podría ser Moray o las chozas del clan Úlster, pero no Lothian.

Necesitaba tiempo para meditar, para pensar todo lo que había estado hablando con Leonor. Él no podía darle todas las respuestas, algunas ni siquiera las sabía.

Alastor lo esperaba en uno de los salones. Leonor había corrido hacia la habitación donde estaban Inés, Alba y Paula.

Entornó los ojos hacia Alastor, a pesar de haber pasado dos días en el castillo lo encontraba cansado. Sabía tan bien como él lo que le quedaba por delante al sur. Y precisamente de ellos dos dependía cómo acabaría todo.

—Tantas noticias en tu ausencia —le dijo sin ironía alguna y eso lo desconcertó.

Alastor se acercó a él y le dio con un sobre en el pecho.

—Estuardo te ha comprometido con Evaleen Lockhart. Llegará en unos días.

Bajó los ojos hacia el sobre con el sello de los Estuardo.

—Eso no podrá ser.

—Pues no puedes negarte. Dice que es lo mejor para el sur. Lockhart tiene el ejército más grande después del Douglas, mucho mayor que el mío. Y después de lo de los MacLeod no quiere riesgos de que más de los nuestros se pongan en nuestra contra. Tu primo podría llegar a un acuerdo con los ingleses pronto y el rey regresará si conseguimos mantener a salvo el sur.

Tanarys negó con la cabeza.

—No tomaré matrimonio con Evaleen ni con ninguna otra.

—Tanarys, no puedes negarte. En ausencia del rey, Estuardo es el rey.

Sus preocupaciones se complicaban por momentos. La puerta sonó y Alastor dirigió la mirada hacia ella.

—Hay algo más. —Su amigo se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Apretó los dientes, justo la luz que había suplicado el último día de camino. La guía que necesitaba para esclarecer la oscuridad en la que sin querer se estaban sumiendo todos sus pensamientos.

—Madre.

Y ella sonrió.

Alastor salió y los dejó solos cerrando la puerta.

—Tuve que venir de Moray en cuanto me enteré. —Ladeó la cabeza acercándose a él—. Y no me refiero a esa estúpida carta.

Se inclinó para que su madre le besara la frente.

—Quiero verla, Tanarys —sonrió.

Leonor

Tiraban de ella escaleras abajo.

—Lo vas a flipar cuando lo veas —le decía Inés.

De que era el castillo junto al arroyo que ya conocían bien a trozos arruinados no tuvo dudas desde que lo vio en la lejanía.

Salieron al patio y se alejaron del castillo dirección al arroyo. Leonor paró en seco y Paula casi le sacó el hombro.

La sala circular ahora sí tenía las paredes y el techo completo, no era una sala de por sí, era una torreta redonda con un mirador arriba. Alzó las cejas al verla.

—¿Quieres entrar? —preguntó Alba caminando de espaldas hacia la puerta—, aunque ya sabes qué vas a encontrar dentro.

Alba abrió la puerta y la dejó pasar. Con techo daba sensación de más amplitud. Dio unos pasos hacia la estatua que estaba a uno de los lados, al otro estaba la escalera que llevaba hasta una puerta. Era curioso cómo en setecientos años aquella construcción había quedado considerablemente más baja, ya que las escaleras estaban prácticamente a ras del resto del suelo.

Sonrió, mirando la estatua de Tanarys. Ahora que estaba acostumbrada a ver el de verdad era capaz de notar algunas diferencias en su rostro aunque en un principio lo creyera exacto.

—Leo, las cosas se están poniendo mal y... no me refiero a que tengamos que huir. —Alba dudó si seguir o no. Se apartó de ella.

Leonor miró a Paula, aquella manera de disimular mirando las escaleras no colaba.

—Qué pasa.

—Estuardo ha mandado una carta —entornó los ojos—, no nos preguntes cómo nos hemos enterado.

No, era mejor no saberlo.

—Tanarys tiene que casarse con la de los zorros. La Lockhart.

—«La zorra» —aclaró Paula.

Alba, que le daba la espalda, se giró hacia ella.

—Y creemos que llegados a este punto... —Esperaba lo que iba a decir. Los ojos se le humedecieron de inmediato. Sentía el cuerpo como un bloque. Era como si los días de camino junto a Tanarys hubiesen sido una parada en el tiempo, ni a un lado ni al otro. Y regresar a la extraña realidad le costaba. Era difícil aterrizar y que los pies quedasen pegados al suelo. Era más común resbalar y caerse en un agujero—. Ahora que él lo sabe deberíamos intentar regresar.

Negó enseguida con la cabeza.

—Leo, nuestras familias, tan solo recuerda lo que pasa en las desapariciones. Nos tienen que estar buscando como locos. Este no es nuestro sitio. Hay que volver. —Alba sonó rotunda.

No lo entendía. ¿Y Alastor? ¿Y el joven cuervo? Hasta Paula y las miradas que le dirigía a Ian.

—No pertenecemos a este lugar. No, Leonor —dijo Paula.

—Tienes que dejar que el señor de Lothian siga su historia, como debe de ser. Tiene obligaciones con su pueblo y, ¿qué pretendes hacer? ¿Te quedas como amante? Hay que regresar.

Alzó la mano, no era solo eso. Todo lo que le había dicho Tanarys sobre ella y el rito de los de su sangre. Ella estaba destinada a protegerlo, su regalo no podía irse por las buenas. No funcionaba así.

Oyeron un ruido cerca de la puerta y enseguida se giraron. Tanarys abrió la puerta y la sujetó para que pasara alguien más.

Si alguna vez le hubiesen pedido que imaginara, pintara, esculpiera o describiera a un druida, sería exactamente igual que la mujer que tenía delante.

Con una trenza interminable que mezclaba el pelo rubio y mechadas de canas, los ojos verdes y luminosos de Tanarys, la barbilla afilada y una

túnica hasta los pies de un tono gris perla. Medieval a la vez que salvaje. Tendría que ser Maelys Úlster.

—Con permiso, voy a las cocinas. Es la hora —dijo Inés y Paula se metió tras ella.

—Hay hambre a estas horas, sí.

Alba prefirió no decir nada y seguirlas. Maelys les dejó paso.

—Un placer, señora. —Hicieron una especie de reverencia antes de salir.

Sintió los ojos verdes de otra loba de las Highlands, la inspeccionaba como lo hizo su hijo la primera vez que la vio a los pies del castillo de los Black.

Se acercaba a ella despacio, sin dejar de mirarla, bajó los ojos hacia el cuerno un instante y luego la volvió a mirar a los ojos.

—¿Puedes dejarnos solas, hijo?

Vio a Tanarys abrir la boca y volver a cerrarla. Leonor entornó los ojos hacia él. Quizás Maelys sí podría contarle todo eso que su hijo no le revelaba o quizás lo hacía de un modo cejado.

Miró a Tanarys, ella también quería quedarse a solas con Maelys. Él espiró, miró su propio rostro en la estatua y salió de aquella pequeña torre.

Maelys tendió la mano hacia el cuerno y Leonor lo sacó de la funda y se lo dio para que lo mirara.

—Solo uno y ahora son dos —sonrió. Luego alzó la vista hacia ella —. Desde el principio te preguntaría si el canto del cuerno te trajo hasta aquí.

Leonor alzó las cejas.

—Es un solo sonido, peculiar porque cada cuerno tiene un sonido diferente según su forma natural y por esa razón suelen ser únicos. Como lo era este.

Su sonrisa se amplió.

—Pero tú podías oírlo donde estuvieses y no pudiste evitar acudir a él.

Alzó el cuerno y miró hacia Leonor.

—La única particularidad de este sonido era que tú lo oyeras y que al repetir el sonido él pudiese oírlo y que supiese que estabas llegando.

Maelys cogió aire y dio un paso hacia ella.

—Mi clan, el de los lobos del norte, conserva la creencia de que la tierra, el mar, el agua, los cielos y todo lo que habita en la naturaleza están unidos. No importa en qué lugar te encuentres. Siempre habrá un atajo que enlace todos los elementos. Algunos lo llaman magia y lo condenan.

La miró de reojo.

—Cuando las ancianas de mi clan hicieron el rito para Tanarys yo no estaba segura de qué enviarían a ayudarlo. Solo sabía que todos los

elementos se unirían para que él recibiera su regalo en el momento oportuno. Pero al parecer tardaste demasiado en nacer, Leonor. —Maelys rio—. Aun así, los elementos hicieron que llegaras hasta aquí.

Andaba rodeándola, algo tremendamente incómodo porque no quería darle la espalda.

—Dice mi hijo que llegaste a la tierra de los Black. —Alzó las cejas—. ¿Por qué allí, Leonor?

Ni puta idea.

—¿Porque era a donde se dirigía Tanarys? —respondió sin estar muy segura.

—¿Qué encontraste cuando llegaste? ¿Lo has pensado? —Se puso frente a ella—. ¿Qué fue lo primero que encontraste en Lothian?

—A una chica, mi señora.

—Su nombre.

—Edine MacLeod.

—MacLeod. —Maelys alzó las cejas—. ¿Y hacia dónde te llevó Edine MacLeod?

—Al castillo Black —respondió y Maelys asintió.

—Justo donde unos mercenarios atacaron a mi hijo. —Entornó los ojos—. ¿Por qué encontraste a una MacLeod?

Qué fuerte.

Los ojos se le humedecieron al ser consciente.

—Me pidió que buscase a su hermano, Ian MacLeod. —Las avispas llegaban a su garganta—. El hombre al que enviaron a matarme.

Pero a Maelys no parecía sorprenderle nada de lo que le contase.

—Todo está unido, Leonor, el agua fluye porque la tierra se lo permite. La hierba crece porque el agua la alimenta. Y así se va enlazando todo lo demás.

Le devolvió el cuerno.

—Esa relación de tierra, agua y aire fue la que te trajo hasta aquí, no el cuerno. Y lo hizo justo en el lugar que deberías estar para que tú continuaras esa relación, esa chica Edine, su hermano el que debería haberte matado o el castillo Black donde encontraste a mi hijo. —Ladeó la cabeza—. Estás unida a Tanarys por esos mismos elementos. Como te he dicho antes, tardaste demasiado en nacer, pero naciste para él y ellos debían de traerte hasta aquí.

Bajó la cabeza asimilando. Notaba cómo le temblaban hasta las piernas.

—Tu nacimiento en un lugar lejano —continuó—. Me dicen que manejas el arco como el mejor de los Hunter. ¿Es una habilidad habitual de donde vienes?

Apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Por qué la elegiste?

—Porque mi padre era arquero.

Maelys alzo las cejas.

—Hija de un arquero —sonrió al decirlo—. ¿Con qué edad empezaste a manejar el arco?

—Con tres.

—¿Y tienes?

—Veinticinco.

—Practicaste durante años sin saber el verdadero fin por el que lo hacías.

Solo quería ganar. Quería avanzar, ser la mejor, campeonatos, los Juegos Olímpicos. Quería más, siempre más.

Se recordó llorando con la medalla de plata en la mano, solo por no haber conseguido el oro por unas décimas. Y lloraba como si toda su vida hubiese sido un fracaso, como si el entrenamiento hubiese sido para nada, porque solo quería ser la mejor. Porque necesitaba ser la mejor.

—Tu vida y la de otros dependerían de tu habilidad —añadió Maelys, que pareció entender la ebullición que tenía en la cabeza.

Cogió aire y este rebotó en sus pulmones

—Y mis amigas, ¿por qué las arrastré conmigo?

Y aquella pregunta pareció hacerle gracia a la mujer. Supuso que ya las conocía o al menos había oído hablar de ellas.

—Porque serían necesarias para ti, para que hicieras exactamente todo lo que has hecho para llegar hasta aquí. ¿Hubieses actuado igual estando sola?

Se apresuró a negar con la cabeza.

—Estás aquí por la simple razón de que eras todo lo que los Úlster pidieron para Tanarys, no importa que tardaras setecientos años en existir o mil. En el momento en el que naciste los elementos te siguieron para traerte hasta él. Y has llegado cuando Tanarys te necesitaba.

Maelys dio unos pasos alrededor de ella de nuevo.

—Si te preguntas si todo lo que imagino que sientes por mi hijo es por alguna magia de mis ancestros, la respuesta es no. Ni ellos, ni yo ni Tanarys esperábamos que ocurriese esto y esto complica tremendamente las cosas.

Se giró para mirarla. Si no había magia ancestral entre ellos en ese sentido, entonces no le encontraba explicación.

—Tu razón de estar aquí era tan solo protegerlo. —Volvió a ponerse de frente a ella—. Tu razón de ser era tan solo morir en su lugar.

Abrió la boca para aspirar aire. Era eso lo que Tanarys no quería revelar. Su muerte.

—La unión entre tú y Tanarys es fuerte. Los elementos os acercaron con cierta fuerza, tenía que ser así —sonrió—. Pero el resto lo habéis hecho vosotros solos.

Maelys se dirigió hacia la puerta.

—Y mi hijo está convencido de renunciar a su regalo y mandarte de vuelta a tu mundo.

No.

No podía ser que Tanarys también lo pensara.

OceanofPDF.com

Tanarys

A Leonor no le solía gustar estar sola. Era extraño verla alejada del castillo, envuelta en el manto, sentada sobre una roca, en silencio y con la mirada perdida.

Él se mantenía apartado de ella, a unos metros, los suficientes para tenerla a la vista sin molestarla. Caía la noche, el bosque se oscurecía, pero a ella poco le importaba todo lo que acechaba la noche.

No le había dirigido la palabra, ni siquiera se acercaba a sus amigas. Quería estar sola y él sabía lo que significaba eso.

Sintió una mano en el hombro y alzó la cabeza. Era su madre.

—¿Estás seguro de lo que quieres hacer? —le preguntó, apretándole el hombro.

—No tengo opciones si quiero que ella viva.

—Pero no la volverás a ver, Tanarys.

Aspiró con fuerza por la nariz.

—No quiero verla muerta. Y si se queda morirá.

—Si se va quizás tú también mueras.

No respondió. Era algo que ya sabía. Si Leonor no estaba para morir en su lugar, solo le quedaría la muerte. Lo asumía, no le importaba. Había

perdido a muchos hombres en batalla, él, señor de Lothian o no, no dejaba de ser un hombre más.

Notó a su madre apretarle el hombro.

—Te honra.

Maelys se sentó a su lado y miró a Leonor. Tanarys entornó los ojos hacia la joven. Le encantaba cómo se le enroscaba el pelo hombros abajo. Los ángeles debían tener una imagen similar. Quería contemplarla, memorizarla y que los años que le quedaban de vida, o simplemente los días, pudiese recordarla con tanta claridad como la estaba viendo en ese instante.

—No me importará no volver a verla mientras esté seguro de que está bien. Ardería en el infierno si eso me asegurara que ella estuviese bien.

Su madre sonrió a su lado.

—Nadie me habló de esto. —Bajó la vista—. De que se pudiese querer a alguien que no pertenece a la familia, que apenas conoces, que hace un tiempo ni siquiera sabías que existía. Y ahora solo quiero que no deje de existir.

—Ese tipo de amor existe, Tanarys, pero nadie te habló de él porque no todo el mundo es consciente de que existe. —Su madre lo miraba a él—. Leonor ni siquiera pertenece a este lugar. Tú no la hubieses conocido y, como has dicho antes que pasaba un tiempo atrás, ni siquiera sabrías que

ella existiría, es más, ella no existiría hasta dentro de setecientos años. Y de la misma manera tampoco sabrías que existiría eso que sientes ahora. En tu caso fuiste afortunado de que ella pudiese venir a ti.

Se puso en pie y puso la mano en el hombro de su madre.

—Gracias. Estaba completamente perdido. Pero ahora tengo claro qué es lo que debo hacer. Y quiero que esté lejos de aquí para cuando lo que se está preparando en el sur comience.

Miró a Leonor.

—Ve preparándolo.

Maelys le cogió la mano y se la apretó.

OceanofPDF.com

Leonor

La oscuridad lo había cubierto todo. Las montañas parecían colonos amenazantes a su alrededor. Se arropó con el manto.

Sintió un crujido a su espalda. Sabía que llevaba tiempo vigilándola, no podía decir que no había sido paciente esperando el momento.

Se sentó a su lado.

—Vienes a convencerme. Que sepas que pierdes tu tiempo.

Ni siquiera lo miró. Ella negó con la cabeza. Tan solo de pensar en alejarse de allí, las avispas se multiplicaban en la garganta y le impedían respirar.

—No puedes quedarte, Leonor. —Miraba a las montañas como lo hacía ella.

Leonor lo miró de reojo.

—Hace unos días me pedías matrimonio y ahora me dices que no puedo quedarme. Todos los tíos sois igual de capullos. No importa en qué época diga esto —resopló—. Variantes, cambiantes, completamente imbéciles, *mononeuronales* y la única neurona ya sabemos todos donde la encontramos.

—No he entendido la mitad de las cosas que me has dicho —
respondió él—. Pero supongo que no son nada bueno.

Hasta en un momento en el que estaba al límite de explotar nivel
bomba nuclear, tuvo que apretar los labios para no reír.

—En cuanto a lo de pedirte matrimonio —le cogió la mano—, no he
cambiado de opinión. Y además sería la respuesta que le daría a Estuardo y
me libraría de ese estúpido acuerdo con Logan Lockhart.

Leonor giró la cabeza para mirarlo.

—Déjate de faroles de esteroides. No estás hablando con una joven
medieval a medio hacer.

—Cuando te lo dije no sabía que había una forma de sacarte de aquí.
Así que te hubiese enviado con mi madre a Moray o con los Úlster. Pero
nunca pensé que te quedarías en Lothian. No puedes quedarte aquí.

Tragó saliva en un intento de suavizar el dolor de garganta.

—Si me voy morirás.

—Si te quedas morirás tú.

—Entonces la decisión es mía, no tuya.

—Yo fui el que te trajo aquí.

Se llevó su mano a la boca y la besó.

*Me está quitando de en medio y aun así se me cae el culo con las
cosas que me hace.*

—Me hicieron el regalo más maravilloso que pudieron hacerme.

Ya estamos embaucando.

—Ya te he dicho que todas esas artimañas no valen conmigo.

Tanarys sonrió levemente y su estómago rebotó en una carcajada interior. Le encantaba cuando sonreía.

Cómo voy a irme de aquí, por Dios. Que me maten cuando quieran.

Él pasó la pierna por su espalda, como lo hizo la noche de la colina. Recordar aquellos primeros momentos con Tanarys hacía que su pena aumentase y también las avispas, y que los colosos que la rodeaban se emborronaran tras la capa de agua que se tornaba en sus ojos.

—Leonor, en este momento no sé quién puede traicionarme en el sur. Hay mercenarios en la frontera y un día u otro atacarán.

—Por esa razón debo estar aquí. Lo ha dicho tu madre, nací para esto, ¿no?

No quería mirarlo, eso le complicaba el habla y los pensamientos. Notó la mano caliente de Tanarys tocarle la cara, que ya empezaba a enfriarse con la humedad de la noche.

—Y puedo serte más útil de lo que piensas. —En ese momento sí lo miró—. Los Black perdieron las tierras en este siglo. —Alzó las cejas al escucharla—. No hay documentos para saber la razón. Ni si los ayudaron otros clanes del sur. Pero ellos lo perdieron todo.

Tanarys la miró a los ojos.

—Y te he tenido cerca de los Black todo el tiempo —respondió él.

Leonor hizo una mueca quitándole importancia.

—Tú no sabías que eran chungos. También tienes a un tío chungo, creo, que va a rebelarse contra el rey en algún momento, dentro de unos años —casi rio al verle la cara—, pero suspendí ese examen, así que mejor pregúntale a Alba. Olvídalo.

—¿Y el rey David?

—Dentro de año y medio volverá a Escocia. —Encogió las piernas y apoyó la cara en las rodillas—. Pero de ti no había absolutamente nada, solo ese cofre, la torre circular derruida y tu estatua.

La sonrisa de Tanarys se amplió. Ella cogió aire y lo echó de golpe. Volvió a acariciarle la cara, pero Leonor lo apartó.

—Con esa actitud tuya no sobrevivirías aquí mucho tiempo —y lo dijo con media sonrisa.

—Entonces tendré que cambiarla. —Se abrazó las piernas.

Cambiarla.

Apoyó la frente en las rodillas. Con el pecho hecho una pelota de golf era incapaz de pensar con claridad. Pero seguro que meditando, sin dejarse llevar por sus impulsos, podría encontrar una mejor manera de ayudar a Tanarys.

No estaba preparada.

Cayó allí en medio sin saber a dónde iba, ni cuál era su cometido. Ahora sí lo sabía todo. Tanarys volvió a cogerle la mano.

La garganta le pinchaba sobremanera, ya no la soportaba.

No ir directa al peligro. Detenerse, pensar, retirarse si es necesario.

Prepararse y avanzar.

Apretó la mano de Tanarys, temía que comenzasen a caer las lágrimas. Levantó la cara y cogió aire despacio. Él la atrajo para que se dejase caer en él. Sabía que si lo hacía estaría perdida, rompería a llorar, entraría en un estado del que le iba a costar salir. Pero necesitaba acercarse a él. Apoyó la mejilla en el pecho de Tanarys y el la rodeó por la espalda al completo. La otra mano la enlazó con la suya.

—Te quiero, Leonor, es la única razón por la que hago esto. De haber podido decidir, elegiría llevarte a las montañas y pasar el resto de mis días entre los lobos de las Highlands.

No me cuentes el plan alternativo imposible, que me da más rabia.

—Pero no estamos en el norte —añadió.

Leonor negó con la cabeza.

—Un lobo del norte en el sur —dijo y suspiró.

Y no podía desertar a su propio pueblo. Lo entendía. Tenía un deber como señor de Lothian y debía de cumplirlo, sin alternativas, sin elección.

Y no quería arrastrarla a ella a aquel plan lleno de oscuridad.

Se retiró de su pecho para mirarlo.

—Te quiero, Tanarys, pero no me das opciones.

Y a él le gustó escucharlo y eso aumentó aún más su pena. Regresar a su mundo sería una auténtica pesadilla. Pero ahora sabía que tenía que hacerlo. Lo haría por él. La única forma de ayudarlo era esa. Cambiar su propia actitud y actuar como correspondía, y no con un arrebato loco. No estaba en el siglo XXI, allí aquella conducta llevaba a morir o a que muriesen otros. Pensaba volcarse completamente en ello.

Tanarys la besó y el beso se alargó tanto como él quiso. Y por ella se hubiese alargado todavía más, pero entonces comenzarían una más de tantas como hubo los días anteriores y ya sentía demasiada gente fuera del castillo.

Se giró. Vio a Maelys y a unos soldados. Oyó suspirar a Tanarys. Apretó su mano, si era sincera, su parte era infinitamente mejor que la de él. Ella solo tenía que regresar a casa, a una casa llena de comodidades en un mundo avanzado, con libertad, con privilegios y decidiendo qué hacer con su vida o con su tiempo.

Pero Tanarys quedaría allí, sabiendo los peligros que lo rodeaban, entre posibles traidores, al borde de una guerra y casado con una mujer a la que no amaba.

Le brillaron los ojos al ver cómo a él comenzaba a invadirle todo lo que tenía en ella. Y eso le dificultaría la partida y le mermaría la fuerza. Y necesitaba toda la fuerza en su mundo si quería hacer algo por él.

Se levantó y tiró de él.

—Creo que nos esperan, ¿no? —le dijo con ironía—. Date prisa antes de que me arrepienta.

Y se alegró de que hasta en un momento como aquel consiguiera sacarle una sonrisa a Tanarys. Se levantó y lo abrazó con fuerza. Era tremendamente complicado aguantar todo aquello dentro y no explotar. Explotaría, lo haría cuando estuviese lejos de allí.

Se apartó de él y tiró de su mano para que caminara junto a ella hasta llegar a Maelys. Aquella mujer era tremendamente alta. Uno de los soldados se acercó a Tanarys.

—Las mujeres piden un cuerno tallado igual que estos, dicen que temen por la vida de un tal maestro Neil si le intenta quitar el suyo a Leonor.

Leonor se llevó la mano a la frente para reír. Ella misma no había pensado en ello. Por supuesto que no se lo devolvería a Neil. Tanarys la miró.

—No hace falta que sea exactamente igual, con que tenga la misma inscripción será suficiente.

Tanarys sonrió, le soltó la mano para acompañar al soldado. Leonor miró a Maelys.

—Solo acepto irme con una condición —susurró.

La mujer asintió con la cabeza.

—Me traerás de vuelta si él está en peligro.

Maelys de alguna forma sabía lo que iba a pedirle, no se sorprendió.

—¿Eres consciente de lo que eso significa?

Leonor apretó los labios.

—Tu vida y la de Tanarys seguirán, pero tú tendrás que detener la tuya si te llamo —la joven asintió—. Puedo hacerte regresar, Leonor, pero él estará casado con otra mujer. Y tú...

—Sé muy bien a lo que voy a venir —la cortó.

Mi vida a cambio de la suya.

Apretó los labios, había podido contenerlo delante de Tanarys, pero cada vez estaba siendo más difícil. Bajó la cabeza mientras el pecho se le movía en cada aspiración continua. Sintió las manos de Maelys en sus brazos. A la mujer también le brillaron los ojos.

Oyó un murmullo a su espalda.

—Tías, un puto colchón de visco látex y un bote de Nutella —decía Inés—. Me voy a pegar un maratón de series.

Paula reía al escucharla.

—Chicas, hay que inventar dónde hemos estado. Habrá policías buscándonos por todas partes.

—Y eso sin contar a ver dónde caemos. Otra vez de pordioseras en medio de la nada —resopló Paula.

Su mente se alejaba de todo lo que había y ya visualizaba su mundo, su casa y todo lo que tenía que hacer a partir de ese momento.

Del castillo salieron varias mujeres, algunas realmente ancianas, vestidas de la misma manera que Maelys. Ella se inclinó a su oído.

—El canto del cuerno —le susurró—. Y acude a la llamada.

Asintió con la cabeza. Alzó los ojos de nuevo hacia la puerta del castillo. Tanarys salía de nuevo y llegó hasta ellas. Lanzó el nuevo cuerno al aire para que sus amigas lo atraparan.

Algunas mujeres llevaban antorchas que iluminaron el camino hasta llegar al arroyo, lo cruzaron por un estrecho puente y se adentraron en el bosque.

Allí, entre árboles, las mujeres se arrodillaron en el suelo rodeando un árbol.

Miró de reojo a Tanarys. No le había soltado la mano en todo el camino.

—Me está recordando a la película *Avatar* con el árbol aquel blanco —dijo Inés.

—Pues a mí me está dando un mal rollo de la leche.

—Shhhh, callaos a ver si va a salir algo mal y nos van a mandar a tomar por culo con los vikingos.

Maelys se puso en pie y miró a su hijo asintiendo. Luego se dirigió hacia sus amigas y les dijo dónde tenían que colocarse.

Aquel momento Leonor lo quería haber evitado, ella prefería correr hasta caer en el agujero temporal. Alzó los ojos hacia Tanarys, era enorme, pero ya se estaba acostumbrando a mirarlo desde abajo. A lo de sus ojos, en la noche o en el día, no llegaría a acostumbrarse en toda una vida.

—Vuelve a casa. —Se inclinó hacia ella para besarla.

Leonor le rodeó el cuello y lo empujó con su boca como siempre solía hacer. Y aquel gesto hizo que le sobreviniera todo lo que había estado conteniendo. Apretó los ojos para que no saliesen las lágrimas y se aferró a Tanarys. No había palabras, no sabía qué decirle. Ella sabía que no era la última vez que lo vería y no podía notárselo porque entonces impediría que Maelys la llevara de vuelta. Pero saber que volvería no era suficiente para alejarle aquel malestar. No quería marcharse aun sabiendo que era necesario. No quería separarse de él, dejarlo en un mundo en el que no podría verlo ni saber nada de él. Tanarys desaparecería por completo y solo sería un recuerdo.

Puso la frente en su hombro, le pellizcaba el brazo mientras apretaba los dientes y la garganta le vibraba. Rompería, no tardaría mucho en explotar.

Tanarys se inclinó hacia su oído.

—Una parte de mí estará contigo siempre, no importa lo lejos que estés. —La besó en la sien.

O echaba a correr o le rompería a llorar en el hombro. Y bastante tenía Tanarys encima como para ponérselo más complicado. Ella tenía otro legado. Y desde el momento que pusiera un pie al otro lado comenzaría su lucha por él.

Se apartó de Tanarys y lo miró. Le cogió la cara y sonrió tanto como fue capaz. Él volvió a besarla.

Se giró hacia sus amigas, estaban tan solo a unos metros. Se dirigió hacia ellas y alargó las manos para que se las cogieran. No quería mirar atrás, no pensaba girarse ni un ápice. Casi no podía respirar, se asfixiaba. Las avispas picaban una y otra vez su garganta, los pinchazos eran tan fuertes que podía notarlos hasta en el comienzo del pecho.

Dieron un paso al frente y un segundo, y allí quedaron inmóviles.

Primero llegó un leve mareo. Leonor cerró los ojos, ya sabía lo que vendría después. Apretó la mano de Alba a su izquierda y la de Inés a su derecha.

Pero la caída era tan intensa que tuvo que soltarlas. Y cayó, y siguió cayendo mientras abandonaba su cuerpo en aquel espiral continuo, como caía Alicia para llegar a Wonderland.

Y sus pies se endurecieron al tocar el suelo. Abrió los ojos, pero aún todo daba vueltas a su alrededor. Sacudió su cabeza.

—Ostras. —Oyó la voz de Paula.

—Otra vez está vomitando. —Era la voz de Inés.

—No ha sido tan malo como la otra vez.

Levantó la cabeza mientras su cuerpo recobraba el equilibrio. El castillo en ruinas y semienterrado. Los trozos que quedaban de la torre.

—Tías, el coche. —Oyó decir a Alba.

El arco aún estaba en el suelo.

—No puede ser. —Inés pasó por delante de ella tambaleándose.

Paula seguía vomitando.

Su pecho se movía con fuerza, aún no era capaz de separar sus dientes aunque la mandíbula le doliera. Dolía, quemaba, quemaba tanto que quería gritar.

Levantó un pie para dar un paso, flexionó la pierna y echó a correr.

—¡Leo!

Ascendió por el monte que la llevaba hasta la torre y accedió por la pared derruida. Allí, entre aquellos trozos de pared, estaba lo único que

quedaba de Tanarys en su mundo. Su cuerpo basculó y cayó al suelo. Puso las rodillas y gateó los escasos dos metros que quedaban hasta llegar a él. Apoyó la frente en la base de la estatua. No podía más, el interior del pecho se le había consumido hasta el tamaño de una nuez y las avispas se habían propuesto agujerearle la garganta si no las dejaba salir. Cerró los ojos apretando los párpados y abrió la boca.

Gritó, gritó con tanta fuerza que escuchó la respuesta a gritos de sus amigas en el exterior. Volvió a gritar. Las lágrimas al fin salieron y lo hacían tan espesas que no tardaron en caerle por la barbilla. Pellizcaba la piedra a los pies de Tanarys.

—Leo. —Alba llegó hasta ella y se arrodilló a su lado para apartarla de la estatua y abrazarla.

—Tías. —Inés alzó su bolso—. El móvil tiene aún batería. Y llevamos fuera...

—¿Diez días?

—Trece.

Inés alzó las cejas mirando su móvil.

—Se ha parado el tiempo.

Levantó la cabeza al oírla.

—Es el mismo día que caímos. No ha pasado ni una puta hora.

No había forma de dar explicación a aquello, pero le aliviaba que al menos su madre no hubiese pasado trece días de sufrimiento constante y terrorífico. También ellas se ahorrarían dar explicaciones. Podría haber numerosos motivos del porqué el tiempo no había pasado. Pero todas las posibilidades le daban exactamente igual. Su mente solo divagaba en una dirección, la única que la mantendría cuerda.

Paula se inclinó al otro lado. Inés estaba en el único hueco que le habían dejado. Sintió las manos de sus amigas en la espalda. Se incorporó y cogió aire.

Colocó la planta en el suelo para ponerse en pie. Ahora que lo pensaba, tampoco habían acertado con la estatura, aunque se le acercaba. Acercó una mano a la estatua, estaba fría, era piedra inerte, nada que ver con el calor que desprendía el propio Tanarys.

Se apartó de él y dio unos pasos hacia atrás para mirarlo al completo. Se lo había prometido a sí misma y se lo había prometido a él en silencio. No acababa allí, no podría acabar allí.

Le dio la espalda a la estatua. Tenían que devolverle al imbécil de Neil las cosas y hacer las maletas para coger el primer avión de la mañana. Necesitaba llegar a casa cuanto antes.

Cogió su bolso y se giró para mirarlo una última vez mientras el resto recogía sus cosas.

Aún jadeaba del sofoco.

Esto no acaba aquí, Tanarys. Esto acaba de comenzar.

Dio otro paso atrás.

Cuando oiga el canto del cuerno acudiré a la llamada. Y llegaré hasta ti.

Nota de autora:

Gracias por leer *Buscando al lobo de las Highlands* y espero que hayas disfrutado con su lectura. Te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en su página de Amazon contándome qué te ha parecido. Es mi manera de conocer el resultado de mi trabajo y también una forma de conoceros a quienes me leéis. Que sepáis que los leo absolutamente todos.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponibles muchas más, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans. También puedes seguirme en Facebook (Noah Evans) o Instagram (Noah_Evans_oficial) para estar al día de próximas publicaciones o si quieres comentarme algo sobre ellas. Me encanta teneros por allí.

Gracias por seguir conmigo en cada nueva novela, sin vosotras no sería posible.

Vendrán muchas más este 2022. Seguimos con *El canto del cuerno*,
y *Océanos de tiempo* que cerrará esta trilogía.

Un abrazo, Noah.

OceanofPDF.com